

Por el autor del best seller *Búscame*
J. S. MONROE

OLÍ VÍ DÁ ME

¿CÓMO SABER
EN QUIÉN CONFIAR
CUANDO NI SIQUIERA
SABES QUIÉN ERES?



Lectulandia

¿Cómo saber en quién confiar cuando ni siquiera sabes quién eres?

Ella está fuera, en la puerta.

Entró en el tren después de una difícil semana en el trabajo. Le robaron el bolso y con él su identidad. Toda su vida estaba ahí dentro: pasaporte, cartera, llaves de casa... Cuando quiso denunciar el robo su mente estaba en blanco. Ni siquiera podía acordarse de su nombre.

Ella dice que vive en tu casa.

Ahora está delante de la puerta de entrada de la casa de Tony y Laura. Está segura de que vive allí. Pero ellos nunca la han visto en su vida.

¿Tú la dejarías entrar?

J. S. Monroe

Olvídame

ePub r1.0

Titivillus 23-11-2020

Título original: *Forget My Name*
J. S. Monroe, 2018
Traducción: Victoria Horrillo Ledesma

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Día uno

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Día dos

- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Día tres

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Día cuatro

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Capítulo 101

Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Un mes más tarde
Capítulo 108
Capítulo 109
Agradecimientos
Sobre el autor

En recuerdo de Len Heath

Otra forma de retentiva es la capacidad de revivir con la mente esas ideas que, tras dejar su impronta, desaparecen o se hurtan, por así decirlo, a nuestra vista (...) Pues no permitiendo la estrechez de la mente humana el tener a un tiempo gran número de ideas a la vista y a la consideración del entendimiento, es preciso disponer de un depósito donde almacenar aquellas a las que pueda darse uso en otro momento.

John Locke, sobre la memoria,
en *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690)

DÍA UNO

1

«No recuerdo mi nombre».

Me repito esas palabras como un mantra mientras trato de conservar la calma, de asimilar por completo su significado. Libre de las ataduras de mi antigua vida, ahora solo el presente puede guiarme.

Al apearme del tren aspiro el aire fresco del campo hasta llenarme con él los pulmones y zigzagueo por el andén que lleva a la carretera, siguiendo a una columna de fatigados usuarios del transporte público. ¿Tendría que reconocer a alguno? La hora punta no ha hecho más que empezar. A mi izquierda, un río se abre camino a tientas por un prado; sus aguas poco profundas centellean al sol de verano. Se oyen balidos a lo lejos, del campo de críquet que hay junto a la iglesia se alza de pronto un clamor de júbilo. Más allá, sembrados de colza, color de mostaza inglesa. Y luego está el canal, con sus hileras de falúas de colores amarradas a lo largo del camino de sirga.

El pueblo está solo a una hora en tren de Londres, pero tiene un aire muy rural. Muy pastoral. Cruzo el puente de las vías y enfilo la calle mayor, paso de largo junto a un buzón de correos mientras intento concentrarme. Sé que estoy haciendo lo correcto. La amnesia temporal pueden desencadenarla toda clase de cosas, las drogas, el alcohol, o puede que ambos, pero el estrés relacionado con el trabajo es una de sus causas más frecuentes: las vías neuronales más trilladas se colapsan, bloqueadas por los escombros de una vida desquiciante. Y en tales circunstancias la propia casa es el mejor refugio. El correo en el felpudo, las cartas con un nombre en el sobre.

Al llegar a un *pub*, tuerzo a la derecha, hacia una calle flanqueada por casas viejas con techumbre de paja. Debería sentir alivio mientras me dirijo a la última vivienda de la derecha, una casita con la puerta de color azul verdoso y una glicinia colgante, pero no lo siento.

Tengo miedo.

Trato de imaginarme cerrando la puerta a mi espalda y arrellanándome en el sofá para ver telebasura con una copa grande de Sauvignon Blanc bien frío.

Pero no tengo la llave. De pie delante de la casa, miro a un lado y otro de la calle y oigo una voz detrás de la puerta. Tiene acento americano. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Me acerco a la ventana y miro dentro. Dos personas se mueven por la cocina; el sol que entra de soslayo por la puerta doble del jardín, a su espalda, recorta sus siluetas. Miro esas dos figuras sin poder apenas respirar. Fijo la vista en el hombre que corta lechuga en la isla de la cocina con un gran cuchillo cuyo acero refleja la luz. Quiero dar media vuelta y echar a correr calle abajo, pero me obligo a mirarle mientras corta. Detrás de él, la mujer, parada delante de un fregadero Belfast, llena de agua una cazuela.

Regreso a la puerta, compruebo el número de la casa. Es el correcto. Me tiemblan tanto los dedos que no atino a pulsar el timbre, así que agarro con las dos manos la aldaba de hierro forjado y llamo, con la cabeza inclinada hacia delante como un orante. «*Om mani padme hum*». Como no abren, vuelvo a llamar.

—Ya voy yo —dice el hombre.

Retrocedo hacia la calle y estoy a punto de perder pie cuando se abre la puerta.

—¿Sí? ¿Qué quería? —pregunta él con una sonrisilla inquieta.

Me noto mareada. Nos miramos un segundo escudriñándonos mutuamente como si buscáramos una explicación, un indicio de reconocimiento. Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. Él mira mi maleta y luego vuelve a mirarme. Yo lo miro todo el tiempo que puedo —uno, dos, tres segundos— y luego desvío los ojos.

Sé que debería decir algo —«¿*Quién es usted? ¿Qué narices hace en mi casa? Por favor, dígame que esto no está pasando, después del día que llevo hoy*»—, pero me quedo callada. Sin habla.

—No nos interesa comprar nada —dice al tiempo que amaga con cerrar la puerta—. Lo siento.

Reconozco el acento: ese deje engreído, informal, de los neoyorquinos. Él echa otro vistazo a mi maleta. Debe de pensar que está llena de guantes para horno y fundas de tabla de planchar, o de cualquier otra cosa que se venda a domicilio hoy en día.

—Espere —digo, y es un alivio saber que aún recuerdo cómo hablar.

Mi voz le sobresalta. ¿He gritado? Empiezo a notar un pitido agudo en los oídos.

—¿Sí?

Tiene la cara enjuta, la expresión alerta, los ojos de un azul desvaído hundidos en el cráneo, la perilla bien recortada, el pelo recogido en una coleta. Intuyo que no le cerraría la puerta a una desconocida; no es su estilo.

—¿Quién es, cariño? —pregunta la mujer a su espalda con acento inglés.

El hombre dibuja una sonrisa de intensidad casi beatífica. La cara de Fleur aparece delante de mis ojos con una sonrisa fugaz en los labios. Apoyo dos dedos en el tatuaje de mi muñeca, escondido bajo la manga de la blusa. Sé que tenemos uno cada una: una hermosa flor de loto morada, abierta solo a medias. Ojalá recordara más.

—Vivo aquí —consigo decir—. He estado de viaje por trabajo. Esta es mi casa.

—¿Su casa? —pregunta él, y se cruza de brazos y se apoya contra el quicio de la puerta.

Va bien vestido: camisa de dibujos florales abotonada hasta el cuello, chaqueta de punto gris oscura, vaqueros caros, de no sé qué marca. Da la impresión de que lo que he dicho le ha hecho gracia, más que parecerle raro, y mira calle arriba y calle abajo buscando quizá una cámara de televisión oculta o un presentador con un micro en la mano. Puede que solo se alegre de que no quiera venderle aloe vera.

—Tenía la llave en el bolso, pero lo he perdido en el aeropuerto, junto con el pasaporte, el portátil, el iPhone, el monedero... —Me interrumpo, ensordecida por el pitido insoportable que noto en los oídos—. Iba a pedirles la llave a los vecinos, y luego he pensado en llamar a la policía para denunciar...

Noto que todo empieza a darme vueltas. Me obligo a mirarle otra vez, pero solo veo a Fleur en la puerta de su piso preguntando si quiero entrar. Respiro hondo, visualizo un árbol de bodhi, una figura en reposo bajo sus ramas sagradas, sedantes. No sirve de nada. Nada funciona. Creía que podría con esto, pero no puedo.

—¿Puedo entrar? —pregunto mientras mi cuerpo oscila sin control—. ¿Por favor?

La mano que me agarra del codo suaviza la caída.

2

—Es muy guapa.

—No me he fijado.

—Venga ya, es preciosa.

—Necesita ayuda.

—Los del centro de salud han dicho que llamarían en un cuarto de hora.

Los escucho, tumbada con los ojos cerrados. Están en la cocina, donde los he visto por primera vez desde el otro lado de la ventana, y yo estoy en el cuartito de estar que da a la fachada. Él habla con voz segura y confiada. La de ella es más suave, más vacilante. Después de desmayarme en la puerta, me he despertado en el sofá y he charlado un momento con la mujer, que se llama Laura. Le he asegurado que estaba bien, que solo necesitaba cerrar los ojos unos minutos, hasta que se me pasara el mareo. De eso hace cinco minutos.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta Laura al entrar en el cuarto de estar.

Vuelvo la cabeza hacia ella.

—Un poco. Gracias.

Lleva en la mano una taza grande de poleo menta. Noto que se me ha subido un poco la manga de la blusa y que el tatuaje del loto asoma por debajo.

—Te he traído esto.

Deja la taza sobre la mesa baja de estilo indio, delante del sofá. La taza tiene a un lado un dibujo de un gato haciendo yoga. Estiro involuntariamente la espalda.

—Hemos llamado al centro de salud de aquí, del pueblo —dice Laura echando un vistazo a mi muñeca—. La doctora va a llamar dentro de un momento.

—Gracias —repito con voz débil.

—¿Sigues mareada?

—Un poco.

Extiendo el brazo para coger la taza. Laura tiene treinta años o poco más. Viste mallas deportivas y camiseta fluorescente como si estuviera a punto de salir a correr, y se nota que está en forma: alta y elegante, tiene el pelo recogido hacia arriba en un moño y la piel luminosa. Si no fuera por las ojeras profundas, parecería casi irreal.

—Tony dice que creías que esta era tu casa —dice tratando de insuflar ligereza a sus palabras.

Bebo un sorbo del poleo caliente endulzado con miel, confiando en que disipe la fría angustia que noto en el estómago.

—Dice que ibas a pedirles la llave a los vecinos.

Logra emitir otra risilla y luego se para y aparta la mirada.

—Es mi casa —murmuro mientras rodeo la taza con las manos para sentir su calor.

Noto que ella se crispa. Nada evidente —es demasiado educada para eso —, solo un ligero reajuste. Tony, que debe de estar escuchando, aparece en la puerta que comunica el cuarto de estar y la cocina.

—Gracias por la infusión —digo, ansiosa por disipar la tensión—. Y por llamar al centro de salud. Seguro que enseguida me pondré bien.

—Bueno, no, si sigues pensando que esta es tu casa —responde Tony.

Sonríe, pero noto un asomo de irritación en su voz. Aún se me ve el tatuaje. Pasados unos segundos, me bajo tranquilamente la manga para taparlo.

Bebo un sorbo de poleo y echo un vistazo a la habitación de techo bajo. Está todo impecable, todo en su sitio. Una estufa de hierro encajada en la chimenea rinconera; a un lado, un montón de leños, redondeados como molinos de oración tibetanos y apilados con esmero; una colección de libros de yoga y autoayuda en una estantería pequeña, ordenados por altura; un tablero de *senku*, de madera, con todas las bolas en su sitio. Hasta las varillas del ambientador «Seychelles» de White Company que hay en el alféizar de la ventana están espaciadas a la perfección. Puede que su contenido haya cambiado, pero la casa, con sus reducidas dimensiones, sigue resultándome familiar.

—He venido porque... —Hago una pausa, sorprendida por la emoción que denota mi voz—. Estoy teniendo una mala época en el trabajo. Hoy me he escapado de un congreso y he perdido el bolso en el aeropuerto. He intentado denunciarlo, pero no me acordaba de cómo me llamo.

Me quedo otra vez callada.

—¿Y ahora sí te acuerdas? —pregunta Laura volviéndose hacia Tony—. Todos tenemos esos momentos de abueletes.

Tony aparta la mirada.

Yo niego con la cabeza. «No recuerdo mi nombre».

—En el aeropuerto, solo me acordaba de dónde vivía. He pensado que, si venía aquí, a mi casa, a este refugio, todo se arreglaría. Lo único que no he perdido ha sido el billete de tren para volver a casa.

—Y la maleta. —Tony señala la puerta de la calle, donde está la maleta con el asa todavía extendida—. ¿Dónde era ese congreso?

Ahora parece más interesado, menos a la defensiva.

Noto que se me saltan las lágrimas y no hago nada por detenerlas.

—No lo sé.

—No pasa nada. —Laura se sienta a mi lado en el sofá, y yo agradezco que me pase el brazo por los hombros. Ha sido un día duro.

—Debería haber una etiqueta en el asa —dice Tony al acercarse a la maleta.

—Está arrancada. Ya estaba así cuando la recogí en el carrusel.

Él me mira cuando se me quiebra la voz. Me veo a mí misma en el vestíbulo de llegadas, sentada al borde de un carrito abandonado, mirando las mismas seis maletas que daban vueltas y más vueltas en el carrusel de recogida de equipajes. Y entonces apareció la mía, delante de un paquete grande y amorfo envuelto con plástico negro y cinta aislante. Una imagen de Fleur vino y se fue, su cuerpo doblado sobre sí mismo como el de una contorsionista, toda ella codos y rodillas.

—¿Y en serio no recuerdas dónde era el congreso? —insiste Tony.

—Puede que fuera en Berlín. —Aflora otra imagen de Fleur, bailando frenéticamente con los ojos brillantes. Parpadeo y desaparece, se pierde en el vacío.

—¿En Berlín? —repite él, incapaz de disimular su sorpresa—. Bueno, algo es algo. ¿Qué aerolínea?

—Llegué a la terminal cinco.

—British Airways. ¿Sabes a qué hora?

—Esta mañana.

—¿Temprano?

—No estoy segura. Lo siento. He venido derecha aquí. Puede que a última hora de la mañana. O a la hora de comer.

—¿Y no recuerdas cómo te llamas?

—Tony —interviene Laura.

Empiezo a llorar otra vez, asustada por cómo suena todo cuando otro lo repite. Tengo que mantener la calma, avanzar paso a paso. Laura me abraza otra vez.

—Solo sé que esta es mi casa —digo secándome los ojos con el pañuelo de papel que me da—. Ahora mismo es lo único que recuerdo. Mi casa.

—Pero sabes que eso es imposible —responde Tony—. Puedo enseñarte las escrituras.

—No pasa nada —tercia Laura, y mira otra vez a Tony, que se sienta en el otro sofá, enfrente de nosotras—. Deberíamos llamar a la policía —añade—. Dejar nuestro número de teléfono, para que pregunten en el aeropuerto.

Se hace el silencio mientras sus palabras se asientan como polvo en la habitación, absorbidas por los ladrillos viejos de la chimenea hasta que no queda nada de ellas.

—Supongo que no serviría de nada, ¿no? —dice Tony pasados unos segundos, en tono más sosegado—. Si no sabe su nombre.

Otro silencio. Tengo que decirles todo lo que sé sobre esta casa, los detalles que recuerdo.

—Mi habitación está arriba, a la izquierda. La otra está enfrente, al otro lado del descansillo, pero es pequeña, tiene el tamaño justo para una cama de matrimonio —comienzo a decir—. Está junto al cuarto de baño. La ducha está en la esquina, la bañera debajo de la ventana. Hay otro cuartito pasado el cuarto de baño, es más bien un trastero que una habitación, y encima está la buhardilla.

Laura mira a Tony, que me observa con estupefacción.

—Al fondo del jardín hay una caseta de ladrillo, perfecta para despacho —continúo—. Y el cuarto de baño de abajo tiene ducha.

Estoy a punto de continuar, de hablarles de la despensa que hay junto a la cocina, cuando suena el teléfono.

—Será del centro de salud. —Laura coge el teléfono de la mesa baja que tenemos delante. Noto que le alegra la interrupción—. Sí, dice que no recuerda cómo se llama, ni dónde ha estado... Dice que vive aquí... No le he preguntado. —Tapa el teléfono con la mano—. Pregunta por tu fecha de nacimiento.

Se nota por su expresión que sabe que es una pregunta absurda. Meneo la cabeza.

—No lo sabe. —Escucha un rato. Luego vuelve a hablar—: Perdió su pasaporte en el aeropuerto, junto con las tarjetas bancarias, el ordenador portátil... —Me mira—. Y toda su documentación.

Yo asiento en silencio. Laura vuelve a escuchar, más tiempo esta vez. Me da la impresión de que conoce bien a la médica. Puede que sean amigas.

—Gracias, Susie. Te lo agradezco mucho.

Cuelga.

—La doctora Patterson, del centro de salud del pueblo, puede verte esta tarde. Un favor personal. Quería que fueras directamente al hospital por si hay alguna lesión física, un golpe en la cabeza, un ictus, esas cosas, pero la he convencido de que no hace falta. Nosotros estuvimos esperando una eternidad allí la semana pasada, ¿verdad, cariño? —Mira a Tony, que asiente con la cabeza, comprensivo.

—Seis horas —dice.

Doy un respingo al pensar en pasar tanto tiempo en un hospital.

—Como no sabemos si perteneces a este centro de salud, vas a ir a consulta con mi nombre.

—Gracias —digo.

—Puede que pertenezcas a este centro de salud —dice Tony.

—No lo sé —contesto—. Lo siento mucho. Por presentarme así.

—¿Has oído hablar de la amnesia psicógena? —pregunta Laura.

Tony levanta la mirada.

—Me lo ha dicho Susie, la doctora Patterson. Por lo visto, un trauma importante o una situación de estrés pueden causar una pérdida temporal de memoria. Un estado de fuga, creo que lo ha llamado. Prefiero que te lo explique ella. Pero al parecer vuelve. La memoria, digo. Con el tiempo. No hay por qué preocuparse. —Me toca la mano.

—Eso está bien —digo—. ¿Puedo usar el baño?

—Claro.

—¿Sabes dónde está el baño? —dice Tony al apartarse para dejarme pasar.

No contesto. Primera puerta a la izquierda, pasada la cocina.

3

Cuando vuelvo al cuarto de estar, Tony está hablando por teléfono, esperando que le pasen con alguien. Al verme, se vuelve de espaldas.

—Tony está llamando a la comisaría de Heathrow —dice Laura—. Para avisar de que has perdido el bolso y de que estás aquí y tienes problemas de memoria. Seguro que en control de pasaportes podrán mirar quién ha llegado hoy de Berlín y cotejar tu fotografía en sus bases de datos.

—Estoy en espera para que me pongan con el Equipo de Seguridad Ciudadana de la Terminal 5 de Heathrow —explica Tony con expresión de fastidio mientras tapa el teléfono con la mano—. No es muy alentador, ¿verdad? —Su irritación parece disolverse cuando me mira—. ¿Qué tal te encuentras? —pregunta.

Esbozo una sonrisa y me siento junto a Laura en el sofá.

—¿A qué hora es la cita con el médico?

Ella mira su reloj, un Fitbit morado.

—Dentro de veinte minutos. Estaba pensando... ¿Hay alguien a quien podamos llamar? ¿A tus padres, quizá? ¿A algún amigo? ¿A tu pareja?

Bajo la mirada, empieza a temblarme el labio.

—Lo siento —dice Laura—. Ya te acordarás. Solo hace falta que tu mente se estabilice un poco.

—¡Hombre, ya era hora! —exclama Tony entrando en la cocina con el teléfono. Mira a Laura y sonríe.

—No le gusta mucho la policía. —Laura me mira, incapaz de refrenar una risilla—. Siempre le pillan saltándose el límite de velocidad.

—Tenía una amiga —digo—. Llevaba una foto suya en el bolso.

—¿Sabes dónde vive? —pregunta Laura, animada—. Podríamos llamarla.

—Murió.

Me quedo callada un momento tratando de recordar la cara de Fleur. Y entonces la veo sentada en la bañera con las rodillas levantadas, llorando. Me esfuerzo por recordar algo más, pero la imagen se disuelve por completo.

—Es lo único que sé —añado.

—Ah.

En medio del incómodo silencio que sigue, escuchamos a Tony hablar por teléfono en la cocina. Explica que he perdido mi bolso y que no recuerdo cómo me llamo, y luego me describe brevemente mirándome a través del cristal de la puerta.

—Pelo corto, oscuro, veintitantos años. Traje de chaqueta, una maleta... Ahora vamos a mirar dentro... Llegó a la Terminal 5 esta mañana a última hora, puede que a mediodía. Un vuelo de British Airways procedente de Berlín... Dice que lo ha perdido o que se lo han robado en Llegadas.

De nuevo, al oír cómo me describe otra persona, se me revuelve el estómago. Laura nota mi malestar y me pone una mano en el brazo. Le gusta mucho tocar. Su cara está muy cerca de la mía. Demasiado cerca.

—¿Otra infusión?

—No, gracias.

—¿Abrimos tu maleta?

Hago amago de levantarme, pero Laura ya se ha puesto en pie.

—Ya la traigo yo.

Laura acerca la maleta en el momento en que Tony cuelga el teléfono.

—Me han dicho que hay una página web donde están recogidos todos los objetos perdidos que aparecen en el aeropuerto —nos dice—, pero no te hagas muchas ilusiones. Tardan cuarenta y ocho horas en subirlos a la página.

—¿Y su nombre? ¿Van a comprobar el registro de pasajeros? —pregunta Laura.

—Tienen mejores cosas que hacer. No hay nadie en peligro ni es una amenaza para la seguridad pública. Me han dicho que esto es más bien asunto de los servicios sociales. ¿Hay algo dentro?

Laura me deja abrir la cremallera.

—Creo que solo hay ropa —digo al arrodillarme en el suelo y levantar la tapa.

Arriba hay dos bragas negras, una camiseta interior de color crema y un sujetador negro. Laura mira a Tony, que se ha quedado un poco apartado, guardando una distancia prudencial. Rebusco entre la ropa de debajo: otro traje negro como el que llevo puesto, con la chaqueta cuidadosamente doblada encima de la falda; tres blusas, unos vaqueros, dos camisetas, otro sujetador, unos zapatos de tacón, dos libros de bolsillo, una caja de tampones, un neceser, algo de ropa deportiva, una bolsa de plástico llena de medias sucias y una esterilla de yoga enrollada.

—Debes de haber estado fuera unos días —comenta Laura.

—Eso parece. —Sigo hurgando frenéticamente—. Tiene que haber algo aquí que me permita saber quién soy.

—¿Haces yoga?

—Supongo que sí —contesto sin dejar de rebuscar entre mis cosas. «*Om mani padme hum*».

—Yo soy profe. De Vinyasa. Podríamos hacer yoga juntas. Quizá te ayude.

—Estaría bien.

Laura me está poniendo cada vez más nerviosa. Desde que ha aparecido en la puerta, ha sido la amabilidad personificada. Me pongo en cuclillas y cierro la maleta con gesto resignado.

—No te preocupes —me dice tocándome otra vez el brazo.

—¿No hay una agenda? —pregunta Tony, que va a sentarse con ella en el sofá—. ¿Ni una factura de hotel?

—Creo que todo eso estaba en el bolso. Lo siento.

—No es culpa tuya —dice Laura.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Tony la mira. Tengo la impresión de que a ella le preocupa a veces lo que vaya a soltar—. ¿Te acuerdas de lo que ha pasado hoy, antes, quiero decir? ¿Recuerdas haber llamado a nuestra puerta hace media hora?

Asiento con un gesto.

—¿Y del trayecto hasta aquí?

—Sí.

—¿Pero del vuelo no?

—No.

—Tony... —dice Laura poniéndole una mano en la rodilla. Él pone la mano sobre la suya.

—No pasa nada —digo.

Laura intenta protegerme, y es muy amable por su parte, pero también necesito saber la respuesta a las preguntas de Tony, por más que me cueste encontrarla.

—Creo que empezó cuando fui a la oficina de objetos perdidos. De ahí para atrás, lo tengo todo confuso, desde que el empleado me preguntó mi nombre y no supe decírselo.

—No me sorprende —dice Laura—. Debe de ser muy desconcertante.

—Una pesadilla —añade Tony en tono más comprensivo.

—Me acuerdo de un par de cosas de antes, cuando apareció mi maleta en el carrusel de recogida de equipajes, pero... Antes de eso, nada.

Empiezo a marearme otra vez.

—¿Y no recuerdas nada de tu familia? —pregunta él.

Laura se levanta.

—Creo que deberíamos dejarlo —dice—. Hasta que la vea un médico. Es hora de irnos.

—Estoy bien, de verdad. —Miro a Tony, que me observa en silencio.

—¿Y tu nombre? ¿Nada?

Meneo la cabeza.

—A mí me parece que te pega llamarte Jemma —dice al recostarse en el sofá—. Sí, Jemma.

Me encojo de hombros.

—No sé.

—Jemma, con jota —añade Tony, y Laura me mira y luego a él—. Puedes quedarte aquí si quieres, en el cuarto de invitados —dice con otro asomo de esa sonrisa serena que me dedicó antes, cuando estaba en la puerta—. Unos días, mientras te recuperas un poco. Esto no tiene que estar siendo fácil para ti.

—Por supuesto que sí —dice Laura.

Noto que estaba esperando que me lo ofreciera.

—Pero nada de derechos de okupa —agrega él—. He leído sobre esas cosas.

Creo que va en broma.

Un minuto después, estamos en la puerta. Me pone nerviosa salir, alejarme de la casa y echarme otra vez al mundo. Laura nota mi intranquilidad.

—No pasa nada, yo voy contigo —dice.

—Seguro que la médica podrá ayudarte —añade Tony—. Es muy buena. Y dará fe de que vivimos aquí.

Abrimos la puerta justo cuando pasa un hombre.

—Buenas noches —le dice a Laura—. ¿Qué tal va eso? ¿Ya están instalados?

4

Tony actúa con rapidez tan pronto se cierra la puerta. Sabe que es innecesario, pero Laura quiere estar segura de que los locos no son ellos, sino la mujer que se ha presentado hoy en su casa. Laura ha conseguido controlar su nerviosismo —gracias al yoga—, pero él sabe por experiencia que es preferible afrontar las preocupaciones de su mujer de inmediato, antes de que se agiganten.

Arriba, despliega una escalera de mano, la coloca en el descansillo y gira la llave de la trampilla. La buhardilla es su espacio, su cueva, como lo llama Laura. Ella no sube nunca. El suelo está cubierto por completo de cajas, etiquetadas por años. Dentro de las cajas hay hojas de negativos de tiempos predigitales. La mayoría de bodas, pero al fondo a la izquierda hay también una fila de cajas de la que está muy orgulloso: su colección de fotografías diarias, 365 por año. Una foto de Laura dormida; una filigrana de nubes altas; conchas en la playa.

Laura se burla de él, dice que son señal de que no quiere pasar página, de que se resiste a vivir el momento, pero no se trata de eso. Se trata de recordar. De no olvidar. Hay gente que lleva un diario; él hace una foto cada día. No es gran cosa. Desde hace unos años, las cuelga en Instagram en vez de imprimirlas.

Se inclina, elige una caja al azar y saca una fotografía: un árbol cuajado de nieve a finales de marzo, unas semanas antes de que se casaran. Se acuerda de ese día, del momento exacto. Sus sinapsis están bien: el tráfico neuronal sigue fluyendo sin tropiezos. Unos minutos después de hacer la foto, ayudó a Laura a quitar la gruesa capa de nieve que cubría su Volkswagen Escarabajo. Se rieron, se lanzaron bolas de nieve. Fue un mes después de otro aborto y ella intentaba hacer de tripas corazón, pero ambos sabían cuánto les gustaba la nieve a los niños, y lo feliz que la habría hecho a ella tener un hijo.

Guarda la foto y se vuelve hacia una caja llena de papeles de la casa: la tasación de la inmobiliaria, el informe de eficiencia energética, la nota del

catastro y, por último, una copia simple de la escritura de propiedad. Todo en orden. Por supuesto. ¿En qué cabeza cabe? Saca una foto de los papeles con el móvil y se la manda.

Laura sospecha que la mujer a la que él ha dado el nombre de Jemma vivió aquí en algún momento. Han hablado de ello mientras Jemma estaba en el cuarto de baño, Laura opina que eso explicaría por qué conoce tan bien la casa, lo que no deja de ser inquietante.

Los dueños anteriores le dieron a Laura un fajo de documentos antiguos que está al fondo de la caja y una lista de los propietarios previos. Eran aficionados a la genealogía inmobiliaria y habían rastreado la propiedad de la casa hasta el año de su construcción, 1780. Tony encuentra la lista de nombres y le echa un vistazo. No hace falta mandarle una foto a Laura.

5

—Nos mudamos hace un mes —explica Laura mientras van por la calle, hacia el *pub*—. Estuvimos un año y medio viviendo de alquiler en el pueblo, esperando a que pusieran en venta la casa.

—Es antigua, ¿verdad? —pregunto yo.

—Del siglo dieciocho, creo. Tony estaba empeñado en comprarla, quería tener un pedacito de historia inglesa.

Pasamos junto a una pareja joven que empuja un carrito ultramoderno. Otro niño va tras ellos haciendo eses, montado en una sencilla bici de madera sin pedales. El *pub* del pueblo, en la esquina de la calle mayor, está lleno; hay gente fuera, bebiendo en la acera. Tony se ha quedado en casa para hacer la cena, que estará lista cuando vuelvan, si le apetece cenar con ellos.

—¿Sabéis quién vivía en la casa antes que vosotros? —pregunto.

—Una pareja joven con un niño pequeño. Él trabaja en Vodafone y le trasladaron. Ella era maestra en el colegio del pueblo.

—No soy yo, entonces —digo esbozando con esfuerzo una sonrisa.

—Tony y yo ya lo habíamos pensado. Sería la explicación más lógica.

Llegamos al centro de salud del pueblo, un edificio nuevo, con fachada de cristal, escalera y rampa de acceso a la entrada principal. Solo podía ser un consultorio médico, un lugar lleno de médicos, desinfectante, instrumentos afilados. Se me encoge el estómago. Mi mente es como un pájaro que, en busca del mar abierto, se posara de tanto en tanto en islotes de recuerdos.

—Puede que hayas vivido en la casa de pequeña —aventura Laura mientras subimos los escalones—. Está claro que tienes algún vínculo con ella.

—Solo sabía que tenía que volver aquí —digo al tomar asiento en la sala de espera.

—Tenemos una lista de todos los propietarios anteriores en la buhardilla. Podemos ver si está tu nombre, cuando lo recuerdes.

Cojo una revista mientras ella marca su fecha de nacimiento en el monitor para que en el consultorio sepan que ha llegado. La revista es un número atrasado de *Country Living*, lleno de preciosas casas de campo con rosas en torno a la puerta. Me siento desubicada. Ajena a todo. ¿Qué hago aquí, en un centro de salud de la Inglaterra rural?

—Perdona que te moleste —dice una voz masculina en tono inseguro, vacilante.

Levanto la vista y veo delante de mí a un hombre de cuarenta y tantos años, puede que mayor. Viste traje de lino color crema, camisa blanca sin cuello ni corbata y zapatos de ante marrón. Lleva colgado del hombro un bolso grande de color marrón. No lo he visto en mi vida. Por lo menos, eso creo.

—¿Nos conocemos? —pregunta.

Niego con la cabeza, visiblemente confusa. ¿Intenta ligar conmigo?

—Ah, vale, perdona —dice mirándome con una mezcla de sorpresa y azoramiento—. Te he confundido con otra persona.

—¡Luke! —Laura se acerca corriendo a nosotros.

—Laura, no te había visto. —La besa en las mejillas—. Me había parecido que conocía de algo a tu amiga. —Se ríe con nerviosismo, aunque da la impresión de que nuestro encuentro no le hace ninguna gracia—. De hace mucho tiempo —añade con un hilo de voz.

Laura me mira buscando en vano una señal de que reconozco al tal Luke. Me devano los sesos, pero nada: está todo en blanco. No me suena de nada.

—Siento la desilusión —le digo.

A pesar de su expresión de asombro, tiene una sonrisa bonita y por un instante fugaz pienso que ojalá nos conociéramos.

—No tienes por qué sentirlo —dice.

Se hace un silencio mientras espera a que nos presenten, mirando primero a Laura y luego a mí. Se le borra la sonrisa cuando clava los ojos en los míos. ¿Qué está pensando?

—El error ha sido mío —añade con más calma, llenando el silencio—. Es curioso cómo funciona la memoria.

Laura se sienta a mi lado mientras Luke se aleja.

—Qué raro —digo mientras me remuevo incómoda en mi asiento.

—No podía presentártelo porque...

—Sí, ya lo sé, no pasa nada.

—Por un momento he pensado que habíamos resuelto el misterio. Cuando ha dicho que te había reconocido.

—Yo también. —Me recuesto en el asiento—. Puede que le conozca. Parecía muy majo.

—¿Luke? Es un sol.

—¿Laura Masters? —llaman desde el pasillo.

—Nos toca —dice Laura al levantarse—. Luke es periodista. Escribió un artículo sobre el vicario del pueblo, que me prohibió dar clases de yoga en el centro parroquial porque decía que el yoga «hundía sus raíces en el hinduismo».

—Eso no suena muy cristiano.

—Se montó una buena. Por lo visto, el vicario no quería que nadie pensara que apoyaba «una visión alternativa del mundo». No me extraña que ya nadie vaya a la iglesia.

Justo cuando salimos de la sala de espera, Luke reaparece a mi lado.

—Perdona, he olvidado darte una de estas —dice tendiéndome una tarjetita.

—Gracias —contesto desconcertada.

—Ya sabes, por si las moscas.

6

El teléfono de Laura vibra cuando entramos en la consulta de la doctora Susie Patterson. Laura echa un vistazo al móvil y me enseña la pantalla mientras ocupa una de las dos sillas vacías. Es un mensaje de Luke.

¿Quién es la chica nueva del pueblo? Me suena una barbaridad. x

Sonreímos las dos, aunque a decir verdad su interés me pone nerviosa. Me siento en la otra silla. En la consulta reina una limpieza opresiva y empiezo a notar una sensación de ahogo. Hay una camilla arrimada a la pared, cubierta por un rollo de papel blanco. Y encima de la mesa, alineados como cubiertos, están los útiles de la doctora Patterson. Desvío la mirada, junto las manos. Me había imaginado una sala de consulta inofensiva. Tengo que hacer un esfuerzo por levantar los ojos.

—Gracias por citarnos tan pronto, Susie —dice Laura.

—No hay de qué —contesta la doctora Patterson.

Debe de tener poco más de cincuenta años. Segura de sí misma y bienhablada, pero no pija. No tiene pinta de andarse con tonterías. Viste jersey de cachemira ceñido de color gris topo, con un sencillo collar de perlas al cuello. Según me ha dicho Laura, es médica suplente y antes era socia en una clínica de Devizes. Son buenas amigas, sospecho.

—Gracias —añado.

—Bueno, cuéntame qué ha pasado, cuándo te diste cuenta de que no recordabas quién eras.

Le cuento exactamente lo mismo que les he contado a Laura y Tony.

—Es muy desconcertante no saber cómo me llamo.

—Me lo imagino —contesta ella.

—Cuando intento recordar, solo noto un vacío dentro de mi cabeza —explico con voz firme, aunque me tiembla la pierna.

—¿Pudiste darle algún dato a la persona que atendía la oficina de objetos perdidos?

—No, nada. —Me interrumpo y pienso otra vez en mi encuentro con Luke en la sala de espera. ¿Quién ha pensado que era?—. Creo que lo más fácil es que me llaméis Jemma.

—¿Jemma? ¿Por qué?

—Voy a necesitar un nombre y...

—Tony dice que le pega llamarse Jemma —explica Laura con una risa nerviosa—. Con jota.

—¿Y a ti qué te parece el nombre? —pregunta la doctora Patterson.

—Está bien. De momento.

De algún modo tienen que llamarme.

—¿Qué tal te sientes ahora?

Respiro hondo.

—Desconectada. Aislada. Asustada.

La doctora se recuesta en su silla y mira la pantalla del ordenador. Detrás de ella, en la pared, hay un mapamundi de buen tamaño con ilustraciones de las vacunas recomendadas para cada país. Su cabeza tapa en parte el sur de la India: difteria, hepatitis A, tétano y fiebre tifoidea.

—Es muy normal que una persona en tu situación se sienta así —afirma—. Esa sensación de desconexión de la que hablas también puede convertirse en mal humor y depresión.

—No sé qué habría hecho si no me hubiera encontrado con Laura —digo, y siento otra punzada de culpabilidad al pensar en esta mujer que está siendo tan amable a pesar de no conocerme de nada.

La doctora mira a Laura y luego vuelve a fijar los ojos en mí.

—Antes hemos hablado por teléfono de los distintos tipos de amnesia. En la mayoría de los casos, las pérdidas de memoria como esta se pasan con bastante rapidez, a veces en cuestión de horas. Si la amnesia persiste, habrá que hacerte pruebas para saber si hay alguna lesión física en el cerebro. También tendremos que descartar causas orgánicas como un ictus, un tumor cerebral, un ataque epiléptico, encefalitis o trastornos del tiroides, o incluso un déficit de vitamina B. Las drogas recreativas y el alcohol también pueden causar pérdidas temporales de memoria. Pero en mi opinión estás experimentando lo que denominamos amnesia psicógena o disociativa. El estrés es una de las causas principales.

Me enderezo en la silla, consciente de que pasa gente por la acera, al otro lado de la ventana. Es desconcertante oír hablar de mí en esos términos médicos.

—¿Quieres agua? —pregunta la doctora Patterson al notar mi malestar.

Asiento con la cabeza y veo que llena un vaso con agua de una botella de plástico y me lo pasa.

—Ahora solo voy a tomarte la tensión —dice al levantarse—. A oírte el corazón y ver cómo respiras.

Sigue hablando mientras me pone el manguito en el brazo, cierra el velcro y empieza a inflarlo. Yo intento relajarme, concentrarme en la respiración, en la parte inferior de mis pulmones.

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta y digo que no con la cabeza—. ¿El mes? ¿El año?

—No, lo siento.

Es todo tan difícil...

—¿Dónde estamos?

Meneo otra vez la cabeza. Oigo la voz de Fleur en mi oído. Ahora mismo, lo único que quiero es acurrucarme en una cama y llorar.

—Está bien —dice al desprender el velcro—. También quiero hacerte un examen neurológico muy breve.

Se me crispan las manos cuando coge el estetoscopio de la mesa. Tras oírme el corazón, me hace una serie de pruebas para comprobar mi equilibrio, el movimiento de los ojos y el campo visual, me ilumina las pupilas con una linterna y examina los músculos de mi cara y mi cuello. Entonces coge el oftalmoscopio. La imagen de una bata blanca viene y va.

—Solo voy a examinarte la retina —dice al ver que doy un respingo—. Y a ver si tienes la presión intracraneal más alta de lo normal —añade con la mejilla casi pegada a la mía—. Parece que está todo bien.

Vuelve a sentarse y deja el instrumento sobre la mesa. Fijo los ojos en él un segundo; luego aparto la mirada.

—Algunas personas sufren amnesia anterógrada, o sea que no pueden formar nuevos recuerdos. Recuerdan el pasado, incluso recuerdan el hecho que les causó la amnesia, pero no recuerdan nada posterior. Veremos qué recuerdas mañana, después de dormir toda la noche.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Cabe la posibilidad de que olvides todo lo que ha pasado hoy. —Mira a Laura—. El otro tipo principal de amnesia es la retrógrada: no recuerdas nada de lo ocurrido antes del acontecimiento que te causa la pérdida de memoria. Ni detalles biográficos, ni tu nombre, ni tu dirección, ni tu familia, ni amigos, nada. Pero puedes, en cambio, formar recuerdos nuevos. Sospecho que es eso lo que te está pasando.

—Pero ¿se pondrá mejor? —pregunta Laura.

—Es difícil saberlo en este momento —me dice la doctora—. Yo, desde luego, recomendaría que te hicieran más pruebas, quizá un escáner cerebral. Si es amnesia causada por el estrés, debería resolverse, pero puede que tarde algún tiempo. Es posible que estés sufriendo lo que llamamos una fuga disociativa. Una pérdida temporal de la identidad acompañada por un impulso repentino de huida, confusión y amnesia. Ahora mismo solo necesitas relajarte, hacer quizá un poco de yoga con Laura. Creo que ya se ha ofrecido.

Laura asiente, sonriendo.

—Sí, me gustaría —digo.

La amabilidad de Laura me da ganas de llorar.

—No creo que sea necesario que te ingresemos esta noche, ni siquiera aunque hubiera camas disponibles, que no las hay, me temo. La otra opción es que pases la noche en un pasillo, en urgencias.

—Mejor no.

—La semana pasada fue horrible —comenta Laura.

—Tienes la tensión un poco alta —prosigue la doctora Patterson sin hacer caso a su amiga—, pero eso es normal. Respiras bien y no he visto ningún síntoma que sugiera un posible ictus o una infección. —Mira a Laura—. ¿De verdad no os importa que pase la noche con vosotros?

—No, en serio, no hay ningún problema —responde Laura.

Aunque me sienta culpable, prefiero de lejos dormir en su casa.

—Normalmente me gusta descartar primero cualquier causa fisiológica, pero mañana viene la enfermera de psiquiatría y estamos de suerte: han cancelado una cita a las nueve. ¿Te viene bien?

Asiento mirando a Laura, que me devuelve la sonrisa.

—En la mayoría de los casos como este, la memoria semántica no se ve afectada. Se comprenden las palabras y se reconocen los colores, sabe uno cómo funcionan las cosas, conserva sus conocimientos de cultura general, ese tipo de cosas. Y no creo que vaya a haber ninguna otra disfunción cognitiva. No corres ningún peligro.

—Esta mañana, sabía lo que tenía que hacer con el billete de tren —digo—, si te refieres a eso.

—Si tenéis tiempo —prosigue, mirando a Laura—, daos una vuelta por el pueblo. Intenta relajarte para que se recuperen tus conexiones mentales. A menudo lo único que necesita la memoria es un disparadero, una cara conocida, algo que la ayude a reiniciarse. Podrías ir al concurso del *pub* esta noche. Quién sabe, a lo mejor alguien te reconoce. Estas cosas pueden resolverse muy rápidamente.

—Se acordaba del plano de nuestra casa —dice Laura, y el tenor de la conversación vuelve a cambiar.

—¿En serio?

—Sabía las habitaciones que hay arriba y que el baño de abajo tiene ducha. Y aún no lo había visto.

La doctora Patterson me mira y luego vuelve a clavar los ojos en su pantalla, pensativa.

—Pensamos que a lo mejor ha vivido aquí hace tiempo.

—Normalmente, en los casos de amnesia retrógrada, esos recuerdos episódicos también se pierden, aunque algunos pacientes pueden recordar cosas de un pasado muy distante.

—Puede que sea eso —me dice Laura—. Puede que vivieras en esa casa de pequeña.

La doctora Patterson no parece oírla o prefiere ignorar su teoría.

—Por si te sirve de algo, tenemos a tres Jemmas registradas en el consultorio, una de ellas con jota.

Hace una pausa y aparta la mirada de la pantalla para fijarla en mí. Laura y yo la miramos, extrañadas por el cambio repentino que se ha operado en su expresión. Su actitud despreocupada se disipa mientras mueve el cursor por la pantalla.

—¿Pasa algo? —pregunta Laura.

Miro fijamente a la doctora, temiendo lo que está a punto de decir.

—Nada —contesta volviendo a mirarnos, distraída, aunque salta a la vista que todavía está intentando asimilar lo que acaba de leer.

Las dos sabemos que está mintiendo.

—Supongo que podría llamarme Jemma —digo cuando salimos del centro médico al sol de la tarde—. Aunque no me explico cómo podría haberlo adivinado Tony.

Al otro lado de la calle, en la iglesia, los campaneros están practicando. Los tañidos se suceden con rapidez, uno tras otro, en escala descendente.

—Es un nombre que te pega —contesta Laura—. Y a Tony se le da bien adivinar el nombre de la gente. A veces da miedo.

—¿Tú sueles ir al concurso del *pub*?

—No soy muy de esas cosas. A Tony en cambio le encanta. Solo tiene cuarenta años, pero le aterra tener Alzheimer. Su padre murió de eso. El concurso es una especie de entrenamiento para él, para mantener el cerebro en forma, aunque no lo reconozca. No le gusta hablar del tema. —Laura suelta una risilla—. Ah, sí, y además le gusta cantar.

—¿Cantar?

—Después del concurso siempre hacen una sesión de micrófono abierto, para relajar el ambiente. El equipo que gana canta primero. A Tony no hay quien le pare. Yo, desde luego, no puedo. Le chifla cantar.

—¿Y a ti no te gusta cómo canta? —pregunto yo, sonriendo a mi vez.

—Bueno, ya sabes, «mas permitid que haya espacios en vuestra unión» y todo eso.

—«Y dejad que los vientos dancen entre vosotros». —La miro sorprendida. He acabado el verso sin pensarlo siquiera.

—¿Lo ves? Te acuerdas de cosas. —Se queda callada un momento mientras esperamos a cruzar la calle, junto a la iglesia—. Tony pasó bastante tiempo fotografiando a grupos de música cuando empezó a trabajar. Tenía la esperanza de poder cantar en uno. Antes también le cantaba a su padre. Cuando se estaba muriendo. Al parecer, aliviaba el Alzheimer, si es que eso es posible.

Seguimos un sendero junto al cementerio y cruzamos un prado hasta la vía del tren, que corre paralela al canal. Hay un tren en el apartadero, con el motor encendido. Tras cruzar las vías, Laura me enseña la ladera a la que fueron ella y Tony a lanzarse en trineo el primer fin de semana que pasaron en el pueblo.

—¿Tenéis hijos? —pregunto, y enseguida me arrepiento de haberlo preguntado.

A nuestra espalda, las campanas de la iglesia pierden momentáneamente el ritmo, entrechocan con estridencia. La casa estaba impecable, nada indica que haya niños.

—Lo hemos intentado —dice.

—Perdona, no debería haberlo preguntado.

—No pasa nada. Vamos a seguir intentándolo.

Seguimos el canal, junto a una fila de falúas amarradas. Las flores desbordan los flancos de las embarcaciones, como guirnaldas de las reinas de mayo.

—Sé que suena raro, pero ¿crees que tienes hijos? —pregunta Laura.

Me quedo pensando.

—No sé cómo podría saberlo.

—¿Te notas hecha polvo, estás cansada todo el santo día y te sientes culpable? —dice riendo—. Por lo menos, así lo describen las mamás de mi clase.

Después, la conversación languidece y Laura me enseña la cabaña de los *scouts*, llena de corrientes de aire, donde da clases de yoga. Me pregunto si está pensando en Susie Patterson y en lo que ha visto la doctora en la pantalla del ordenador. Algo la ha inquietado, algo ha alterado su calma profesional. Al volver a subir por la calle mayor, nos paramos frente a una cafetería.

—Este es el local de Tony —explica Laura—. Su orgullo y su alegría. Siempre soñó con tener un café vegano al estilo de Nueva York donde además pudiera colgar sus fotografías. Lo compramos hace un par de meses.

Miro el letrero. Dice *Seahorse*^[1] *Café*. Delante hay un mostrador con armarios de cristal y al fondo, donde las paredes están llenas de grandes fotografías enmarcadas, hay mesas y sillas.

—Antes era la tienda del pueblo —dice Laura.

—¿Esas fotos son tuyas? —Miro por el escaparate las fotografías de la pared del fondo.

—A Tony le encantan los caballitos de mar.

—Qué interesante —digo, y echo a andar de nuevo rápidamente—. ¿Siempre fue una tienda?

—No, también fue la panadería del pueblo hace mucho tiempo. ¿Te suena de algo?

Meneo la cabeza.

—El único sitio que tengo la sensación de haber visto antes es el *pub*.

—Y nuestra casa.

—Y vuestra casa —repito en voz baja, y me paro en la calle para mirar alrededor—. Ojalá supiera qué hago aquí. Quién soy.

Me toca el brazo y consigue esbozar una sonrisa antes de retomar la marcha. Esto es difícil para mí, pero también para ella. Una extraña que se presenta en su casa. Al torcer hacia School Road, vuelvo a acordarme del instante en que llamé a la puerta y se me dispara la adrenalina. Miro en derredor buscando algo que me distraiga. Más adelante, un techador está arreglando un tejado de paja. Hay briznas de paja esparcidas a los lados de la calle.

—¿Estás segura de que no os importa que me quede esta noche? —pregunto—. Tony parecía un poco...

—Claro que no nos importa. Tony está encantado de ayudarte. Igual que yo.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Nos casamos el año pasado. Llevábamos seis meses juntos. Fue un flechazo.

—¿Te casaste de blanco?

—No, qué va.

Laura se ríe. Un grupo de gente pasa a nuestro lado, camino del concurso del *pub*, quizá.

—Lo siento, no sé por qué te lo he preguntado.

Incapaz de hablar de mi propio pasado, parezco obsesionada por el de los demás.

—No importa. Fue un día precioso. Yo siempre creí que quería casarme de blanco, pero Tony me convenció de que no.

—¿Y eso por qué?

—Es fotógrafo de bodas. O lo era. Ha visto muchas bodas sin amor y no quería que la suya fuera tradicional. Así que me llevó a un campo en Cornualles, frente a la bahía de Veryan, cerca de donde nací. Fue muy romántico. Nos casamos en un puesto de vigilancia de la guardia costera, un edificio de piedra muy antiguo, delante de veinte amigos. Pasamos la tarde

bailando y bebiendo entre balas de heno y corderos recién nacidos mientras el sol se ponía sobre el mar.

Me sorprende descubrir que ese recuerdo de Laura hace brotar dentro de mí un sentimiento de tristeza insoportable que trato de sofocar con esfuerzo.

—Qué maravilla —digo—. Y al menos los corderos iban de blanco.

Laura sonríe cuando llegamos a la puerta delante de la cual me desmayé hace un rato. Y entonces se para.

—Por cierto, he visto tu tatuaje, es precioso —dice.

—Gracias. —Me lo miro como si lo viera por primera vez.

—¿Por qué una flor de loto? —pregunta mientras mete la llave en la cerradura.

Parpadeo y Fleur sonríe.

—No lo sé.

Ojalá lo supiera. Respiro hondo y entro detrás de ella en la casa.

8

Tony está haciendo la cena en la cocina y ha puesto cubiertos para tres en una mesita redonda que hay más allá de la isla. Suena un concierto de piano en el altavoz Bose, hay velas perfumadas encendidas y un gato persa azul dormita en el sofá. Es una estampa perfecta de serenidad doméstica, pero a mí me pone nerviosa estar otra vez aquí. El plan es cenar temprano. Luego, Tony se irá al *pub*, a participar en el concurso.

—¿Qué tal en el médico? —pregunta.

—Susie ha sido muy amable —dice Laura, respondiendo de nuevo por mí.

No lo hace con mala intención, pero yo necesito hablar por mí misma. Mi voz no es tan fuerte ni tan firme como quisiera.

—Al parecer sufro una fuga disociativa —digo.

—Qué interesante. —Tony coge una jarra de porcelana en forma de salmón bailando sobre su cola y sirve tres vasos de agua por la boca del pez —. Eso explicaría el viaje. La gente que se encuentra en estado de fuga suele viajar cientos de kilómetros, lejos de su hogar. Adopta identidades totalmente nuevas. ¿Sigues recordando cómo llegaste hoy aquí?

—De momento, sí —contesto, absorta en el gorgoteo de la jarra.

—Pero Susie dice que a lo mejor eso ha cambiado mañana por la mañana —interviene Laura.

—¿Y eso por qué? —Tony fija sus ojos azules en los míos y yo tengo que apartar la mirada.

—Entonces sabremos si puedo formar recuerdos nuevos o no.

—Amnesia anterógrada —dice él.

—Tony está obsesionado con no olvidar nada —dice Laura a modo de explicación.

Noto que no menciona a su padre, ni el Alzheimer.

—¿En serio? —pregunto sintiendo de pronto un picor en el cuero cabelludo, pero él prefiere no contestar.

—Lo he buscado en Internet cuando estabais fuera —dice mirando a Laura—. ¿Cenamos?

Pone sobre la mesa una lubina a la plancha con patatas asadas y una ensalada de tomate y aguacate aderezada con hinojo. Laura parece encantada de dejarle a sus anchas en la cocina.

—Como no sabía si eres vegetariana, he optado por hacer pescado —dice él al pasarme la fuente de la lubina.

—Yo tampoco lo sé —murmullo mientras me sirvo.

—La gente del pueblo cree que Tony es rigurosamente vegano, pero en casa come pescado —explica Laura—. Y yo sin marisco no puedo vivir.

—Es lo que tiene el amor —bromea Tony—. Hasta me comí un entrecot nuestra noche de bodas.

—¡Qué va! —se ríe Laura.

—Es broma. —Se inclina para besarla—. Pero no les digas a mis clientes lo del pescado.

—No se lo diré —contesto.

Las reservas que tenía Tony respecto a mí parecen haberse evaporado. Ha cambiado por completo de actitud, ahora se muestra cariñoso y hospitalario. Espero que siga así.

—Todo esto debe de hacérsete muy raro —comenta.

Está sentado frente a mí, y Laura a mi derecha.

—No tienes que comerte la comida si no te gusta —me dice ella.

—Tiene una pinta estupenda —respondo al pasarle la fuente del pescado.

—¿Dónde has comprado la lubina, cariño?

—En el mercado, claro —contesta Tony—. Pescada con anzuelo por un barquito de Brixham. Para ti, solo lo mejor.

Empiezo a sentirme como una intrusa en su boda, tan poco convencional.

—Volviendo a tu memoria —dice Tony volviendo a mirarme—, ¿por qué no vienes esta noche al concurso del *pub*? A ver si sabes alguna respuesta.

—Estaría bien —me descubro diciendo.

Estoy cansada, pero quiero ver a Luke, aclarar si tiene alguna idea de quién soy.

—Pero acuérdate de marcharte antes de que empiecen a cantar —añade Laura.

—Me pondré a cantar ahora mismo si no te andas con cuidado —contesta Tony.

—La doctora Patterson ha dicho que es posible que algo me haga recuperar la memoria. Una cara conocida, quizá. Puede que conozca a alguien

del *pub*, o que alguien me reconozca.

—Exacto —dice Tony.

—Órdenes del médico. —Laura sonríe y luego mira a Tony—. Y ha accedido a llamarse Jemma.

—Sabia decisión.

—He pensado que sería lo más fácil para todos.

—¿No te dije que Jemma le venía como anillo al dedo? —añade Tony, pero Laura está distraída.

Su móvil, que ha dejado sobre la mesa, entre nosotras, acaba de sonar anunciando la llegada de un mensaje.

—Perdona, es de Susie Patterson —dice con la vista fija en la pantalla.

—He intentado convencerla de que no mire el teléfono cuando estamos en la mesa. —Tony exhala un suspiro fingido—. Pero no me hace ni caso.

—Tengo que leerlo —dice Laura, y pasa tranquilamente el dedo por la pantalla.

Yo también me muero de ganas de leerlo, después de esa escena tan rara en la consulta. Intento echar una ojeada al teléfono sin que se note. Es un mensaje largo y solo alcanzo a ver el principio, pero eso basta para que se me encoja el estómago.

Tened cuidado con vuestra nueva amiga. Creo que sé quién es.

Laura coge el teléfono y me mira. Ya he desviado la mirada.

—¿Qué ocurre? —pregunta Tony.

Yo consigo sonreírle, con la boca seca, y luego sonrío a Laura. Ella no corresponde a mi sonrisa. Es como si alguien hubiera tirado de un tapón y toda su amabilidad se hubiera ido por el desagüe, dejando solo una mirada fría y dura en su semblante.

9

Ha sido un gran error venir al concurso. El mensaje de la doctora Patterson que ha recibido Laura ha hecho que me sienta más desvalida que antes. Y no esperaba que el *pub* fuera tan ruidoso ni que nos recibieran con tanto jaleo. Tony nota mi nerviosismo. Mientras nos dirigimos a la barra y todo el mundo nos saluda, me mira de tanto en tanto para ver si estoy bien.

Me pregunto si la gente del pueblo ya se ha enterado de lo mío. El *pub* es viejo, todo de ladrillo y suelos de madera. En la pared, encima de una chimenea abierta, hay una pizarra con la carta escrita a mano: *pizzas* y *empanadas caseras*. Hoy, el plato del día es *curri pastún de cordero de Abdul*. La única persona a la que reconozco es Luke, que me mira y luego se vuelve hacia otro hombre que hay en la barra.

Tony pide dos *bloody mary* sin alcohol, uno para mí y otro para él, detallando los ingredientes con precisión de forense: tres gotitas de tabasco, una pizca de sal de apio, dos chorritos de limón.

—¿Laura se encontraba bien? —le pregunto cuando me pasa la bebida. Me tiembla la mano cuando la cojo.

—Solo estaba cansada. Y un poco estresada por tu llegada.

—¿Qué le ha dicho la doctora Patterson? —insisto mientras evito por los pelos que se me derrame la bebida entre tanta gente.

Necesito salir de aquí. Está demasiado lleno. Una imagen fugaz de otro local abarrotado, yo bailando entre miles de hermosos desconocidos, Fleur cimbreado los brazos por encima de la cabeza al ritmo machacón de la música.

—Espero que no fuera nada sobre mí —añado, aturdida por el recuerdo, que se esfuma tan súbitamente como ha llegado.

Me digo a mí misma que podía haberme quedado en la casa, con Laura. Después de leer el mensaje, ha subido corriendo arriba. Tony ha ido detrás, pero cuando ha vuelto a bajar se ha comportado como si no pasara nada. Ha

estado amable y solícito, ha insistido en que viniera con él al concurso y me ha dicho que Laura quería acostarse temprano.

—Guerras del yoga —explica—. Se ha instalado una profesora nueva en el pueblo y Laura, siendo como es, ha intentado echarle una mano y, según Susie Patterson, va a perder clientes.

¿Intenta Tony ser amable únicamente? ¿Quiere protegerme? Puede que yo haya leído mal el mensaje.

—Así que Tony te ha convencido para que vengas al concurso —dice Luke al acercarse con su amigo—. Perdona lo de antes, en el consultorio.

Tony me pone una mano en el hombro.

—Vuelvo enseguida —dice, y se vuelve para hablar con un grupo que hay detrás de él.

—No pasa nada —le digo a Luke, aunque tengo la boca seca.

—Suelo tener buena memoria para las caras.

—En eso es un hacha —dice su amigo levantando su pinta hacia Luke.

—Este es mi amigo Sean, es irlandés —dice Luke—. Guionista de televisión, coleccionista de teorías conspiranoicas y el hombre más leído del pueblo, lo que le convierte en un rival temible.

Sean bebe a grandes tragos, echando la cabeza hacia atrás, hasta que alcanza a ver el fondo de la jarra vacía, que deja de golpe sobre la barra.

—A veces no me acuerdo ni de mi nombre.

Cierro los ojos un momento y miro para otro lado.

—Eso es porque siempre estás aquí —dice Luke, y me hace una mueca de disculpa. Debe de saber lo que me pasa.

—Vengo tan a menudo como me lo permiten mi mujer y mi cartera.

—Pero si no estás casado —responde Luke.

—Bueno, pero estoy seguro de que, sea quien sea mi futura mujer, será muy comprensiva.

—Me llamo Jemma, por cierto —interrumpo, tratando en vano de parecer animada.

—Jemma —repite Luke. Posa los ojos en mí un segundo; luego sacude la cabeza—. Lo siento, es que es tan raro... De verdad que me recuerdas mucho a alguien.

—¿A quién? —pregunto con nerviosismo.

—A su amor de la niñez —interviene Sean.

—No es lo que parece —dice Luke disculpándose de nuevo por su amigo.

—No pasa nada.

—Freya —añade Luke—. Se llamaba Freya Lal.

—Jemma no, entonces.

Él niega con la cabeza lentamente.

—Jemma es un nombre que me ha puesto Tony —explico—. No sé si te ha contado...

—Me llamó Laura. Después de que nos encontráramos en el centro de salud. Si puedo ayudarte en algo...

—Espero encontrarme mejor por la mañana.

Noto que intenta asimilar todo esto, analizar sus posibles implicaciones.

—Entonces no es tan absurdo que me haya parecido reconocerte —dice echando una ojeada al tatuaje de mi muñeca—. Puede que seas familia de Freya, ¿no? —Vuelve a observar mi cara, más serio esta vez, buscando aún un parecido—. Nadie ha vuelto a saber de ella desde que salimos del colegio. Se esfumó, desapareció.

—Amelia Earhart, toma dos —masculla Sean en voz baja mientras hace una seña al barman para que le sirvan otra.

—¿Y estás intentando encontrarla? —pregunto sin hacer caso de la extraña mirada que me lanza Sean.

—Hacía años que no pensaba en ella. —Luke parece incómodo; mira a Sean, que está enfrascado en su conversación con el barman—. Bueno, la verdad es que no —agrega en voz más baja—. Rompí con mi novia hace un mes. —Se queda callado un momento—. La verdad es que no sé por qué te cuento esto. Es una tontería, pero he empezado a buscar a Freya en Internet. Ya sabes, desde la ruptura.

—No es ninguna tontería —contesto.

Me cae bien Luke. Me gusta su franqueza.

—Para reconectar con mis raíces o algo así. Con mi infancia. Supongo que intento recuperar un poco de estabilidad. Últimamente me siento como si fuera a la deriva.

—Conozco esa sensación.

—Claro. Seguro que mucho más que yo. Perdona. Todo esto debe de ser muy desconcertante para ti.

—Siento interrumpir, chicos. —Tony ha vuelto con nosotros—. Pero el concurso va a empezar.

Sigo a los tres hasta una mesa grande que hay junto al ventanal. Los ocupantes de la mesa de al lado nos lanzan una andanada de comentarios sarcásticos. Es todo pura guasa; Tony parece estar en su salsa, no se corta ni un pelo, pero yo estoy cada vez más nerviosa.

—El equipo local de críquet —me explica Luke—. Tony juega con ellos. O por lo menos lo intenta. Le da a la pelota más como si jugara al béisbol que al críquet, pero desde que se les unieron los afganos han ganado todos los partidos.

—¿Los afganos?

—Dos hermanos que se han instalado aquí, en el pueblo. —Luke coge una de las hojas de papel que el dueño del *pub* va repartiendo por las mesas como un político en campaña electoral.

—La ronda de fotos —les interrumpe Tony quitándole la hoja.

—Trabajan los dos en la cocina —añade Luke—. El mejor curri de cordero a este lado de Kabul.

—Y además son unos lanzadores cojonudos —asegura Sean—. Tendrías que ver sus bolas con efecto.

Luke le mira con reproche. Yo, que no tengo ni idea de críquet, tengo que resistir el impulso de marcharme, de huir de allí y perderme en la oscuridad de la noche. Me siento como una impostora, haciendo perder el tiempo a todo el mundo.

—¿Dónde crees que es esto? —me pregunta Tony señalando una fotografía—. El tema es palacios del mundo.

Reconozco de inmediato esos muros inclinados, semejantes a los de una fortaleza, lo que es un alivio. Me preocupaba no poder aportar nada esta noche.

—Es el palacio de Potala, en Lhasa, en el Tíbet —digo.

Tony me mira frunciendo los labios con aire de aprobación.

—Parece que tu memoria semántica funciona bastante bien.

—¿Qué tal vas de historia de Rusia? —pregunta Luke—. Es la ronda extra de esta noche.

—¡Jesús, María y José, socorrednos! —exclama Sean.

—¿Lhasa, dices? —pregunta Tony—. Impresionante.

No sé si se refiere a mi memoria o a la arquitectura tibetana.

Para sorpresa de todos, incluida yo, también puedo contestar a otras preguntas. Sobre todo al final, en la ronda extra sobre Rusia.

—¿Cómo se escribe? —me pregunta Luke mientras anota *Plaza Dzerzhinski*.

Miro la hoja de papel mientras Sean no me quita ojo.

—Creo que está bien.

Cuando acaba el concurso, Luke y Tony repasan nuestras respuestas y cambian la hoja con otra mesa para anotar las puntuaciones. Nuestro equipo

gana otra vez. Superamos por un punto a los del equipo de críquet.

Luke y Sean se van al bar a celebrarlo y me dejan a solas con Tony. No sé si voy a poder soportar su escrutinio. Quiero caerle bien, pero es un equilibrio muy delicado.

—Me recuerdas a alguien —dice mirándome fijamente a los ojos—. Pero no recuerdo a quién.

—Debe de ser contagioso —contesto, y consigo reírme antes de apartar la mirada. No quiero estar aquí con Tony. En este *pub*. En este pueblo.

—No es propio de mí. Yo nunca olvido una cara. No me olvido de nada.

Saca una cámara pequeña, una Canon PowerShot, y me hace una foto. Yo me echo hacia atrás bruscamente cuando salta el *flash*. No me lo esperaba.

—Si dentro de diez años me preguntas por esta foto, seguro que podré contarte todo lo que ha pasado esta noche. Quiénes estábamos, quién ganó el concurso y por cuánto.

—No me gusta que me hagan fotos —digo en voz baja mientras intento recuperar la compostura.

Me acuerdo de lo que me ha dicho Laura, de su teoría sobre el miedo de Tony al Alzheimer.

—Perdona. —Me pone una mano en el hombro—. ¿Quieres que la borre?

Niego con la cabeza. Ya es demasiado tarde.

—Espero que te haya servido venir aquí esta noche —continúa, echando un vistazo alrededor.

—Sí, ha sido útil —miento.

—¿Te preocupa que puedas olvidar todo lo que ha pasado hoy?

—Me aterra.

No tiene idea de lo asustada que estoy. Nadie la tiene.

—Quizá deberías anotarlo. Dejarte una nota.

—Iba a hacerlo esta noche. Por si acaso. —Miro hacia el bar, donde el dueño está ajustando el soporte del micro. Tras encajarlo, nos hace una seña —. Tu gran momento —digo.

Tony contesta al dueño del *pub* con otra seña y coge la funda de su teclado. Se oyen vítores.

—La fama me llama —dice.

Laura sube al piso de arriba, abre la puerta del cuarto de invitados y se queda mirando la maleta de Jemma. Piensa un momento en acercarse y vaciarla, pero ya la han revisado juntas antes y no contenía nada sospechoso. Mira la cama, sobre cuyo edredón aún está marcada la silueta de Jemma. Debe de haberse echado un momento antes de cenar. La pobre está cansada, agotada por el estrés. ¿Y quién no, después de lo que le ha pasado hoy? Necesita compasión, no reacciones paranoicas. Susie Patterson tiene que estar equivocada.

Extiende el brazo hacia el edredón, pero justo antes de tocarlo oye algo abajo. ¿Ha sido un chasquido? ¿La puerta de la calle? Aguza el oído, pero no oye nada, está todo en silencio. En el descansillo se para de nuevo a escuchar. Nada. Baja convencida de que aquel ruido ha sido cosa de su imaginación, pero la puerta de la cocina está más fría, como si se hubiera abierto la puerta de la calle o una ventana y hubiera entrado una racha de aire en la casita. Entra en el cuarto de estar, abre la puerta y mira a un lado y otro de la calle. Nada, está vacía.

Vuelve a entrar y revisa la cocina mientras se dice que debe relajarse, y entonces se para de golpe y se queda mirando el bloque de cuchillos, de madera de arce, que hay encima del aparador. Falta un cuchillo, el más grande: el «cuchillo jefe», como lo llama Tony.

Se vuelve hacia el escurridor, buscándolo. «Calma, tranquila. Estás exagerando». *Tened cuidado con vuestra nueva amiga. Creo que sé quién es.* Respira profundamente y exhala tratando de empañar un espejo imaginario. La respiración *ujjayi* es su técnica de cabecera para controlar la ansiedad, uno de los motivos por los que empezó a hacer yoga. Abre los cajones de la cocina uno a uno en busca del cuchillo, cada vez más alterada. No está en ninguno. Respira hondo otra vez, apoya las manos en el aparador, inclina la cabeza entre los brazos extendidos.

—¿Va todo bien? —pregunta una voz.

Laura se vuelve bruscamente.

—¡Santo Dios, qué susto me has dado! —Mira a Jemma, que acaba de salir del cuarto de baño de abajo.

—Perdona. Tony me ha dado la llave. Me ha dicho que entrara sin llamar, que ya estarías durmiendo.

—¿Durmiendo? —repite Laura, incapaz de reprimir una risa seca. Nada más lejos de su pensamiento.

—¿Has perdido algo? —pregunta Jemma.

—No, solo estaba guardando los cacharros del lavavajillas —contesta Laura, de espaldas al aparador.

Ve que Jemma entra en la cocina. Sus movimientos son lentos, titubeantes. Tiene las dos manos a la vista, pero quizá haya escondido el cuchillo en algún sitio. Laura mira instintivamente el taco de arce, por si tiene que echar mano de otro cuchillo para defenderse.

—¿Estás bien? —pregunta Jemma.

Tiene una mirada que Laura no le había visto antes. Una expresión de frío desapego, como si no tuviera plena conciencia del presente.

Debería sacar el tema sin más, preguntárselo sin rodeos.

—La verdad es que no estoy bien —dice Laura sin dejar de vigilarla como un halcón.

—¿Qué ocurre?

—Jemma Huish.

—¿Jemma Huish? —repite ella.

—¿Eres tú?

—No tengo ni idea, Laura. Ni siquiera sé si me llamo Jemma.

—Susie, la doctora Patterson, cree que te llamas así.

—¿Y qué? ¿Qué pasa si soy Jemma Huish?

—Que vivía aquí, en esta casa. Hace mucho tiempo.

Jemma asiente despacio. ¿Está recordando algo? ¿Le están volviendo los recuerdos?

—¿Te imaginas lo que es no saber quién eres? —dice—. Hasta el momento, hoy me han dicho que quizá sea familia de una tal Freya Lal, una amiga del colegio de Luke, ese tío tan pijo con el que he hablado en el centro de salud. Tony dice que le recuerdo a alguien, pero que no recuerda a quién. Y ahora se supone que me llamo Jemma Huish, aunque nunca he oído ese nombre. Ni siquiera sé si de verdad me llamo Jemma. No sé quiénes son esas personas, Laura.

Parece mareada y se deja caer en una silla de la mesa de la cocina, apoyando la cabeza en las manos.

—Siento haber venido, siento haber irrumpido así en vuestra vida, en vuestra casa. Y te pido perdón si te he molestado.

—Soy yo quien debería pedirte perdón.

Laura acaba de ver el cuchillo desaparecido en el otro aparador, donde dejan el correo. ¡Qué tonta ha sido! Tony debe de haberlo usado para abrir las cartas de esa mañana. Mira otra vez a Jemma, que tiene los ojos enrojecidos. Llevada por un impulso, se acerca a ella y le pasa el brazo por los hombros. No puede refrenarse pese a la advertencia de Susie, pese a lo que ha leído esta noche. ¿Acaso no la acusa siempre Tony en broma de pasarse de empatía?

—Te he sacado una toalla —dice al retroceder, un poco avergonzada—. En el cuarto de baño. Bueno, ya sabes dónde es. —Consigue reírse y Jemma esboza una sonrisa.

—Gracias.

—¿Qué tal el concurso?

—Hemos ganado.

—Hurra —dice Laura en voz baja, levantando los puños como si tuviera algo que celebrar. Ninguna de las dos está convencida de que haya motivos de celebración—. ¿Has podido contestar a alguna pregunta?

Jemma dice que sí con la cabeza mientras se limpia la nariz.

—Por lo visto sé bastante sobre Rusia.

—¿Quién más había? ¿Estaba Luke? ¿Y Sean?

—Los dos. ¿Sean siempre mira así?

—Siempre. Es un tipo raro, pero inofensivo. Está escribiendo un guion y observa a la gente para inspirarse.

—¿Puedo pedirte un favor? Otro, quiero decir.

—Claro.

Laura se pregunta qué va a decir. «Me gusta dormir con un cuchillo debajo de la almohada».

—¿Puedes darme un papel? —pregunta Jemma—. Tony me ha sugerido que anote lo que ha pasado hoy. Ya sabes...

—Claro. Ahí tienes papel. —Señala el aparador pequeño, donde hay una libreta de papel a rayas junto a la bandeja de las cartas, y se arrepiente de inmediato.

Jemma se acerca y arranca dos hojas con un ruido rasposo que parece retumbar en la habitación. Al dejar la libreta ve el cuchillo, lo coge y se vuelve. Laura la mira con ojos desorbitados.

—¿Era esto lo que buscabas antes? —pregunta Jemma.

Laura no consigue hablar, paralizada al verla con el cuchillo reluciente en la mano. Solo acierta a pensar en el enlace que le ha mandado Susie. En la imagen de Jemma Huish, en sus ojos inexpresivos.

—Tendría que estar allí —logra decir por fin. Le quita el cuchillo tan rápidamente como puede y mete la hoja en el taco con un golpe seco, espeluznante—. ¿Tienes boli? —pregunta, pero no consigue que su voz suene despreocupada.

Jemma asiente en silencio.

Laura se pone a colocar los platos del escurridor: cualquier cosa con tal de tener la mente ocupada, la respiración en calma.

—Subo enseguida —dice—. Que duermas bien.

Pero cuando se da la vuelta, Jemma ya ha subido.

Ojalá Tony vuelva pronto.

11

La cama es cómoda, las sábanas blancas parecen de carísimo algodón egipcio y Laura ha puesto un puñado de flores silvestres recién cortadas en una botellita de leche, sobre la mesilla de noche pintada. La bondad de los desconocidos. El cuarto es tal y como se lo describí a Laura y Tony. Perfecto para un niño, aunque puede que los colores sean un poco apagados.

Me pongo a escribir todo lo que he hecho, empezando por mi llegada al aeropuerto: el intento de dar parte de la pérdida de mi bolso, el trayecto en tren hasta aquí, mi encuentro con Laura y Tony, la visita al consultorio médico, el concurso en el *pub* esta noche. No anoto ningún comentario personal sobre nadie; me siento como si fuera propiedad pública y no me cabe duda de que lo que escriba lo leerán otras personas: médicos, policías, profesionales de la salud mental. Todos con buena intención, seguro, pero debo tener cuidado. En la parte superior del papel escribo: *LEE ESTO CUANDO TE DESPIERTES*.

Laura sigue abajo. Está muy rara conmigo. A ratos se muestra desconfiada y luego, de pronto, se vuelve cariñosa y no para de tocarme. Las dos vimos cómo reaccionaba la doctora Patterson al acabar la consulta en el centro de salud. Su expresión de horror era demasiado evidente para pasar desapercibida. Igual que la de Laura cuando ha recibido ese mensaje, en la cena. No tenía nada que ver con el yoga. ¿Quién narices es Jemma Huish?

No he oído volver a Tony aún. Me ha dicho que dejara la llave debajo del tiesto de la entrada. Me dieron ganas de quedarme en el *pub* solo para ver si canta tan mal como dice Laura, pero estaba demasiado cansada.

Me muero de sueño, pero me angustia lo que traerá la mañana. ¿Podría ser aún peor, más estresante que lo de hoy? Tengo que seguir tirando, pero me siento a merced de los demás, de la profesión médica y de mi propia memoria. Sigo viendo imágenes de Fleur: vienen y van. En cuanto la veo, vuelve a desaparecer.

Si ahora cierro los ojos, puedo rescatarla de la oscuridad. Aquí está, sentada en la cama de su piso, con la cara tapada por el libro que está leyendo: otra crónica de la escena tecno *underground* berlinesa.

—Fleur —susurro, y se me empañan los ojos.

Baja el libro y yo ahogo un grito. Tiene la cara desencajada en un grito, la boca abierta de par en par.

El cerebro es una cosa aterradora, capaz de recordar tantas cosas que queremos que olvide y de olvidar justo aquello que ansiamos que recuerde. Y luego, años después, decide ponerse a funcionar y actúa como un estado neuronal autónomo trayendo a la mente una pesadilla sacada de más allá de los muros de la ciudad, de las tierras baldías de la amnesia.

Media hora después, leo todo lo que he escrito y extendiendo el brazo para apagar la luz. Entonces los oigo hablar abajo, en la cocina. Sus voces suenan amortiguadas, demasiado alejadas para que estén justo debajo de mí, en el cuarto de estar. Salgo de la cama sin hacer ruido, vestida con el pijama de algodón que he encontrado en la maleta, me asomo al descansillo y me esfuerzo por oírles. Hasta donde alcanzo a oír, Tony parece haberse puesto de mi parte, lo que es un alivio. Laura, en cambio, quiere que me marche cuanto antes.

—No podemos echarla sin más a la calle, cielo —dice Tony.

—Lee esto. Jemma Huish entra en la sala de urgencias del hospital y avisa de que quiere matar a alguien. Les suplica que la examinen y que la ingresen. La enfermera de triaje la manda a evaluación psiquiátrica, pero ella se marcha antes de que la vean. ¿Por qué no la detuvo nadie?

—No lo sé, cielo.

—Y fíjate en esto. Unos minutos antes de que degollara a su amiga con un cuchillo de cocina, marcó el número de emergencias para avisar otra vez de que iba a hacerle daño a alguien y suplicar que la ayudaran. Cuando llegó la policía, ya era demasiado tarde.

Avanzo un poco por el descansillo, ansiosa por oír más.

—Susie solo ha dicho que tengamos cuidado —responde Tony—. No sabemos si es ella.

—Llevo toda la noche hablando con ella. Jemma Huish tendría ahora treinta años. La Jemma de arriba debe de tener esa edad, más o menos. La condenaron por homicidio hace doce años, cuando estudiaba en Londres.

—¿Y dónde se supone que está ahora?

—Por lo visto nadie lo sabe. La pusieron en libertad. Susie dice, además, que vivió en esta casa. Y que le diagnosticaron esquizofrenia y amnesia.

—No recuerdo haber visto el apellido Huish en la lista de propietarios de la casa.

—Susie no se lo ha inventado, Tony. Está en los archivos del centro de salud. Los guardan quince años.

—Aun así, puede que no sea la misma persona.

—Antes me ha hablado de una amiga que murió. A mí me basta con eso. Y tú no la has visto esta noche. Cómo sujetaba el cuchillo...

—¿Hizo algo con él? ¿Te amenazó de algún modo?

—Tuve esa impresión. Mira esta foto.

Silencio.

—Está muy borrosa —dice Tony—. Supongo que podría ser ella.

—¿Y este dibujo del juicio?

—Cualquiera sabe.

—Esa mujer está durmiendo arriba, en nuestra casa.

Creo que la oigo sollozar, pero no estoy segura. Tony tarda un rato en volver a hablar.

—Aquí dice que estudiaba Bellas Artes. Jemma venía de Berlín, de viaje de trabajo, llegó vestida de traje. Debe de ser directiva o...

—¿Qué directiva lleva tatuada una flor de loto en la muñeca? Voy a dormir aquí, en el sofá. Hasta que estemos seguros.

—Venga, cielo. No es necesario.

A Tony no parece inquietarle el tatuaje.

—Quizá deberíamos mandarla a dormir al hostel del *pub* esta noche —dice Laura.

Ya he oído suficiente. Vuelvo de puntillas a mi habitación y cierro la puerta, pero no del todo. No quiero que oigan el chasquido de la cerradura. ¿Por qué cree Laura que soy Jemma Huish? ¿Y qué estaban leyendo? Eso explica la cara que ha puesto Laura cuando le he dado el cuchillo. Me lo ha arrancado de la mano como si intentara desarmarme. Jemma Huish degolló a su amiga. Cierro los ojos. ¿Podría hacer yo eso? ¿Matar a otra persona con un cuchillo? Trato de imaginarme con una hoja de frío acero en la mano, la ira o el terror que harían falta para que lo clavara.

Me meto otra vez en la cama mientras Tony sube la escalera. La casa me parece ahora más claustrofóbica, más pequeña de lo que pensaba. El techo del cuarto me agobia. ¿Me da tiempo a cerrar del todo la puerta? Tony está ya en el descansillo. Me quedo tumbada, muy quieta en la oscuridad, con los ojos cerrados y el corazón dando brinco. Ojalá hubiera cerrado del todo la puerta. Tony parece estar ahí parado, respirando con dificultad tras subir la escalera. Y entonces oigo que se abre una puerta, solo unos centímetros. ¿Es mi puerta o la suya? ¿Tendría que llamarle?

—¿Estás despierta? —le oigo preguntar.

No digo nada, finjo que estoy dormida y trato de hacer más ruido al respirar, pero me tiemblan demasiado los labios. Con la cara vuelta hacia la pared, noto que una lágrima me corre por la mejilla.

—Bienvenida a casa —susurra él.

Me dan ganas de gritar, pero no puedo moverme. ¿Qué ha querido decir? Ojalá subiera Laura. Intento ser valiente, pero estoy tan asustada...

«No recuerdo mi nombre».

Luke va a echar un vistazo a sus padres ancianos cuando vuelve a casa. Están viendo un documental de la BBC sobre las obras de excavación de la línea de tren subterránea que va a atravesar todo Londres. Es la tercera vez que lo ven. Tras charlar un rato con ellos sobre Ada y Phyllis, sus tuneladoras favoritas, se va a su despacho en el jardín. Es más un invernadero que un despacho, pero aquí tiene más espacio para trabajar, lejos de las demandas de sus padres, que continuamente le piden que recupere correos electrónicos perdidos, que busque las llaves del coche o que pida la compra semanal por Internet. (La primera vez que su madre intentó usar la página web de Waitrose, les mandaron dieciocho uvas relucientes. Ni una más ni una menos).

Es lo menos que puede hacer teniendo en cuenta todo lo que han hecho sus padres por él a lo largo de los años, ayudándole a criar a Milo. Esta noche, su hijo de quince años duerme en casa de un amigo. Y Luke sabe exactamente dónde está porque Milo se ha olvidado de que es amigo de su viejo en Snapchat y no ha desactivado su ubicación.

Luke enciende su ordenador de sobremesa y vuelve a buscar en Facebook su vieja foto del colegio. Las niñas llevan sombreros de paja; los niños, gorrito. Él no quería que sus padres le compraran uno —eran muy caros y no pensaba volver a ponérselo—, pero ellos insistieron, alegando que era importante señalar aquel momento.

Agranda la imagen de Freya Lal. ¿Por qué le ha contado tantas cosas a Jemma esta noche? Ha sido inquietante encontrársela de sopetón en el centro médico. Su voz le sonaba muchísimo y sin embargo no era capaz de ubicarla. Al volver a verla luego en el *pub*, fue como si se retrotrajera a sus tiempos escolares. Sus ojos oscuros y expresivos, realzados por la palidez de la piel, eran idénticos a los de Freya, pero, más que el parecido físico, son sus gestos lo que le recuerda a ella: la manera en que se sujetaba un mechón suelto detrás de la oreja, cómo levantaba la cara cuando hablaba con alguien, la

musicalidad de un ligerísimo acento indio... Quizá fueran todo quimeras, un síntoma de su reciente deseo de encontrar a Freya.

Piensa de nuevo en Jemma, consciente de que una idea insidiosa se agita en un rincón de su cabeza. Si no está emparentada de algún modo con Freya Lal, ¿quién es la mujer misteriosa que se ha presentado hoy en el pueblo, incapaz de recordar ni un solo dato sobre su vida? Y ese tatuaje de una flor de loto... Sería una historia fascinante. Un reclamo irresistible para los lectores de cualquier periódico. Dejó atrás ese mundo hace mucho tiempo, pero todavía lo añora, aunque haya cambiado. La Fleet Street en la que trabajaba antes de morir su esposa ya no existe. Las filtraciones de *big data* en la red oscura han sustituido a la investigación rigurosa, los proveedores de contenido ocupan el lugar de los reporteros y se ha puesto de patitas en la calle a los editores alcoholizados para hacer sitio a nativos digitales de vida sanísima que fichan religiosamente a las cinco de la mañana. Milo ha crecido sin conocer un mundo exento de redes sociales, Google o Internet.

La mujer sin nombre y sin memoria. Es tentador. Vibra su teléfono. Es un mensaje de Laura.

¿Estás despierto? Lx

Duda al mirar la hora. Son las 00:50, tarde para enviar un mensaje, conforme a los criterios de su generación. Intenta racionalizar la situación, pero ha tomado alguna pinta de más con Sean después del concurso y está un poco amodorrado. Laura está cañón, como diría Milo. Pero también está casada con Tony, y felizmente, parece. Él era muy feliz con su novia, Chloe, pero no era justo ni estaba bien que estuviera esperando a que él se sintiera preparado para tener hijos con ella. Nunca estará preparado. Como había intentado explicarle, a sus cincuenta años —diez más que ella—, ha pasado a otra fase de su vida y además tiene un adolescente a su cargo.

Sí. ¿Va todo bien?

contesta.

Hace una pausa y luego añade la equis que indica un beso. Paridad estricta, nada de «ligoteo», otra expresión de Milo. Se imagina a su hijo poniendo cara de fastidio.

Busca Jemma Huish + homicidio.

Mira el mensaje, desilusionado porque Laura haya puesto fin a los preliminares para ir al grano. Y entonces busca en Google. El primer resultado es un artículo breve sobre un caso de asesinato sucedido hace doce años. Lo lee entero, fijándose en los horribles pormenores, y mira a la mujer de la fotografía borrosa que acompaña el artículo. Una cara demacrada y cetrina, hermosa a su manera, aunque desquiciada. ¿Por qué le ha pedido Laura que busque esto?

El teléfono vuelve a sonar. Otro mensaje de Laura.

¿Te suena su cara?

Mira otra vez la foto y se incorpora en la silla. Santo Dios.

¿Crees que es Jemma?

Él sigue mirando la cara desenfocada. Cuesta estar seguro, pero podría ser ella.

Susie Patterson cree que es posible. Vivió en nuestra casa antes de mudarse a Londres.

¿Dónde está ahora?

Durmiendo arriba... 😞

¿Dónde estás tú?

En el sofá del cuarto de estar.

¿Qué opina Tony?

Que soy una profesora de yoga un poquito exagerada, y seguramente tiene razón. Susie dice que seguramente Jemma Huish ya está en libertad después de cumplir condena.

Luke echa un vistazo a los resultados de búsqueda y abre un artículo más largo sobre la escasez de camas en centros especializados y el peligro que suponen los enfermos mentales. Solo en una circunscripción del Servicio Nacional de Salud, en los últimos quince años dieciocho enfermos mentales han cometido homicidios tras ser puestos en libertad. Jemma Huish, que vivió en el pueblo de niña, mucho antes de que sus padres se jubilaran, se cita como ejemplo de lo peligroso que puede ser poner en libertad a estos reclusos antes de tiempo. Tras ser declarada culpable de homicidio, se ordenó su internamiento indefinido en un hospital psiquiátrico de máxima seguridad.

Primero estuvo en Broadmoor y luego en Answorth. Ahora nadie parece saber dónde está.

Luke suspira, pensando de nuevo en su charla con la mujer, en el *pub*. No le ha parecido una asesina psicótica. Al contrario. Le ha gustado. Le ha parecido un alma desvalida —un poco como él—, necesitada de ayuda. No parecía un peligro para nadie. Claro que él no está durmiendo bajo su mismo techo.

La pusieron en libertad porque ya no suponía un riesgo para la sociedad. Seguro que no pasa nada/no es ella

responde.

Le dan ganas de añadir que le duele un poco que Laura piense tal cosa, teniendo en cuenta que Jemma podría ser pariente de su novia de la infancia, pero reprime el impulso de hacerlo. De momento, prefiere guardarse esa teoría.

Es lo que dice Tony. Mañana me toca llevarla al centro de salud a las 9. Me apetece tanto como clavarme agujas al rojo vivo en los ojos.

Seguro que por la mañana estarás mejor. Tú intenta descansar.

No voy a pegar ojo. No sé por qué hemos dejado que una desconocida duerma en casa.

Porque sois buenas personas. Las mejores del pueblo. Tenemos mucha suerte de que os hayáis mudado aquí.

Laura le manda un beso solitario. Luke espera un momento y luego le manda otro.

DÍA DOS

Miro fijamente el techo, el sol se cuele por la persiana. Durante unos segundos me pregunto dónde estoy. Todavía no tengo miedo, solo estoy confusa. Más allá de la ventana oigo el sonido de un tren que se aleja. Puede que sea eso lo que me ha despertado. Me giro para coger las hojas de papel de la mesita de noche y me siento en la cama. *LEE ESTO CUANDO TE DESPIERTES*, pone en la de arriba.

Y entonces regresa esa sensación, como si un manto de plomo me cayera sobre los hombros. Me horrorizan las palabras al leerlas, ese brutal recordatorio de lo que hago en esta habitación. Desprovistas de sentimientos y opiniones, libres de cualquier adorno, las frases cortas se limitan a consignar lo ocurrido, como el diario de una niña. Perdí el bolso. Cogí el tren. Fui al concurso del *pub* con Tony. Al llegar al final, releo la última frase: *Laura me pregunta si soy una tal Jemma Huish*.

¿Quién es Jemma Huish? ¿Por qué me confunden con ella?

Tengo que levantarme y afrontar el día. Me han pasado una nota por debajo de la puerta. Imagino que la letra es de Laura:

Si quieres darte una ducha, usa la de nuestro cuarto de baño (la del aseo de abajo está rota). Pulsa primero el botón que hay junto a la puerta del baño.

Lx

El tono es bastante cordial. La ducha me sienta de maravilla, es lo que necesitaba. Levanto la cabeza y trato de concentrarme en lo que tengo que hacer, pero me pongo tensa en cuanto pienso en lo que puede esperarme. Dejo que el agua me corra por la cara y que los pensamientos vayan y vengan. Veo un árbol de bodhi bajo un chaparrón purificador. Las gotas de lluvia corren por sus hojas acorazonadas. Debo mantenerme fuerte.

Tony y Laura levantan la vista cuando entro en la cocina para desayunar.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunta él. Está junto al aparador, haciendo café—. ¿Has dormido bien?

Laura está cortando un mango y echando los trozos gruesos y jugosos a un cuenco de yogur que hay sobre la mesa. El taco de los cuchillos ha desaparecido.

—Bien —contesto, y me vuelvo hacia Laura.

Evita mirarme, quizá porque tiene los ojos enrojecidos. La verdad es que me encuentro fatal. Reúno las pocas fuerzas que tengo y me pongo a hablar. Indecisa, en voz baja.

—Sé que me estoy haciendo llamar Jemma —digo, y hago una pausa—. Que llegué al aeropuerto de Heathrow ayer y que perdí mi bolso, que vine a este pueblo y que tuvisteis la amabilidad de acogerme.

Laura mira a Tony.

—Es una noticia estupenda —dice sonriendo.

—¿Sí? —pregunta Tony, y me mira y luego mira a Laura—. ¿Has visto tus notas de ayer? ¿Las que dejaste junto a la cama?

Se vuelven los dos a mirarme. Asiento casi imperceptiblemente, poniéndome colorada.

—Entonces ¿no recordabas nada cuando te has despertado? —pregunta Laura, incapaz de ocultar su decepción.

—Sabía que era mi letra cuando me he puesto a leer las hojas, pero parecía la vida de otra persona. —Me quedo callada y los miro. Hago un esfuerzo por continuar—. ¿Qué me está pasando?

—Tranquila. —Laura se levanta de la mesa y se acerca a mí.

Se me saltan las lágrimas cuando me da un abrazo. Ojalá no fuera tan amable.

—Ayer fuimos al médico, al centro de salud. A la consulta de Susie Patterson —dice al apartarse—. Fuimos juntas, tú y yo. Susie dijo que si esta mañana al despertarte no recordabas lo que pasó ayer, podías estar sufriendo una cosa llamada amnesia anterógrada.

—Sí, lo sé —digo en voz baja—. Eso también estaba en mis notas. Creo que también sufro amnesia retrógrada. —Me limpio las lágrimas—. Sigo sin saber cómo me llamo.

—Amnesia global transitoria —dice Tony levantando las cejas como si estuviera impresionado—. Una rara dosis de olvido por partida doble.

Laura le mira.

—Seguro que recuperarás la memoria, no te preocupes —me dice.

—El caso es que, mientras leía las notas, he intentado con todas mis fuerzas grabármelas en la memoria, imaginarme llegando al pueblo y yendo al centro de salud, pero no tengo ninguna sensación asociada a los hechos que

anoté anoche. No recuerdo qué sentí al llamar a la puerta, ni cuando la abristeis. —Me paro y los miro—. ¿Quién es Jemma Huish? —Dan los dos un respingo—. En mis notas pone que anoche me preguntasteis si me llamo así.

—Sufría amnesia —contesta Laura tras dudar un momento.

—¿Eso es todo?

—Y vivió en esta casa. Hace mucho tiempo. Lo que podría explicar por qué sabes dónde está todo.

La miro mientras pasea rápidamente la mirada por la cocina.

—Además, se parecía un poco a ti —añade Tony.

—¿Creéis que podría ser ella?

Laura mira a Tony como si consultara con él antes de hablar.

—Sí, lo creía, pero ya no estoy segura. Ahora voy a llevarte al centro de salud. Ellos lo sabrán con seguridad.

—Jemma Huish —repito mientras veo que Laura vuelve a sentarse a la mesa.

Ojalá pudiera tranquilizarla, pero no puedo.

—¿Te apetece desayunar algo? —pregunta.

Me siento a su lado. Aparta el cuchillo de mí antes de pasarme un plato de fruta.

—¿Qué hizo Jemma Huish? —pregunto al coger un trozo de mango que chorrea—. Necesito saberlo.

Duda antes de contestar, vuelve a intercambiar una mirada con Tony.

—Mató a su mejor amiga.

—¿Qué? —susurro sin poder disimular mi horror.

—Hace doce años. La condenaron por homicidio y la mandaron a un hospital psiquiátrico de máxima seguridad. Siete años después, la soltaron. Nadie la ha visto desde entonces.

—¿Y vivió aquí? ¿En esta casa?

Laura asiente.

—Estaba registrada en el centro de salud. Hace mucho.

—La verdad es que no creemos que seas tú —dice Tony echándole una mirada a Laura—. Pero seguramente lo mejor sea que a partir de ahora se hagan cargo de ti los profesionales. —Carraspea innecesariamente—. Lo siento, pero no puedes quedarte más aquí. Con nosotros.

Le sostengo la mirada un segundo, anonadada por lo que acaba de decir.

—Tenemos que estar en el consultorio a las nueve —dice Laura.

Se hace un silencio tenso. No sé bien qué decir. Han sido muy amables al acogirme por esta noche y sé que debería estarles agradecida, pero... No

quiero que me ingresen en un hospital.

—Supongo que en el centro de salud sabrán si soy Jemma Huish —digo, intentando en vano quitar hierro al asunto—. Si no soy ella, quizá podría quedarme más...

Cruzan otra mirada.

—Lo siento, Jemma —dice Tony—. Nosotros ya hemos cumplido con nuestra parte. Te hemos dado techo y cama esta noche y ayer te enseñamos el pueblo. Ahora les toca a ellos. Laura no ha dormido bien.

—¿Porque crees que soy una asesina?

Se levanta de la mesa y se pone a recoger los platos del desayuno.

—Ahora parece una estupidez —contesta—. Una locura, de hecho.

Está casi llorando y nos da la espalda a mí y a Tony, que se encoge de hombros. Está claro que, si fuera por él, podría quedarme. Algo es algo. Entonces fija otra vez en mí sus ojos azules. Me obligo a sonreír antes de apartar la mirada. Empieza a sonar el teléfono fijo.

Tony se levanta para contestar.

—Soy yo —dice, y mira primero a Laura, que se ha dado la vuelta, y luego a mí.

Yo sigo sentada a la mesa. Noto cómo cambia su actitud. Comprendo por cómo me mira que están hablando de mí. Se le ha borrado la sonrisa. Y entonces se lleva el teléfono fuera de la cocina y antes de salir mira a Laura levantando las cejas. Ella le sigue al pasillo. Yo me esfuerzo por oírlos, pero hablan en susurros. Me parece oír que Tony dice «policía», pero no estoy segura.

Vuelve solo, lo que me parece raro, y deja el teléfono en su sitio.

—Era la policía —dice.

—¿Han encontrado mi bolso? —pregunto poniéndome tensa.

—No exactamente. —De pronto tiene una actitud distante, más objetiva. La complicidad que hubiera entre nosotros ha desaparecido.

—¿Qué querían?

—Van a mandar a dos inspectores.

—¿Han dicho algo más? —Trato de no hacer caso del tono cortante de su voz, de la opresión cada vez mayor que noto en el pecho.

—Ha ocurrido algo —dice, de pie en la puerta como si montara guardia.

—¿Qué? Tienes que decírmelo, Tony.

Se queda callado un momento antes de hablar.

—Se reunirán contigo en el centro de salud.

Oigo que se cierra la puerta de la calle y veo pasar a Laura. Echa a correr calle abajo. Está asustada y no mira por la ventana. Me da un vuelco el estómago.

—Por lo visto les interesa Jemma Huish.

El inspector Silas Hart echa un vistazo a la pradera encharcada, deja que su mirada se deslice hasta el promontorio que domina el pueblo. Intuye, como le ha ocurrido ya otras veces en el desempeño de su oficio, que hay alguien allí que le observa, que vigila sus movimientos. Descarta esa idea y trata de admirar el paisaje: Inglaterra en todo su esplendor, salvada de una cursilería de postal por la estampa siempre cambiante de las gabarras del canal y el balasto victoriano de la vía férrea Paddington-Penzance. Da una última calada al cigarrillo y se vuelve para regresar al centro de salud con la agente Strover, que le espera al pie de la carretera.

Strover es joven y novata, pero le mantiene siempre en vilo. No le asusta además, tomar la iniciativa, razón por la cual Hart quería que trabajara para él. Esta misma mañana, sin ir más lejos, ya ha conseguido la lista de pasajeros de todos los vuelos de British Airways procedentes de Berlín-Tegel que llegaron a Heathrow antes de las tres de la tarde de ayer. Y ha pedido a la Brigada de Control de Fronteras que coteje los nombres con su base de datos y les envíe los pasaportes escaneados. Así tendrán fotografías.

—Siempre quise vivir en un sitio así cuando me trasladaran de Londres — comenta Silas cuando echan a andar hacia el centro de salud—. Un pueblecito con una taberna, y cerveza en barricas de madera.

Strover guarda un silencio respetuoso.

—¿A usted no le va? —pregunta Silas lanzándole una mirada.

Strover es de Bristol. Más de ciudad y de cócteles. No intenta disimular su acento, y Silas admira ese rasgo de orgullo. Cuando él trabajaba para la Policía Metropolitana, enterró muy hondo su acento de Wiltshire bajo el deje ligeramente nasal del estuario. Temía que, si no, le tacharan de destripaterrones provinciano.

—Prefiero sitios con un poco más de vida, señor.

Silas desearía que dejara de llamarle «señor». Confía en que con el tiempo empiece a llamarle «jefe». Antes, cuando trabajaba en homicidios, todo el

mundo le llamaba así. Desde que le trasladaron del Equipo de Investigación de Delitos Mayores —una fuerza conjunta en la que colaboraban distintos cuerpos de policía locales— al Centro de Investigación Criminal de Swindon, le llaman «señor» y se pasa la vida investigando prostíbulos clandestinos. Él intenta no considerarlo un retroceso en su carrera.

A pesar de su anhelo de vivir en el campo, ha acabado trabajando en Swindon, la ciudad con fama de ser la más fea de Inglaterra, el lugar donde nació y cuya máxima atracción turística es una rotonda.

—¿Qué sabe del caso de Jemma Huish? —pregunta.

—Solo lo que he leído —contesta Strover—. Que mató a su compañera de cuarto y luego llamó a la policía.

—Nos llamó antes de matarla, ese fue el problema. Que nos avisó de que iba a hacerlo. Se clasificó el homicidio como un caso de violencia doméstica. Esos casos son un marrón, se lo aseguro.

Aunque, por otro lado, había sido investigando otro caso de violencia doméstica como había conocido a Susie Patterson, que por entonces trabajaba en el consultorio de Devizes. «Intervención temprana», «evaluaciones de procedimiento y protocolo», «cooperación interdepartamental»... Silas se estremece al recordarlo. Nunca se le ha dado bien trabajar en equipo.

—¿Cree que este caso puede tener algo que ver con aquel? —pregunta Strover cuando cruzan la calle y salen al sol.

—Seguramente no.

Silas sabe que no le cree. La noche anterior, después de que le llamara Susie, dejó todo lo que estaba haciendo para presentarse aquí. ¿Habría venido tan deprisa si le hubiera llamado otra persona?

—Una desconocida que aparece en un pueblecito sin acordarse de nada... Normalmente sería el equipo de salud mental de la zona el que se encargaría del caso —dice, y se para a mirar los pequeños anuncios de la ventana de la oficina de correos.

Literas en venta y gente que se ofrece a cuidar niños, sobre todo. Sus compañeros pasan ya más tiempo del necesario dedicándose a «trabajos sociales», pagando los platos rotos de una política de desinstitucionalización psiquiátrica e integración que no parece permitir las emergencias fuera del horario laboral.

Pero la llamada nocturna de Susie fue distinta. Mencionó a Jemma Huish, un nombre que Silas recordaba de los tiempos en que era sargento en el sur de Londres. Un nombre que no olvidaría jamás. Entonces todavía vestía de uniforme y fue uno de los primeros agentes en llegar a la escena del crimen,

un cuartito de la residencia universitaria en la que vivía Huish. Su compañera de habitación estaba prácticamente muerta, pero Silas se quedó con ella hasta que llegó el personal médico. A Huish la tenían retenida fuera, en el pasillo. No paraba de gritar que lo sentía, que todo aquello podía haberse evitado si le hubieran hecho caso.

—Por si acaso, me he traído el expediente de Huish —comenta, haciendo a un lado el recuerdo de los gritos de la chica cuando llegan al centro de salud—. No es que sirva de gran cosa. Los datos están desactualizados o son erróneos.

—¿Ha visto lo que están haciendo los japoneses con las personas que sufren demencia? —pregunta Strover mientras un hombre que pasea a un perro los adelanta por la acera—. Los etiquetan con códigos QR.

—Pues aquí deberíamos hacer lo mismo —murmura él al entrar en la ajetreada sala de espera.

El único dato útil del expediente de Huish es su perfil de ADN, tomado en el momento de su detención.

Silas espera su turno y luego se acerca al recepcionista, que le informa de que la doctora Patterson le recibirá enseguida.

—¿Le importa reunirse con nosotros dentro de un par de minutos? —dice volviéndose hacia Strover sin poder disimular un azoramiento repentino.

No pretende hacer valer su rango, pero no le apetece explicarle a una compañera más joven que está colado por la doctora Patterson y que quiere pasar unos minutos a solas con ella.

—Vale la pena echar un vistazo a las revistas viejas —añade señalando la sala de espera, a su espalda—. Solo así tengo la impresión de ir vestido a la moda.

Strover le lanza una mirada de sospecha cuando él se vuelve y echa a andar por el pasillo del consultorio médico. No tiene un pelo de tonta.

—Qué madrugador —dice Luke, sorprendido al ver pasar a Sean por la acera de la estación con su perro, un galgo inglés marrón.

Luke está haciendo cola delante de la máquina de billetes, a punto de tomar el tren para Londres.

—La verdad es que todavía no me he acostado —responde Sean. Está más desaliñado que de costumbre con su camiseta ancha y sus pantalones vaqueros, que contrastan con la uniformidad cotidiana de los viajeros reunidos en la estación—. Estoy intentando rematar el desenlace. ¿Vas a Londres?

—Voy a pasar un par de noches allí.

Está deseando sumergirse en el anonimato londinense, alejarse del escrutinio constante de la vida en el pueblo.

—¿Alguna noticia de nuestra amnésica misteriosa? —pregunta Sean.

—Hoy no la he visto.

Piensa en los mensajes que le mandó Laura anoche, en su idea de que Jemma sea una enferma mental. Él prefiere ceñirse a su teoría: pensar que aquella mujer es familia de Freya Lal.

—Acabo de ver llegar a un par de polis de paisano.

—¿Dónde?

—En el centro de salud.

Luke mira instintivamente hacia allí aunque sabe que el centro de salud no se ve desde la estación. Varios rezagados se dirigen a tomar el tren, apretando el paso.

—¿Cómo sabes que eran policías?

—He reconocido a uno de ellos, de las noticias. De lo de Salisbury.

Sean no pierde detalle de las noticias. No pierde detalle de lo que pasa en el pueblo.

—La cosa da que pensar —prosigue—. ¿Te fijaste en cómo contestó anoche a esas preguntas sobre Rusia en el concurso del *pub*? Hasta sabía la

dirección del cuartel general del KGB.

—¿Y qué?

Luke mira su reloj y echa un vistazo a la vía. Su tren está saliendo del apartadero para tomar la vía principal. Le tiene cariño a Sean, pero ahora mismo no está de humor para sus absurdas teorías conspiranoicas. Que si Justin Trudeau es hijo de Fidel Castro; que si Taylor Swift practica el satanismo; que si Hunter S. Thompson fue asesinado... Las ha oído todas. ¿Y qué decir de lo del atentado con gas nervioso en Salisbury? No tiene ni pies ni cabeza.

—En 2010, el FBI detuvo a diez agentes de una célula durmiente soviética en Estados Unidos —dice Sean—. Se habían integrado en el tejido de la sociedad suburbana estadounidense, a la espera de que Moscú activara la célula. Eran espías de pacotilla, sí, el FBI llevaba años siguiéndolos y les había pinchado los teléfonos, pero lo que quiero decir es que su objetivo era la América de andar por casa. Esa gente vivía en Nueva Jersey, iba a la Columbia Business School, decían que habían nacido en Estados Unidos.

—¿De verdad quieres que me crea que Jemma podría ser una agente rusa? —pregunta Luke mirando hacia atrás mientras introduce sus datos en la máquina expendedora de billetes.

Alarga el brazo para rascarle la cabeza al perro de Sean con gesto compasivo. El pobre animal tiene que escuchar las grotescas teorías de su dueño día tras día.

—Después de lo de Salisbury, han vuelto a lo básico. No les quedaba otro remedio. Normas de Moscú. La vieja escuela. Esa tal Jemma está aturdida, no sabe quién es. Puede que la hayan «despertado» demasiado pronto, que no recuerde a quién le debe lealtad.

—Escribe todo eso, Sean, y archívalo en la carpeta de comedia. —Luke saca los billetes de la máquina en el momento en que el tren se detiene en la vía—. O mejor en la de vodevil.

—¿Dónde tuvo lugar el tercer y último intento de envenenar a Alexander Litvinenko? —grita Sean cuando Luke sube al vagón—. En la tercera planta del hotel Millenium de Grosvenor Square. ¿Quién es capaz de responder a una pregunta tan detallada en un concurso de *pub*, Luke? Una exagente rusa, te lo digo yo.

Luke menea la cabeza incrédulo mientras las puertas del tren se cierran a sus espaldas.

Miro a Tony, que acaba de salir al pequeño vestíbulo de la casa.

—¿Tengo pinta de ser capaz de matar a alguien? —pregunto alzando la voz.

—Tienen que descartar que no eres Jemma Huish, nada más —dice al coger sus llaves de la repisa de la ventana.

Me fijo en que el llavero es un caballito de mar.

Intento pensar a toda prisa, con el corazón acelerado. Fue un error venir a este pueblo. Si no puedo decir ni cómo me llamo, ¿cómo voy a convencer a nadie de que no soy una asesina?

—¿Puedo recoger mis cosas? —pregunto.

Tony asiente con un gesto.

—Luego te acompaño al centro de salud.

—¿Dónde ha ido Laura?

Me obsesiona el recuerdo de verla pasar corriendo al otro lado de la ventana como un animal en fuga.

—A ver a una amiga. —Se queda callado un momento—. Tiene miedo.

—¿De mí?

Suena ridículo dicho en voz alta.

Tony se coloca delante de la puerta cuando paso a su lado y subo la escalera. Me pesan las piernas por la adrenalina y trato de imaginar la habitación en la que he dormido, de acordarme de la fachada de la casa, que en la parte de atrás tiene una sola planta. Debajo de la ventana, encima de la cocina, el techo está abuhardillado. Azulejos y una claraboya en el medio.

Entro a toda prisa en la habitación y miro mi maleta. No contiene nada que necesite y no pienso llevármela. Recojo mis notas de la mesilla de noche, les echo otro vistazo y me las guardo en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Me tiemblan las manos. Tony sigue al pie de la escalera. Cruzo el descansillo y me paro junto a la puerta del baño.

—Enseguida voy —digo.

Tiro del cable de la bombilla y lo suelto, dejando que tintinee. El mango es un caballito de mar de madera labrada. Lo veo oscilar un segundo, aturrida; luego cierro la puerta del baño, con su ruidoso picaporte de casa de campo, vuelvo de puntillas a mi cuarto y cierro la puerta. La ventana de guillotina hace más ruido del que esperaba al abrirse. Saco una pierna al tejado, ansiosa por escapar.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Me vuelvo y veo a Tony en la puerta de la habitación, con los brazos cruzados. Le miro un momento y luego me giro hacia la ventana. Un petirrojo me mira desde un árbol del jardín como si fuera el humano más idiota del planeta.

—Huyendo no vas a arreglar nada.

Yo no me muevo. Tony tiene razón. He cometido un error, asustada por el asunto de Jemma Huish y por el hecho de que viviera en esta casa. Solo tengo que relajarme, confiar en el sistema.

—Me preocupa que crean que soy ella.

—Mira, no me gusta ni pizca la policía, pero si huyes te considerarán culpable. Es así de sencillo.

Paso otra vez la pierna por la ventana y me apoyo en el poyete de la ventana. Me avergüenza haber intentado escapar. Ha sido una idiotez. Hasta el petirrojo ha levantado el vuelo, abochornado.

—Lo siento —digo—. No sé en qué estaba pensando.

—No pasa nada. Todos hemos huido alguna vez. Y no sirve de nada.

La habitación parece de pronto sofocante, demasiado íntima. Cuando voy a pasar a su lado en lo alto de la escalera, se pone delante de mí y me rodea con los brazos.

—Ven, deja que te dé un abrazo.

Reprimo el impulso de apartarle de un empujón y dejo que me abrace. Un segundo, dos, tres. Luego me aparto. Con la respiración agitada, bajo detrás de él y le digo que tengo que ir al baño. Tras cerrar la puerta, apoyo la cabeza en la fría pared que tengo delante, cierro los ojos y trato de pensar en el árbol de bodhi.

—Me alegra volver a verte —dice Silas al entrar en la consulta de la doctora Susie Patterson. Espera a que se cierre la puerta para darle dos besos—. Tienes buen aspecto.

—Tú también —contesta ella al volver a sentarse a su mesa.

El inspector se queda de pie, pasea la mirada por la consulta, se fija en el mapamundi de la pared. Le encanta viajar.

—Has adelgazado —añade ella—. Un montón.

Silas se da cuenta de que lo dice por amabilidad, sabe que tiene el aspecto demacrado de quien ha adelgazado bruscamente. La piel le cuelga como jirones de papel pintado, sobre todo en torno a la cara.

—Ayuno un día y luego me atiborro como un cerdo —dice—. Ahora me ves —añade levantando los brazos—, ahora no me ves. —Se gira como una marioneta desmadejada para ponerse de lado—. Ahora me ves —repite girándose de nuevo—, ahora no me ves. Es magia, ¿eh?

—Estás desperdiciando tu talento en la policía.

Silas piensa disfrutar de su delgadez mientras pueda. Dentro de seis meses habrá vuelto a coger todos los kilos de antes y alguno más.

—¿Sigues fumando? —pregunta Susie.

—Cuando puedo.

Toma asiento. En realidad, está intentando dejarlo.

La última vez que se vieron —se encontraron por casualidad en el bar del teatro Watermill de Newbury—, la doctora Patterson coqueteó descaradamente con él. Silas supo luego que poco después de aquello se había separado de su marido. ¿Por eso ha venido hoy?

—¿Tú estás mejor? —pregunta.

—Me siento como nueva. Ya era hora de que terminara aquello.

—¿Tienes hijos? Lo he olvidado.

—Una hija muy gruñona. No se ha tomado bien lo del divorcio.

—Ya se le pasará.

—¿Y tú?

Él se queda callado un momento.

—De momento sigo teniendo solo uno.

Conor. Silas no quiere entrar en detalles.

Susie nota su malestar.

—Imagino que no has venido hasta aquí para que hablemos de la familia —dice.

—¿Tanto se me nota?

—La verdad es que no sé si es Jemma Huish. Solo es una corazonada.

—Me gustan las corazonadas. Que una mujer pierda la memoria no es asunto nuestro. Por mí pueden quedársela los servicios de salud mental. Pero si la última vez que perdió la memoria le cortó el cuello a una amiga, tu corazonada se vuelve mucho más interesante.

—¿Y de verdad no te acuerdas de ella? —Susie sabía que Silas trabajaba antes en la Policía Metropolitana; por eso, en parte, le había llamado la noche anterior. Ignoraba, sin embargo, que tuviera alguna relación con el caso—. ¿De qué aspecto tenía?

Él niega con la cabeza.

—Estaba muy ocupado intentando que su amiga no se muriera. —Hace una pausa—. Y no lo conseguí.

—Lo intentaste, eso es lo que importa.

—Si tú lo dices. —La mira y sonríe. Sabe que a Susie también se le ha escapado la vida entre las manos.

—¿No podríais buscarla por su número de pasaporte? —pregunta ella cambiando de tema—. ¿Comprobar si llegó ayer a Heathrow?

—Huish no tenía pasaporte cuando cometió el crimen. No había salido de Wiltshire hasta que se mudó a Londres, y desde luego no había viajado al extranjero.

Era una tontería, pero se sentía en cierto modo responsable de lo que pasó con Huish. Quizá por eso pidió el traslado poco después y volvió a Wiltshire. Para intentar hacer algún bien, enmendar el error.

—Lo único que tenemos es su última evaluación psiquiátrica, una descripción física, contactos familiares, datos de hacienda y sanidad y la foto de su ficha policial. Nada nuevo desde que salió de Ashworth hace cinco años.

—¿Puedo ver la foto?

—Por eso he venido a verte.

—Vaya, y yo que creía que querías invitarme a comer.

Silas, que quiere que las cosas se mantengan dentro de un plano estrictamente profesional, pone una foto borrosa de Jemma Huish sobre la mesa.

—¿Es ella?

El recuerdo visual que guarda de la Huish de hace doce años está tan mezclado con las noticias posteriores del caso que no resulta muy útil.

Susie se acerca la foto para verla mejor.

—No estoy segura.

—Ya sé que la foto no es muy buena. Hemos intentado hablar con su último coordinador esta mañana, y con el psiquiatra que solía atenderla. Pero de momento no ha habido suerte.

—Yo también lo he intentado —dice Susie—. Por lo visto todo el mundo se ha trasladado.

—Solo necesitamos traer a alguien que haya trabajado recientemente con Huish para que la identifique. Hay un montón de historiales del Servicio de Salud Pública que se traspapelan o desaparecen. No sé cómo lo aguantáis.

—Imagino que las huellas dactilares de Jemma Huish también han desaparecido.

—Pues sí. —Silas la mira desde el otro lado de la mesa. Sus caras están muy cerca—. Pero las encontraremos. Mientras tanto, tenemos que hablar con Jemma.

—Está en la habitación de al lado. Enseguida te acompaño. Ten cuidado con ella, está muy sensible. —Susie hace una pausa—. ¿De verdad crees que podría ser Jemma Huish?

Silas se recuesta en su silla, mira el mapamundi de la pared, detrás de Susie. India es un país al que le gustaría volver. Solo ha estado en el norte, en el triángulo de oro y más arriba, en Ladakh.

—Sea quien sea, ha venido a este pueblo por algún motivo. —Hace una pausa, los ojos fijos en ella—. Hace doce años, alguien no actuó con suficiente rapidez cuando Jemma Huish llamó al servicio de emergencia. Nos avisó y reaccionamos tarde. No voy a permitir que eso vuelva a pasar.

Lllaman a la puerta y aparece Strover. Los mira a ambos como si buscara algún indicio de intimididad.

—Lamento interrumpir, pero por lo visto Jemma se ha ido de paseo.

Tenía que salir del consultorio por el bien de mi cordura, si es que tengo alguna, y me he venido al cementerio del otro lado de la calle. Está silencioso como una biblioteca. Las lápidas son como las tapas de los libros. Algunas son más emotivas que otras, lecturas absorbentes y apasionadas: *Amada esposa que murió en la flor de la vida*. Otras son volúmenes más mesurados: *Añorado padre y hermano*.

Me muevo entre las lápidas curioseando, pensando. Desde que me desperté esta mañana, no he sentido que controle la situación en ningún momento; los acontecimientos se precipitan, me sobrepasan. La llamada de la policía a primera hora, Laura echando a correr de esa forma por la calle, el comportamiento errático de Tony... ¿Por qué acepté llamarme Jemma cuando lo propuso? Nadie me habría confundido con Jemma Huish si hubiera escogido otro nombre.

Estoy delante de una tumba que dice: *Mary Huish, queridísima madre y esposa*. Una oleada de emoción me embarga. Cierro los ojos y vuelvo a evocar el árbol de bodhi, escucho el rumor del viento cálido entre sus hojas, susurrando como si recitara un mantra. Respiro hondo. Espero volver a ver a mamá pronto.

Debería volver a la consulta. Mi ausencia solo causará más problemas, pero no me apetece entrevistarme con la policía. Me ponen nerviosa. Igual que Tony cuando me ha acompañado hasta el centro de salud. He intentado no pensar que me estaba escoltando, pero era evidente por su actitud que le habían dicho que no se despegara de mí. No le culpo, teniendo en cuenta que he intentado escapar por la ventana de su casa, pero es muy desconcertante. Unos minutos antes me estaba dando un abrazo en el rellano.

Al levantar la vista veo a la doctora Patterson de pie junto al pórtico, con un hombre y una mujer. Los inspectores de la policía, imagino. Un minuto después está a mi lado. Los policías siguen en la puerta, a cincuenta metros de distancia. La doctora mira la tumba de la señora Huish que tenemos delante.

—Debe de ser la madre de Jemma —dice casi para sí misma.

Echo a andar entre las tumbas viejas, muchas de ellas torcidas entre la hierba alta, como mástiles en un mar tempestuoso.

—La verdad es que no hay por qué preocuparse, ¿sabes? —dice al alcanzarme—. Solo quieren hacerte unas preguntas. Tomarte las huellas, hacer una prueba de ADN. Una muestra de saliva con una torunda, nada más.

Se me tensa todo el cuerpo. ¿Lo nota ella?

—Solo quieren asegurarse de que no hay ninguna relación, nada más —añade como si aquello no tuviera nada que ver con ella—. Jemma Huish vivió en casa de Tony y Laura.

—¿Fuiste tú quien los avisó? —pregunto con calma.

Se para y me mira, sorprendida por mi pregunta.

—Fue por precaución, nada más —contesta.

—Yo no he hecho nada malo —digo con repentina vehemencia—. No soy Jemma Huish. Esa que está enterrada ahí no es mi madre.

—Seguro que tienes razón. —Su mirada de preocupación se intensifica—. Pero teniendo en cuenta tu amnesia...

—Puede que no sepa quién soy, pero yo nunca mataría a una amiga. No mataría a nadie.

Un milano real planea en círculos muy por encima de nuestras cabezas. El viento suave arrastra su chillido quejoso. Miramos las dos hacia arriba.

—Claro que no —dice la doctora Patterson.

Intuyo que es buena persona, aunque haya avisado a la policía. Se me ha agitado la respiración. ¿Podría quitarle la vida a alguien, si llegara el caso? ¿Sería capaz de cortarle el cuello a una persona? Me echo mano a la muñeca, toco el tatuaje.

—No quiero que me hagan pruebas de ADN —digo volviéndome hacia ella.

«Una muestra de saliva con una torunda, nada más».

—Puede ayudar a determinar quién eres, de dónde vienes —dice la doctora Patterson.

—Y estoy deseando saberlo, pero... —dudo y me interrumpo.

La pillo haciendo una seña a los inspectores: levanta la mano como si les dijera que esperen, que mantengan las distancias.

—No he hecho nada malo —añado.

—Déjame hablar con la policía. Hay que encontrarte cama en un centro especializado. O en el hospital.

—En el hospital no —digo rápidamente.

Me mira y nota que sigo agarrándome la muñeca.

—Es bonito ese tatuaje. ¿Qué es?

—Una flor de loto.

—¿Puedo verlo?

Levanto la muñeca para que la vea, como una niña a la que hubieran pillado dibujando en clase. Miramos las dos los nueve pétalos violetas de la flor.

—Es precioso. ¿Cuándo te lo hiciste?

—No lo sé —contesto, llorosa de pronto.

Si pudiera recordar los detalles, saber por qué elegimos Fleur y yo un loto, lo que ocurrió después... Pero es como nadar en un mar turbio.

—Teníamos un tatuaje cada una —digo.

—¿Quiénes?

—Mi amiga y yo. —Hago una pausa—. Ella murió.

—Lo siento —dice la doctora Patterson, llena de compasión—. ¿Cuándo fue eso? —pregunta tras una silencio respetuoso.

Niego con la cabeza.

—¿Recuerdas cómo se llamaba? Podría ser importante.

Ahora necesito fuerzas, y tener la esperanza de que decir su nombre en voz alta sirva de algo.

—Fleur. Se llamaba Fleur —repito, y veo que la doctora Patterson anota su nombre.

Éramos flores complementarias.

Tony llega tarde a abrir el café. Una pareja que está de paso por el pueblo, haciendo la travesía del canal, aguarda en la puerta con la esperanza de tomar un café. Tony les dice que vuelvan dentro de diez minutos, cuando la Fracino Contempo se haya calentado. La máquina está demostrando ser un poco puñetera desde que la instaló. Quizá por eso estaba tan barata en eBay.

No tendría por qué haber ido con Jemma al centro de salud, pero Laura no estaba en situación de acompañarla después de que llamara la policía. Ha reaccionado muy mal a su llegada. Muy mal.

—¿Qué tal en el centro de salud?

Tony se vuelve y ve a Laura en la puerta del local. Lleva puesta la ropa de yoga, va a dar una clase en el centro cívico del pueblo.

—La policía quiere tomarle muestras de ADN —contesta—. Seguro que enseguida se aclara este asunto.

—Eso espero. —Ella entra en el café—. ¿Creen que es...?

—¿Una asesina psicótica? No se lo he preguntado. No es ella, cielo. No puede ser.

Saca de la nevera un cuenco de quinoa con canela y unos frascos de yogur con cereales y cítricos y los pone en la vitrina para que se vean.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunta Laura.

No está seguro en absoluto.

—He hablado con la gente del *pub* —dice mientras llena el molinillo con descafeinado en grano. Está ansioso por cambiar de tema—. No hay problema para que se quede unos días, hasta que le encuentren cama. A Susie le ha parecido bien. Dice que ahora mismo no sería aconsejable trasladarla a otra zona. Está claro que este pueblo tiene alguna importancia para ella.

—Ya lo creo que sí. Me parece que no te das cuenta de quién es esa mujer, Tony. Es una enferma.

—Y está siendo atendida —replica él.

Laura no suele levantar la voz y él repara de pronto en que ha estado llorando. Sale de detrás del mostrador.

—Susie está muy pendiente de este asunto —dice con calma mientras la estrecha con ternura entre sus brazos.

—No he pegado ojo en toda la noche. —Laura se aparta de él y mira la calle mayor—. Y tú tampoco. Has vuelto a gritar en sueños.

Tony confiaba en que no lo hubiera oído. Debe de haber gritado mucho si Laura le ha oído desde el sofá de abajo. ¿Le habrá oído también Jemma? Últimamente está teniendo más pesadillas, pesadillas en las que se despierta y se da cuenta de que sigue soñando.

Limpia un trocito de comida de una mesa con el paño que lleva al hombro. No soporta que las mesas estén sucias.

—Y esta noche tampoco pegaré ojo sabiendo que está en el pueblo —añade ella.

—Me parece que te lo estás tomando demasiado a la tremenda —dice él tratando de no echar más leña al fuego. No están acostumbrados a discutir, los dos prefieren evitar el enfrentamiento.

—¿Sí? —Laura se vuelve bruscamente para mirarle—. ¿Y por qué se presentó en nuestra casa? Podría haber llamado a cualquier casa del pueblo, pero vino a la nuestra, donde vivió de pequeña. ¿Es que no te preocupa? Joder, a mí me pone los pelos de punta, Tony, y tú no haces nada al respecto.

Un hombre que va camino de la estación se para en la puerta abierta. Mierda, Laura. Deberían tener esta conversación en casa.

—¿Está abierto? —pregunta el hombre con una mirada nerviosa. Debe de haberlos oído discutir—. Quería un bocadillo de beicon para el tren.

—Si le sirve un rollito de tempé ahumado con veganesa... —contesta Tony en tono amabilísimo, aliviado por la interrupción.

—Vale —contesta el hombre, indeciso.

Tony vuelve detrás del mostrador y prepara el rollito mientras Laura le observa con los brazos cruzados, todavía junto al escaparate. Necesita centrarse y ponerse las pilas. Los vecinos están aceptando su comida vegana con una apertura de miras impresionante, sobre todo teniendo en cuenta que el local era antes la tahona del pueblo. *Del pastel de manteca a los rollitos de falafel*; así fue como lo describió el periódico local.

—Lo siento, tengo que preparar comida, atender a los clientes... —le dice a Laura en cuanto el hombre se va. Se siente más cómodo con el mostrador entre los dos.

—La verdad es que no te importa, ¿verdad? —contesta ella en tono más triste que enfadado.

—¿El qué?

—Lo de Jemma, lo que pienso. Que esté preocupada.

—No seas absurda. Claro que me importa. —Esta vez decide no ir a reconfortarla. Nada de lo que diga o haga va a servir de ayuda. Se pone a sacar brillo a unos vasos de vidrio con el paño.

—Pues no lo parece.

—Estas últimas semanas han sido muy estresantes, con la mudanza y todo lo demás. —Levanta un vaso hacia la luz para comprobar que no tiene manchas. No soporta los vasos sucios—. Y ahora esa mujer misteriosa que se presenta en casa. No me extraña que estés alterada.

Ella menea la cabeza, incrédula.

—Por favor, no me trates con condescendencia —dice al acercarse a la puerta—. Esa mujer no tiene nada de misterioso. Está clarísimo quién es, ¿no?

Tony deja el último vaso en la bandeja y vuelve a echarse el paño al hombro. Se miran un momento, cada uno en una punta del local. Debe tener cuidado con Laura, es muy frágil.

—Quizá deberías tomarte unos días de descanso, cielo —dice—. Ir a hacerle una visita a tu madre, por ejemplo. Hace tiempo que no os veis.

Laura asiente con tristeza.

—¿Sabes?, puede que lo haga —contesta, y sale del café dando un portazo.

21

Mientras vamos por el sendero que cruza el cementerio hacia el centro médico, suena el teléfono de la doctora Patterson. Ella se queda atrás para contestar. Yo la espero, pero me hace señas de que siga adelante.

—Enseguida voy —dice.

Sospecho, no puedo evitarlo, que la llamada tiene que ver conmigo. Ya ha llamado a uno de los policías —Silas, creo que se llama— para pedirle que me dejen pasar un rato a solas con ella, y me ha prometido que se encargará personalmente de supervisar mi atención médica. No va a mandarme a urgencias. Intuye mi resistencia. Ha hecho otra solicitud al centro Cavell, una clínica especializada en salud mental de la zona, y me han puesto en lista de espera, para cuando quede una cama libre. Confío en que la lista sea larga.

Sigo andando, mirando hacia atrás de vez en cuando. La doctora Patterson me sigue a corta distancia. A los policías ya no se los ve, pero un hombre con un perro acaba de entrar en el cementerio por el otro lado. Desaparece detrás de un tejo enorme antes de que pueda ver quién es.

Continúo andando. El hombre ya debería haber salido de detrás del tejo. Al pasar, veo al perro sentado en el suelo, con las ancas temblando, pero del hombre no hay ni rastro. Es como si se estuviera escondiendo de mí. Y entonces se oye una voz que parece hablar en ruso, aunque con fuerte acento irlandés:

—*Ty skuchayesh' po zhizni v Moskve?*

Me paro, sin saber si rodear el árbol o seguir andando.

—*Gde vashi loyal'nosti?* —añade el hombre.

Aprieto el paso. Me pone nerviosa no poder ver al que habla. Casi estoy en el pórtico cuando vuelvo a oír la misma voz. Esta vez habla en inglés, pero con el mismo acento irlandés.

—¡Jemma! Soy Sean, el de anoche en el *pub*.

Me vuelvo y veo que viene hacia mí con una sonrisa nerviosa en los labios y un perro a su lado.

—¿Has oído voces extrañas ahí detrás? —pregunta mientras recorre con la mirada el cementerio vacío.

—No —contesto.

¿Cuánto tiempo piensa mantener esta estratagema ridícula?

—Qué raro. Te juro por Dios que me ha parecido oír a alguien hablando en ruso.

Miramos los dos hacia el otro lado del prado encharcado, por donde pasa un *intercity*. Más allá de las vías, en la ladera boscosa, una bandada de cuervos furiosos levanta el vuelo.

—No creo que convenga que la interroguéis en este momento —dice Susie Patterson al sentarse detrás de la mesa de su consulta—. Eso es todo. Lo siento.

Silas indica a Strover que tome asiento y se sienta en la otra silla. La culpa es solo suya. Para un caso así, debería haber mandado a Strover y a otro agente subalterno, no haber venido en persona hasta el pueblo. Cuando le llamó Susie, le intrigó oír el nombre de Huish, pero en realidad ha sido una excusa para volver a verla. Una excusa muy evidente. Ahora no puede enfadarse con ella si ha perdido la mañana.

—Solo necesitamos hacerle unas preguntas, saber qué hizo desde que llegó a Heathrow —dice—. Strover está comprobando los listados de pasajeros de ayer, pero nos ayudaría poder acotar la búsqueda.

Susie no está muy convencida, y parece que le da vergüenza mirarle. Está claro lo que pasa. Ya no cree que aquella mujer sea Jemma Huish. La noche anterior no paraba de hablar de que no quería cometer otro error grave. Cuando Silas la conoció, era socia de una clínica cerca de Devizes, pero lo dejó, envuelta en una nube de sospecha, después de incurrir en una negligencia médica de la que se hizo eco la prensa nacional. Le dijo a la madre de una niña de siete años que su hija sufría gastroenteritis y mandó a la niña a casa con instrucciones de beber mucha agua. Dos días después, la pequeña había muerto de apendicitis aguda.

—Ya sé que fui yo quien te llamó, quien dio la alarma —añade, ansiosa por justificar su cambio de parecer—, pero tengo que pensar en lo que le conviene como paciente, en sus derechos, y ahora mismo su equilibrio es demasiado frágil para que la interroguéis. Lo lamento.

Silas mira a Strover, que permanece impasible. Debe de pensar que su jefe es idiota: venir hasta aquí en persona para que luego le den puerta.

—A lo mejor podrías tomar tú la muestra de ADN —le propone a Susie en tono más conciliador.

Iba todo tan bien, hasta que ha empezado a ponerse hipocrática... Si tanto le preocupan los derechos de su paciente, que no le hubiera llamado para contarle lo de Jemma. Silas deduce que se ha asustado, que le preocupa perder otra vez su trabajo si no cumple el reglamento.

—No quiere que le tomen ninguna muestra —responde Susie—. Se niega en redondo.

Silas sabe que Jemma no tiene por qué acceder a que le tomen una muestra de ADN, a no ser que esté detenida, y de momento no hay motivos fundados para detenerla. Solo una corazonada de una médica de familia.

—Es un poco raro, ¿no te parece? —pregunta—. Si yo estuviera en su lugar, haría lo que fuese por saber quién soy.

Susie sigue evitando mirarle a los ojos.

—No se trata solo de eso. Ayer, cuando la examiné, tenía la tensión muy alta. Hipertensión causada por el estrés de ver una bata blanca, posiblemente. No estoy segura.

—¿Miedo a los médicos?

—Latrofobia. Tampoco tiene muchas ganas de ir al hospital, que se diga.

—No me extraña.

Silas suele pasar por el hospital Great Western cuando va camino de la comisaría de Gablecross. No le tiene mucho cariño a ese edificio: su padre murió allí el año pasado.

—De momento barajo la hipótesis de que su amnesia es producto de la ansiedad, de algún tipo de trauma emocional —prosigue Susie—. Antes pensaba que quizá se debía al estrés relacionado con el trabajo, pero puede que haya habido algún hecho concreto que la haya causado, un acontecimiento traumático que haya desencadenado una fuga disociativa. Habla de una amiga suya que ha muerto.

—¿Ha mencionado algún nombre? —pregunta Silas.

—Fleur. Solo se acuerda de eso. No sabe cuándo ni dónde murió. Este periodo inicial es de vital importancia porque el cerebro empieza a procesar lo ocurrido. Podría ser la clave que descifre otros recuerdos, que le permita recordar su identidad. No quiero hacer nada que pueda obstaculizarlo.

—Quizá yo podría hablar con ella —propone Strover, sin mirar tampoco a Silas.

El toque femenino. El inspector no es orgulloso. Lo que haga falta.

Susie vacila, mira su pantalla.

—Hoy es mal día —dice—. Jemma tenía cita con la enfermera de psiquiatría a las nueve, pero la enfermera ha llamado para decir que no podía

venir, está enferma.

—¿Dónde está Jemma? —pregunta Silas.

—Con una compañera, aquí al lado. Lo que necesita es que la ingresen en un centro especializado, preferiblemente en Cavell, pero no tienen camas libres. No hay plaza en ningún sitio. Ese es el problema. ¿Cuánto tiempo tendría que hablar con ella? —pregunta dirigiéndose a Strover.

—¿Diez minutos?

—Hazle una foto a escondidas, si puedes —dice Silas.

Si pudieran identificarla por el pasaporte que les mandó ayer la policía de control de fronteras, este asunto se aclararía en un abrir y cerrar de ojos.

Susie le clava la mirada.

—Eso no puede ser sin el consentimiento de la paciente —dice con firmeza.

La situación está empezando a ser violenta.

—Os dejo este asunto a vosotras, entonces —dice Silas.

Pensaba invitar a Susie a cenar esta semana, pero se le están quitando las ganas.

Quince minutos después, Strover monta en el coche de Silas, donde él la ha esperado haciendo llamadas y sintiéndose como un tonto. Su breve entrevista con Jemma ha terminado.

—¿Has descubierto algo útil? —pregunta el inspector al girar la llave de contacto.

—Creo que oculta algo.

Me siento en el borde de la cama de mi habitación. No es gran cosa: un cuartito diminuto en un antiguo establo, en la parte de atrás del *pub*, subiendo un tramo de escaleras de madera desvencijadas. El techo es bajo y la habitación tiene una extraña forma triangular, con el suelo de madera sin desbastar agujereado por la carcoma. Hay un ventanuco y un visillo floreado que difícilmente impedirá que entre la luz por la mañana. Si por algo se salva la habitación, es porque hay un piano vertical en el rincón. Me acerco, me siento en el taburete raído y levanto la tapa. Tiene las teclas manchadas y le faltan algunas blancas, pero está afinado. Las notas me salen con facilidad, lo que me sorprende.

Después de tocar unos minutos, me levanto y me acerco a la ventana, más calmada. Veo allá abajo School Road, incluida la casa de Tony y Laura al final de la calle. Y entonces veo a Laura que va hacia la estación, sola, con una maleta con ruedas. Vista así, tan solitaria, parece una figura trágica. ¿Tenía yo ese aspecto cuando llegué? En parte, me entran ganas de bajar corriendo y decirle que siento todo lo que ha pasado. Pero sé que nada de lo que yo pueda decir conseguirá tranquilizarla. Solo empeoraría las cosas.

Sigo mirando hasta que dejo de verla y luego me tumbo en la cama. Estoy cansadísima. El colchón es duro como una piedra y no estoy muy convencida de que las sábanas estén limpias. Me vuelvo y huelo la almohada. Huele a suavizante: algo es algo, supongo. Es un alivio estar sola. Esta mañana me han hecho demasiadas preguntas, me han sondeado e interrogado como si fuera una delincuente. Primero la doctora Patterson y luego Sean, que se ha puesto a hablar en ruso detrás de un árbol. ¿A qué habrá venido eso? Y por último la agente Strover, a la que he visto un momento con la doctora Patterson. Preguntas rutinarias, principalmente sobre mi llegada a Heathrow y lo que creo que pasó con mi bolso. No he podido decirle más de lo que ya les había contado a los otros.

Tengo que escribirlo todo. La doctora Patterson, que me ha acompañado hasta aquí después del interrogatorio, me ha pedido que haga un eje cronológico desde mi llegada a Heathrow, utilizando las notas que escribí anoche. Dice que el objetivo es ir ampliando el eje cronológico también hacia atrás, hacia la zona oscura de mi vida anterior, a partir de las pocas cosas que parezco recordar: mi llegada a la terminal 5 de Heathrow, el vuelo desde Berlín. De momento, no hay ninguna posibilidad de que eso suceda. Me cae bien la doctora Patterson, que dice que tiene una hija de mi edad, y no quiero decepcionarla. No quiero decepcionar a nadie, y menos aún a Laura. Espero poder explicarle algún día lo que ocurrió en Alemania, quizá incluso por qué he acabado aquí, en este pueblo, en su casa.

Luke se alegra de no tener que hacer el trayecto hasta Londres a diario. Su tren llega con retraso y el metro está abarrotado de viajeros amodorrados cuyos ojos vidriosos rehúyen el contacto. Jemma sería uno de ellos el día anterior, en el trayecto desde Heathrow. Luke es incapaz de imaginarse cómo se siente. No tener recuerdos felices pero tampoco remordimientos, vivir solo el presente, como dice siempre Laura instando a todo el mundo a «vivir el momento».

Tiene que averiguar quién es Jemma. Y, si de paso descubre también algo sobre sí mismo, tanto mejor. Desde que ha vuelto a estar solo, tiene la sensación de que su vida ha llegado a una encrucijada. Le da mucha vergüenza hablar de ello con Sean. Las crisis de madurez aburren tanto a los demás... Su mujer, que en paz descansa, dijo una vez que a los hombres o les da por tener una aventura o les da por correr un maratón. Él no ha hecho ninguna de las dos cosas.

Fue un pequeño desgarró pasar de la redacción de un periódico nacional a dirigir una revista mensual especializada en coches de colección, pero su vida laboral tenía que cambiar al morir ella, por el bien de Milo. Por los coches clásicos empezó a interesarse ya tarde, cuando su suegro les dejó en herencia un Frazer Nash Boulogne de 1926. Un par de años después, tras morir su mujer, Luke lo hizo restaurar en su recuerdo. Ahora lo tiene en el taller: le están cambiando la transmisión para una excursión por las montañas, el fin de semana. Si no, habría ido en coche a Londres en lugar de coger el tren.

Su primera tarea al llegar a las destartadas oficinas de la revista en Clapham South es contestar a la llamada de un lector quisquilloso enfadado porque la revista sea tan crítica con los Bentley Boys de los años veinte. No es la primera vez que llama, y normalmente Archie, el nervioso subdirector de la revista, consigue engatusarlo, pero esta vez el hombre no se aviene a razones. Luke, sin embargo, no atiende la llamada en su propio nombre: se hace pasar por Christopher Hilton, el jefe de edición ficticio cuyo nombre

aparece en la mancheta de la revista. Cada vez que llama un lector duro de roer, sacan del baúl al sulfuroso Hilton.

—¿Seguro que quieres que te lo pase? —pregunta Archie mirando a su jefe.

Luke se remanga la camisa, consciente de que Archie no puede aguantar el tipo mucho más tiempo. El resto del joven personal de la revista se congrega a su alrededor para escuchar.

—Enseguida le paso, señor —dice Archie—, pero le advierto que el señor Hilton está muy ocupado y, en fin, puede ser un poco tocapelotas. —Hace un gesto de asentimiento y pasa la llamada.

—Aquí Hilton —dice Luke poniendo una voz más grave y resonante. Escucha mientras el lector titubea tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Vamos, vamos —le apremia—, que tengo a la reina Margarita de Dinamarca esperando en la otra línea.

Es pasarse un poco, pero no se le ocurre otra cosa. El mes que viene, la revista dedica un reportaje especial al Silver Wraith, el modelo de Rolls Royce preferido por la familia real danesa desde 1958.

Luke hace señas a sus empleados de que dejen de reírse por lo bajo mientras escucha al lector cantar las alabanzas de Woolf *Babe* Barnato. Pasados unos segundos, zanja la conversación con un enérgico «¡Estupendo!».

—Mandadle unas pegatinas de Skoda —dice.

A Luke le gusta trabajar en la revista, acoger bajo su ala a los jóvenes talentosos del equipo. Echa una vistazo al reportaje del Rolls Royce, señala un par de cambios y abre sus correos. Ya tiene respuesta a una consulta que envió desde el tren. Tras la fiesta del treinta aniversario del colegio, el año pasado, unos cuantos amigos de aquellos tiempos crearon un grupo de correo, y Luke ha preguntado si alguien ha tenido noticia últimamente del paradero de Freya Lal.

Las respuestas son en su mayoría frívolas (*Déjalo ya; Después de treinta años, va siendo hora de que pases página, ¿no, Luke?*; y así casi todas), pero una de las mejores amigas que tenía Freya en el colegio le ha escrito en privado. *Si sabes algo de Freya, avísame, por favor*, ha escrito. *La echo de menos*.

Luke aparta la vista de la pantalla, en el despacho, y se da cuenta de que él también la echa de menos. Quizá debería dejar de lado el trabajo, comprar unos billetes de avión para Milo y él y marcharse a la India en busca de Freya.

Está a punto de buscar el precio de los billetes cuando recibe un mensaje en el móvil. Es de Laura.

¿Puedes llamarme? L xx

Dos besos. Intenta no darle mucha importancia —Laura está felizmente casada—, pero se le acelera un poco el corazón.

Lllaman a la puerta de mi cuarto en el *pub*. Me incorporo y, sentada en el borde de la cama, echo un vistazo a mi ropa y me estiro la camisa por delante.

—¿Quién es? —pregunto.

—Te traigo curri de cordero, un plato de mi tierra, de Kabul.

—Gracias. Adelante.

Un hombre bajo y fornido, de aspecto asiático, deja un plato de comida humeante en la mesilla de noche. Mueve un vaso para abrir hueco y luego deposita un tenedor junto al plato.

—Me llamo Abdul —dice al apartarse, cruzando el brazo en diagonal sobre el pecho.

—¿Eres del equipo de críquet?

El hombre sonríe, orgulloso. Remolonea junto a la puerta abierta.

—Dicen que tienes problemas de memoria.

—Sí —contesto, y me pregunto quién se lo ha dicho.

—Yo también. Hay un montón de cosas de las que quiero olvidarme. Lo siento si grito por las noches. Mi hermano dice que hago mucho ruido cuando duermo. Dormimos al fondo del pasillo.

—No te preocupes. Y, además, no voy a acordarme de nada por la mañana.

Me mira sin saber si estoy bromeando. Cuando se marcha, saco las notas de ayer del bolsillo del pantalón y vuelvo a leerlas. El dorso de la segunda hoja está en blanco. Busco algo con lo que escribir y encuentro un boli de plástico al fondo del cajón de la mesilla de noche. No tengo hambre, pero no quiero ofender a Abdul. Su curri está delicioso, lleno de trozos de fruta y frutos secos, y consigo comerme la mitad. Dejo el plato en el suelo y me pongo a escribir apoyándome en la mesilla de noche. Tengo tantas cosas que anotar... ¿Volverá Laura alguna vez?

Hay alguien en la escalera. Lllaman otra vez a la puerta.

—Adelante —digo por segunda vez en cinco minutos. Hoy no hay forma de estar tranquila.

Es Tony.

—Puf, no puedes quedarte en este cuchitril.

Agacha la cabeza para entrar en la habitación. Lleva en la mano una bolsa de la compra de papel marrón como las que se ven en las películas americanas.

—¿Por qué? —pregunto.

—Para empezar, porque huele como un puesto de comida de Karachi.

—Me han traído el almuerzo. Abdul, el del equipo de críquet. De Afganistán. —Señalo el plato de curri que he dejado en el suelo.

—Yo también. Rollito de falafel con humus, yogur de leche de coco y menta fresca.

Me pasa la bolsa.

—Qué amable —digo al cogerla—. Gracias.

—Estaba pensando... ¿Te apetece venir al café, a ayudarme a colgar unos cuadros? No me parece muy saludable que te pases aquí todo el día.

—Esto no está tan mal. —Echo un vistazo al rollito perfectamente envuelto que contiene la bolsa y la deposito en el suelo, junto al plato de curri de Abdul.

Tony coge la cortina.

—¿Esto qué es? ¿Una cortina de ducha? Y con este suelo se te van a clavar espigas en los pies.

—La verdad es que no tengo elección. Por lo menos, hasta que se quede otra cama libre.

—También he venido por otra cosa. Puedes volver a casa, si quieres. La cama del cuarto de invitados sigue hecha. Yo puedo dormir abajo, en el sofá, si te resulta más cómodo.

—¿Y Laura? —pregunto mientras le veo pasearse por mi cuartito y encorvarse para restregar con el pie una tabla desigual del suelo. Sé que Laura se ha ido, pero quiero que me lo diga él—. No creo que le haga mucha gracia la idea.

—Laura está un poco descentrada ahora mismo —contesta.

—Espero que no sea por mí.

Estoy siendo una hipócrita. Seguro que la causa soy yo, teniendo en cuenta cómo reaccionó antes.

—Se ha ido a pasar unos días con su madre. —Tony se acerca a la ventana y mira la calle, de espaldas a mí. ¿Laura ya habrá cogido el tren?—.

Le sentará bien tomarse un respiro, lejos de aquí —añade sin darse la vuelta—. Las mudanzas pueden ser muy estresantes. Estamos empezando a recuperarnos.

—Cree que soy una asesina, ¿verdad? Jemma Huish.

Se da la vuelta y me mira a los ojos.

—Reconozco que se puso muy nerviosa cuando apareció la policía. Es raro que reaccionen así por un bolso perdido.

Yo consigo sostenerle la mirada.

—¿Y tú qué crees? —le pregunto.

—No creo que vayas a cortarme el cuello, si te refieres a eso. —Se ríe, volviéndose para mirar por la ventana, y apoya las manos en el marco de madera.

—Gracias. Por confiar en mí —digo—. Y por el ofrecimiento, pero estoy bien aquí, en serio. Ya os he causado suficientes molestias.

—Piénsatelo —dice al acercarse a la puerta—. Y ven al café a tomar un té inglés. No solo tengo tofu y kale, ¿sabes?

—El tofu me gusta. Y la kale.

—Genial. —Da unos golpecitos con los nudillos en la vieja pared enyesada, junto a la puerta, como si quisiera comprobar su solidez. Suena a hueco—. Además, me vendría bien tu ayuda para colgar un cuadro.

—Puede que vaya después de descansar un rato.

—Espero que puedas —dice echando otro vistazo a la habitación.

—Han sido muy amables por dejar que me quede aquí. —Me quedo callada un momento mientras lo veo salir. Respiro hondo—. Oye, ¿por qué te gustan tanto los caballitos de mar?

Se para en la puerta y se vuelve, clava los ojos en los míos.

—Siempre me han gustado. Me he propuesto fotografiar las cincuenta y cuatro especies del género *Hippocampus*. Mitad caballo, mitad monstruo marino. Hay mucha mitología interesante en torno al hipocampo. Y son criaturas memorables, ¿no te parece?

Luke recorre con la mirada la salita —el «cuarto de escribir», lo llaman— y vuelve a fijarse en la pantalla. No ha llamado a Laura: el tonto por teléfono tiene un límite. Si es urgente, ya le llamará. El cuarto de escribir, separado de la oficina diáfana, es un rincón en el que los redactores pueden refugiarse para acabar tranquilamente sus artículos o echarse una siesta en el sofá después de una comida copiosa. Fue idea suya. En el periódico donde trabajaba antes había una habitación parecida, hasta que la convirtieron en una «sala de relajación creativa» con taburetes altos y sin sitio para echar una cabezadita.

Luke suele venir al cuarto de escribir a repasar sus borradores, pero esta tarde se ha refugiado aquí para seguir buscando a Freya lejos de su secretaria, que es una cotilla. Tras mirar el precio de los billetes a la India, ha llegado a la conclusión de que era más barato buscarla en Internet. Estas últimas semanas, desde su ruptura, la ha buscado a ratos perdidos, como si lo hiciera de rebote y sin mucha convicción.

Escribe su nombre en Imágenes de Google y echa un vistazo a las fotos que ya conoce: Freya Lal, la animadora; Freya Lal, la abogada; Freya Lal, la actriz porno australiana con pechos neumáticos y el vello del pubis bien recortado... Ninguna de ellas se parece ni de lejos a su antigua novia. Así no hay forma de encontrarla.

Tiene que concentrarse, ser más sistemático, pero no es fácil encontrar a una persona apellidada Lal en el Punjab. Es como buscar a un Smith en Inglaterra. Y seguramente se habrá casado y habrá cambiado de apellido. Luke intenta retrotraerse al baile de graduación de hace treinta años, la última noche que vio a Freya, confiando en dar con alguna pista que acote su búsqueda. Buscaron cobijo entre las sombras, lejos de la pista de baile en la que papás orgullosos bailaban con sus hijas borrachas. Freya tenía lágrimas en los ojos y parecía a punto de decirle algo, pero cuando él insistió le dijo que no era nada y se fue a buscar una copa. Al día siguiente volvía al Punjab con sus padres, como todos los veranos, y le había dado una dirección para

que le escribiera. Esa noche, no quiso presentarle a sus padres. No sabían que tenía un novio inglés y ella no quería decírselo. Luke los vio de lejos y se fijó en lo occidentales que parecían, igual que Freya.

Cuando se despidieron con un beso, de madrugada, donde no podían verlos sus padres, ella le abrazó con fuerza largo rato. No dio muestras de que fuera a cortar todo contacto con él, y le dolió muchísimo no tener noticias suyas durante los meses siguientes, porque pensaba que se querían. Debió de escribirle más de treinta cartas que mandó por correo aéreo, pero nunca tuvo respuesta. Unos cuantos años después, cuando se casó, casi se había olvidado de ella.

Quizá sabía, en el fondo, que no volvería a verla. O puede que la dirección que tenía anotada no fuera la correcta. Estaba seguro de que la ciudad era Ludhiana, pero eso no ayuda gran cosa.

Vuelve a buscar *Freya Lal* y *Ludhiana* y revisa los resultados que ya conoce de otras veces. Se fija entonces en un artículo del *Hindustan Times*: «Un hombre mata en Ludhiana a su hija y al pretendiente de esta en un presunto crimen de honor».

Lo lee por encima, estupefacto porque aún se asesine a mujeres por «deshonrar» a sus familias. ¿Habría muerto Freya asesinada? Se remueve en el asiento. A lo largo de los años, se le han pasado muchas razones por la cabeza para explicar su silencio, pero nunca esta. Parece inconcebible en estos tiempos. Además, el padre habría intentado matarle a él —su «pretendiente»—, igual que a Freya, ¿no? Parece muy improbable. Sus padres eran lo bastante liberales como para mandar a Freya a un internado británico mixto. ¿Puede que descubrieran que tenía novio, que se enfadaran y le dijeran que cortara todo contacto con el colegio? Por lo visto, nadie ha vuelto a saber de ella en estos últimos treinta años.

Entonces se le ocurre otra idea que ha logrado ignorar hasta ahora. ¿Y si estaba embarazada? ¿Y si era eso lo que intentaba decirle en el baile de graduación? Mira la puerta, tratando de refrenar su imaginación antes de que se desboque. *Freya* ya no contestó a sus cartas porque volvió a la India embarazada. Y la culpa era de él. Solo hicieron el amor una vez, el último trimestre del curso, un fin de semana que pasaron en Londres. Fue la primera vez para ambos, un encuentro torpe y penoso. Y, además, con escasas precauciones. Su familia le permite quedarse con el bebé, pero a cambio de que corte todo vínculo con el colegio y con Inglaterra. Treinta años después, la hija de Freya vuelve al Reino Unido en busca de su padre biológico.

O puede sencillamente que no quisiera seguir en contacto con él.

—Trabajas hasta tarde —digo, parada en la puerta del Seahorse Café.

Tony está de espaldas y no se vuelve. Está colgando una de sus grandes fotografías enmarcadas, intenta sujetarla a un riel para cuadros. Respiro hondo y entro.

—Es un fastidio colgarlas —dice Tony—. Enseguida estoy contigo.

—Siento no haber podido venir antes.

Miro hacia atrás, a la calle mayor. Un grupo de gente sube de la estación. Parecen aturridos después de pasar el día en Londres; están demacrados de cansancio.

—No pasa nada —contesta Tony mientras sigue intentando colgar el cuadro.

Me toco el tatuaje, bajo la camisa.

—¿Quieres que te eche una mano? —pregunto.

Tengo que ser atrevida, como Fleur. No sé qué le pasó, pero sí sé que era valiente.

—Gracias.

Me acerco y sujeto el cuadro mientras él engancha hilos de plástico transparente a una barra metálica atornillada al techo. No me atrevo a mirar la imagen, a escasos centímetros de mi cara, y fijo la mirada en el cartelito que hay en la pared. Esta foto se titula *Hippocampus denise*.

—Te tiemblan las manos —dice.

—Pesa —contesto en tono jocosos, pero los dos sabemos que no es broma. Intento cambiar de tema—. Extraño nombre para un caballito de mar.

—Denise Tackett era una fotógrafa submarina que me gusta mucho. Este bichito lo descubrió ella en la región Indo-Pacífica y le pusieron su nombre.

—Puede que algún día le pongan el tuyo a uno.

Tony se vuelve y me mira.

—Puede.

—He podido dormir un rato —digo sin dejar de sostener la fotografía, ansiosa por llenar el incómodo silencio.

Me siguen temblando las manos, a pesar de mis esfuerzos por parar el temblor. Estamos muy cerca el uno del otro, tan cerca que noto su olor cítrico, limpio, casi aséptico.

—Ya está —dice.

Con el cuadro ya colocado, se vuelve y regresa al mostrador, dejándome en la zona de la galería.

—¿Has hablado con Laura? —pregunto sin apartarme de las fotografías, aunque todavía no me atrevo a mirarlas—. ¿Está bien?

Tony vacía el molinillo de café con un ruido que me sobresalta y se pone a limpiar la máquina, pasa el paño una y otra vez por el tubo del vapor.

—No quiere hablar de eso de momento.

—¿De mí?

—De todo en general. De tu llegada, de mi reacción.

—Son preciosas —consigo decir, obligándome por fin a mirar los caballitos de mar. Pero es mentira. Los odio con toda mi alma. Los ojos saltones, las colas como de lagartija, esas extrañas proporciones contrahechas...

—A mí me gustan —dice—. El tiempo dirá si a los demás también. Este pueblo está demasiado lejos del mar. Y eso es un poco agobiante, ¿no crees?

—¿Por qué te gustan tanto los caballitos de mar?

Me acerco a la zona del bar, donde él está pasando la bayeta a las mesas casi con delectación obsesiva. No puedo seguir mirando sus caballitos de mar.

—¿Por dónde empiezo? Porque el macho carga con su prole hasta el final. Porque eran los encargados de guiar a los marineros ahogados al otro mundo. ¿Sabías que un kilo de caballitos de mar secos cuesta tres mil dólares, más que un kilo de plata?

—¿No tienen también algo que ver con la memoria? —pregunto.

—Eso no pensaba decírtelo. —Deja de pasar la bayeta y me mira—. Pero sí. A la parte del cerebro que se encarga de codificar los recuerdos recientes convirtiéndolos en recuerdos a largo plazo se le llama hipocampo por su forma: parece un caballito de mar. En realidad son dos, están insertos dentro de los lóbulos temporales, uno a cada lado del cerebro. Son estructuras especialmente bellas y complejas. Igual que los caballitos de mar. También son las primeras regiones cerebrales que ataca el Alzheimer.

—Eso te preocupa mucho, ¿verdad? —digo indecisa.

Laura me dijo que no le gustaba hablar del tema. Me siento a una mesa y echo una ojeada a un ejemplar del *Evening Standard* que ha dejado allí algún cliente a su regreso de Londres. El artículo de portada habla de recortes en los servicios públicos de atención psiquiátrica.

—Eso cree Laura —contesta—. Acabo de cumplir cuarenta años. El deterioro cognitivo puede empezar a los cuarenta y cinco, pero la degeneración neuronal en un individuo que vaya a desarrollar Alzheimer puede empezar a darse mucho antes, a los treinta. Mi padre murió a los cuarenta y uno.

Yo creía que tenía fuerzas para hablar con él de la memoria cuando he entrado en el café, pero resulta que no es así. Aún no estoy preparada.

—¿Vienes? —Se acerca a la puerta y apaga las luces—. Puedes traerte el periódico.

Lo doblo y salgo del café con Tony, que baja el cierre metálico y pone el candado.

—¿Me dejas que te invite a cenar? —pregunta cuando echamos a andar por la calle mayor—. ¿O prefieres otro curri afgano?

—Estaría bien —digo, aunque me sudan las palmas de las manos.

«No recuerdo mi nombre».

La única pega que tiene el cuarto de escribir son los recuerdos. Es aquí donde Luke solía venir con Chloe, aparentemente para hablar de maquetas y diseño gráfico, aunque lo que hacían, sobre todo, era ligar. Pasó un año entero hasta que por fin se lo contaron a los compañeros, doce meses emocionantes mandándose correos en clave y miraditas desde el otro lado de la oficina. Los demás debían de saberlo ya, porque nadie se sorprendió cuando lo contaron, y ahora Luke se siente como un tonto al acordarse.

Se levanta y se acerca a la ventana. Allá abajo, en el parque de Clapham Common, la gente vuelve a casa en bici o andando y disfruta de la tarde soleada. También hay muchos corredores. Él antes solía salir a correr con Chloe.

Vuelve a sentarse a la mesa para proseguir su investigación. Piensa, piensa. ¿A qué se dedicaban los padres de Freya? A esa edad, cuando aún va uno al colegio, no se suele hablar de esas cosas. Luego, sin embargo, se acuerda de que un año, cerca de Navidad, Freya le regaló a otra niña una bonita *pashmina* de color ámbar. Él buscó en la biblioteca, a hurtadillas, qué significaba *pashmina* y, con la esperanza de impresionar a Freya, fue por ahí contando a quien quisiera escucharle que era un fular hecho de lana fina extraída de la panza de una cabra del Himalaya. Quizá su padre se dedicara a los tejidos. En Ludhiana.

Pasa las dos horas siguientes —que debería haber dedicado a escribir la *Carta del editor* del mes próximo— buscando en LinkedIn a personas con el apellido Lal que trabajen en el sector textil en Ludhiana y cotejando sus hallazgos con Facebook, Pinterest, Instagram, Twitter y Google Plus. Interroga a sus antiguos compañeros de clase por correo electrónico —al menos a los que se han molestado en contestar a su primera pregunta— y confirma que Freya contó alguna vez que su familia tenía una empresa en Ludhiana. Busca en las páginas web de todos los periódicos punyabíes que encuentra, supera su cuota de búsqueda gratuita en Indian People Directory y

utiliza Wayback Machine para buscar páginas archivadas de Friends Reunited.

Durante largo rato tiene la sensación de que es un empeño absurdo y le atormenta la idea de que Freya haya sido víctima de un «crimen de honor». Y entonces, justo cuando está pensando en dejarlo de momento, surge un destello de esperanza: encuentra en Ludhiana a una familia Lal, al parecer bien situada, que exporta *pashminas* al Reino Unido y tiene familia en Inglaterra. Después se entera, a través de la secretaria del colegio —que por fin contesta a un correo previo—, de que, aunque ignoran el paradero actual de Freya, su familia hizo una vez una donación al departamento de artes, donde Freya estudiaba diseño textil. Fue hace mucho tiempo, cuando ella aún era alumna del colegio, pero esa pista lo conduce a una página web de benefactores y donantes del colegio. Y allí encuentra el registro de la donación, hecha hace treinta y un años, y el nombre de la empresa de exportación de la familia Lal a través de la cual se efectuó (a cambio de un ladrillo grabado en la fachada del edificio de artes).

Media hora después, cuando llega la limpiadora de la oficina, está mirando en LinkedIn la página de un tal señor Lal que trabaja para la misma empresa de exportación de *pashminas*. Lo busca en Facebook, busca a sus amigos y descubre a una mujer llamada Freya. Su apellido es distinto, pero figura como sobrina del señor Lal. Bingo. Lo malo es que es una cuenta privada y no hay foto de ella, solo una foto de una flor. Luke se endereza en la silla y pincha en la imagen. Una flor de loto, como la que vio que tenía Jemma tatuada en la muñeca ayer, en el *pub*.

¿Será Freya? Solo hay una manera de averiguarlo. Con manos temblorosas, empieza a redactar un largo mensaje de solicitud de amistad, rezando por que esté viva. ¿Por qué le cuenta su vida? Borra el mensaje y escribe algo más sencillo.

Hola, ¡cuánto tiempo! Soy Luke Lascelles. ¿En serio eres tú? Sería fantástico hablar contigo. Por favor, acepta esta solicitud. Necesito preguntarte una cosa importante. ¿Podría llamarte? ¿Mañana, quizá?

Relee el mensaje —la mezcla justa de cordialidad y premura— y lo envía casi con lágrimas en los ojos. En momentos como este se da cuenta de cómo echa de menos su antigua vida de periodista. Y entonces vibra su teléfono. Es Sean, que está en Londres y tiene ganas de tomarse una pinta.

Le falla una pierna al levantarse para salir del cuarto de escribir. No sabe si es un calambre o son los nervios. Piensa otra vez en Jemma, en la joven que

se presentó ayer en el pueblo y en su tatuaje. ¿Será de veras hija de Freya? ¿Y de él?

—Ayer, cuando te vi, pensé que querías vendernos algo —dice Tony mientras estamos parados al sol frente a su casa, en School Road—. Estuve a punto de mandarte a paseo.

—No lo recuerdo —digo mirando la aldaba de la puerta. Al verla, vuelvo a sentirme mareada.

—Entonces, ¿no recuerdas que te dije que eres preciosa? —añade él riendo.

No, no lo recuerdo. En la calle hay más paja, del techador de la esquina. Fleur sí que es preciosa.

—No, es mentira —dice Tony mientras abre la puerta—. Fue Laura quien lo dijo.

—¿Cuánto tiempo va a estar fuera? —pregunto cuando entramos en el cuarto de estar.

Él no contesta. Espero que Laura esté bien.

La casa huele a comida y a hogar, pero no puedo relajarme. Cada vez que cruzo esta puerta, me siento como una intrusa. Es la casa de Laura, su espacio, y yo no debería estar aquí. Y sin embargo sé que he venido por alguna razón. Con un propósito concreto.

En mis notas dice que me senté en el sofá y me tomé un poleo menta muy dulce que me trajo Laura en una taza con un gato haciendo yoga. La misma taza, u otra muy parecida, está ahora en la mesa baja del cuarto de estar, junto a una hoja impresa de un artículo de Internet. Consigo leer el titular —*Condenada por homicidio la mujer que degolló a su mejor amiga*— antes de que Tony la recoja y la guarde precipitadamente, como un adolescente al que hubieran pillado con una revista porno.

—Ya he hecho la cena —dice al entrar en la cocina—. Sopa de almejas, aunque no he conseguido almejas, así que lleva vieiras. Cogidas a mano en Devon. Espero que te gusten.

—Pero si no sabías que iba a venir.

Me quedo en el cuarto de estar, sentada al borde del sofá, tratando de rehacerme. Todavía me tiemblan las manos y ya no tengo excusa.

—Me arriesgué, basándome en el estado de tu celda del *pub* y de la comida afgana que habías dejado en el suelo.

No me gusta que critique a Abdul.

—El curri estaba delicioso.

—Seguro que sí.

—¿Puedo usar el baño? —pregunto al entrar en la cocina.

Tony está empezando a poner la mesa.

—Claro, adelante.

Tras cerrar la puerta con pestillo, me siento en la tapa del váter y cierro los ojos. Ha sido un error volver aquí sola. No estoy preparada. Y está mal, por Laura. Debería haberla detenido cuando iba hacia el tren, haber hablado con ella, pero habría sido imposible. No me habría escuchado; tiene la cabeza llena de teorías. Miro a mi alrededor y me fijo en una pequeña fotografía enmarcada que hay detrás de mí: un caballito de mar. Respiro hondo y vuelvo a la cocina.

—¿Que has hecho qué? —pregunta Luke mientras le hace una seña al barman para que les ponga otra ronda.

—La he puesto en evidencia —contesta Sean.

Están en el Windsor Castle de Westminster, uno de los bares favoritos de Luke en Londres. Le encantan las paredes forradas de madera, los tabiques de cristal labrado y el camarero bobalicón que atiende la barra y saca empanadas y patatas fritas de la cocina. Queda, además, cerca del piso de Pimlico, propiedad de unos amigos de sus padres, donde va a dormir esta noche. Sean y él se han sentado en una zona un poco apartada, lejos del gentío de oficinistas que ocupa el centro del bar, y Sean está otra vez intentando convencerle de que Jemma es una espía rusa.

—Se quedó de piedra —dice.

—¿Cuándo?

—Cuando le hablé en ruso, en el cementerio.

—No me extraña que se llevara una sorpresa.

Pobrecilla. Bastantes preocupaciones tiene ya sin que un irlandés chiflado le venga hablando en ruso.

—No sabía que era yo —añade Sean dando vueltas a su posavasos. Su cuerpo es tan inquieto como su mente.

—¿Y eso?

—Estaba escondido. Detrás de un tejo. Así es como se hacen estas cosas.

—Creo que no te entiendo, Sean.

Luke mira hacia la puerta. Dos turistas desorientados acaban de entrar, aferrados a sendas guías de viaje. El *pub* antes se llamaba The Cardinal, un guiño a la catedral de Westminster, que está aquí cerca. Cuando él trabajaba en un periódico en Victoria, se pasaba la vida dando indicaciones a los turistas para llegar a la estación de autobuses.

—Las conversaciones entre agentes secretos —prosigue Sean—. *El topo*, ya sabes, marcas de tiza en el parque. Le pregunté si echaba de menos Moscú.

En ruso. Si sabía a quién le debía lealtad.

—¿Y ella qué dijo? —Luke trata de imaginarse la escena, expectante. Esta noche está de buen humor, sus pesquisas en Internet le han levantado el ánimo.

—No dijo nada. Eso es lo interesante. Estaba desconcertada porque la hubiera descubierto.

—Qué emocionante debe de ser la vida vista con tus ojos, Sean. Y qué decepcionante.

Luke paga dos pintas más de Guinness que les sirve un amable camarero polaco y vuelve a mirar a su amigo.

—Quiero que entiendas una cosa, Sean —dice tratando de insuflar cierta solemnidad a sus palabras—. Jemma no es rusa, nunca lo ha sido y nunca lo será.

—¿Cómo lo sabes?

—Déjalo ya, Sean, por favor.

Se quedan en silencio unos instantes, cosa rara en ellos, y luego Sean baja a los servicios, que están en el sótano. Luke sabe que, cuando vuelva, tiene que contarle lo de Freya Lal. No está seguro de haber contactado con la persona correcta, pero es bastante optimista. Siempre y cuando Freya esté viva, claro. Es imposible que su padre la matara, aunque estuviera embarazada. Y, además, no tiene pruebas de que lo estuviera.

—Tengo una cosa importante que contarte —dice cuando vuelve Sean.

—Soy todo oídos. —Su amigo mira en derredor mientras bebe un sorbo de Guinness—. Igual que Moscú, por cierto.

Luke no puede evitar echar también un vistazo alrededor y reparar en que hay una colección de botellas de vodka detrás de la barra. Puede que los rusos tengan fichado este local.

—El motivo por el que me interesa tanto Jemma es... —Titubea, esforzándose por continuar—. Si es hija de Freya Lal, de mi antigua novia, entonces...

—¿Qué?

Sean no se lo está poniendo fácil. Luke necesita que su mente bulliciosa se aquiete un momento, aunque solo sea unos segundos.

—Entonces puede que yo sea el padre.

—Vale —dice Sean, ya más serio. Casi con respeto—. Eso lo cambia todo.

—¿Puedes ayudarme a averiguar si es mi hija?

—Claro.

—¿Y olvidarte de todo ese rollo de los rusos?

—Eso va a ser más difícil.

—Esta tarde he estado investigando y creo que he conseguido dar con Freya Lal en la India. En el Punjab.

—El país de los cinco ríos —dice Sean—. El granero de la India.

Pero antes de que a Luke le dé tiempo a contestar, le vibra el móvil en el bolsillo.

Es Freya, contestando a su mensaje. Quiere que la llame esta noche.

—Vas a recuperar la memoria, tú tranquila —afirma Tony cuando nos sentamos a cenar.

Ha bajado las luces y ha puesto música: REM, creo. Es raro, las cosas que recuerdo. La casa parece estar más limpia y ordenada que nunca: hay flores frescas en la mesa, un paño de cocina bien doblado en el asa de la puerta del horno... No debo permitir que estas cosas me alteren. Estoy mejor que esta tarde, he conseguido controlar mis miedos.

—Es lo que me dice todo el mundo. —Veo que sirve dos vasos de agua de la jarra, que gorgotea. ¿Dónde he oído antes ese sonido?—. Solo quiero saber qué me ha pasado, quién soy.

—Alzheimer no es, conozco los síntomas —dice al pasarme un vaso.

—Gracias, eso me tranquiliza.

Tony empieza a servir sopa de una cacerola Le Creuset de color naranja.

—¿Vas a escribir unas notas esta noche? —pregunta.

—Las que escribí anoche me han ayudado. Me han ahorrado muchos agobios. La doctora Patterson dice que debería escribirlas todas las noches.

—¿Y qué vas a anotar hoy? —Me mira—. ¿Sobre esta noche?

—Debo tener cuidado. —Hago una pausa y miro el plato de sopa humeante que tengo delante de mí—. Supongo que escribiré que cené sola en mi habitación del *pub*, una cena tranquila y agradable.

Tony sonríe con aire cómplice y echa mano de la botella de Pouilly-Fumé.

—¿Quieres vino?

—No, gracias. La doctora Patterson me ha aconsejado que no beba alcohol.

—Y tiene razón. No es bueno para el cerebro. Yo puede que tome una copita.

Entonces se pone a hablar del local, me cuenta que está atrayendo a más ciclistas de paso y a más turistas de los que pensaba, y luego se hace un paréntesis en la conversación. Hemos acabado de comernos la sopa y yo me

estoy tomando otro poleo; sostengo la taza con las dos manos con la esperanza de que así no me tiemblen.

—¿Puedes describirme lo que se siente? —pregunta Tony—. Cuando no recuerdas nada.

Pienso un momento antes de contestar. Sé que debería hablar de la amnesia —es importante que lo haga—, pero me resulta muy difícil.

—Es como ir en una lancha motora por mar abierto, a toda velocidad —digo—. Cuando miro hacia atrás esperando ver una estela, solo veo kilómetros y kilómetros de agua en calma, sin ningún rastro de mi paso. Es casi como si no pudiera imaginar el futuro porque no recuerdo mi pasado.

—¿Te asusta despertarte mañana por la mañana y tener que empezar de cero otra vez?

—Cuando lea todo lo que ha pasado hoy, no voy a creerme que eso me haya ocurrido a mí, que sea mi vida.

Empiezo a tener ganas de llorar al oírme hablar así del día que he tenido. Esta tarde he aguantado bien, he conseguido mantenerme entera.

—El caso es que yo también estoy empezando a olvidar cosas —dice Tony—. Cosas pequeñas.

—¿Como qué?

Tarda un momento en contestar y, cuando contesta, su voz suena más serena, más reflexiva.

—No es tanto que no me acuerde de dónde he dejado las llaves del coche, sino más bien que tardo una fracción de segundo en recordar para qué sirven cuando las encuentro.

—¿Y eso te preocupa?

—Me aterroriza. —Se queda callado un momento—. Es como un vislumbre de la vejez.

—Mi vida acaba de empezar —digo logrando forzar una risa—. Tengo dos días de edad.

Él sonríe, pero yo sé que sonríe sin ganas, que tiene la cabeza en otra parte. Se levanta de la mesa y empieza a recoger los platos.

—No me gusta pensar que vas a despertarte sola en ese cuchitril del *pub* —dice de espaldas a mí, frente al fregadero—. Puedes quedarte aquí si quieres, ¿sabes? Abajo, en el sofá, o en la habitación de invitados. Creo que te vendrá bien estar con alguien por la mañana.

—La cena estaba buenísima. Deliciosa. Pero ahora tengo que irme. —Me limpio los labios con la servilleta. Me han vuelto los temblores—. Estoy cansada y tengo mucho que escribir. Que recordar.

Tony se vuelve hacia mí.

—Como quieras —dice mientras se seca las manos con el paño y lo dobla con esmero.

—Gracias de todos modos.

Me levanto de la mesa. Necesito salir de aquí. Me dirijo hacia el cuarto de estar.

—Es mejor que salgas por la puerta de atrás —dice él a mi espalda—. Y por lo menos deja que te acompañe hasta el *pub*.

—No hace falta, en serio —contesto tratando de tranquilizarme.

Es como si hubiéramos iniciado una danza frenética, como si maniobráramos el uno alrededor del otro.

Consigo resistir el impulso de salir corriendo a la calle y me obligo a volver a la cocina, donde Tony ha abierto la puerta de atrás. Cuando paso a su lado, me pone una mano en el brazo para pararme. Sé lo que va a ocurrir a continuación, cómo terminará nuestro baile.

—Vamos a hacerlo otra vez —dice mostrando de nuevo esa sonrisa serena. Mira a su alrededor y se inclina para besarme en los labios.

Cierro los ojos y cuento —uno, dos, tres—, pensando en Fleur, con el pulso acelerado. Luego salgo de espaldas al jardín, me alejo de él.

Nos miramos un momento y después me marchó lo más deprisa que puedo sin echar a correr.

—No anotes eso —dice detrás de mí—. Así mañana podremos volver a darnos un primer beso.

Creo que voy a vomitar. Entonces empieza a sonar su teléfono. No sé por qué al oírlo me paro en seco y se me cortan las náuseas. Ya estoy al fondo del jardín, luchando por abrir el pestillo de la puerta de madera. Espero que sea Laura, que llama para saber cómo estoy.

—Dejo esto aquí por si cambias de idea —dice Tony, y se saca una llave del bolsillo y la mete debajo de un tiesto puesto del revés, uno de varios que hay junto a la puerta.

—Vale —digo, ansiosa por escapar, mientras esconde la llave.

—Es Laura, tengo que hablar con ella.

Luke vuelve a mirar el mensaje, que es breve y sencillo.

¡Qué alegría saber de ti después de tantos años! Por favor, llámame mañana por la mañana, a las 7 a. m. IST, las 2:30 BST. Ya debería estar durmiendo... Mañana, más. F x

Levanta la vista y recorre con la mirada el Windsor Castle, que está casi vacío. No ha podido dejar de sonreír desde que leyó el mensaje por primera vez. Demasiadas siglas para su gusto, pero puede pasarlo por alto. Ahora que sabe que Freya se dedica a la exportación de *pashminas*, comprende que utiliza la jerga empresarial internacional. Sean se ha ido a casa de su hermano, donde va a pasar la noche, y él se ha quedado solo, con una pinta y el móvil. Le ha enseñado el mensaje a su amigo antes de que se fuera y han hablado de él un momentito, pero Sean no parecía compartir su entusiasmo. Estaba cansado y un poco ofendido porque el mensaje pareciera probar que Jemma no es una agente secreta rusa.

Luke echa un vistazo al reloj: faltan dos horas para que pueda llamarla. Aunque al final resulte que Jemma no es hija suya, le alegra haber contactado con Freya. Sobre todo, porque se sentía muy a la deriva. Por primera vez desde hace años, siente que ha conectado consigo mismo, que ha echado amarras. Sus años de adolescencia —o al menos el recuerdo que conserva de ellos— parecen formar parte integrante de su ser, lo que le recuerda que es fruto de las decisiones que tomó entonces. Ahora, una amarra tranquilizadora recorre su vida, una amarra de la que antes no era consciente.

Al empezar a leer la página de Facebook de Freya, sin embargo, se desanima. No le molesta que ella esté casada o que su marido tenga pinta de ser muy simpático. Se alegra de que sea feliz. Son las fotos de los niños las que le deprimen. Parecen adorarla y él ha dado por sentado que eran sus hijos, pero resulta que son sus sobrinos y sobrinas, y ninguno de ellos se parece a Jemma.

Bebe un buen sorbo de Guinness. Freya no tiene hijos. Luke no puede negar que se ha llevado un chasco. Había estado buscando a Freya en Internet sin mucho empeño desde que cortó con Chloe, pero al llegar Jemma al pueblo de pronto le pareció que era urgente encontrarla. Ahora, en cambio, ya no le parece tan importante. Si Freya estaba embarazada —cosa de todos modos muy improbable—, lo más seguro es que abortara, lo que significa que Jemma no es hija suya.

Se acaba la pinta y decide bajar al río y dar un paseo por Battersea Park, para pasar el rato hasta que llegue la hora de llamar a Freya. Es casi la una de la madrugada cuando cruza Chelsea Bridge, pero Londres bulle rebosante de vida. Se siente vivo. Y joven, mucho más joven de lo que es (cincuenta años). En casa de sus padres, en el pueblo, ya estaría dormido, acunado por el aire puro y los ritmos circadianos del campo. Se ajusta la gorra Carhartt que solo usa cuando va a Londres (en casa Milo le da la lata cuando se la pone) y aprieta el paso.

El parque cierra a las diez y media, pero hay un sitio en Queenstown Road, escondido entre los arbustos, por el que Freya y él saltaron la valla una vez, hace más de treinta años. Espera ser capaz aún de escalar la reja de hierro forjado, aunque parece mucho más alta de lo que recordaba. Echa un vistazo alrededor y se encarama a ella sin ninguna dificultad. Contento de haberse sobrepuesto a la edad, salta al otro lado, pero el bajo de la pernera del pantalón se le engancha y se raja. Cae al suelo con un gruñido y se queda allí tendido unos segundos.

Freya se levantará dentro de una hora, más o menos. Mientras se sacude el polvo, se dirige a la Pagoda de la Paz, que da al Támesis. Fue aquí donde se sentaron a planear su futuro juntos, con todo el optimismo y la ingenuidad de un par de adolescentes. Hablaron y hablaron, primero sentados frente a la pagoda y luego dando un largo paseo por el parque. Cuando los operarios municipales empezaron a cerrar el recinto, se escondieron entre los matorrales y siguieron hablando. Después hicieron el amor por primera y única vez.

Parece un lugar apropiado, incluso poético, para retomar el contacto con Freya, aunque no vaya a decirle dónde está exactamente. Solamente se lo dirá si le parece conveniente.

Ahora, ya solo le queda esperar.

—Espero que no haya sido por el curri de mi madre —dice Abdul cuando salgo del baño compartido, al fondo del pasillo de arriba, en el *pub*.

—No —contesto—. El curri de tu madre estaba buenísimo.

Por desgracia, me he encontrado con Abdul cuando he vuelto de cenar con Tony. Me ha visto entrar corriendo al baño y me ha oído vomitar.

—¿Quieres que te traiga algo? —pregunta, de pie en la puerta de su cuarto. Viste pantalones cortos anchos y una camiseta del Club de Rugby de Bath que le queda grande.

—No, gracias, estoy bien. —Me siento mejor después de lavarme los dientes—. Siento haberte molestado.

—Te he visto ir a casa de Tony esta tarde —dice sin ningún reproche.

—Sí, hemos cenado juntos. Ha sido muy amable. Y su mujer, Laura, también. Anoche dormí en su casa, cuando llegué al pueblo.

—Mi hermano y yo le estamos enseñando a jugar al críquet. —Abdul hace gestos, como si fuera un cavernícola con una porra, y meneas la cabeza desalentado.

—Tengo que irme a dormir. Gracias otra vez por el curri. Eres muy amable.

De vuelta en mi cuarto, cierro la puerta con pestillo y me siento a anotar lo que ha pasado hoy, desde que leí mis notas al despertarme en casa de Laura y Tony hasta la cena con Tony, esta noche. No creo que tenga mucho sentido fingir que he estado en el *pub*. Por lo visto, en este pueblo todo el mundo se entera de todo. Me pregunto si Abdul también me habrá visto volver de casa de Tony. Empiezan a cerrármese los ojos cuando acabo la entrada del diario. Me tumbo en la cama, todavía con el estómago revuelto.

Una hora después, me despierta un grito agudo. ¿Ha gritado Abdul en sueños? ¿Está teniendo una pesadilla sobre barcas volcadas y cadáveres hinchados en el mar? Me quedo tumbada en medio de la quietud de la noche

iluminada por la luz de la luna, viendo como la brisa juguetea con la cortina, y entonces caigo en la cuenta de que ese grito era mío.

¿Estoy dormida ahora? ¿O en un duermevela? Fleur está tendida en decúbito supino, me mira fijamente con miedo en los ojos. Lo intento otra vez, caigo al suelo y ahí me quedo, mirando los ojos atemorizados, llenos de estupor, de Fleur. Poco a poco me arrastro hasta ella a gatas, extendiendo un brazo en un vano intento de alcanzarla pero me desplomo otra vez, mi cuerpo se aplasta contra el suelo hasta que ya es demasiado tarde y los gritos de Fleur se apagan en la oscuridad.

Llaman a la puerta.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

Es Abdul.

—Sí, estoy bien. —Me incorporo apoyándome en el codo—. Una pesadilla, nada más. Gracias.

—Yo también he tenido pesadillas.

Se hace un silencio momentáneo. Me alegro de que Abdul siga ahí, de pie al otro lado de la puerta cerrada. Me doy cuenta de que estoy temblando y empapada en sudor.

Cuando sus pasos se alejan por el pasillo, me vuelvo hacia la pared y espero a que el sueño vuelva a apoderarse de mí. Espero haber olvidado la pesadilla por la mañana.

La llamada se produce a las dos y media en punto y despierta a Luke de un sueño ligero. Está acucillado en la esquina de la pagoda y se incorpora, apoyado en la pared, para contestar. Se quita la gorra de béisbol y se atusa el pelo, extiende el brazo y sostiene el teléfono un poco en alto para que no se le vea la papada. Cuando acepta la llamada, le tiembla un poco la mano a pesar de que hace una noche cálida.

—¡Madre mía! —exclama Freya sonriendo a la cámara, con una *dupatta* echada, suelta, sobre el cabello—. ¡Pero si eres tú de verdad!

Parece estar sentada en un despacho. Al fondo, un ventilador de techo remueve el aire.

—Sí, el mismo. —Luke también sonríe, impresionado por su belleza.

Es tal y como la recuerda. Sobre todo, esa voz tan lírica. Tan parecida a la de Jemma.

—¿Cómo estás? —pregunta ella.

—Bien. —Por Dios, ¿no se le ocurre nada mejor que decir?—. Perdona que te haya escrito así, tan de repente —añade—. Pensarás que soy una especie de acosador chiflado, pero...

—La verdad es que me alegra muchísimo saber de ti —le interrumpe Freya—. No has cambiado nada.

—Tú tampoco. Lo digo en el buen sentido.

Ella se sonroja y mira a su alrededor. Luke se pregunta de pronto si no está sola.

—¿Dónde estás, por cierto? —pregunta.

—En mi despacho. En la empresa familiar. He venido temprano para llamarte.

—Lo siento si ha sido una molestia.

—No, para nada. Venimos temprano muchas veces para hablar con China u Extremo Oriente.

—Parece que va todo viento en popa. El negocio, digo.

—Sí, no va mal —contesta ella con una leve vacilación.

—¿Vendéis *pashminas*?

—¿Cómo lo sabes?

—Soy periodista. Bueno, lo era. Lo soy. Más o menos. Antes trabajaba en periódicos nacionales. Ahora dirijo una revista sobre coches viejos y mohosos.

—Suenan genial.

—Cambié de trabajo cuando murió mi mujer —añade. Siente que le debe a su mujer el mencionarla, pero ello altera inevitablemente el tono de la conversación.

Freya baja los ojos en señal de respeto.

—Lo sentí muchísimo cuando me enteré —dice.

—¿Cómo lo sabías?

—Te busqué en Internet, claro. Después de que me mandaras el mensaje. Escribiste un artículo sobre ella. Era muy emotivo.

Luke sigue sin saber si hizo lo correcto. Hacer público algo tan íntimo. Pero escribir sobre su pena le ayudó a salir adelante, no hay duda.

—¿Dónde estás, por cierto? —pregunta ella—. ¿En una especie de templo?

—En la Pagoda de la Paz de Battersea Park.

No le parece inapropiado decírselo, pero se tensa mientras espera su reacción.

Ella no parece azorarse.

—No me digas.

—¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —contesta en voz más baja, más reflexiva.

—Fueron buenos tiempos —añade Luke, impulsado por un sentimiento de esperanza.

—Sí, mucho.

—Fue una lástima que tuvieras que marcharte a final de curso.

—Sí.

—Te escribí muchas veces.

—Lo sé. Mi padre se quedaba con tus cartas. Las quemó todas.

—Santo Dios, ¿tan malas eran? —pregunta él en tono ligero, pero se le encoge el estómago.

Al parecer tenía razón. Su familia la presionó para que cortara todo vínculo con Inglaterra y se quedara en la India. ¿Porque estaba embarazada, quizá? ¿De él?

Se quedan los dos callados, el primer silencio de la conversación. Luke mira el río, oscuro, caudaloso. Empieza a sentirse más melancólico que ilusionado, sumido en un tumulto de pensamientos dispares.

—Tenía que dejar Inglaterra —añade ella con calma—. Ese era el trato.

—¿Con tus padres?

Asiente con la cabeza mirando a su alrededor.

—¿Estás sola?

—De momento, sí. Los primeros trabajadores empezarán a llegar dentro de poco.

—¿Cuál era el trato? —pregunta Luke.

Necesita saber qué ocurrió, aunque sabe que no es asunto suyo. Que fue ella quien lo decidió.

Freya tarda un rato en responder.

—¿Por qué me has escrito después de tanto tiempo? —pregunta.

—Ayer se presentó una chica en el pueblo donde vivo. Se parecía mucho a ti, cuando eras joven.

—No he envejecido tan mal, ¿no?

—No lo decía en ese sentido. —Ahora es él quien se queda callado—. Estás estupenda. Fantástica, de hecho.

—¿Y quién es esa chica que se parece tanto a mí, antes de que me arrugara como una pasa?

—Nadie lo sabe, esa es la cosa. Ni siquiera ella sabe quién es. Sufre amnesia. Temporal, esperamos. Pero, entretanto, algunos estamos intentando averiguar quién es.

—¿Y has pensado que podía tener alguna relación conmigo?

Él respira hondo.

—Sí, que podíais ser familia.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta, muy seria.

—No lo sabe. Ha perdido toda su documentación. Veintitantos años, casi treinta.

Freya junta las manos como si fuera a rezar, se las acerca a los labios, baja la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta Luke.

—Tengo que decirte una cosa —dice ella sin levantar la vista.

—Creo que ya lo sé —dice él por fin—. Por si eso te facilita las cosas. He tardado treinta años en darme cuenta, pero por fin lo he comprendido. Y no pasa nada. Por supuesto. Lo que tú decidieras está bien.

Se quedan los dos callados. Luke comprende que está en lo cierto.

—Mi padre quería que abortara, pero mi madre le convenció de que no con ayuda de mi tía. —Freya se enjuga los ojos con un pañuelo de papel—. Llegaron a un acuerdo: yo podía tener el bebé en la India, pero lo daría en adopción. Y, como el padre era europeo, mi padre contactó con una agencia europea. Se la llevaron cuando di a luz.

—¿Era una niña?

Luke también ha empezado a llorar. Se siente culpable y, al mismo tiempo, una especie de alegría —la alegría de saber que tiene una hija, una hermana de Milo— tiñe su culpabilidad.

—Una niña preciosa —continúa ella—. Sé que debería habértelo dicho, pero en aquellos tiempos era todo muy distinto. Era todo muy difícil. Había varias personas de mi familia que querían matarme por la deshonra que les había traído. Pero les hicieron callar. Ahora somos un país moderno, ya sabes.

Luke cierra los ojos acordándose del artículo que leyó sobre los «crímenes de honor».

—No pasa nada. Solo siento haberte preguntado, haberte hecho revivir todo eso.

—Me siento mucho mejor ahora que hemos hablado.

—Para serte sincero, sé muy poco de la chica que se presentó ayer en el pueblo. Es posible que no tenga ninguna relación contigo.

Ha sido solo su deseo de aclarar la identidad de Jemma lo que le ha hecho ponerse en contacto con Freya, lo que le ha impulsado a hacerla pasar por esto. Puede que sin ningún motivo.

—Pero ¿dices que se parece a mí? ¿Tienes una foto?

—Es más bien su forma de hablar —dice Luke pensando en la primera vez que oyó hablar a Jemma con Laura en el centro de salud, en su desconcierto, en cómo la confundió por un momento con Freya—. Sus gestos.

—¿Dónde vive? —pregunta ella.

—No lo sabemos. Llegó a Inglaterra en avión desde Berlín.

—¿Berlín?

—Eso creemos. No tengo ninguna foto.

Freya vuelve a enjugarse los ojos y luego mira hacia atrás.

—Tengo que colgar. Están empezando a llegar mis compañeros. —Mira a su alrededor antes de añadir—: No nos dijeron nada sobre la pareja que la adoptó, solo que estaban bien situados, que ella era de religión bahaí y su nacionalidad.

—¿Y? —pregunta Luke, aunque ya sabe lo que va a decir Freya.

—Era una pareja mestiza que vivía en Alemania.

DÍA TRES

Me despierto temprano y, al oír el canto de los pájaros al otro lado de la ventana, me pregunto por qué ha amanecido tan pronto y en qué lugar del mundo estoy. Me duelen los riñones y me quedo quieta, con la vista fija en el techo sucio. Pasados unos segundos, me apoyo en un codo y, torciendo el gesto de dolor, contemplo la pequeña habitación.

«No recuerdo mi nombre».

Veo las hojas de papel en la mesilla de noche y vuelvo a hundirme en la cama. El miedo, que se ha replegado mientras dormía, vuelve a apoderarse de mí con saña. Ojalá no estuviera en este pueblo, acostada sola en el cuartucho de un *pub*, pero aquí estoy y debo afrontar lo que venga. Solo puedo mirar hacia delante.

Me visto, aliviada porque haya varias mudas en mi maleta, y recorro el pasillo. Al pasar frente a la habitación donde duermen Abdul y su hermano y oír sus ronquidos estentóreos, me sonrío. Abdul ha sido muy amable conmigo.

No sé qué hora es cuando salgo a la calle. Quiero dar una vuelta por el pueblo y ver qué pasa, pero quizá sea problemático. Como escribí en mis notas, mi presencia ha alterado a Laura y puede que haya otras personas a las que no les agrada verme: gente que sale a pasear a sus perros temprano o a correr.

Estoy a punto de echar a andar cuesta arriba, en dirección contraria a la estación, cuando veo que se enciende la luz del café de Tony. Un momento después él sale a colocar un letrero de caballete. Se arrodilla para escribir algo, luego se aparta, saca su móvil y hace una foto al letrero. Tras echarle un vistazo, mira calle arriba, me ve y me saluda con la mano. Yo hago lo mismo, cruzo la calle y me acerco al café. Es importante que hablemos.

—Qué madrugadora —comenta, atareado con el horno, detrás del mostrador.

—Sí, tú también.

—¿Has visto el cartel de fuera? Estoy haciendo una prueba, a ver si consigo atraer a los más madrugadores. Creo que, si estoy en el andén antes de que llegue el tren de las seis menos cuarto con una bandeja de rollitos de tempé ahumado, lechuga, tomate y aguacate con pan de masa madre, me haré con todo un nicho de mercado sin explotar.

—Pero solo querrán café, ¿no?

Me sorprende lo pronto que debe de ser.

—También voy a llevar un termo. Lo que tengo que hacer es montar un puesto allí, una especie de sucursal con cafetera. Seguro que lo consigo.

—Seguro que sí.

—¿Te apetece un café? ¿Algo de comer? —Tony echa una ojeada a la vitrina de la comida—. Ahora mismo solo tengo tempé ahumado.

—No quiero nada, gracias.

—¿Qué tal hoy cuando te has despertado? —Se vuelve hacia el horno y mira por el cristal.

—He leído mis notas.

—Ningún cambio, entonces. —Su tono es enérgico, expeditivo.

—Parece que no. —Me quedo callada un momento—. Gracias por la cena.

—¿Incluiste eso? —Se gira para mirarme—. Creía que no ibas a...

—¿Podemos hablar de lo que pasó?

—¿También anotaste eso? —Se vuelve de nuevo hacia el horno.

Me quedo callada y le veo trabajar, arrepintiéndome de haber entrado en el café.

—Fue una metedura de pata —dice mientras abre el horno y saca una bandeja de tempé asado—. Un error. Ya sabes, confiaba en que no lo anotaras.

Coloca la bandeja sobre el mostrador. Yo respiro hondo.

—¿Para poder volver a hacerlo esta noche? —pregunto.

Me mira y se ríe sin convicción. Noto que no sabe adónde quiero ir a parar, si me interesa o no.

—No quería que malinterpretaras las cosas —continúo—. Mi reacción.

—Como te decía, fue un error y te pido disculpas. —Se pone a cortar el tempé con un cuchillo grande.

¿Podría yo matar a alguien con un cuchillo así? ¿Elegiría esa arma?

—Tenía una amiga —digo, hipnotizada por su manejo del cuchillo, por el destello de la hoja a la luz de la mañana.

—Sí, hablaste de ella el día que llegaste. ¿La que murió?

—Creo que éramos pareja.

Deja de cortar y me mira.

—¿Lo crees?

—No me acuerdo. Era mi mejor amiga.

—Por mí no hay problema.

—Pero me preguntaba si... Eso podría explicar... —Hago una pausa y me esfuerzo por dar con las palabras correctas mientras él prepara una bandeja de rollitos rellenos de pan con lonchas de tempé—. Podría explicar por qué anoche estuve un poco «fría».

—Oye, si te preocupa que me sienta herido en mi orgullo heterosexual, te agradezco tu preocupación, pero no soy tan presuntuoso como para pensar que ibas a lanzarte a mis brazos.

—Además, estás casado.

—Como te decía, fue un error estúpido. —Me mira y luego vuelve a concentrarse en los rollitos—. Hablé con Laura anoche.

—¿Se lo dijiste? —pregunto—. ¿Que había cenado allí?

—No, la verdad.

—¿Cómo está?

—Sigue enfadada conmigo, pero lo arreglaremos. Tengo que irme. A llevar esto a la estación. ¿Quieres venir?

Tiene la bandeja de rollitos en una mano. Con la otra sostiene un termo grande y debajo del brazo lleva una pila de vasos de plástico.

—Prefiero quedarme por aquí —contesto al abrirle la puerta del café.

Salimos los dos a la calle.

—Sí, seguramente es lo mejor. Tira de la puerta para cerrar. Yo vuelvo en quince minutos.

—¿Nos vemos luego? —pregunto cuando echamos a andar hacia la estación.

—Voy a estar todo el día en el local.

—Yo tengo otra cita a las nueve en el centro de salud, con la doctora Patterson. Para saber si hay alguna cama libre.

Un corredor sube por la otra acera y nos saluda levantando la mano. Tony le hace un gesto con la cabeza y sonríe, indicando que tiene las manos llenas.

—Te echaremos de menos, si la hay —dice.

—No todos.

Ahora estamos frente al *pub*.

—Me vuelvo a mi habitación —digo—. Gracias por tu apoyo, ayer. Por mis notas, parece que has hecho mucho por mí.

—Todos necesitamos aliados en esta vida —dice mirando hacia atrás mientras sigue andando hacia la estación—. Lo siento, tengo que irme.

—Tony... —le llamo. Se para y me mira—. Perdonar y olvidar. O, en mi caso, olvidar y perdonar.

—Olvidar y perdonar —repite con una sonrisa.

Cuando le pierdo de vista, un coche de policía aparece en el puente de las vías del tren y enfila la calle mayor. El conductor frena y la mujer que ocupa el asiento de al lado me mira. Desde donde estoy no la distingo con claridad, pero tengo la sensación de haberla visto antes.

Cuando Luke llega a la oficina, tiene un montón de notitas amarillas pegadas a la pantalla del ordenador pidiéndole que llame a Laura.

—Ha llamado unas cuantas veces —le dice su secretaria al dejar los periódicos del día sobre su mesa—. Dice que te está llamando al móvil, pero que salta el buzón de voz.

—Es mi profesora de yoga —contesta Luke torpemente, a modo de explicación.

—¿No tendrás bloqueados los chakras? —replica ella mientras vuelve a su mesa.

Luke saca su teléfono. Lo ha dejado toda la noche en el bolsillo de la chaqueta y está descargado. Se le agotó la batería hablando con Freya por FaceTime. Él también acabó agotado, a decir verdad. Esta noche ha dormido como un tronco, hacía años que no dormía tan bien. Tiene una hija.

—Chloe tampoco va a venir hoy —le informa su secretaria—. Sigue enferma.

Luke mira la mesa de Chloe, al otro lado de la oficina, y posa la mirada en su silla vacía, en el fular colgado del respaldo, en el ventilador Cinni del rincón.

Suena el teléfono fijo de la redacción.

—Tu amiga la del yoga otra vez.

Él menea la cabeza y acepta la llamada.

—Laura, hola, perdona, se me ha muerto el móvil.

—Llevo toda la mañana intentando localizarte. Y anoche.

Parece fuera de sí.

—Cuéntame.

—Tony está actuando de manera muy extraña desde que llegó Jemma.

—¿En qué sentido? —pregunta, aunque no está seguro de querer entrar en detalles.

Los problemas conyugales de los demás le recuerdan que su matrimonio acabó prematuramente y de la forma más cruel. Daría cualquier cosa por tener problemas de pareja con tal de que su esposa siguiera viva.

—No lo sé. Es que no me escucha, ni a mí ni a nadie. Me asusta que esa mujer sea de verdad Jemma Huish, pero Tony dice que estoy sacando las cosas de quicio. Y Susie Patterson también ha cambiado de idea, por lo visto, aunque fue ella quien avisó a la policía. Y quien me advirtió sobre esa mujer.

—¿A la policía?

—Fueron ayer a interrogarla, pero ella se negó a darles una muestra de ADN. ¿Por qué se habrá negado? Esto está empezando a preocuparme de verdad, Luke.

—¿Dónde estás? —De pronto se siente desconectado. Necesita volver al pueblo. Han pasado muchas cosas en su ausencia. Sean tenía razón al decir que había un investigador de la policía en el pueblo.

—Voy a quedarme en casa de mi madre unos días.

—¿En Londres?

—No podía quedarme otra noche en el pueblo estando esa Jemma por allí.

—No, claro —contesta Luke por seguirle la corriente.

Mira su reloj. Después de la conversación de anoche con Freya, parece más improbable que nunca que Jemma sea Jemma Huish. Y además es una idea sumamente desagradable, teniendo en cuenta que puede que sea su hija. ¿A qué hora puede estar en el pueblo? De pronto le asalta la necesidad urgente de proteger a Jemma.

Le pone una excusa a Laura para colgar y se acerca a la ventana. Debajo de la ventana está la zona de fumadores, que sirve también como aparcamiento del personal. Hoy les han traído varios coches clásicos para una sesión fotográfica y en la esquina del aparcamiento está aparcado el coche de la revista, herencia del editor anterior. El «Healey de Hilton», lo llaman: un Austin-Healey 3000 MK III relativamente raro, de 1967.

—Tengo que salir esta mañana, ha surgido una emergencia en casa —le dice a Archie, el subdirector. Todos saben que cuida de sus padres ancianos, y por una vez está dispuesto a usarlos como excusa para marcharse—. Me llevo el Healey de Hilton —añade.

Después de la hora punta, casi no hay trenes de vuelta al pueblo.

Archie descuelga un llavero de la pared, a su espalda, y se lo lanza a Luke.

Dos minutos después, el motor de tres litros y seis cilindros está en marcha. Luke se gira para mirar hacia atrás. Todo el equipo editorial se ha

acercado a la ventana para despedirle. ¿Intuyen que ocurre algo grave? Quizá crean que va a ver a Chloe, a intentar arreglar lo suyo.

Los saluda con la mano, sale del aparcamiento haciendo rugir el motor y se encamina hacia Wandsworth Common. Son poco más de las nueve. Si el tráfico lo permite, dentro de dos horas debería estar en el pueblo. Está claro que la policía no ha podido establecer un vínculo claro entre Jemma Huish y Jemma —aún, al menos—, pero Jemma puede verse en un grave apuro.

Trato de concentrarme en las preguntas de la doctora Patterson, pero fuera, en la sala de espera del centro de salud, hay cada vez más ruido. Al principio intentamos no prestarle atención —la doctora Patterson bromea diciendo que alguien debe de estar de un humor de perros esa mañana—, pero parece que la cosa se ha convertido en una discusión en toda regla.

—Lo siento, voy a decirles que bajen la voz —dice la doctora levantándose de la mesa.

—¿Crees que es por mí? —pregunto. Cuesta distinguir las voces, pero me ha parecido que alguien mencionaba a Jemma Huish.

—¿Por ti? Qué tontería —contesta la doctora Patterson, pero no se le da bien mentir.

Ella confiaba en que hoy pudiera trasladarme al centro Cavell, pero sigue sin haber cama, lo que para mí es un alivio. Por desgracia, me ha conseguido cita con un psiquiatra mañana, en el hospital. Ese estrés adicional no me apetece nada.

La veo acercarse a la puerta, pero, antes de que llegue, alguien llama desde el pasillo.

—Susie, ¿podemos hablar un momentito? —pregunta un hombre.

—El director del centro de salud —me dice la doctora Patterson en voz baja, levantando las cejas—. Me va a echar la bronca. —Y añade en voz alta—: Adelante.

El director abre la puerta lo justo para que el ruido de la sala de espera se cuele en la consulta, pero no entra. Me mira y se vuelve para echar un vistazo al pasillo antes de dirigirse a la doctora Patterson.

—¿Tienes dos minutos?

—Estábamos acabando.

—Necesito hablar contigo en privado.

—¿En tu despacho? —pregunta ella.

—Sí, por favor.

La doctora Patterson no parece muy contenta.

—¿Te importa quedarte aquí mientras hablamos un momentito? —me pregunta.

—No, claro —contesto—. ¿Qué es ese jaleo de fuera?

El director tarda un momento en contestar.

—Es mejor que se quede aquí.

Me quedo sola en la consulta, escuchando el murmullo de la conversación al fondo del pasillo. No hay duda, están hablando de Jemma Huish. Pasados dos minutos, no puedo soportarlo más. Tengo que salir de aquí, volver a mi cuarto en el *pub*. Decido afrontar lo que esté pasando y echo a andar por el pasillo.

—¡Es ella! —oigo decir a una mujer.

La conversación se apaga cuando entro en la sala de espera y unas cuantas caras me miran en silencio. No hay tanta gente como esperaba por el ruido. Unas diez personas, quizá.

Bajo la cabeza y sigo andando. Se retiran para dejarme pasar como si fuera una paria, apartándose más de lo necesario sin quitarme ojo. Debería haberle hecho caso a la doctora Patterson y haberme quedado en la consulta. Sigo adelante, con los miembros cargados de adrenalina, y respiro aliviada cuando salgo a la luz del día. No miro atrás, pero noto que algunos han salido a verme marchar. Siento sus ojos entornados fijos en mi espalda con expresión de reproche.

Cruzo la calle, entro en el *pub* por la puerta de atrás y subo derecha a mi habitación. Cierro la puerta, me siento frente al piano y me pongo a tocar para intentar calmarme. La melodía me sale sin dificultad, hasta que llaman a la puerta.

—Soy yo, Abdul.

—Pasa.

Entra y se mira los pies, azorado. Lleva calcetines desparejados y sandalias.

—Están diciendo cosas en el pueblo.

—¿Qué es lo que dicen, Abdul? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—¿Conoces a la señorita Huish?

Niego con la cabeza, mirándole.

—Hay gente que dice que ella y tú sois la misma.

Consigo soltar una risa sarcástica.

—¿Yo?

—Les he dicho que eso eran chorradas. Hasta me han enseñado una foto de esa tal Huish. No se parece a ti.

—Sí, lo sé. —Suspiro al cerrar la tapa del piano—. Pero ha pasado mucho tiempo y la gente ya no se acuerda de su aspecto.

—Además, la foto estaba muy borrosa.

—No soy esa mujer, Abdul —digo, aunque no suena muy convincente—. No te preocupes.

—Es lo que yo les he dicho. Paparruchas.

—Gracias —digo, conmovida de pronto por su lealtad.

Limpio una mancha de la tapa del piano con la manga de la blusa.

—¿Qué era esa música que estabas tocando? —pregunta Abdul.

—Philip Glass. —Nos miramos un segundo—. Un compositor americano.

—Entonces, te acuerdas de algunas cosas.

—Eso parece. —Me levanto del taburete—. Necesito descansar un rato. Si alguien pregunta dónde estoy, di que aquí no.

—Claro —contesta sin dejar de mirar—. Yo no te he visto.

Cierro la puerta cuando sale y me echo en la dura cama.

El inspector Silas Hart se acerca a la ventana y contempla el aparcamiento de Gablecross. Pocos sitios hay más feos que Swindon bajo la lluvia. Aunque Gablecross no está en Swindon, estrictamente hablando. La moderna comisaría de policía de tres plantas se encuentra en los márgenes de la ciudad, por el lado este, lo que supone un problema para las unidades de reacción inmediata, que se quejan de que está demasiado lejos del *cotarro* del centro. Silas se queja del edificio —que costó veintidós millones de libras— por otros motivos, como que ya no tiene despacho propio. Ahora se sienta donde puede en el hervidero de la «Sala de Parada», el centro neurálgico de la comisaría, y va de acá para allá entre el cúmulo de mesas con su portátil. *El trabajo es algo que se hace, no un lugar al que se va*, decía la última circular de Recursos Humanos. A su modo de ver, no.

No debería dedicarle más tiempo a Jemma Huish, sobre todo después de perder toda la mañana de ayer para ir a ver a Susie Patterson, pero no consigue quitársela de la cabeza, y eso que ha comprobado que la amiga a la que mató hace años no se llamaba Fleur. Habría sido demasiado fácil.

La agente Strover tampoco parece dispuesta a olvidarse del asunto desde su breve conversación con Jemma. Vio en ella algo que la inquietó, y ha estado siguiendo cada pista como si su trabajo dependiera de ello. Hasta volvió al pueblo esta mañana en un coche patrulla. Silas le ha pedido que localice a todas las personas que atendieron a Jemma Huish, por si alguien puede identificarla de manera concluyente. El problema es que el personal de salud mental parece moverse aún más que el de policía: o se han trasladado todos o han dejado el trabajo.

Silas se sienta frente al portátil y abre el archivo de Jemma Huish. Strover y él han tenido que recurrir a gente que les debía favores para que pasaran por alto la confidencialidad de los datos del paciente, pero por fin han conseguido reunir el historial clínico de Huish desde que degolló a su amiga (Susie, en cambio, sigue sin querer cooperar). Además de amnesia disociativa y

esquizofrenia paranoide, sufrió, al parecer, ideación violenta y alucinaciones auditivas de mando durante los meses y semanas previos a la agresión, cuando se encerraba en su habitación de la residencia de estudiantes y llamaba a sus amigas —incluida a la que mató—, así como a la policía. Les dijo a todos que oía voces —normalmente vinculadas a árboles— y les advirtió una y otra vez de que se avecinaba un peligro.

Hace cinco años, después de su traslado a un hospital londinense con escaso nivel de seguridad, se consideró que podía salir en libertad condicional y se le permitió vivir en un piso tutelado en Southwark, atendido por personal especializado las veinticuatro horas del día. Dos años más tarde, tras reducirse paulatinamente la medicación antipsicótica, un tribunal la puso en libertad conforme a los artículos 37 y 41 de la Ley de Salud Mental, citando la «profunda comprensión que demuestra la paciente de su propio estado», que incluía episodios ocasionales y prolongados de amnesia.

Fue trasladada a una vivienda independiente de «transición» con «apoyo flotante»; tan flotante, de hecho, que consistía poco más que en una cita ambulatoria mensual con un psiquiatra y alguna que otra visita domiciliaria de su coordinador de atención. Al cabo de un año, ya no tomaba medicación ni recibía atención psiquiátrica y se había mudado fuera de Londres, posiblemente al extranjero.

Silas se recuesta en la silla. Un ejemplo modélico de reinserción. Claro que también cabe la posibilidad de que Jemma Huish sea una asesina convicta que anda suelta y que esté a punto de cometer otro crimen. Levanta la mirada del portátil. Strover ha entrado por el otro extremo de la Sala de Parada, donde se sientan los agentes rasos. Silas le hace señas de que se acerque y tome asiento en el rincón reservado a los inspectores de investigación criminal. (Siempre ha habido tribus y sigue habiéndolas, incluso en la era de las salas diáfanas y los espacios de trabajo compartidos).

—Acabo de hablar con una persona que la atendió, una cuidadora —dice Strover con una premura alentadora.

—Siéntese, siéntese.

Silas la ve abrir su portátil. Ahora todos los agentes disponen de portátiles con conexión 4G y iPhones para que puedan trabajar desde cualquier parte y a cualquier hora. *El trabajo no es un sitio al que se va...* Necesitan alguna pista prometedora, aunque solo sea para justificar las horas que ha dedicado Silas a un caso que no debería estar investigando.

—Atendió a Huish cuando la trasladaron al piso tutelado —prosigue Strover mientras pasa las páginas de su cuaderno.

—Hace relativamente poco, entonces. ¿Podría identificarla?

—Cree que sí —contesta Strover vacilando casi de manera imperceptible.

Impresiona que sea tan inescrutable —una cualidad excelente en un detective de la policía—, pero Silas, que ya empieza a conocerla mejor, pregunta:

—¿Cuál es la pega?

—Que está de vacaciones. En Dubái. No vuelve hasta dentro de una semana.

—Claro, cómo no.

Silas se recuesta en la silla y tira su bolígrafo sobre la mesa. Echa un vistazo a sus correos. Sigue sin haber noticias de la policía fronteriza. Confiaba en tener ya un archivo con el pasaporte escaneado de todos los pasajeros que llegaron a la terminal 5 de Heathrow desde Berlín el día que llegó Jemma.

—Además, ya no trabaja en temas de salud mental —añade Strover, que ha vuelto a mirar su cuaderno.

—Es un milagro que quede alguien que siga trabajando en eso.

Silas piensa en Conor, su hijo, y ahuyenta esa idea. No puede culpar a los servicios sociales.

—Aun así, me ha dicho una cosa interesante —prosigue Strover.

—Espero que sea una buena noticia.

—Por lo visto, Huish sufría «crisis» cuando había algún aniversario, sobre todo el de la muerte de su madre. Tenían que aumentarle la medicación durante las semanas previas y posteriores, cada año.

—¿Qué tipo de crisis?

A Silas no le gusta el cariz que están tomando las cosas.

—Ideaciones violentas agudas, episodios de amnesia... También decía que quería estar con su madre. La persona con la que he hablado opina que no deberían haberla puesto en libertad.

—¿Cuándo murió la madre? —pregunta Silas, que ya teme la respuesta.

—La semana que viene hace once años.

—Mierda. —El inspector se incorpora en el asiento—. ¿Su antigua cuidadora se ha sorprendido cuando le has dicho que nadie sabe dónde está Huish?

—Se ha horrorizado. Le preocupa lo que puede hacer si nadie está supervisando su medicación. Por lo visto Huish tenía varias estrategias mentales para intentar sobrellevar su estado. Practicaba *mindfulness*, meditación... Pero cuando se acerca un aniversario, no basta con eso.

—No me sorprende.

Silas probó el *mindfulness* una vez, por consejo de la gente de Recursos Humanos, a la que le preocupaba que estuviera agotado de tanto trabajar. No le sirvió de mucho: siempre se quedaba dormido.

—¿La madre vivió siempre en el pueblo?

Strover asiente.

—Ayer, cuando hablé con Jemma, me dijo que acababa de ver la tumba de la madre de Huish.

—Es lo más cerca que puede estar de ella.

Silas se acuerda del cementerio del pueblo, de cuando vio a Jemma y Susie desde el pórtico. Llama a Susie a su móvil.

—Hemos localizado a una persona que atendió a Jemma Huish —dice.

—¿Y? —pregunta ella poniéndose a la defensiva.

—Tenemos que volver a hablar con Jemma. Es urgente.

—Sigue muy frágil.

—Por eso tenemos que verla. —Mira su reloj—. Dentro de media hora estamos allí. Nada de coches patrulla ni de sirenas. Solo una charla amigable.

Mi corazón se niega a calmarse mientras estoy tumbada en la cama. No consigo olvidarme de cómo me ha mirado la gente en el centro de salud, de la ira que había en sus ojos. Tienen que estar convencidos de que soy Jemma Huish. Esto podría acabar trayéndome un problema muy serio. Pero, si Tony me hubiera puesto otro nombre, nada de esto habría pasado. ¿Por qué accedí a que me llamara Jemma? Y con jota, además.

¿Debería hablar con él? Ha dicho que va a estar en el local todo el día. Necesito hablar con alguien sobre lo que ha pasado en el médico. Abdul ha salido, le oí marcharse con su hermano hace unos minutos.

Abro la puerta y recorro el pasillo. Al pasar junto a su habitación, alguien sube corriendo las escaleras.

—He venido enseguida —dice Tony, jadeante, al pararse en el rellano.

—¿Qué pasa? Estaba a punto de ir a verte.

—Acaba de llamar la doctora Patterson. Te está buscando. La policía quiere volver a hablar contigo.

Dejo escapar un profundo suspiro.

—No sé para qué. No puedo decirles nada nuevo.

—Necesitas un abogado, Jemma. ¿No ves lo que está pasando? Van a intentar enredarte. Jemma Huish ha desaparecido, se ha esfumado, y eso es una vergüenza para todos, para la policía, para Sanidad... Tú eres su única pista.

—Volverán a pedirme una muestra de ADN. Pero no puedo dársela.

«Una muestra de saliva con una torunda, nada más».

—Y no tienes por qué hacerlo. A no ser que te detengan.

—Pero, si me niego, será peor.

—En cuanto estás en su base de datos, ya no hay forma de escapar, digan ellos lo que digan. Después pueden utilizar tus datos para cotejar identidades.

—¿Qué hago, entonces?

Quiero que él se haga cargo de la situación.

—Vete a mi casa. —Echa un vistazo a su reloj. Son casi las nueve y media—. No vayas directamente, pásate primero por la estación y quédate allí unos minutos. Dentro de poco sale un tren en dirección oeste. La llave de casa sigue debajo del tiesto, en la parte de atrás. Yo te llevo después la maleta. Tu habitación está arriba, a la derecha. Es donde dormiste la primera noche, cuando llegaste.

—¿Por qué haces esto? —pregunto.

Necesito saber qué se propone, cuáles son sus motivos, por qué se toma tantas molestias.

—Porque no quiero que te veas atrapada en algo de lo que quizá no puedas salir. No tienen derecho a hablar contigo así. Y tampoco tienen pruebas contra ti. No es la primera vez que veo una cosa así. Una charla informal sin abogado y en cuanto te descuidas te acusan de algo.

—En tu casa, arriba, dijiste que huir no sirve de nada.

—Tú no estás huyendo. Sigues siendo una ciudadana libre, puedes ir donde se te antoje. No te han imputado ningún delito. Apareciste de repente y ahora vas a desaparecer, punto y final. Solo serán unos días, hasta que encuentren a la auténtica Jemma Huish. Y, cuando la encuentren, todo esto se disolverá como un azucarillo y podremos volver a centrarnos en que recuperes la memoria.

—Dame un minuto para que recoja mis cosas.

—Deja la maleta junto a la puerta cuando acabes. Yo tengo que volver al café.

Cuando Tony se marcha, actúo deprisa. Meto mi ropa en la maleta y hago la cama, no sé muy bien por qué. Echo una ojeada a la habitación, al piano, al lavabo del rincón, y me acuerdo del cepillo de dientes y la pasta. Mi cepillo de pelo también está en el estante de encima del lavabo. Lo recojo todo y lo guardo en la maleta, pero luego vuelvo a sacar el cepillo y me miro al espejo.

«No recuerdo mi nombre».

Me cepillo el pelo con energía, sin apartar la vista del espejo, y luego me acerco a la cama con el cepillo en la mano. Me arrodillo y lo deposito con cuidado sobre la tarima, debajo de la cama, donde no se vea pero sea fácil de encontrar.

Silas aparca frente a la iglesia y entra con Strover en el cementerio desierto. Quiere ver la tumba antes de encontrarse con Susie Patterson. No tardan en encontrarla. El musgo ha invadido la lápida, pero la inscripción en letra cursiva aún se lee con bastante claridad.

—No hay flores —comenta Strover.

Silas mira a su alrededor, hacia el prado encharcado y más arriba, hacia el bosque. Se pregunta de nuevo si hay alguien por ahí observando, a la espera.

—Todavía queda bastante tiempo —dice al fijarse en la fecha.

Un estampido lejano resuena en el campo, sacudiendo el aire estival. Silas piensa momentáneamente que es un trueno y entonces se acuerda de que el pueblo está cerca de Salisbury Plain. El ejército debe de estar de maniobras.

Y entonces Strover se arrodilla y escarba entre la hierba crecida que cubre la base de la lápida. Levanta un trocito de una tarjeta plastificada.

—¿Se puede leer? —pregunta Silas.

—Está podrida. Puede que diga «mamá». Es difícil saberlo. Pero pone «besos», no hay duda.

Silas llama a Susie Patterson a su móvil mientras vuelven al coche. Aún no hay nada que demuestre que la mujer que ha llegado al pueblo sea Jemma Huish, pero la amnesia, el parecido físico, la forma en que al parecer empuñó un cuchillo de cocina... Todo eso ha cobrado importancia desde que su antigua cuidadora les ha hablado del peligro que suele rodear el aniversario de la muerte de su madre. Jemma tiene que proporcionarles una muestra de ADN para quedar libre de sospechas. La Base Nacional de Datos Genéticos ha confirmado que tienen el perfil genético de Jemma Huish y el laboratorio está dispuesto a analizar la muestra de inmediato.

—Susie, soy yo, Silas —dice mirando hacia el centro de salud desde el otro lado de la calle—. Estamos listos para hablar con vuestra mujer misteriosa.

Se hace un silencio. Un silencio que no augura nada bueno.

—Jemma no está aquí en estos momentos —dice Susie.

—¿No está ahí?

Silas no consigue ocultar su fastidio. Le había dicho a Susie que iba a venir a hablar con Jemma, pero sabe que hay otro motivo para su enfado. Susie le ha dado calabazas, ha rechazado sus insinuaciones poco sutiles.

—Estaba aquí hace cinco minutos —contesta ella.

—Es la segunda vez que se esfuma —dice Silas para que le oiga Strover, torciendo el gesto.

—La estamos buscando por todas partes.

A Susie parece faltarle la respiración.

—¿Dónde estás? —pregunta él.

—En el pueblo, en School Road.

—Nos vemos en el centro de salud.

Le dice a Strover que se adentre en el pueblo y ayude a buscar a Jemma. Normalmente, él iría andando hasta el centro de salud —desde hace un tiempo camina todo lo que puede, diez mil pasos al día: cosas de la crisis de madurez que padece—, pero esta vez coge el coche para recorrer el corto trecho que le separa del consultorio. Tiene la impresión de que puede necesitarlo.

Miro a un lado y a otro y, al ver que no hay nadie por los alrededores, entro en el andén desierto de la estación. Un minuto después llega un tren en dirección oeste. No se sube ni se baja nadie. Todo el mundo debe de ir en sentido contrario, hacia Londres. Me mantengo apartada mientras se cierran las puertas y el tren se aleja. El conductor me mira desde su ventanilla, al final del andén. En cuanto se va el tren, rodeo el pueblo para acercarme a casa de Tony por la parte de atrás.

El pueblo está en calma. Los niños ya deben de haber entrado en el colegio, la gente que trabaja fuera se ha ido y los que quedan en el pueblo siguen la cadencia pausada de su vida rural. Tony traerá mi maleta dentro de unos minutos. Cruzo la cuadrícula de chalecos de detrás de la estación y entro en el jardín trasero por la puerta de madera. La llave está debajo del tiesto, como me ha dicho Tony. Vuelvo a mirar alrededor antes de meterla en la cerradura y entrar.

La casa tiene un olor levemente cítrico y se oye el zumbido de la lavadora. Entro en la cocina y le echo una ojeada. El taco de los cuchillos vuelve a estar sobre el aparador, con los mangos de todos los cuchillos a la vista. No quiero quedarme aquí. Las persianas de láminas de madera están abiertas y alguien puede verme desde la calle. Subo arriba y miro por la ventana de mi cuarto. Se ve la estación a lo lejos. Estoy a punto de sentarme en la cama cuando suena el timbre. ¿Tony no tiene llave?

Vuelve a sonar el timbre. Salgo al descansillo. Pegando la cara al cristal de la ventana, alcanzo a ver la puerta de entrada. Es la doctora Patterson. Odio tener que engañarla. Quiero hablar con ella, decirle lo que estoy haciendo, pero sé que no puedo. La observo en silencio mientras se aleja. Cuando está a medio camino del *pub*, se para a hablar con una mujer que viene en sentido contrario. Señala calle abajo mirando a su alrededor. No oigo la conversación, pero doy por sentado que está preguntándole si me ha visto.

Un ruido abajo: se ha abierto la puerta de atrás. Espero que sea Tony. Me quedo en lo alto de la escalera y espero que me llame. Le escucho moverse por la cocina. Me parece oírle arrastrar mi maleta: una de las ruedas está rota y hace ruido.

—¿Jemma? —me llama suavemente desde el cuarto de estar.

—Estoy aquí arriba —contesto.

—Acabo de ver llegar a la policía. —Sube las escaleras con mi maleta—. Van en un coche sin distintivos, pero da igual: al tipo que ha salido del coche se le nota tanto que es policía que es como si llevara una sirena en la cabeza. Estaban enfrente del centro de salud.

—Creo que debería ir a hablar con ellos.

—Hazme caso, Jemma —dice mientras pone la maleta sobre mi cama—, tienes que esconderte unos días, hasta que encuentren a la verdadera Jemma Huish.

—La doctora Patterson ha llamado al timbre hace un momento.

Yo me quedo en el rellano. No quiero estar a solas con él en mi cuarto.

—¿Ha venido aquí?

—Seguro que me estaba buscando. No he abierto.

—¿Estás segura de que nadie te ha visto entrar? —pregunta al acercarse a la ventana del rellano y mirar a un lado y otro de la calle.

—Sí.

Me mira y luego mira un panel que hay en el techo.

—Vas a tener que quedarte arriba, en la buhardilla.

—¿Ahí arriba?

Yo también miro el techo. La trampilla es muy pequeña y me pregunto por un momento si una persona cabe por ella.

—Con la maleta. Solo unas horas.

—¿Lo dices en serio?

Me toco discretamente el tatuaje de la muñeca. Él vuelve a coger mi maleta.

—Podemos adecentarla un poco para que estés cómoda —dice—. Montar una cama y subir comida y agua. Cualquier cosa es mejor que el sitio donde estabas.

—No estoy segura de querer hacer esto, Tony —digo mientras hundo un poco más los dedos en la muñeca.

Noto mi pulso, el corazón de Fleur palpitando dentro de mí, fuerte, rítmico.

Él me agarra por los hombros y me mira fijamente a la cara.

—Yo hablaré con la doctora Patterson, le diré que he visto que ibas hacia la estación, intentaré despistarlos. Pero de todos modos van a buscarte por todas partes. —Entonces me besa en la boca—. Confía en mí, es mejor que no te encuentren.

—Lamento muchísimo todo esto —dice Susie Patterson cuando Silas entra en su consulta por segunda vez en dos días.

Así debe de ser la vida de un hipocondriaco, se dice el inspector.

—¿Cuánto tiempo hace que se ha ido? —pregunta mientras echa un vistazo en derredor.

—Unos quince minutos. Puede que menos. Lo siento, Silas.

Al menos Susie vuelve a hablarle: una cosa buena que ha tenido la desaparición de Jemma, aunque no esté dispuesto a hacer las paces con ella enseguida.

—Tony, el americano... Vio a Jemma ir hacia la estación —prosigue ella—. Fui a ver si la encontraba, pero cuando llegué acababa de irse un tren.

Silas no necesita más información, pero no puede reprimirse y meneas la cabeza exasperado. La desaparición repentina de Jemma empieza a preocuparle.

—Es todo culpa mía —dice ella al ver que Silas saca su teléfono.

El inspector le da la espalda y llama a Strover, que sigue buscando a Jemma en el pueblo.

—¿Cuáles son las tres estaciones siguientes de la línea? —le pregunta a Susie tapando el teléfono con la mano.

Ella le dice que el tren era de los pocos que circulan en dirección oeste. Silas pide a Strover que solicite que se hagan comprobaciones a lo largo de la línea. No tiene muchas esperanzas —los efectivos policiales de la región están sobrecargados de trabajo—, pero merece la pena intentarlo.

—¿Alguien le ha hecho una foto a Jemma? —pregunta.

Susie niega con la cabeza. Si ayer no se hubiera puesto tan terca, Strover podría haberle hecho una de tapadillo durante su entrevista.

—Hay una cámara de seguridad en la sala de espera —dice ella, animándose de pronto—. La instalaron hace unos meses, después de que nos robaran un maletín. Aunque puede que la confidencialidad de los pacientes

suponga un problema —añade—. Habría que preservar la identidad de otros pacientes.

—La confidencialidad, y un cuerno. ¿Quién guarda las grabaciones?

Dos minutos después, Silas está en el despacho del director del centro de salud mirando la grabación que hizo la cámara de seguridad de la sala de espera a las nueve de la mañana de ayer. Susie y el director están a su lado. Silas ha intentado tranquilizar sus escrúpulos de conciencia explicándoles que se trata de un asunto de seguridad pública, pero aun así el director parece tener sus dudas y ha citado las directrices del Consejo General Médico sobre temas de confidencialidad. La protección de datos se ha convertido en un martirio para el inspector.

—Ahí está —dice Susie señalando a una mujer y a un hombre que entran en el edificio.

—Párelo ahí —le dice Silas al director.

La mujer de la imagen se parece un poco a Jemma Huish, pero la lente de una cámara barata no permite identificarla con claridad.

—¿Quién es el tipo que va con ella?

—Tony, el americano —dice Susie—. Su mujer y él alojaron a Jemma en su casa la primera noche.

—¿Dónde puedo encontrarle?

Silas se fija en el lenguaje corporal del hombre, en cómo se comporta con Jemma, en cómo se pega a ella.

—Tiene una cafetería en la calle mayor. Puedo llevarte.

—Sáqueme una impresión de esa imagen —ordena Silas mientras vuelve a mirar la pantalla—. Y mándeme el archivo a esta dirección de correo. —Le da al director su tarjeta.

—Tendré que pixelar a los otros pacientes.

—Por mí puede ponerles cuernos fluorescentes, me trae sin cuidado. Solo me interesa ella.

La fotografía no es muy buena, pero el parecido es suficiente. Suficiente para Strover, al menos, que, a diferencia de él, ha visto a Jemma en carne y hueso. Lo más cerca que el inspector ha estado de ella ha sido a cincuenta metros de distancia, en el cementerio. Hará circular la foto por la región. En la central pueden mejorarla un poco.

—No me explico por qué ha desaparecido de repente —comenta Susie mientras le acompaña por la calle mayor.

—Puede que se haya enterado de que veníamos. ¿Tiene acceso a algún dinero?

Silas se da cuenta de pronto de que tiene mucha hambre y está irritable. Y para colmo ayer fue día de ayuno, lo que siempre empeora las cosas.

—No, que yo sepa —contesta Susie.

—Así que puede que no llegue muy lejos en el tren.

—A estas horas casi nunca revisan los billetes.

—Estupendo. —Silas no hace ningún esfuerzo por ocultarle su enfado. Va a sacar todo el partido que pueda a la situación—. Necesito hablar con ese tal Tony —añade apretando el paso. Es alto, camina a largos trancos y Susie casi tiene que correr para mantenerse a su paso—. Y con su mujer. Si Jemma pasó la noche en su casa, puede que sepan más de ella.

—Aquí es donde trabaja —dice Susie, jadeante.

Están frente al Seahorse Café.

—¡Ay, Dios! —exclama Silas al ver el letrero que hay en la puerta, antes de entrar—. *Sin beicon, sin huevo, sin problemas* —lee—. Una cafetería vegana tenía que ser.

Qué maravilla: justamente ayer hizo ayuno para poder atiborrarse hoy de judías mungo.

Se acerca al mostrador, desde donde los observa un individuo con coleta.

—Tony, este es... —comienza a decir Susie.

—El inspector Hart, de la policía —la interrumpe Silas enseñando su identificación—. Me gustaría tomar algo comestible —añade mientras mira con desgana el mostrador—. Y charlar un poco con usted.

Tony ha adecentado la buhardilla todo lo posible antes de volver al café, pero aun así sigue pareciéndome una cárcel. Puede que sea por la bombilla pelada que cuelga de una viga del techo. Tengo una esterilla de *camping* extendida en el suelo de aglomerado, una botella de agua y fruta, una radio con cascos (Tony se ha empeñado) y un cubo para emergencias. Comparado con esto, mi cuarto en el *pub* era lujoso.

Lo que más me preocupa es que ahora dependo absolutamente de que Tony quiera dejarme salir. La escalerilla metálica plegable solo puede accionarse desde el descansillo de abajo, y la trampilla tiene la cerradura por fuera. Me siento otra vez desvalida, pero de momento tengo pocas opciones y prefiero estar escondida, lejos de la policía. Tony vendrá después y me dirá cuánto tiempo tengo que quedarme aquí arriba, en cuanto se haga una idea de hacia dónde apuntan las pesquisas de la policía.

Bebo un sorbo de agua y echo un vistazo a la buhardilla. Hay cajas por todas partes, colocadas cuidadosamente formando una cuadrícula. Tony me ha dicho que son su diario visual. Cada caja contiene 365 fotos, una por cada día del año. Me ha dicho que puedo mirarlas si quiero: están todas en Instagram, por lo menos las más recientes. Así tendría algo que hacer mientras estoy aquí, me ha dicho, pero es importante que no me mueva ni haga ruido si alguien entra en la casa.

Cree que es probable que la policía quiera hablar con él, en el café o en casa, pero si le piden echar un vistazo exigirá que le presenten una orden de registro. Conoce sus derechos. Por precaución, me ha dado un teléfono móvil básico, un «ladrillo» viejo que era de Laura. Lo guardan como repuesto, me ha dicho. Están borrados todos los números y tiene dentro una tarjeta SIM de prepago sin usar. Si viene alguien, me avisará con un mensaje anónimo: una frase corriente, doméstica, como si estuviera mensajeándose con Laura.

Escucho el silencio de la casa. Lo único que oigo es el fragor lejano de un tren y un coche solitario que acelera por la calle mayor. Cuando me aseguro

de que estoy sola, me acerco a gatas a las cajas: el techo es tan bajo que no puedo levantarme. La primera es la del año en curso: fotografías de tamaño A4, algunas en blanco y negro, otras en color, cada una con su funda de plástico y la fecha. Reconozco una del cementerio, un primer plano del musgo del pórtico; otra es de un precioso puente con arcos visto desde el canal, con una neblina que sube del agua. Hojeo unas cuantas fotos más, hasta detenerme en una de Laura. Está tendida en la cama, desnuda y cubierta a medias con la sábana, con los ojos cerrados. ¿Estaba dormida? ¿Sabe que Tony le hizo esta foto?

Me paro, avergonzada por estar hurgando entre las cosas privadas de otra persona, aunque Tony me haya dicho que podía. Y entonces abro una caja más antigua. Hay montones de fotografías de mujeres, instantáneas del tipo revista de moda, hechas en ciudades europeas; reconozco París y Roma, Ámsterdam y Venecia. Escenas nevadas en parques públicos, sonrisas radiantes a cámara, nada subido de tono. A Tony le gustan las mujeres con un aspecto muy concreto: cabello corto y oscuro, ojos grandes. Sigo pasando fotos y me paro al ver una de una mujer con boina. Me da un vuelco el corazón. Se parece a Fleur. Vuelvo a mirar la fotografía y me doy cuenta de que no es ella. Respiro hondo, el manojo de fotografías me tiembla en la mano. El silencio del pueblo parece amortiguado, fantasmal, aquí arriba. Y entonces se oye el chillido lejano de un milano real.

Voy avanzando estación por estación, de adelante atrás, mirando cada fotografía. Verano, primavera. Fotos de pintadas en la pared de un puente, con una intrincada red de vías de tren extendiéndose más allá. Y luego, entre las fotos de ríos y paisajes urbanos, veo un par de caballitos de mar. No están vivos, como los de las fotos enmarcadas del café. Son pequeños y están arrugados, fotografiados sobre un fondo blanco, una especie de mesa. Los miro con más detenimiento. Están encogidos, como si los hubieran metido en salmuera o los hubieran secado. Tienen la característica cola curvada como una clave de sol, y el largo hocico dañado o amputado. Tony me dijo que los caballitos secos son carísimos, sobre todo las especies más usadas en medicina china. ¿Compró estos, quizá? ¿O los vendió por un buen pellizco?

«Cuestan más que la plata».

Miro las fotos del derecho y del revés. No me gustan nada. Me parecen inquietantes, la forma casi prehistórica de los caballitos de mar me genera un profundo desasosiego.

Trago saliva con esfuerzo y aparto la mirada.

—¿Cuándo ha visto a Jemma por última vez? —pregunta el inspector Silas Hart mientras se limpia la boca con una servilleta—. Esto está sorprendentemente bueno.

A Tony nunca le han gustado los policías y este le gusta aún menos, pero sabe que debe hablar con él, aparentar que sus preguntas no le inquietan lo más mínimo, cooperar. Por eso le ha puesto doble ración de bolitas veganas de macarrones con queso bien empapadas en salsa búfalo (cualquier cosa con tal de retrasarle) y ahora intenta mostrarse amable y solícito mientras hablan. Susie Patterson se ha ido, llena de remordimientos, al parecer a seguir buscando a Jemma por todo el pueblo.

—Estaba aquí, en el café, sirviendo desayunos, cuando me ha llamado la doctora Patterson para decirme que estaba buscándola. He salido a echar un vistazo y la he visto al final de la calle, yendo hacia la estación. La he llamado a gritos, pero estaba lejos y no me ha oído. Iba a ir a buscarla, pero justo en ese momento ha entrado un cliente.

—¿A qué hora ha sido eso? —Hart se saca una libreta del bolsillo de la americana.

—Hace quince o veinte minutos.

—¿Por qué no avisó a Patterson?

Porque acaba de inventárselo. Siempre se le ha dado bien mentir.

—Cuando se marchó el cliente, volví a salir y me tropecé con ella —dice, cosa que es cierta. Ha hablado con la doctora Patterson después de dejar a Jemma en la buhardilla—. Estaba buscando a Jemma y le he explicado que acababa de verla yendo hacia la estación.

El policía parece tragárselo y hace un par de anotaciones breves. Luego le pasa una tarjeta.

—Aquí tiene mi teléfono, por si Jemma vuelve a aparecer.

—¿De qué va todo esto?

—Solo queremos descartar a Jemma de nuestras investigaciones — responde Hart sin desvelar nada.

Siempre dicen lo mismo.

Luego, el inspector le hace una pregunta sorprendente.

—¿Por qué acogió en su casa a Jemma la primera noche?

—¿Que por qué?

—Una perfecta desconocida llama a su puerta. «Pasa, pasa, estás en tu casa». No es muy británico.

—Yo soy estadounidense. Y allí no mordemos. —El policía le ha pillado desprevenido—. Además, no fue así exactamente.

—¿Y cómo fue?

Tony hace memoria de la tarde en que llegó Jemma, calcula cuánto debe contarle.

—Solo intento hacerme una idea de cómo es esa mujer misteriosa — añade el inspector—. Por lo visto ha causado bastante revuelo en el pueblo.

—Es guapa, si se refiere a eso.

—¿Me refería a eso? —Hart le mira fijamente—. Todavía no la he visto.

—Además, estaba convencida de que vivía en nuestra casa. Hasta conocía la distribución de las habitaciones. Saltaba a la vista que estaba desorientada. Laura, mi mujer, y yo... Supongo que a los dos nos dio pena, le dimos una infusión y la llevamos al centro de salud.

Hart toma nota y vuelve a mirarle.

—¿Su mujer está por aquí?

—Ahora mismo está pasando unos días en casa de su madre.

El inspector levanta las cejas.

—¿Y eso dónde es?

—En Londres.

Hart vuelve a tomar nota.

—¿A ella le pareció bien que Jemma durmiera en su casa? —pregunta sin dejar de escribir.

—Sí, si era una sola noche. —Uf, ¿cuánto sabe este tipo?—. Luego pensamos que era mejor dejarla en manos de profesionales. Al parecer, Jemma sufre amnesia retrógrada y anterógrada.

—Habla usted como un profesional.

Tony preferiría que Hart dejara de mirarle fijamente. Su mirada le pone nervioso.

—Me interesan estas cosas. Mi padre murió de Alzheimer, muy joven.

El teléfono del policía empieza a sonar.

—Disculpe un momento —dice levantándose de la mesa.

Tony resopla sin darse cuenta cuando el inspector le da la espalda. Y luego intenta escuchar lo que puede de la conversación.

—Quiero unidades en las vías principales de acceso al pueblo —dice Hart—. Y habrá que ir preguntando puerta por puerta... Sí, también la policía científica... Hablaré con Comunicación para ver si hacemos un llamamiento público. —Cuelga y se vuelve hacia Tony—. Un colega acaba de hablar con el conductor del tren. Al parecer, no subió nadie en esta estación.

Vuelvo a guardar la fotografía en la caja, intentando no obsesionarme. ¿Cuándo va a volver Tony? No me ha mandado ningún mensaje misterioso, así que es posible que haya dejado de interesarle a la policía. Que me estén prestando tanta atención me ha descentrado muchísimo, pero no puedo pasarlo por alto, hacer como que no pasa nada.

Y entonces veo otra caja, apartada de las otras, encajada debajo de las vigas, cerca del depósito del agua. Me acerco a gatas y la saco. Dentro hay cantidad de artículos de periódico, ordenados en montones y sujetos con clips. Algunos tienen la tinta descolorida y el papel amarillento.

Aguzo el oído un momento por si oigo algo y luego me pongo a hojearlos. Parecen tratar todos de la amnesia: un trabajador inmigrante en Peterborough que no sabía quién era; un banquero británico que entró en una comisaría de Nueva York diciendo que acababa de despertarse en un vagón de metro sin tener ninguna noción sobre su propia identidad; varios artículos de revista sobre Henry Gustav Molaison, que en 1953 fue sometido a una burda operación cerebral para intentar reducir la frecuencia de sus ataques epilépticos. Los ataques cesaron como por milagro, pero Molaison perdió desde entonces la capacidad de crear nuevos recuerdos.

Después, veo a Jemma Huish —la estudiante que asesinó a su mejor amiga cortándole el cuello— mirándome desde una fotografía borrosa.

¿Así es como me ven los demás? ¿Ese aspecto tengo? Leo el artículo por encima, las marcas de boli que rodean ciertas frases: amnesia disociativa, ningún recuerdo, pequeño municipio de Wiltshire. Miro las fotografías, leo los pies de foto. Es este pueblo, esta casa.

Debajo hay más artículos subrayados —muchos más— acerca del caso, del juicio y de la obsesión de Jemma con la radio. Dicen que necesitaba tenerla encendida en todo momento cuando estaba sola y que se autolesionaba si no podía escucharla. Y que afirmaba que oía voces que le daban órdenes y que parecían salir de los árboles.

Me dispongo a seguir leyendo cuando oigo que se abre la puerta de la calle. Guardo a toda prisa los recortes en la caja, la encajo debajo de las vigas y vuelvo a mi colchoneta justo en el instante en que se abre la trampilla.

—Tenemos que irnos —dice Tony al asomar la cabeza—. ¿Todo bien?

—Sí —contesto, intentando aparentar calma—. ¿Qué ha pasado?

Echa un vistazo alrededor desde el hueco de la trampilla.

—Recoge tus cosas.

—¿Adónde vamos?

—Nos vamos de aquí, nos marchamos del pueblo. —Empieza a bajar por la escalerilla y dejo de verle—. La policía sabe que no subiste al tren —añade en voz más alta para que le oiga—. Van a poner controles en todos los accesos al pueblo.

—Tony —digo levantando la voz—, creo que deberíamos...

Silencio. Y entonces vuelve a asomar la cabeza por el hueco de la trampilla.

—¿Te acuerdas de lo que cenaste anoche? —pregunta con una voz fría y siniestra.

Le miro asustada por su pregunta, por el tono en que la ha hecho, y niego con la cabeza.

—Estás indefensa, Jemma —dice al volver a bajar—. La policía está empeñada en encontrar a Jemma Huish, les ha entrado el pánico y necesitan detener a alguien. Y no va a ser a ti.

Recojo mis cosas y le alcanzo la maleta a Tony, que está abajo, en el descansillo.

—¿Adónde vamos? —pregunto otra vez cuando llegamos a la puerta de atrás.

—Conozco un sitio en el bosque —contesta mientras saca una botella de agua de la nevera—. No es gran cosa, pero estará seco. Es un antiguo búnker de la Segunda Guerra Mundial.

Salgo detrás de él al jardín.

—Vas a tener que esconderte en el maletero del coche —me dice al cerrar con llave la puerta de la casa.

A mí me late a mil por hora el corazón. Tony mira a un lado y a otro y abre el maletero de su viejo BMW. Miramos los dos el estrecho hueco del maletero. En un rincón hay una garrafa verde de gasolina, vacía, al lado de un chaleco reflectante doblado.

—Confía en mí —dice al sentir mi resistencia—. Tenemos que irnos enseguida.

Vuelve a mirar a un lado y a otro mientras me meto en el maletero, aferrándome al saco de dormir para tranquilizarme. ¿Estoy tomando la decisión correcta? Saber cuándo escapar es de vital importancia. Ya me equivoqué una vez, cuando Tony me pilló saliendo por la ventana. Encaja la maleta junto a mis pies y luego la esterilla, la radio y, por último, la botella de agua.

—No pasa nada, todo va a salir bien —me dice, listo para cerrar la puerta del maletero. Consigue esbozar una sonrisa que yo soy incapaz de devolverle. Estoy en posición fetal, con las piernas dobladas—. Solo van a ser unas horas, un día o dos como mucho.

Oigo un chasquido y todo se vuelve negro a mi alrededor.

Luke se acuerda del día que llegó al pueblo con Milo como si fuera ayer. Hacía seis meses que había muerto su mujer y que él había dejado su trabajo en un periódico nacional para criar a su hijo de cinco años en el campo con los abuelos. Le pareció entonces que era un nuevo comienzo, y el cambio de aires contribuyó a embotar la tristeza. Vender la casa de East Dulwich fue duro, pero no podía seguir viviendo allí después de morir ella. Se la había encontrado muerta en la cocina, tirada en el suelo. Un aneurisma cerebral, así, de repente. Por lo menos Milo estaba en la guardería cuando pasó.

Sus padres le han animado varias veces a mandar a Milo a un internado, pero él siempre se ha resistido, y le matriculó primero en el colegio de primaria del pueblo y luego en el instituto público más cercano. Su padre era militar y a él le mandaron al internado cuando tenía ocho años. Querían que tuviera estabilidad, dado que a su padre le trasladaban con frecuencia y a veces le destinaban al extranjero. Puede que el año que viene, cuando empiece el bachillerato, mande a Milo a un colegio interno, aunque solo sea por la comida: come tanto que a este paso les va a dejar en la indigencia.

Ahora, mientras baja por la cuesta hacia el pueblo manejando el cambio de marchas del Austin-Healey, solo siente angustia. Le han adelantado ya dos coches de policía con la sirena encendida. Más adelante hay otro aparcado en la cuneta y dos agentes están montando señales al otro lado de la calzada. Más allá, un BMW viejo sube por la cuesta alejándose del pueblo y acercándose a la policía. Parece el coche de Tony y Laura. Luke ve que reduce la marcha al pasar junto a los policías, que están empezando a colocar conos en la carretera. Uno de ellos mira el BMW y el conductor le saluda con un ademán.

Seguro de que es Tony, Luke comprueba que no hay nadie detrás, para el Austin-Healey y hace señas al BMW cuando se acerca. Tony también para y baja la ventanilla.

—Bonito coche —dice mientras baja la radio del coche.

—Es el del trabajo —explica Luke—. ¿Laura sigue con su madre?

—Y enfadada conmigo.

Luke se siente mal por ella. Esta mañana, cuando le llamó al trabajo, notó que quería que hablara con Tony y averiguara qué está pasando, que le preguntara por qué estaba tan deseoso de ayudar a Jemma. Pero Luke no ha corrido al pueblo para salvar el matrimonio de Laura. Lo que quiere es hablar con Jemma, saber que está bien.

—¿Has visto a Jemma? —pregunta.

—¿Estás de broma? Todo el mundo está buscándola —contesta Tony, y señala con la cabeza a la policía, detrás de ellos—. Están a punto de acordonar el pueblo. Por lo visto desapareció esta mañana.

Luke se maldice por haberse quedado a dormir en Londres.

—Entonces, ¿no ha dormido en tu casa?

—No, ha dormido en una habitación del *pub*. Laura no quería que se quedara en casa.

—No entiendo por qué está tan convencida de que es Jemma Huish. —Luke ve que los policías paran a un coche.

—Qué sé yo.

—Porque ¿para qué iba a volver Jemma Huish al pueblo?

Tony hace como que no ha oído la pregunta. Hoy parece distraído.

—Pensaba que ibas a quedarte toda la semana en Londres —dice.

—Necesito hablar con Jemma. Sobre su madre.

—¿Su madre? Pero si todavía no sabe quién es, ¿cómo va a saber quién es su madre?

—¿No ha recordado nada, entonces?

Tony niega con la cabeza.

—Todavía no nos ha dicho su nombre. Pero ¿qué pasa con su madre, de todos modos?

—Creo que es posible que fuéramos juntos al colegio. —Luke hace una pausa—. ¿Al final se ha hecho la prueba de ADN?

—Hasta donde yo sé, se ha negado. Y no me extraña. En este país tenéis la mayor base de datos genética per cápita del mundo. No quiero ni acercarme a ella. Es una auténtica amenaza para nuestras libertades civiles.

Luke mira por el retrovisor de su coche. Otro coche baja por la cuesta, tras él.

—Quizá debería hacérsela —dice.

No quiere contarle a Tony por qué, decirle que quizá sea el único modo de determinar que él es su padre.

—Bueno, mejor me voy —dice Tony al ver que se acerca el coche—, no vaya a ser que me detengan.

—¿Algún problema?

Tony sonríe, da una palmada en el volante.

—No he pagado el impuesto de circulación.

No lo he entendido todo, pero sé que Tony se ha parado a hablar con Luke. El maletero huele un poco a gasolina y a leche estropeada. Mientras les escucho hablar, me entran ganas de aporrear la chapa del coche, de ponerme a gritar y chillar, pero sé que debo quedarme callada.

Parece que Luke ha venido desde Londres expresamente para verme. Dice que cree que fue al colegio con mi madre. Quiero volver a verle a solas, pero no puede ser ahora.

Tony acelera cuando dejan de hablar y seguimos en marcha otros cinco minutos. No estoy segura, pero creo que vamos por carreteras comarcales. Hay muchas curvas y giros, y da la impresión de que nos cruzamos con muy pocos coches.

Cuando paramos, Tony no me deja salir enseguida. Se queda sentado, sube la radio y escucha. Yo no oigo ningún otro ruido, como no sea el graznido amenazador de unos cuervos a lo lejos. Puede que Tony esté cerciorándose de que no hay nadie por allí. El sol me deslumbra cuando por fin abre el maletero. Me mira un momento —con lástima, quizá— y luego dice:

—Hemos salido del pueblo justo a tiempo.

—¿Por eso hemos parado? —pregunto mientras me estiro—. ¿Por la policía?

Me agarra del brazo cuando salto a tierra. Hemos dejado la carretera y seguido por un camino estrecho. A nuestro alrededor solo hay árboles que gotean, en su mayoría hayas cuyas hojas lavadas brillan al sol. Debe de acabar de llover, un corto chaparrón de verano. Más allá de los árboles hay campos salpicados de ovejas.

—Nos han dejado pasar sin pararnos. Todavía estaban montando el control. Un minuto más y te habrían pillado. Me he parado a hablar con Luke. Venía de Londres en un coche muy viejo. No sé cómo ha llegado.

Decido no decirle que he oído casi toda la conversación.

—Creía que trabajaba en Londres de lunes a viernes —digo cuando saca mi maleta y la radio del maletero, dejando que yo coja la esterilla y el saco de dormir.

Se queda parado un momento antes de cerrar el maletero.

—¿Te acuerdas de eso?

—Es lo que pone en mis notas.

Todavía las llevo encima, en el bolsillo de atrás de los vaqueros.

—Su padre no se encuentra bien. Ha venido a verle.

Sé que está mintiendo. Me conviene ver cómo se comporta cuando no dice la verdad. Es un consumado embustero.

—El refugio está allí, a unos cien metros —dice señalando con la cabeza.

Nos quedamos los dos parados mirando el bosque centenario. Me siento muy indefensa aquí, a solas con él, pero sé que no tengo elección. El berrido solitario de un ciervo no ayuda precisamente a tranquilizarme.

—¿Vas a quedarte conmigo? —pregunto cuando echamos a andar por un sendero.

—Tengo que volver al café —dice.

Qué alivio. Por lo menos no voy a tener que pasar mucho tiempo aquí sola con él. No estoy preparada aún. Dejamos el sendero y nos internamos en el bosque, pisando entre espesas zarzas. Veo el refugio más adelante, un pequeño montículo cubierto de hierba y ortigas. La entrada está llena de maleza. ¿Cuánta gente conoce este sitio? Al llegar al montículo, bajo detrás de Tony por unos escalones de cemento cubiertos de pintadas. Abajo, a unos tres metros y pico bajo tierra, aparta de un puntapié una lata de cerveza y un paquete de tabaco viejo. Desperdicios de amantes y adolescentes.

—No vas a estar aquí mucho tiempo —dice mientras sostiene en alto el teléfono, con la linterna encendida, para enseñarme el sórdido refugio.

Debe de notar mi miedo. El búnker tiene unos cinco metros de largo por dos de ancho. Como una celda. El fondo está iluminado por un manchón de luz que entra por un agujero del techo. Se han colado hojas y ramitas por el agujero, pero por lo demás el suelo de cemento está despejado. Y seco, también. Es la única ventaja de este sitio.

—¿Cuándo has estado aquí? —pregunto.

—El domingo pasado. La asociación de historia local organizó un paseo. Yo era el yanqui honorario. Las fuerzas estadounidenses destinadas aquí durante la guerra utilizaban este sitio como almacén de munición mientras se preparaba el desembarco de Normandía.

—Entonces, ¿lo conoce mucha gente?

—Este no —contesta—. Todo el mundo va a otro búnker que está cerca del monumento a los caídos en la guerra. Aquí estarás bien. Tienes la radio. Y luego te traeré comida. ¿Quieres que te traiga también café?

—Prefiero una infusión. Cualquier cosa que tenga hierbas.

—Mira, ya sé que esto no es lo ideal, pero ahora mismo no puedes volver al pueblo. —Me rodea con el brazo como si fuésemos una pareja de recién casados contemplando su primer hogar.

Intento no dar un respingo, pero quiero que se marche ya. Necesito pensar, aclararme y decidir qué voy a hacer ahora.

—¿Puedo llamarte? —pregunto, apartándome de él para subir por la escalera—. Si viene alguien.

Él me sigue de vuelta arriba.

—Aquí no va a venir nadie —afirma—. Puedes creerme. Y, si viene alguien, paseando a un perro, por ejemplo, solo tienes que procurar que no te vea hasta que se marche. Es mejor que me mandes un mensaje si estás preocupada. Pero no me llames. Por si acaso estoy otra vez con la policía.

Miro hacia donde está aparcado el coche.

—¿A qué distancia queda la carretera?

—A un kilómetro y medio, puede que un poco más. Esto está muy apartado.

De pronto se vuelve para mirarme y me agarra de los hombros. Tiene una mirada gélida y me sujeta con mucha fuerza, con más violencia que antes, pegándose a mi cuerpo. Empieza a entrarme el pánico, no alcanzo a tocarme la muñeca, pero entonces suena su móvil. Retrocede y se saca el teléfono del bolsillo, mira la pantalla.

—Número desconocido —dice mirándome con expresión de sorpresa—. Será la policía. —Se pone más serio al contestar y luego presta atención—. Dentro de quince minutos estoy en el café.

Cuelga y se vuelve otra vez hacia mí con esa misma mirada en los ojos.

—El inspector Silas Hart quiere más bolitas de macarrones con queso —dice en tono sarcástico—. Tengo que volver al pueblo. —Me sonrío un segundo, poniéndome otra vez las manos sobre los hombros—. Volveré en cuanto pueda.

Y entonces me besa con fuerza en la boca. Yo pienso en Fleur, trato de recordar su cara, rezo por que esto pase deprisa. Esperaba que fuera a besarme, pero esta vez quiere más: me mete las manos debajo de la camisa, me aprieta el muslo. Fleur nunca se portó así. Sus caricias eran tiernas, recíprocas.

—Luego —le digo mientras trato de apartarle, asustada por su fuerza—. La policía te está esperando.

—A la mierda con la policía —susurra, y empieza a tirar de mi camisa.

—Por favor, Tony —digo alzando la voz—. No estoy preparada.

Se para de mala gana y me mira con ojos cargados de deseo y de otra cosa más siniestra. Y entonces da media vuelta y echa a andar entre las zarzas, de vuelta al coche.

—Mándame un mensaje —me obligo a decir a su espalda—. Y gracias. Por todo.

Su silencio me asusta.

—¿Hemos traído papel? —pregunto tratando de normalizar las cosas, de volver a lo cotidiano—. ¿Y un boli? Tengo mucho que escribir.

Se para en seco. Tarda un rato en contestar y, cuando contesta, me corre un escalofrío por la espalda.

—Puede que sea mejor que hoy no escribas nada.

Luke está en el *pub* tomándose una pinta con Sean. Ha buscado a Jemma por todas partes, ha bajado por el camino de sirga del canal, ha bordeado el bosque hasta lo alto de la colina que domina el pueblo, la ha buscado en los huertos, en la estación, en la iglesia, pero sabe que es inútil. Si la policía no la encuentra, cómo va a encontrarla él. Parece que hay agentes por todas partes: preguntan puerta por puerta, registran cada coche que entra o sale del pueblo, han hecho un llamamiento a través de los medios de comunicación...

El ambiente del pueblo ha cambiado desde ayer por la mañana. Las habladurías han dado paso a la tristeza y puede que a una pizca de vergüenza porque el pueblo, siempre tan apacible, se encuentre de pronto sometido al escrutinio público.

—Cuando hablé con Freya Lal, me dijo que la alemana que adoptó a la niña era bahaí —dice Luke.

—Una religión interesante —contesta Sean.

—Sí, lo sé. He estado informándome.

—El inspector de armas químicas David Kelly la practicaba. El del famoso informe sobre Sadam Husein.

—Eres la pera, Sean.

—Le asesinaron, por supuesto.

—Yo creía que se había suicidado.

—El bahaísmo prohíbe el suicidio. ¿Tienes un rato? Porque según una teoría...

—Sean, Jemma tiene un tatuaje en el brazo. No sé si te has fijado.

—Mentiría si dijera que sí.

—Es una flor de loto. El templo bahaí de Delhi tiene forma de loto.

—Bueno, el loto también es un símbolo budista. Los ocho pétalos morados del loto místico representan los ocho senderos que enseña Buda. Para los hindúes también es una flor importante. Y para los sijs y los jainistas. Tendría que mirar si también lo es para la iglesia ortodoxa rusa.

—Si la madre adoptiva de Jemma era bahaí —dice Luke, harto de conspiraciones soviéticas—, es muy posible que ella también lo sea.

Sean parece notar que ha cambiado de tono.

—Tienes mucho interés en encontrar a esa mujer, ¿no?

Luke asiente y da un largo trago a su cerveza.

—Parece que se ha esfumado sin dejar rastro.

—La especialidad de los soviéticos, como todo el mundo sabe.

Luke levanta los ojos y ve que un agente de la policía científica cruza el *pub* para entrar en el antiguo establo de la parte de atrás donde se alojaba Jemma. Lleva un mono blanco, mascarilla y guantes morados.

—¿Qué pasa ahí? —le pregunta Luke al barman.

—Están registrando la habitación donde ha dormido esa mujer.

—¿La policía científica?

—Ya lo creo.

—Tengo que hablar con ellos —le dice a Sean.

Se baja del taburete y se dirige a la puerta de atrás.

Jemma enciende la radio y escucha. Todavía es temprano: están dando el parte del tiempo. Debe de tener el reloj adelantado. Sube por el tramo de escalones y mira en derredor. El bosque es oscuro, la luz de la tarde se cuela de soslayo entre los pinos. Tiene suerte de estar aquí, con los ciervos como única compañía. Da la impresión de que hace años que nadie entra en el búnker. El pueblo está tan cerca y sin embargo tan lejos... Lo echa de menos más de lo que pensaba: la seguridad de una comunidad rural, la cordialidad de la gente. De la mayoría, por lo menos.

Escucha los pitidos de la hora en el búnker y baja para oír el boletín de noticias. Varios espías expulsados de Moscú y Londres por una rencilla diplomática; ampliación de las competencias de los cuerpos policiales; una batida de búsqueda en un pueblecito de Wiltshire...

De pronto se le hiela la sangre. La policía anda buscando a una enferma mental de la que no se tiene noticia desde hace un año. Se teme que pueda ser peligrosa y se advierte a los ciudadanos que no se acerquen a ella.

—Pedimos a cualquier persona que tenga información sobre la señorita Huish que se ponga en contacto con nosotros inmediatamente —dice un inspector de la policía.

Su nombre le suena.

Jemma cierra los ojos. Siente cómo le vuelven los recuerdos, como una riada que barre el monte yermo de su pasado devolviéndolo a la vida. De pronto se siente desvalida allí, en el bosque, sola. Y siente ira. Una ira que hacía mucho tiempo que no sentía.

Se acerca a su maleta, busca entre la ropa y encuentra lo que está buscando. Le tiembla tanto la mano que no consigue sostener el cuchillo mucho tiempo. Vuelve a guardarlo en la maleta y se sienta en el suelo, se abraza las rodillas y empieza a sollozar meciéndose adelante y atrás. Más recuerdos. Pesadillas. Tiene una táctica para esto, un mecanismo para

restablecer el orden, pero esta vez la oleada es demasiado fuerte, se lleva de golpe años de terapia y medicación, como si no hubieran existido.

Se tapa los oídos, trata de acallar las voces, pero no sirve de nada. Aterrorizada, vuelve a salir para respirar la paz del bosque. La naturaleza es su última esperanza. Aquí, los árboles no saben nada de noticias. Al principio no oye nada. Luego, sin embargo, empieza a oírse un tenue susurro muy arriba, entre las copas. La anima suavemente a llamar. A dar aviso.

Ella desvía la mirada, hace oídos sordos y vuelve dentro en busca del cuchillo.

Silas Hart está interrogando de nuevo a Tony en el café cuando le llaman para que se acerque al *pub*. Las últimas horas han sido de mucho ajetreo, no ha tenido tiempo de comer y, aunque le cueste reconocerlo, le apetecía volver a probar la comida vegana de Tony, quizá uno de esos patés de frijoles y chipotle. Tendrá que esperar.

—Quédese aquí —le dice al americano cuando se levanta de la mesa.

—¿Es una orden?

—Una petición educada. Si no encontramos nada en la habitación de Jemma en el *pub*, tendremos que registrar su casa.

—Para eso necesitarán una orden judicial —replica Tony retirándose detrás del mostrador.

—La tendremos, descuide.

Silas sale del café con Strover. Tony está empezando a tocarle las narices. Si le detienen, no necesitarán una orden.

—Busque a ese payaso en el PNC —ordena mientras cruzan la calle camino del *pub*.

Strover tiene muchas habilidades, entre ellas la de saber replicar con sarcasmo cuando hace falta, pero además es un hacha cuando se trata de buscar datos en el PNC, el ordenador central de la policía, y en la nueva Base de Datos Nacional de la Policía. Y en las redes sociales, también. Es una «nativa digital», según Recursos Humanos. A saber qué será eso.

—Entonces, ¿su mujer le ha dejado? —pregunta Strover.

—Según la buena de la doctora, se ha ido a pasar una temporadita con su madre.

No tiene sentido ocultarle nada a Strover. Sabe que Silas siente debilidad por la doctora Patterson, aunque les haya dificultado la investigación. Intuición femenina.

—Jemma es una mujer muy atractiva —comenta la agente.

—Usted lo ha dicho, no yo. Y anoche cenó con Tony en su casa, según Abdul el afgano.

Silas ha estado hablando con Abdul. Han charlado un rato en la cocina del *pub* —una conversación agradable— y ha prometido probar su curri de cordero.

—¿Cree que Tony sabe dónde está? —pregunta Strover.

—No estoy seguro —contesta Silas cuando llegan a la entrada del *pub*—. Puede que estemos perdiendo el tiempo, de todos modos. Los de la policía científica han encontrado algo.

No podía quedarme en el búnker ni un segundo más después de oír las noticias en la radio. Las próximas horas serán decisivas. ¿Habré esperado demasiado? El cepillo de pelo los entretendrá un tiempo, pero también voy a necesitar un poco de suerte para afrontar lo que tengo por delante.

He dejado la maleta en el búnker, tengo todo lo que necesito. Veo delante de mí el caminito de hierba que lleva a la carretera. No hay tráfico, pero debo tener cuidado. Si no me equivoco, la carretera lleva al pueblo, por un lado, y por otro a la carretera principal que sale del valle. Un kilómetro y medio, ha dicho Tony. Puede que un poco más. Me paro y escucho. Solo oigo el sonido de la brisa de verano agitando las copas de las hayas.

Tony no me ha escrito ni me ha llamado desde que se fue. Yo tampoco a él. Debe de estar otra vez con la policía, contestando a sus preguntas y tratando de mantener las apariencias, negando saber dónde estoy. Luego le escribiré.

Miro de nuevo a mi alrededor y luego echo a correr por la carretera.

Silas cruza el bar intentando no pensar en tomarse una cerveza y unos cacahuetes. Luego. Más tarde. Cuando se aclare este asunto. El llamamiento público debería dar resultados. Suele darlos. Además, ha elevado la valoración de riesgo de Jemma Huish de baja a alta y ha hablado con la Oficina Nacional de Personas Desaparecidas, que ha reenviado su expediente —incluido su perfil de ADN— a todos los cuerpos de policía del Reino Unido y la ha reclasificado como «desaparecida» en lugar de «ausente».

Sale a los antiguos establos, donde el equipo de la policía científica está registrando la habitación donde durmió Jemma anoche.

—Quería enseñarles una cosa —dice el jefe del equipo al salir de la habitación para hablar con ellos.

—¿Cuál?

—Hemos encontrado un cepillo de pelo. Debajo de la cama.

—¿De Jemma?

—Creemos que sí. El análisis preliminar indica que el polvo es reciente, de esta misma mañana.

—¿Hay raíces?

Silas aprendió nada más ingresar en el equipo de investigación criminal que un pelo no sirve de nada a no ser que tenga raíz.

—Eso es lo raro —dice el técnico forense—. Que hay muchísimas. Y recientes. Alguien se ha cepillado el pelo con mucho ímpetu. Con mucho más ímpetu del necesario. Y luego está el sitio donde encontramos el cepillo.

—Debajo de la cama —repite Silas preguntándose adónde quiere ir a parar el técnico forense.

—Si cayó al suelo y acabó debajo de la cama porque alguien le dio una patada sin querer, lo lógico sería que hubiera cogido polvo, o que al menos hubiera dejado un rastro al desplazarse por el suelo de madera. Hay mucho polvo en la habitación.

¿Por qué será que los técnicos de la policía científica siempre hablan con acertijos?

—¿Quiere decir que lo dejaron a propósito debajo de la cama? —pregunta Silas.

—Después de utilizarlo para cepillarse el pelo con mucha fuerza.

—¿Para asegurarse de que hubiera suficientes pelos con raíz?

El técnico asiente.

—¿Podría hablar con usted un momento?

Silas levanta la vista y ve en la puerta a un hombre alto, de unos cincuenta años. Le huele el aliento a cerveza. Está borracho y es un pijo.

—¿Cómo ha subido aquí? —le pregunta Silas.

—¿Por las escaleras? —contesta el desconocido.

Silas pensaba que había un agente vigilando abajo para que no subiera nadie. No quiere que se le llene esto de borrachos. Es lo que le hacía falta.

Strover se acerca al hombre.

—Soy periodista, o lo era —dice él—. Colaboré con ustedes en el caso del estrangulador de Swindon.

Silas muestra más interés. Strover lo nota y se retira. La prensa y la policía colaboraron estrechamente en esa investigación, un raro ejemplo de solidaridad en beneficio de todos. En aquella época, Silas formaba parte del Equipo de Investigación de Delitos Mayores que resolvió el caso; era, de hecho, un elemento clave del equipo.

—¿Cómo se llama? —pregunta.

—Luke Lascelles. Vivo en el pueblo. Tengo algo que quizá les interese. Sobre Jemma.

—Continúe.

Su nombre le suena.

—No creo que sea Jemma Huish —dice Luke.

—Es una agente rusa —grita alguien desde abajo.

Strover hace esfuerzos por no soltar una carcajada. El que ha hablado es también un borracho, pero irlandés.

Luke se vuelve y lanza una mirada fulminante al irlandés, que ha aparecido en lo alto de la escalera.

—¿Puede hablar con estos dos caballeros en el bar? —le dice a Strover—. Averigüe si saben algo que nos sirva.

A lo largo de los años ha obtenido información útil de muchos paisanos alcoholizados, pero esta vez no le apetece ser él quien les sonsaque. En cuanto

los dos hombres se marchan acompañados por Strover, Silas se vuelve hacia el jefe del equipo de la policía científica.

—O sea, que alguien dejó ahí el cepillo con intención de que lo encontráramos —dice para volver a centrarse.

—No puedo afirmarlo, pero sí, yo concluiría que lo colocaron a propósito debajo de la cama.

¿Por qué haría eso Jemma? ¿Para qué quiere que la policía extraiga su ADN del cepillo de pelo después de haberse negado a proporcionarles una muestra para su análisis? Silas llama a su oficina.

—Consíganme una orden de registro para la casa de Tony Masters.

—Ya sé que es raro —dice Luke mirando un momento a la agente Strover antes de apartar los ojos—, pero la primera vez que vi a Jemma en el centro de salud habría jurado que estaba viendo a Freya hace treinta años.

Están sentados en un rincón tranquilo del *pub*. Aparte de ellos no hay nadie más, solo Sean, que está sentado en la barra, tomándose una pinta malhumorado. Quería que le entrevistaran a él primero y no entiende por qué, después del atentado con Novichok en Salisbury, no se toman más en serio su teoría de la agente rusa.

—A ver si le he entendido bien. —Strover echa un vistazo a la libreta que tiene sobre la mesa—. Entonces, ¿cree que esa tal Jemma es hija suya?

—El parecido era asombroso —contesta Luke, irritado consigo mismo porque casi se le quiebra la voz de la emoción.

Habla como un invitado a un programa de confesiones. Ya le ha explicado a Strover que anoche, muy tarde, habló por videollamada con Freya, una antigua novia que ahora vive en la India y que se parecía a Jemma. Que tuvieron una hija, que ella la dio en adopción al nacer a una pareja que vivía en Alemania y que la madre adoptiva practicaba el bahaísmo.

Strover le mira impasible.

—Todo el mundo dice que se parece a Jemma Huish —dice mientras se inclina sobre su libreta. Tiene una letra pequeña, pulcra. Todo en ella es pulcro, comedido.

—¿Y usted qué opina? —pregunta Luke.

—Yo no tengo opinión —contesta la agente—. Solo tengo un jefe que quiere resolver este asunto.

Luke tiene de pronto la impresión de estar haciéndoles perder el tiempo.

—No es que sea el vivo retrato de Freya, pero... —Hace una pausa—. Es como cuando ves a alguien y enseguida te das cuenta de que es familia de otra persona a la que conoces. Su manera de hablar, la postura, el paso, la actitud...

Strover le mira fijamente. Su silencio le está haciendo hablar más de lo normal, rellenar lagunas. Una típica táctica policial, sin duda.

—En un pueblo como este, la llegada de una persona desconocida puede resultar inquietante —comenta la agente en un tono comprensivo que de pronto desconcierta a Luke—. Todo el mundo aventura una teoría. ¿Hay algo, aparte de su «actitud» —dice enfáticamente, con su acento de Bristol— que pueda vincular a Jemma con la hija de su exnovia?

—¿Alguna prueba concreta, quiere decir? —pregunta él.

Ella sonríe por primera vez.

—Sería muy útil, sí.

—Jemma tiene un tatuaje en la muñeca, una flor de loto. —Strover asiente con un gesto, interesada—. La flor de loto tiene un significado especial dentro del bahaísmo, la religión minoritaria que practicaba la madre adoptiva de la hija de Fre... de nuestra hija.

Strover anota algo. Sobre la flor de loto, supone Luke. Tiene la letra tan pequeña que no hay forma de leerla del revés. Otro truco policial.

—Ya sé cómo suena todo esto —añade mientras juega con un posavasos—. Pero, si no es Jemma Huish, entonces ¿quién narices es? Tiene que ser alguien, tiene que haber venido aquí por algún motivo.

—Creía que la había mandado el Kremlin —dice ella señalando a Sean, que sigue en la barra.

Luke se ríe sin ganas.

—Cuando la encuentren, ¿pueden decirme si coincide el ADN? —pregunta más serio.

—Ya sabe que no podemos hacer eso.

—Solo quiero saber de qué parte del mundo procede. Asia, África, Norteamérica...

—¿Conoce usted a Tony, el estadounidense de la cafetería? —pregunta ella ignorando su petición.

—Lleva como un año viviendo en el pueblo. Un tipo majo, muy atento con todo el mundo.

Le cae bien Tony —se conocen de verse por el pueblo y son compañeros de equipo en el concurso del *pub*—, pero ¿hasta qué punto le conoce? Lo suficiente como para pasarse por su casa cuando acabe aquí y avisarle de que la policía anda preguntando por él.

—¿Está felizmente casado? —pregunta Strover.

Luke se queda callado, mirándola. Cuando era periodista, jamás pudo hacer una cosa así: colar de rondón una pregunta personal sin que se le

moviera una pestaña.

—Que yo sepa, sí —contesta, y se acuerda de lo que le dijo Laura por teléfono acerca del extraño comportamiento de Tony.

—La segunda noche, invitó a Jemma a cenar en su casa. Después de que su mujer se fuera a Londres.

Suena el teléfono de Luke, salvándole de tener que hacer algún comentario sobre el estado del matrimonio de Laura y Tony.

—¿Le importa que conteste? Es Laura, precisamente.

Strover asiente.

—Estamos intentando hablar con ella.

Luke mira a la agente mientras habla. ¿Puede oír ella la conversación? Laura parece cada vez más nerviosa, habla a toda prisa. Ha visto la noticia en la tele y se alegra de que alguien comparta por fin su preocupación respecto a Jemma.

—Viene para acá —dice Luke al colgar, y mira la hora—. Estará aquí dentro de media hora. Voy a ir a buscarla a la estación.

—¿Le importa que le acompañe?

Jemma agarra con fuerza el mango del cuchillo que lleva escondido bajo la manga izquierda. Lo llevaba al descubierto, junto al costado, hasta hace un minuto, cuando le ha parecido oír a alguien delante de ella. Solo ha sido una ramita que se ha roto, pero ha sonado demasiado fuerte para que se trate de un animal.

Escucha otra vez y entonces ve a su derecha, en diagonal, a una mujer que corre entre los árboles. La observa, embelesada. Su paso es largo y ligero como el de una gacela. Enseguida cruza el camino por el que va Jemma, doscientos metros por delante de ella. Se para, con la respiración agitada, y mira camino abajo. Se miran la una a la otra, como reflejos. Y luego la mujer desaparece corriendo por el bosque.

Jemma se vuelve y se dirige hacia la loma por la que solía trepar cuando era adolescente, las noches en que su ira se desbordaba. Le falta la respiración cuando llega arriba. Los recuerdos siguen llegando en oleadas. Aquí, junto al árbol solitario y azotado por el viento que inclina sus ramas hacia un lado como un danzante de una *rave*, ella solía increpar al cielo. Hoy no lo hace, sin embargo. Ya no. El pueblo se extiende allá abajo, muy lejos, el valle dividido por el canal y la vía férrea. Apenas alcanza a distinguir School Road bajando desde el *pub*, y el centro de salud y la estación de tren. Y ahí está la iglesia, rodeada por su cementerio.

Jemma enfila la cuesta abajo y rompe a correr.

Parado delante de la puerta de Tony y Laura, Luke espera a que le abran. Oye ruidos, como si dentro hubiera un montón de gente.

—¿Qué pasa? —pregunta al entrar en el cuarto de estar detrás de Tony.

Dos agentes de la policía científica están bajando las escaleras.

—He invitado a la policía a tomar el té —contesta Tony sin quitar ojo a los policías cuando cruzan el vestíbulo—. Ya me conoces. ¡Gracias por cerrar con cuidado! —grita en tono rebosante de sarcasmo. Menea la cabeza, se sienta en el sofá e invita a Luke a hacer lo mismo.

Parece acalorado.

—Acaba de interrogarme la agente Strover —dice Luke.

—Qué suerte la tuya. A mí me interrogó el gordo.

Luke espera a que acabe de cerrarse la puerta —suavemente— y luego añade:

—Me han preguntado por Jemma. Dicen que anoche la invitaste a cenar.

—Sí, la invité a cenar, ¿y qué? Vaya cosa. Cenamos sopa de almejas. De vieiras, en realidad. Durmió aquí el día anterior. Por eso está arriba la policía, inspeccionando su cama por si hay rastros de ADN.

—También les interesaba Laura. Dicen que se marchó ayer a Londres, a pasar unos días en casa de su madre. —Luke levanta la vista y ve que otro agente de la policía científica sale de la cocina y sube al piso de arriba.

—Va a volver —contesta Tony—. Acaba de llamar.

—A mí también me ha llamado. La policía quiere hablar con ella en cuanto se baje del tren.

—Pues les deseo suerte. A mí no quiere verme, eso está claro. —Tony se levanta y se acerca al pie de la escalera—. ¡Cuidado con esos cuadros del descansillo! —grita—. Son de Picasso. —Vuelve a sentarse en el sofá, sonriente—. Gilipollas —dice moviendo la pierna con nerviosismo.

Luke nunca le ha visto así. De pronto se da cuenta de lo poco que sabe de él. Su amistad se ha forjado en el *pub* y en el campo de críquet y tiene sus

límites. Nunca han hablado de su vida conyugal, por ejemplo, o del amor, o de la muerte. Lo mismo le pasa con Sean. Son amigos de bar.

Ahora, Luke respira hondo.

—Me ha dado la impresión de que la policía cree que hay algo entre Jemma y tú.

Tony se ríe.

—¿Eso te han dicho?

Strover no lo ha dicho claramente, de hecho, pero a Luke le ha parecido evidente que lo daba a entender.

—Bueno, ¿es cierto? —pregunta, sondeando el terreno.

—Claro que no. Estoy casado. ¿A ti qué más te da, de todos modos?

—Era una duda que tenía.

—Pues no dudes tanto —replica Tony mientras entra en la cocina.

Luke le ve llenar la tetera y pasar la bayeta al aparador a pesar de que no le hace ninguna falta. Es consciente de por qué no le ha preguntado estas cosas a Tony hasta ahora.

—¿Has visto a Jemma últimamente? —pregunta, ansioso por que algo avance—. Parece que todo el mundo anda buscándola.

—¿Te han mandado a preguntármelo? —Tony se acerca a la puerta de la cocina—. ¿Es eso?

—Claro que no —responde Luke mientras se esfuerza por entender su comportamiento. ¿Qué le ocurre?

Otro policía cruza la cocina, vigilado por Tony. ¿Es todo una farsa? ¿Está sobreactuando Tony porque está allí la policía?

—Ya le he dicho a la policía todo lo que sé —agrega, todavía en la cocina—. La última vez que la vi fue esta mañana, yendo hacia la estación.

Luke recibe un mensaje en el móvil. Es de Laura:

He llegado pronto, me apetece dar un paseo por el camino del canal para despejarme. ¿Podemos vernos? Me vendría bien charlar un rato. Estoy deseando hacer las paces con Tony, pero se niega a verme. 😞 Lx

—Perdona —dice Tony al volver al cuarto de estar—. Ya sabes cuánto me gusta la policía.

Luke ya no sabe qué pensar. Quiere salir de aquí cuanto antes y ver a Laura.

—Me ha escrito mi padre —dice guardando el teléfono—. No les funciona el *wifi*. Voy a ir a ver si lo arreglo.

Laura pasea por el camino de sirga mientras una garza levanta el vuelo con aire melancólico delante de ella y se posa algo más lejos, en el canal. Le apetecía volver al pueblo, estaba deseando declarar ante la policía y hablar con Susie, que no le devuelve las llamadas, pero en la penúltima estación, de pronto, se ha desinflado. El llamamiento de la policía pidiendo información sobre Jemma Huish le ha producido una satisfacción un tanto amarga —vista bajo esa luz, su paranoia de la primera noche parece menos irracional—, pero el extraño comportamiento de Tony, su afán de proteger a Jemma, han sido un jarro de agua fría, y no puede evitar pensar que tal vez él tenga algo que ver con su desaparición.

Suena su móvil. Es Luke, que ya le ha escrito antes para decirle que saldría a buscarla al camino.

—¿Dónde estás? —pregunta.

—Cerca de la Poza Azul —dice ella.

La Poza Azul es un sitio que espera visitar a menudo, algún día: una antigua represa de molino a menos de dos kilómetros del pueblo, donde los niños van a bañarse y juegan a lanzarse al agua desde una cuerda atada a una rama alta.

Algún día.

—Enseguida estoy ahí —dice Luke—. ¿Has vuelto a intentar hablar con Tony?

—No me coge el teléfono.

Al ver que no conseguía hablar con él, le mandó un mensaje pidiéndole que se vieran, pero tampoco ha contestado.

Laura vuelve y sigue andando hacia la Poza Azul, que ve ya más adelante. Es un día brumoso de verano, pero hay poca gente en el canal, solo un par de pescadores sentados en la otra orilla, lejos el uno del otro. Hay un sitio aquí cerca al que vino con Tony al principio, cuando acababan de mudarse al pueblo. Está apartado del camino y dicen que había en él un manantial

sagrado que se secó hace tiempo. Un árbol de los deseos marca el lugar exacto. Está cubierto de cintas de colores y baratijas con mensajes que escribe la gente expresando sus ilusiones y sus anhelos. Tony y ella desearon un hijo y ataron el papelito a una rama bien alta, lejos de miradas curiosas. Quiere ver si sigue allí y escribir otro, quizá.

Deja el camino de sirga y atraviesa por la maleza, hacia el manantial, siguiendo una vereda. Los deseos suelen pedirse en primavera, cuando viene mucha gente por aquí. Al acercarse, oye a alguien delante de ella: una mujer empieza a hablar con voz tensa, ansiosa. Laura nunca había oído tanta angustia. Se acerca sin hacer ruido, conteniendo la respiración.

—Necesito hablar con la policía, de verdad, lo necesito —dice la voz.

Laura siente el impulso inmediato de dar media vuelta y huir, pero el tono suplicante de la mujer la mantiene paralizada.

—Me da miedo lo que pueda hacer, ¿entiende? —continúa—. Por favor... He oído mi nombre en la radio y eso lo ha removido todo. ¿Por qué me buscan de repente?

Laura apenas puede moverse.

—Necesito ayuda. Lo he intentado todo, pero nada funciona. ¡Le estoy diciendo que necesito que me ayuden, joder! Quieren que mate a la primera persona que vea.

Laura consigue dar media vuelta y regresar al camino de sirga, donde llama a Luke. ¿Por qué no llama a Tony? Hasta hace un par de días, es lo que habría hecho: Tony es su marido, el amor de su vida. Pero ahora todo ha cambiado. ¡Y con qué rapidez! Ya no se fía de él, y eso le rompe el corazón.

—¿Estás cerca? —pregunta casi susurrando.

—¿Estás bien? —responde Luke.

—Está aquí. Junto al árbol de los deseos. El manantial.

—¿Quién? Casi no te oigo, Laura.

Ella se detiene y levanta la vista. La mujer la ha seguido por la vereda y se ha parado a diez metros de distancia. Lleva en la mano un gran cuchillo de cocina.

—¿Laura? —dice Luke—. ¿Estás ahí? ¿Laura?

Ella no quiere decir ni hacer nada. Tiene los ojos fijos en la mujer, que permanece inmóvil, mirándola angustiada.

—Ven, por favor —logra murmurar antes de que el teléfono se le caiga al suelo.

Tony hace cola en el control policial, esperando para salir del pueblo. Con la ventanilla abierta, tamborilea con impaciencia en el techo de su viejo BMW, que tiene ya doscientos sesenta mil kilómetros (y los que le quedan). Confía en que estén pidiendo la documentación, no el recibo del seguro, que hace tiempo que no paga. Ha probado a llamar a Jemma al móvil que le dio, pero ha saltado el buzón de voz.

No sabe hasta qué punto es inmediata su detención. La policía va a encontrar rastros de ADN más que suficientes en la cama donde ha dormido. Jemma no puede seguir en el bosque. Ampliarán la búsqueda hasta que la encuentren, con agentes, perros rastreadores, helicópteros...

Ya solo hay un coche por delante de él en la cola del control policial. Dos agentes jóvenes buscando a una mujer a la que tienen delante de sus narices. El coche de delante lleva un portamaletas en el techo que los muy capullos se empeñan en abrir. Tony observa la escena, contento de verles perder el tiempo.

Fue al poco de llegar Jemma —después de que demostrara conocer la disposición de la casa—, cuando empezó a hacerse preguntas. ¿Había vuelto Jemma Huish al hogar de su infancia? Reconoció el nombre del pueblo cuando Laura lo encontró, al empezar a buscar casa. Sabía que había leído algo sobre él en alguna parte. Rebuscó en sus recortes de periódicos, en los dedicados a amnésicos, y encontró un fajo de artículos sobre Jemma Huish, su juicio, su enfermedad mental y la casa donde se había criado.

Por desgracia, la casa no estaba aún en venta, pero, como a los dos les encantó el pueblo, decidieron alquilar un chalecito para un año y medio. Él hizo averiguaciones y el dueño de la casa, ya anciano, le dijo que pensaba irse a vivir a una residencia. Podrían comprar la casa en cuanto se trasladara. A Laura le gustaba el sitio, aunque la casa fuera más pequeña de lo que ella quería. No hacía falta decirle que, entre los propietarios anteriores, figuraba una familia apellidada Huish. Entre tanto, la antigua tahona del pueblo salió a

la venta y Tony la convirtió en un café con galería de arte incluida. Aún les quedaba dinero para comprar la casa, pero no el suficiente para buscar una más grande, como en el fondo esperaba Laura. Él estaba deseando mudarse, fascinado por la posibilidad, por más que fuera remota, de que Jemma Huish hubiera vivido allí y regresara algún día. Hacía años que nadie la veía y que se desconocía su paradero.

Jemma era perfecta en todos los sentidos.

Luego, al poco tiempo, una mujer misteriosa se presenta de pronto en su casa. Tony apenas podía creer que hubiera tenido tanta suerte. No se atrevía a creerlo. La chica es igualita a Jemma Huish, sufre amnesia y es aún más guapa que en los artículos del periódico. Él le propone que adopte provisionalmente el nombre de Jemma, con jota, en un burdo intento de disparar sus recuerdos y disipar la bruma del olvido. Y la anima a no facilitar una muestra de su ADN a la policía. Porque, en cuanto la policía la identifique como Jemma Huish, se la llevará. Y eso Tony no está dispuesto a permitirlo.

Le toca pasar por el control. Los policías registran el maletero, le preguntan adónde se dirige (va a hacer la compra para la cafetería: ha tenido que dar de comer a un montón de policías hambrientos esa mañana). Le indican que pase sin ponerle ningún pero, cosa que le extraña. La única complicación es Laura. Él habría preferido que se quedara en casa de su madre, pero la policía quiere que declare. Le ha llamado varias veces, pero no le apetece hablar con ella. Todavía no.

Nota algo raro en cuanto llega al búnker. Hay demasiado silencio, incluso para un rincón tan apartado del bosque. Sale del coche, comprueba que no hay nadie por allí y atraviesa las zarzas hasta la entrada.

—¿Jemma? Soy yo, Tony.

No contesta. A lo mejor está durmiendo. Baja los escalones y enciende la linterna del móvil. La maleta está junto a la pared, con la tapa abierta y la ropa medio fuera. La esterilla y el saco de dormir están enrollados al lado, junto a la radio, que está encendida, con el volumen muy bajo. Quizá haya salido a dar un paseo.

—¿Jemma? —llama mientras vuelve a subir los escalones, alzando la voz —. ¿Jemma? Tenemos que irnos.

Nada. Vuelve al búnker y se agacha junto a la maleta. Se acerca una blusa a la nariz y aspira su olor mientras hurga entre la ropa. ¿Qué está buscando? Cierra la tapa y ve que fuera hay dos compartimentos con cremallera. El más grande está abierto. Mete la mano y encuentra un folleto de un servicio de

consigna de equipajes. Jemma debe de haberlo cogido en Heathrow, cuando estaba buscando su bolso.

Coge el móvil para llamarla otra vez, pero se queda parado escuchando. Entre el silencio del bosque, se oye el ruido de un coche que se acerca.

Silas aparca junto al viejo BMW de Tony y espera. Strover va sentada a su lado. Había quedado en reunirse con Laura, la mujer de Tony, en la estación, pero ella no ha aparecido y tampoco contesta al teléfono.

—Tiene que habernos oído llegar —comenta Silas, mirando al frente y con las manos aún en el volante.

Nunca le ha gustado el bosque. No le gusta, al menos, desde que una vez encontró a su hijo durmiendo al raso entre los árboles. Donde otros ven paz y tranquilidad, él solo ve aislamiento y desolación. Por lo menos, no es un pinar. Los pinares son lo peor: sitios oscuros y yertos.

—¿Por qué cree que Tony nos ha mentido? —pregunta Strover.

—A ver, ¿por dónde empiezo? —A Silas le gusta que Strover esté siempre dispuesta a aprender. Y le halaga, además—. Esa calma tan poco natural, la lentitud con la que hablaba, esa gestualidad tan rígida...

Después de su conversación en el café, mandó el número de matrícula de Tony a todos los controles situados alrededor del pueblo con instrucciones de que, si lo veían, le avisaran y llevaran a cabo un registro minucioso de algún vehículo para que le diera tiempo a llegar. Efectivamente, al cabo de un rato le avisaron de que el coche de Tony estaba esperando en la cola del control. Y, mientras Tony charlaba con los agentes, él se puso a la cola, le dejaron pasar en el momento adecuado y siguió a Tony colina arriba, a distancia prudencial. Está convencido de que Tony los ha conducido hasta Jemma. Solo espera que aún esté viva.

—¿Qué móvil tiene? —pregunta Strover.

—¿Aparte de aprovecharse sexualmente de una joven confundida y vulnerable, quiere decir? —Se gira para mirar a Strover, que permanece impassible y concentrada—. Todavía no lo sé. Depende de quién resulte ser ella, ¿no?

—¿Cree que es Jemma Huish?

—Usted es quien la ha visto.

Strover no contesta. Silas sigue enfadado porque Susie le haya impedido hablar con Jemma. Podrían haber ahorrado mucho tiempo. Ahora tendrán que esperar a que el laboratorio analice por vía urgente las muestras recogidas en el cepillo de pelo y en la habitación. Los resultados tardarán aún un par de horas. Sean cuales sean, Tony ha incurrido en obstrucción a la justicia al ocultarles el paradero de la mujer. Y es posible que la esté reteniendo contra su voluntad. Dejando a un lado sus estupendas bolitas veganas de macarrones con queso, es un tipo que le saca de quicio.

—Bueno, vamos allá —le dice a Strover—. Dé la vuelta por detrás por si acaso intenta escapar, aunque creo que no opondrá resistencia.

La cabeza de Tony asoma por encima del búnker mientras están atravesando las zarzas. Al verlos acercarse, se queda parado un momento y luego sigue subiendo los escalones con los brazos en alto. Santo Dios, ni que esto fuera Compton, la ciudad sin ley. Silas odia que la policía utilice cada vez más las armas, y el daño que eso ha hecho a la labor social de la policía en Inglaterra.

—¡No está aquí! —grita Tony—. Yo creía que sí, pero se ha ido. Ha dejado todas sus cosas.

Esto no es lo que esperaba Silas.

—¿La trajo usted aquí? —pregunta al empezar a cachearle como si fuera un individuo peligroso (lo de creerse que esto es Compton debe de ser contagioso). Todavía ni siquiera está detenido. Y de todos modos Silas no cree que vaya armado, aunque sea neoyorquino.

—Se escapó del *pub* —le dice Tony mientras Strover baja al búnker. Otra vez está mintiendo—. Me llamó y me dijo que viniera aquí.

—No sabía que tenía teléfono.

—Le prestamos uno viejo, de los nuestros.

—Qué amables.

Tony sonríe, burlón, mientras Strover vuelve a subir los escalones.

—Hay una esterilla, un saco de dormir y una maleta llena de ropa de mujer —dice ella al acercarse.

—¿Y Jemma? ¿No hay rastro de ella? —pregunta Silas.

Strover niega con la cabeza. Con eso le basta a Silas. Tony no parece de los que se visten de mujer.

—Tony Masters, queda usted detenido por posible obstrucción intencionada de un procedimiento policial —dice, intentando no deleitarse demasiado en los términos oficiales. Hace una seña a Strover, que saca unas esposas y se las pone a Tony mientras él le lee sus derechos.

—Todo esto es una tomadura de pelo, ¿no? —dice Tony mientras le conducen al coche—. Porque ¿qué he hecho, exactamente?

—¿Quiere que le haga la lista completa? —Silas está a punto de explicárselo cuando suena su móvil.

Es de la central. Se retira para contestar mientras Strover mete a Tony en el coche.

—Hemos recibido un aviso en esa zona. Una mujer blanca amenaza con matar a otra a la que tiene retenida a punta de navaja. Va para allá una patrulla armada. El jefe ha pensado que querría saberlo: la agresora dice llamarse Jemma Huish.

Luke ve la Poza Azul un poco más allá y se obliga a seguir corriendo, a pesar de que nota una opresión cada vez más fuerte en el pecho. Debería haber salido a correr más a menudo con Chloe. Confía en que Laura esté bien. Después de su llamada pidiéndole que se diera prisa, ha marcado el número de emergencias y ha explicado que su amiga Laura Masters acababa de telefonearle desde el camino de sirga del canal y parecía asustada. Le preocupaba estar haciendo perder el tiempo a la policía, pero ellos se lo han tomado muy en serio y le han dicho que ya habían recibido avisos de una agresión en esa misma zona. No le han dicho nada más, y Luke, más preocupado que antes, ha apretado el paso.

Al acercarse a la poza, ve a dos personas a un lado del camino, a su derecha, en la vereda que baja hacia el árbol de los deseos. Se para en seco, respirando con dificultad. Una de ellas es Laura —la reconoce enseguida— y la otra parece Jemma. Al principio piensa que tiene abrazada a Laura por la espalda y que la rodea con los dos brazos, pero luego ve que tiene en la mano un cuchillo enorme y que lo aprieta contra su garganta.

—No te acerques —le dice Laura—. Tranquilo. No pasa nada.

La otra mujer asiente con la cabeza.

Luke está aún a cien metros de ellas. Quiere volver a llamar a la policía porque la situación parece grave, pero ambas le miran fijamente y no se atreve a hacer nada que empeore las cosas.

—¿Llamo a alguien? —grita, con cuidado de no mencionar a la policía.

—Jemma ya ha llamado a emergencias —contesta Laura.

Ha bajado la voz y Luke casi no la oye desde donde está. Mira hacia atrás para ver si viene alguien. El camino está desierto. Y el canal también. Entonces oye a lo lejos una sirena policial.

Intenta de nuevo ver mejor a Jemma, pero no es fácil a esa distancia y, además, Laura la tapa en parte. Tiene de pronto un aspecto más salvaje, como si hubiera estado viviendo a la intemperie. Ya no parece esa mujer de maneras

suaves con la que pasó un rato en el *pub* la primera noche. ¿Dónde ha estado? Se siente impotente, allí parado. Quiere acercarse a ellas y quitarle el cuchillo, pero ver la hoja pegada a la garganta de Laura se lo impide.

—No te acerques, Luke, por favor —le suplica Laura como si le hubiera leído el pensamiento—. Si te acercas, me matará.

Un momento después aparecen, como salidos de la nada, cuatro policías armados. Tres de ellos se separan y toman posiciones alrededor de Laura y Jemma, manteniendo la distancia, y el cuarto se acerca corriendo a Luke, hinca una rodilla en el suelo delante de él y se apoya el rifle en el hombro.

—Apártese —le ordena haciendo bruscos ademanes de que se retire.

Luke no puede resistirse al tono autoritario de su voz y empieza a retroceder, y entonces ve llegar al inspector Hart por el otro lado del camino. Mira otra vez a Jemma, mira el cuchillo que ella apoya en la garganta de Laura, y siente que la esperanza de demostrar que es hija suya se disuelve por momentos.

Silas comprende de inmediato, por la actitud de Jemma, que la cosa va en serio. Tiene sujeta a la rehén por detrás, con fuerza, y apoya el cuchillo debajo de su barbilla. Se ve una mancha roja, de modo que es muy posible que ya le haya hecho sangre (Silas confía en que solo sea un arañazo).

Los cuatro agentes AFO (autorizados para portar armas de fuego, en la nomenclatura oficial) que han acudido al aviso se han desplegado ya en torno al objetivo. Silas ha pasado junto a sus BMW X5 en el camino de sirga, bajando de la estación. Pertenecen a la Fuerza Tripartita de Operaciones Especiales, una unidad conjunta compuesta por efectivos de la policía de Wiltshire, Gloucestershire y Avon-Somerset. A estos agentes en concreto, no los había visto nunca. Los AFO patrullan la región veinticuatro horas al día en sus vehículos de respuesta armada pero, como no hay suficientes incidentes con armas de fuego para que se mantengan ocupados, es normal que acudan a avisos rutinarios si están en la zona, con sus pistolas Glock 17 siempre listas (y adiós a la labor policial de proximidad sin uso de armas de fuego). Estos cuatro han echado mano del cofre de acero para «armas largas» que llevan en el maletero de sus BMW y han llegado por el camino con sus subfusiles Heckler & Koch MP5. Su presencia allí es un despropósito: un alarde de fuerza innecesario para enfrentarse a una mujer con problemas mentales, aunque esté armada con un cuchillo.

—Madre mía, qué lío —masculla Silas en voz baja.

La rehén es Laura, la mujer de Tony, según dice Luke, el periodista, que avisó a emergencias después de que ella le llamara angustiada. Silas le ve ahora un poco más abajo, junto al canal. Es la única persona que hay por allí, aparte de la policía. Un solo testigo y tenía que ser un puñetero periodista. Tony sigue en el coche, en la estación de tren, con Strover, que está informando al resto de los agentes. Silas ha pensado en traerle, pero no está seguro de cómo reaccionaría el americano si las cosas se pusieran feas: ¿a quién intentaría proteger? ¿A Jemma o a su mujer?

—¡No se acerquen! —grita la mujer del cuchillo a los policías armados.

«Ojalá hubiera llegado antes que ellos», se dice Silas.

Se acerca al de mayor rango, un sargento que no le quita ojo a Jemma.

—Dejen que hable con ella primero —dice—. Inspector Hart, negociador de la policía.

—Esa mujer está a punto de perder la cabeza del todo —contesta el sargento con nerviosismo (en efecto, es contagioso).

Pero esto es territorio de Silas, es su caso y no hay sitio para gente de fuera. Ni para la colaboración entre cuerpos policiales. ¿De dónde es el sargento, a ver? ¿De las putas marismas de Somerset?

Silas se acerca a las dos mujeres tratando de concentrarse en la escena que tiene delante y en los protocolos que debe seguir en caso de que se produzca un tiroteo.

No dispone de mucho tiempo. En cuanto recibió la llamada de la central, mientras estaba en el bosque, pidió hablar con el supervisor de incidencias. Se conocen desde hace mucho, de ahí que le hayan avisado de que podía tratarse de Jemma Huish. El supervisor autorizó en principio la intervención de efectivos armados, pero no va a seguir al mando mucho más tiempo. Ya se habrá alertado, como mínimo, a los asesores tácticos de la Tripartita y al enlace con el servicio de inteligencia, y un comandante táctico asumirá el control.

Hasta que eso ocurra, Silas puede intentar que la cosa no se les vaya de las manos. Hace mucho tiempo que no asiste a un curso de prácticas de negociación, pero eso no tiene por qué saberlo nadie.

—Dícales a sus agentes que se retiren —le dice al sargento.

De mala gana, el sargento indica a sus compañeros que retrocedan.

—Mi jefa se hará cargo de esto dentro de cinco minutos —informa a Silas mientras este se acerca a Jemma.

Su jefa y Silas también se conocen desde hace mucho, pero no se tienen mucha simpatía.

—Pues, hasta que lo haga, déjenme negociar —contesta con la mirada fija al frente.

Salta a la vista que al sargento no le hace ninguna gracia recibir órdenes de inspectores de paisano, y Silas sabe que no debería cuestionar la autoridad del comandante táctico, pero la situación puede torcerse en cualquier momento, hay que tomar decisiones inmediatas y él es el más indicado para hacerlo. A fin de cuentas, él es quien mejor conoce el caso de Jemma Huish: vio, hace doce años, lo que era capaz de hacer con un cuchillo. Y no va a

permitir que eso vuelva a suceder. Aquel día marcó su vida, le impulsó a volver a Wiltshire y a intentar mejorar como policía. Y como padre.

Ahora vuelve a mirar a Jemma. No piensa decirle que ya se conocen, por miedo a que ello desencadene una reacción que nadie pueda parar.

—¡No se acerque! —le grita ella, que parece haber percibido la tensión entre los dos hombres.

Su voz suena crispada por el miedo.

Sin dejar de mirarla, Silas extiende los brazos hacia delante para intentar tranquilizarla (a ella y a todos). Le fascina, en cierto modo, ver a esta mujer a la que no veía desde hace doce años. ¿Dónde ha vivido antes de presentarse en el pueblo? Desatendida, ignorada por todos. Parece asustada; aterrorizada, de hecho. Está irreconocible: no es ya aquella joven que salía en las noticias, a la que se llevaron esposada, sollozando por lo que acababa de hacer, mientras su amiga yacía muerta en los brazos ensangrentados de Silas. El sistema le falló. Se desentendió de ella. Y él tiene que ofrecerle una salida, impedir que se sienta culpable por amenazar con degollar a otra persona.

—¿Dónde has vivido desde que te pusieron en libertad? —pregunta, y lanza una mirada a Laura, que parece aún más asustada.

—¿Y a ti qué te importa? —replica Jemma.

—Es solo curiosidad. Lo has hecho muy bien. Una recuperación ejemplar. No lo echas todo por la borda ahora.

Ella parece reaccionar al halago, su boca crispada se relaja un poco.

—Tú no sabes lo duro que es esto. Las voces —dice.

—Bueno, no sé. —Silas hace una pausa, respira hondo—. Mi hijo, Conor, cumplió veintiún años la semana pasada. Pasó su cumpleaños en un aparcamiento de Swindon. Empezó a fumar marihuana extrafuerte en la universidad, y cayó en picado. Ahora vive en la calle y se niega a tomarse la medicación.

Sus compañeros saben lo de Conor porque le han llevado varias veces a comisaría, pero los AFO no. Para ellos será una novedad. Un regalito para el sargento.

—¿Por qué has vuelto al pueblo? —añade.

Mira a Silas y luego a los agentes que, detrás de él, siguen con la rodilla hincada en tierra pero han bajado de mala gana sus subfusiles. Al decirles que se retiraran, Silas ha calmado los ánimos, pero también ha puesto a Jemma fuera del alcance (de siete metros y pico) de una Taser. Mira a su alrededor. Han llegado más agentes uniformados. Entre ellos, la comandante del equipo táctico, que ha venido a hacerse cargo de la operación. Qué suerte la suya que

haya decidido venir en persona, cuando normalmente asumiría el mando desde su sillón de la sala de control.

Silas necesita más tiempo. ¿Jemma se dispone a actuar? ¿Está oyendo voces? ¿Va a repetir lo que le hizo hace doce años a su amiga de la universidad? Tiene que conseguir que siga hablando.

—Estaba bien hasta que oí eso en la radio —dice Jemma—. No me iba genial, pero estaba más o menos bien, ¿entiendes?

—¿Qué fue lo que oíste? —pregunta Silas.

—¿Por qué no me dejan en paz? Yo ya he estado aquí antes. Vine a ver a mamá.

Ha empezado a temblar, apenas puede sostener el cuchillo junto al cuello de Laura. Debe de haber oído la rueda de prensa, el llamamiento público solicitando información sobre ella.

—Por favor, no lo hagas —dice Laura en voz baja, pero Silas alcanza a oírla.

—Inspector, mi jefa está aquí —dice el sargento detrás de él en tono apremiante—. Tiene que tomar el mando de la operación de manera inmediata.

Silas cierra los ojos, derrotado. Cinco minutos más y habría evitado que las cosas se desmandaran. Jemma parece advertir su cambio de actitud. Aunque no se ha retirado, Silas no consigue disimular una expresión resignada y abatida. Laura también lo ha notado. No puede hacer nada más por ninguna de las dos.

—No, por favor —gime Laura cuando Jemma aprieta con más firmeza el cuchillo contra su cuello.

Silas levanta las manos otra vez en un último intento de apaciguarla.

—Inspector, tengo que pedirle que se retire —insiste el sargento con una mano en el auricular por el que recibe órdenes.

A Silas le han puenteado, pero no es la primera vez que le pasa.

Jemma le mira fijamente. Él nunca ha visto tanta tristeza junta, ni siquiera en los ojos enrojecidos de Conor. Al principio solía ir a recoger a su hijo a la calle, donde estuviera, y lo llevaba a casa a las dos de la mañana, pero los trabajadores sociales decían que eso no ayudaba, que tenía que ponerse firme con él.

—Creo que te caería bien Conor —añade—. Quizá incluso podrías ayudarle, contarle tu historia, explicarle cómo puede vencer a sus demonios. Porque tú has vencido a los tuyos, ¿verdad? Has estado bien doce años: cumpliste condena, seguiste con tu vida, no has hecho daño a nadie, ni

tampoco a ti misma. Te retiraron la medicación y te has reinsertado. Es impresionante, ¿no crees? Podrías ayudar a otras personas, no solo a Conor.

Está empezando a hablar como un trabajador social, pero al menos Jemma sigue escuchándole.

—No siempre ha sido fácil —dice.

—Claro que no.

—A veces se me olvida todo. Se me olvida quién soy. Luego se me pasa y vuelvo a acordarme de las cosas que quiero olvidar. —Hace una pausa—. Lo peor son los aniversarios.

—¿Los aniversarios?

Su cuidadora tenía razón.

—El de la muerte de mi madre. Cuando llega, siempre quiero estar cerca, en la zona. Pero esta vez ha sido distinto. Cuando le oí hablar de mí en las noticias... Fue entonces cuando empezaron las voces.

Santo Dios, le ha reconocido. Después de todos estos años.

Silas vuelve a mirarla fijamente, pensando en aquel día atroz.

—¿Qué te decían esas voces? —pregunta, angustiado por lo que puede haber desencadenado dentro de su mente.

—Que volviera al pueblo. —Ella mira a su alrededor y luego fija la mirada en Silas—. Y que matara otra vez.

Él la mira fijamente. Tiene que conseguir que siga hablando si quiere evitar otra muerte.

—¿Hablarás al menos con Conor? —pregunta—. ¿Me lo prometes?

—Jefe —dice de nuevo el sargento, en tono aún más apremiante.

Jemma sonríe.

—No se me dan muy bien los chicos.

—Sé que te caería bien, seguro que enseguida te das cuenta de que en el fondo es muy buen chaval. Mi hijo... Era muy buen estudiante, tenía buenos amigos, marcaba muchos goles... hasta que dejé a su madre. Nunca lo superó. Nunca me lo ha perdonado.

—Quizá porque no le escuchabas —responde Jemma, cambiando ligeramente de postura. Agarra el cuchillo con fuerza, como si se preparara para atacar.

Silas siente que le recorre una oleada de adrenalina. ¿Ha metido la pata? ¿Se ha pasado de la raya? Jamás se lo perdonará a sí mismo, si Jemma vuelve a matar.

Una racha de viento cálido barre el canal. Jemma levanta la vista hacia las copas de los árboles. Silas mira también arriba, escucha el sonido melancólico

de las ramas que se mecen al viento, como el fragor de un mar lejano. ¿Qué está oyendo Jemma?

Un momento después, ella suelta el cuchillo al mismo tiempo que dos disparos hienden el aire cálido del verano.

Jemma se desploma, abatida por las balas que se incrustan en su pecho. Sus ojos miran los árboles sin verlos. Laura se queda inmóvil, paralizada por el horror, como si esperara sentir el dolor repentino de los disparos, pero a ella no le han dado. Un momento después, corre hacia él.

Silas la abraza, con los ojos fijos en el cuerpo inerte de Jemma y la cabeza en otra parte: está pensando en lo que ocurrió doce años atrás y en los distintos caminos que los han llevado a ambos desde el sur de Londres a este canal de Wiltshire. Jemma estaba recuperándose; prefería vivir en la sombra, sin ayuda, a su aire. ¿Esto es culpa de él, por haber lanzado una operación de búsqueda en todo el país y haberla llevado al límite? Cierra los ojos. ¿Es responsabilidad suya? No tenían por qué disparar. Estaba consiguiéndolo, casi la había convencido. Por fin alguien la escuchaba.

Se desase suavemente de Laura, que tiembla como una hoja, y busca a su alrededor a una agente. En ese instante, el sargento hace una seña a uno de sus compañeros, que avanza apuntando al cadáver de Jemma y, al llegar junto al cuchillo, lo pisa entre la hierba.

—Lo había soltado —le dice Silas al sargento sin volverse mientras acompaña a Laura—. Por Dios, lo había soltado.

Luke se queda allí parado, sin decir nada, tratando de comprender lo que acaba de presenciar. El agente de la policía armada le había ordenado que retrocediera de modo que estuviera a más de cien metros por si disparaban, pero aun así Luke ha podido ver con claridad todo lo sucedido. También ha oído lo que decían, o al menos lo suficiente para saber que la mujer que apareció hace tres días en el pueblo era, en efecto, Jemma Huish.

Justo lo que temía Laura. Y a Jemma la han matado a tiros delante de él, mientras amenazaba con degollar a Laura. Da por sentado que ha muerto. Su cuerpo yace entre la hierba crecida, a un lado del camino de sirga, rodeado de policías y de personal de la ambulancia que ha acudido al aviso. Uno de ellos ha empezado a desdoblar una manta. Luke casi espera que Jemma se incorpore y se sacuda el polvo cuando el director grite «¡Corten!». Pero aquí no hay cámaras, ni el bullicio de un plató de cine, solo la quietud del canal en mitad de la tarde. El ruido de los disparos es un recuerdo ya lejano.

Jemma no era su hija, no era de Berlín, ni bahaí, ni la adoptó una pareja alemana en la India. Era Jemma Huish, una mujer perturbada que volvió a casa después de pasar muchos años fuera. Luke se siente estúpido y avergonzado. ¿Cómo se le ha podido ocurrir? Laura tenía razón desde el principio. Tuvo razón al preocuparse aquella noche cuando notó que faltaba un cuchillo en la cocina, después de que Jemma volviera del *pub*. Y ahora, dos días después, en el camino del canal y a plena luz del día, sus temores se han visto confirmados.

Luke sabe que no puede marcharse. La policía querrá que declare; sobre todo, porque es el único testigo civil. El periodista que lleva dentro ya ha empezado a preguntarse si de verdad era necesario que disparasen. Ve caer de nuevo a Jemma, oye el restallido de los disparos. El inspector Hart había estado hablándole hasta ese preciso instante, parecía estar haciendo progresos.

Nota el escozor de las lágrimas en los ojos cuando se acerca a Laura, a la que una agente de policía intenta reconfortar. Sigue conmocionada. La agente

está a punto de decirle que no se acerque cuando Laura le ve y se arroja en sus brazos.

—Tranquila —dice él mientras los sollozos de Laura mecen sus cuerpos abrazados—. Ya estás a salvo.

Pasan uno o dos minutos. Después, Luke añade:

—Lo siento muchísimo. Deberíamos haberte hecho caso.

Poco a poco, el llanto de Laura va remitiendo hasta que cesa por completo.

—Tú te diste cuenta desde el principio, en cuanto llegó, y no te creímos —continúa él.

Laura se aparta y le mira con perplejidad.

—¿Qué has dicho? —pregunta en voz baja.

—Que deberíamos haberte hecho caso. Cuando dijiste que era Jemma Huish. La mujer que vino a tu casa.

—No es ella —dice Laura en tono más firme.

—¿Cómo que no?

—No es la misma.

—¿Qué quieres decir?

Luke sabe lo que quiere decir, lo ha comprendido enseguida, pero no se atreve a creerlo.

Laura mira el cadáver, cubierto con una manta roja. El inspector Hart ha oído la observación y se acerca.

—No es la mujer que vino al pueblo —repite Laura en voz más alta, como si quisiera que el inspector se entere—. La que se presentó en nuestra casa.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Luke.

—Lo siento, sé que es un momento difícil —les interrumpe Hart—, pero voy a necesitar que declare. Usted también —añade mirando a Luke.

Luke accede de inmediato, dispuesto a hacer cualquier cosa que sirva para confirmar lo que acaba de decir Laura. Se siente culpable, siente asco de sí mismo por estar de pronto tan feliz mientras el cadáver de una mujer yace, todavía caliente, entre la hierba del verano a apenas seis metros de él, pero no puede sofocar su alegría porque su hija pueda estar viva aún, y a salvo, cerca de allí.

—Me gustaría que la identificara —dice Silas al apoyarse en la puerta abierta del coche, en cuyo asiento trasero sigue Tony, todavía esposado.

Strover está fuera, charlando con un agente.

Tony no contesta. Mira al frente, taciturno y abatido, como si su resistencia anterior se hubiera disipado por completo. Silas le ha informado ya de lo ocurrido en el canal. Sin duda, Tony habrá oído los disparos desde allí.

—Yo podría haberla convencido, no sé qué ha hecho pero podría haberla convencido —dice Tony en voz baja.

—Lo he intentado, se lo aseguro —contesta Silas—. Tenía retenida a una mujer y amenazaba con degollarla.

Tony levanta los ojos bruscamente.

—¿A qué mujer?

Silas se queda callado un momento. No se lo ha contado todo.

—A su esposa.

—¿A Laura? —Tony parece sinceramente sorprendido y preocupado—. ¿Está bien?

—Sí. Está muy impresionada, pero no ha sufrido ningún daño.

—¿Puedo verla?

Tal vez Silas lo haya interpretado todo mal. Puede que Tony quiera a su mujer y no estuviera escondiendo a Jemma.

—El personal médico la está atendiendo en estos momentos —dice—. Y luego tiene que prestar declaración.

—¿Qué quiere de mí?

Silas le indica que salga del coche.

—No estamos seguros de quién era la persona que amenazaba con matar a su esposa —dice agarrándole por el brazo—. Como sabe, creemos que era Jemma Huish.

—¿Ha muerto? —Tony observa el ajetreo que hay a su alrededor. Un helicóptero de la policía pasa por allí, volando bajo.

Silas asiente.

—Tenemos que aclarar si es la misma persona que llegó al pueblo hace tres días.

Podría pedírselo a Strover, pero su compañera solo habló con Jemma unos segundos en el centro de salud y él necesita una certeza absoluta. Ha oído decir a Laura que no era la misma persona, pero sabe que está muy alterada por lo ocurrido. Y, además, quiere observar la reacción de Tony.

Cinco minutos después está con Tony en el camino de sirga, mirando la silueta inconfundible de un cadáver bajo una manta roja. Ha asistido a muchas identificaciones a lo largo de su carrera y no acaba de acostumbrarse. Puede que sea porque teme ver algún día la cara de Conor, mirándole con los ojos fijos. Se inclina, ahuyenta esa imagen y destapa la cara de la mujer.

—No es ella —dice Tony enseguida, ¿con un asomo de alivio?

Ambos miran el cadáver.

—¿Quién? —pregunta Silas mientras observa los ojos de Jemma, desviados en una patética mirada de horror. Alguien podría habérselos cerrado, al menos. Vuelve a taparle la cara.

—La mujer que se presentó en mi casa hace tres días.

—Dijo que era Jemma Huish cuando llamó a emergencias —dice Silas mientras vuelven al coche—. Nos advirtió de que quería matar a alguien. Como hizo hace doce años. Solo que esta vez la creímos. Desde luego, se parece a la de las fotos de archivo que tenemos de la señorita Huish.

—Entonces será ella.

—¿Y quién es la otra, la que se presentó en el pueblo?

—¿Acaso importa ya, después de lo que ha pasado aquí? —pregunta Tony.

Puede que el americano tenga razón. Técnicamente, la desconocida era considerada un peligro público porque creían que era Jemma Huish. Si aparece, los servicios sociales se harán cargo del caso. A partir de ahora, el tiroteo será la única prioridad de la policía. La IOPC —Oficina Independiente de Inspección de Conducta Policial— llevará a cabo una investigación larga y tediosa. Volverá a cuestionarse el papel de la Fuerza Tripartita de Operaciones Especiales y a hablarse de recortes de personal y de falta de comunicación entre departamentos.

Los investigadores preguntarán, en particular, por su decisión de ordenar a los agentes armados que se retiraran a una distancia a la que las Taser resultaban inservibles, pero Silas sabe que la orden de disparar ha sido precipitada. Sin duda le presionarán para que altere ligeramente la secuencia

de los acontecimientos en su declaración, a cambio de pasar por alto su decisión de retirar a los agentes armados, pero él no pasará por el aro. Nunca lo hace. De ahí que siga siendo solo inspector.

—Todo el mundo pensaba que era Jemma Huish —dice Tony.

—¿Usted también?

—No sabía quién era.

Miente otra vez. Silas empieza a dudar, además, de que la otra Jemma le preocupe tan poco como aparenta. La invitó a cenar cuando su esposa estaba en Londres, lo que supera con creces el simple deber de la hospitalidad. No hay duda de que ella le importa. Y Silas ha notado claramente su alivio cuando ha visto el cadáver.

—Bueno, ¿dónde está la otra Jemma? —pregunta.

—Ya le he dicho antes que no lo sé. Desapareció y luego me llamó desde el bosque.

—¿La estaba escondiendo usted? —insiste Silas, cada vez más convencido de que Tony miente.

—No.

—Pero ¿le aconsejó que no nos facilitara muestras de ADN para analizarlas?

—Le preocupaba que la confundieran con Jemma Huish. Y con toda razón, diría yo, dadas las circunstancias. —Tony lanza una mirada al cadáver—. ¿Sigo detenido?

Silas no ha tenido tiempo de sopesar la situación. Solo sabe que la relación de Tony con la otra Jemma —si es que se llama así— le escama cada vez más. Se trata de una mujer sola y vulnerable que sufre amnesia. ¿Se ha aprovechado Tony de ella? Parece poco probable que haya podido esconderse en el bosque por sus propios medios, teniendo en cuenta la fragilidad de su estado mental, según Susie.

Han llegado ya al coche, junto al cual Strover conversa con un agente uniformado (seguramente acerca de lo mal que ha manejado su jefe la situación y de si debería o no pedir el traslado en vista de que el inspector Hart parece tener muy pocas posibilidades de ascender).

—Agente Strover, lleve al señor Masters a comisaría e interróguele —ordena Silas al lanzarle las llaves del coche.

Él va a tener que quedarse unas horas más allí. Luego, alguien le llevará de vuelta. Disponen de menos de veinticuatro horas para imputar a Tony y, aunque ya parece improbable que vayan a hacerlo, hay algo en el americano que le da muy mala espina.

—Y avise al equipo de la policía científica de que vuelva a registrar su casa. Como es debido, esta vez.

—Lo más curioso es que no he sentido en ningún momento que fuera a morir —dice Laura, sentada junto a Luke en un banco del camino de sirga.

Están cerca de la estación de tren, esperando a que los interroge la policía. Un poco más allá, una agente la vigila amablemente.

Laura sabe que sigue conmocionada, que habla demasiado deprisa.

—Estaba aterrorizada, claro —continúa—. Jemma me dijo claramente que alguien le estaba ordenando que me matara, pero también dijo que prefería escuchar lo que decían las copas de los árboles. Solo teníamos que esperar a que soplara el viento, porque su sonido ahogaría las voces. Yo la creí. Y creo que el inspector también. El que habló con ella, el que quiere interrogarnos. Y luego se puso a soplar el viento y se agitaron las hojas de los árboles por encima de nosotras... Creo que es lo más bonito que he oído en mi vida.

Se interrumpe, asaltada por un acceso de llanto. Luke la rodea con el brazo y ella apoya la cabeza en su hombro.

—¿Se encuentra bien, señora? —pregunta la agente de policía acercándose.

Laura la mira y asiente con la cabeza mientras se limpia las lágrimas.

—Sí, gracias —contesta intentando reponerse.

Se alegra de que Luke esté con ella. Debería ser Tony, pero acaban de verle pasar en un coche de la policía, esposado. No han tenido tiempo de hablar y Laura tampoco sabe qué se dirían. Menea la cabeza mientras mira a una pata con sus patitos en el canal. En el cielo, una cometa roja planea trazando círculos, mecida por las corrientes veraniegas.

¡Qué sencillo era todo hace cuatro días! Las clases de yoga iban bien, ella confiaba en quedarse embarazada y su matrimonio parecía feliz. ¡Cómo cambian las cosas! De repente una desconocida se presenta en su casa y ellos se pelean como no se habían peleado nunca. A Tony no parecía importarle lo que ella pensara, que le preocupara que aquella mujer estuviera en su casa. Y ahora esto.

Se lleva la mano al cuello, pensando de nuevo en la fría hoja del cuchillo apretada contra su garganta, en el estampido del disparo, en cómo se aflojó el brazo de Jemma, en su cuerpo cayendo al suelo. Se estremece, cierra los ojos.

—Ya estás a salvo —le dice Luke abrazándola de nuevo.

—¿Sí? —Laura suspira—. Esa mujer sigue suelta, Luke.

—Seguro que la policía la está buscando.

Ella se vuelve y ve que otro coche patrulla para en el aparcamiento de la estación, junto a la fila que ya hay allí.

—¿Cuánto tiempo crees que van a retener a Tony? —pregunta.

—Normalmente tienen veinticuatro horas para poner a un detenido a disposición judicial. Depende de por qué le hayan detenido.

Laura sacude la cabeza pensando en Tony, en la mirada de indiferencia que le ha lanzado hace un momento, mientras se lo llevaban. ¿Cómo es posible que el amor desaparezca tan de repente? Puede que no desaparezca, sino que se traslade a otra parte. Que se redistribuya.

—¿Crees que Tony la estaba escondiendo? —pregunta.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Laura no lo sabe aún, ignora por qué su amante esposo antepondría los intereses de una desconocida a los de su mujer.

—Tú la has visto. Es preciosa —contesta, y otra vez se le saltan las lágrimas.

—¿Y seguro que no era ella? —pregunta Luke—. La de hace un momento.

—Sí, segurísimo.

Habría sido mucho más sencillo así: que la mujer que llamó a su puerta fuera Jemma Huish y que ahora yaciera muerta junto al canal. Pero está viva y sigue por ahí, en algún sitio, dando vueltas en torno a su marido como la cometa roja, allá arriba.

No sé si me he equivocado al hacer autostop, pero, sin dinero, poco más puedo hacer. Tengo que seguir en marcha, alejarme de los bosques. Y de la policía. Me aterra que me confundan con Jemma Huish. ¿Por qué no me di cuenta antes? ¿Por qué no adiviné que Tony vive en el pueblo de Jemma y en su antigua casa?

Él debió de pensar que yo era Jemma desde el momento en que me presenté en su puerta. Jemma es justo su tipo: tenía el cabello corto y oscuro y sufría amnesia. Eso explica lo de la radio, por qué se aseguró de que tuviera una en la buhardilla y en el bosque. Por lo visto, Jemma Huish necesitaba tener siempre una radio consigo cuando estaba sola. Espero haber hecho lo suficiente para convencer a la policía de que no soy Jemma. Pronto encontrarán el cepillo de pelo, analizarán el ADN. Ojalá Tony se haya dado por vencido y no intente encontrarme. Le llamaré desde Heathrow.

El conductor parece bastante simpático. Se llama Mungo y viene de Falmouth, donde ha estado pinchando en una discoteca. Mañana tiene que estar en Londres porque tiene clase en la facultad; si es que su viejo Golf aguanta el viaje, claro. Otro problema es que las autopistas le ponen nervioso y vamos por carreteras secundarias, y yo empiezo a marearme. Pero no puedo quejarme. Mungo ha dicho que me dejaría en la Terminal 5, lo que es muy amable por su parte, sobre todo porque no estoy segura de que se haya tragado la historia que le he contado. Además, está poniendo música *funky* y eso me trae recuerdos.

—No lo entiendo —dice, lanzándome una mirada. Lleva la cabeza afeitada y tiene una sonrisa muy bonita. Debe de tener veintiún años. Puede que menos—. Dices que no has estado de fiesta, pero que no te acuerdas de nada de lo que ha pasado en estos tres últimos días. Venga ya, algo te habrás tomado. Dime qué, que me gustaría saberlo.

—Nada, de verdad —contesto.

—A lo mejor tomaste algo con alcohol en el avión.

Una imagen de Fleur viene y va, bailando despreocupada y feliz en un bar, agarrada a mí, con un cóctel *long island* en la mano.

—No, qué va.

Me mira otra vez, pero yo mantengo la vista fija adelante, decidida a mantener a raya las lágrimas. Nos quedamos callados.

—Entonces, ¿qué es lo último que recuerdas? —pregunta Mungo con su alegría infatigable, meneando la cabeza al son de la música.

—La llegada a la Terminal 5 de Heathrow, procedente de Alemania.

—Y entonces fue cuando lo perdiste todo. —Me lanza otra mirada. Ojalá mirara a la carretera—. El pasaporte, las tarjetas, todo.

—Sí, todo.

—Es de locos. —Vuelve a mirarme mientras tamborilea sobre el volante—. ¿Acudiste a la policía?

—¿Y qué iba a decirles? No recordaba cómo me llamaba, así que ¿qué iba a denunciar?

—Es increíble. ¿Y ya estás segura de que te llamas Maddie?

Maddie...

Le miro, sorprendida. Le he dicho mi nombre real en cuanto he subido al coche, pero aun así me suena raro después de tres días haciéndome llamar Jemma.

—Sí, estoy segura —contesto, y sonrío de verdad por primera vez desde hace un buen rato.

Ya le he explicado que me presenté en el pueblo gracias a un billete de tren que llevaba en el bolsillo y que una pareja muy amable me acogió en su casa. No le he dicho el motivo por el que me he marchado: mi temor a que me confundieran con una asesina psicótica llamada Jemma Huish. Le he contado una mentira: que esta mañana, al despertarme, me noté distinta, que había recuperado la memoria después de tres días de amnesia y que decidí que sería mejor para todos que me marchara sin más, como llegué.

Ojalá fuera tan sencillo.

Mungo meneaba la cabeza.

—¿Y seguro que han encontrado tu bolso? ¿Con todo dentro?

—Sí —contesto, contándole otra mentira; o una mentirijilla, en este caso—. Llamé esta mañana a la oficina de objetos perdidos del aeropuerto, en cuanto recordé cómo me llamaba. Al parecer les llevaron el bolso unos minutos después de que desapareciera de mi carrito en la zona de llegadas. El proceso lleva su tiempo.

—Pues no esperes encontrar el dinero que llevaras. ¿Te importa que ponga las noticias?

—No, claro.

—Ha habido un tiroteo.

Se me crispa todo el cuerpo.

—¿Dónde?

—Cerca de aquí, creo.

—¿Por qué no duermes en mi casa esta noche? —pregunta Susie Patterson apoyando la mano en el brazo de Laura.

Están sentadas en el sofá del cuarto de estar de Laura. El inspector Hart ha insistido en que la viera un médico y para Laura ha sido un alivio —y una sorpresa— que la atendiera Susie, que no contestaba a sus mensajes y a sus llamadas.

—¿Qué están buscando exactamente? —pregunta Susie en voz baja, y señala con la cabeza hacia la cocina.

—Es posible que Tony estuviera escondiéndola.

Laura se quedó de piedra al encontrarse a un equipo de la policía científica en su casa, pero casi todos los agentes se han ido ya. Solo queda una mujer, sentada a la mesa de la cocina con el portátil de Tony, y está a punto de marcharse.

—Por lo menos eso me ha dicho el inspector —añade—. No paraba de preguntarme si Jemma era «el tipo de Tony».

—¿Es que siguen buscándola?

Laura asiente.

—Creen que puede correr peligro. Aunque, la verdad, no entiendo por qué les preocupa.

—Porque no está bien —dice Susie—. Está trastornada. En estado de fuga, posiblemente.

Laura se esfuerza por contener las lágrimas.

—Por mí, que se pudra —dice.

—Si quieres que te recete algo para que duermas bien esta noche...

—No, estoy bien —contesta entre sollozos—. Te agradezco que hayas venido.

—No seas tonta.

—Empezaba a creer que te habías puesto de su parte.

—Era mi paciente y me sentía responsable de ella, nada más. No debí mandarte ese mensaje la otra noche. Sobre todo, porque estaba equivocada y no era ella.

Pero, si no es Jemma Huish, ¿quién es y por qué se presentó en su casa? ¿Por qué se ha interpuesto en su matrimonio? Eso es lo que preocupa a Laura. ¿Y dónde se ha metido?

—Deberías haber visto a Tony, cómo se comportaba con ella. Por lo visto la invitó a cenar cuando yo estaba en Londres. Aquí, en nuestra casa, joder.

—Seguro que solo quería ayudarla —dice Susie sin mucha convicción.

Laura se ríe con sorna al tiempo que la agente de la policía científica sale de la cocina.

—Ya está —dice.

Laura se levanta para abrirle la puerta, pero se siente mareada y vacila.

—No se preocupe, no hace falta que me acompañe —dice la agente con una sonrisa—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, perfectamente —contesta Susie mientras ayuda a Laura a volver a sentarse.

—No es la primera vez que veo así a Tony —dice Laura cuando la agente se marcha.

—¿Cómo?

—Había algo en esa tal Jemma que le tenía fascinado. Su estado, todo ese rollo de la amnesia. Ya sabes que le preocupa mucho el Alzheimer, perder la memoria.

—¿Por lo de su padre?

Laura asiente.

—Vino una vez a consulta —dice Susie—. Quería saber cuáles eran los primeros síntomas. Pero sabía más que yo sobre la enfermedad.

—¿Quieres otra infusión? —Laura se levanta despacio.

—Sí, gracias. ¿Estás bien? —pregunta Susie, observándola.

—Sí.

Laura enciende el hervidor de agua en la cocina, pone dos bolsitas de poleo menta en las tazas y se sirve una cucharada de miel en la suya. Ella nunca toma miel.

—No creo que sea una coincidencia que hayamos acabado comprando esta casa —dice levantando la voz mientras pasea la mirada por la cocina. El bloque de los cuchillos está encima del aparador; el iPad, en su soporte—. La casa en la que se crio Jemma Huish.

Tony no soportaría ver la casa en este estado. Los agentes de la policía científica han intentado dejarlo todo como estaba, sin conseguirlo. Laura desearía en parte ponerlo todo patas arriba, tirar los libros, desperdigar los cojines por el suelo.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Susie desde el cuarto de estar.

—Tony decidió llamarla Jemma mucho antes de que fuéramos a verte, al poco rato de que se presentara en casa. Jemma, con jota. ¿Por qué eligió precisamente ese nombre? Y luego me dijo que no había ningún Huish en la lista de propietarios anteriores que tenemos en la buhardilla.

—¿Lo has comprobado?

Laura niega con la cabeza, comprendiendo que ha sido una idiota.

—Lo miró Tony.

Dos minutos después, trepa por la precaria escalerilla, agarrándose a los lados mientras intenta no marearse. Susie se ha ofrecido a subir, pero ella sabe mejor dónde buscar. Entra en la estrecha buhardilla y echa un vistazo a las cajas de Tony. Saca una foto al azar: ella sonriendo amorosamente a la cámara, poco después de que se mudaran al pueblo. ¿Eran felices? Está segura de que sí. La policía ha estado aquí arriba, buscando rastros de ADN de Jemma. Sospechan que es aquí donde la escondió Tony. ¿De veras ha podido hacer eso? ¿Su Tony?

—¿Qué tal por ahí arriba? —pregunta Susie desde abajo.

—Bien.

Se seca una lágrima y cruza a gatas la tarima, hasta una caja que hay bajo el alero del tejado. La abre y echa un vistazo a las escrituras de la finca; llevan su nombre y el de Tony: su primera casa de casados. Luego, hurga en busca de la lista de propietarios. Tarda una fracción de segundo en localizar el apellido Huish, el cuarto empezando desde arriba. Tony le mintió. Pensó que aquella mujer era Jemma Huish desde el momento en que llamó a su puerta y prefirió no decir nada, a pesar de que ella, Laura, estaba tan asustada que no quería ni oír hablar de que durmieran bajo el mismo techo. Es absurdo, rocambolesco.

Entonces ve otra caja, encajada bajo el depósito de agua. Se acerca y la abre, hojea un montón de recortes de periódico viejos. Son todos sobre Jemma Huish, su amnesia, el pueblo de Wiltshire donde vivía, el día en que mató a su mejor amiga... Y están llenos de anotaciones hechas a mano, con la letra de Tony.

—Puede que me quede a dormir en tu casa esta noche —le dice a Susie alzando la voz.

—¿Podemos parar un momento? —pregunto.

Mungo se vuelve y me mira.

—¿Estás bien?

Son las tres de la tarde y todavía nos queda una hora para llegar a Heathrow.

—Estoy un poco mareada.

No puedo creer lo que acabo de oír en la radio.

—Perdona, es mi manera de conducir. A mi novia también le da ganas de vomitar.

—No, no es por eso.

Para en un área de descanso y yo salgo a tomar el aire. Él también sale y se acerca a mí. Se apoya en el coche y contempla el campo mientras se lía un cigarrillo. Pasa un coche de policía con la sirena puesta.

—Parece que ha sido grave, lo de ese tiroteo —comenta mientras el coche desaparece tras un recodo de la carretera.

—Es horrible —murmuro.

—Pero esa mujer no era una terrorista, ¿no? Tendrían que haber escarmentado después del asunto aquel, cuando mataron a Mark Duggan en Londres. Aunque aquí no creo que vaya a haber disturbios.

Se produce una pausa en el tráfico y el campo parece de pronto más silencioso que nunca.

—Creo que a lo mejor la he visto —digo.

—¿A la mujer a la que han matado?

Doy una calada a su cigarrillo. Hace años que no fumo, y el humo me raspa la garganta.

—A Jemma Huish. Estaba en el bosque, iba corriendo. Nos paramos y nos miramos un momento.

—Joder. A lo mejor deberías informar a la policía.

—Ya no tiene sentido, ¿no? —Le miro, envidiosa de su juventud.

Él desvía la mirada, da una profunda calada al cigarrillo. No quiero meterle en líos, enredarle en este embrollo más de lo necesario.

—¿Por qué corría? —pregunta.

—No lo sé. Yo no tenía ni idea de quién era. Ni siquiera sabía que estaba viva.

Pienso en esta mañana, cuando la vi entre los árboles. Nos miramos la una a la otra unos segundos. Ella no parecía estar haciendo ejercicio ni dando un paseo con su perro. Dos mujeres con prisa. ¿Había regresado Jemma a su pueblo, como decía todo el mundo? ¿Volvía para matar de nuevo?

—Mira, aquí hay una foto suya —dice Mungo, y me pasa su teléfono tras echarle un vistazo—. La verdad es que se parece un poco a ti —añade en tono de disculpa.

Miro a la mujer de la fotografía.

—¿Tú crees?

—Bueno, puede que no.

Yo sigo sin ver el parecido. Es una fotografía antigua, de la época del juicio, la misma que aparecía en los recortes de periódico que tenía Tony en la buhardilla. Todavía hay poca información sobre lo ocurrido, pero debajo de la foto hay una entradilla con algunos datos sobre su pasado.

—Pobre mujer —digo al devolverle el teléfono—. Debía de estar trastornada.

—Aquí dice que mató a una persona en la universidad, hace doce años —dice Mungo al leer la noticia—. Le cortó el cuello con un cuchillo de cocina. Uf, a lo mejor han hecho bien pegándole un tiro. Aunque supongo que podrían haber usado una Taser.

Yo no le escucho. Me estoy acordando de la primera noche que pasé en el pueblo, cuando aún no sabía que Jemma Huish había vivido en casa de Tony. Habría sido tan fácil que me detuvieran entonces... Cuando volví del *pub*, Laura me quitó el cuchillo de la mano como si yo fuera una asesina. ¡Santo cielo, podrían haberme pegado un tiro! ¡Pobre Jemma! ¡Y pobre Laura! Lo siento por las dos. Laura debe de creer que está gafada. ¡Dos Jemmas blandiendo un cuchillo delante de ella!

—¿Nos vamos? —pregunto.

—Cuando tú digas, Maddie —contesta con una sonrisa.

Qué bien sienta volver a ser Maddie. Una mentira menos que contarme a mí misma.

«No recuerdo mi nombre».

Silas está sentado a una mesa del centro de mando móvil aparcado en la estación de tren, cerca del canal. Está tomando notas para el atestado; quiere apuntar lo ocurrido mientras todavía lo tiene fresco en la memoria, aunque duda de que vaya a olvidarlo nunca. Sobre todo, esa última mirada de sorpresa de Jemma Huish.

—¿Quiere que hablemos un momentito? Para cambiar impresiones.

Silas levanta la cabeza y ve delante de la mesa a la comandante del equipo táctico.

—No, gracias —contesta volviendo a su atestado.

—Es una pena que ordenara retirarse a mis agentes a una distancia desde la que no podían usar las Taser —añade ella.

—Sí, lo asumo.

Silas sigue escribiendo. Podría decirle que de todos modos habría sido imposible que los dardos de las Taser se fijasen al torso de Jemma o a sus costados teniendo en cuenta cómo sujetaba a Laura, pero prefiere reservárselo para el atestado.

—Veremos qué opinan los inspectores de la IOPC —contesta la comandante mientras se aleja—. Y cómo reaccionan cuando descubran que no hace un curso de negociación desde...

—Esa mujer llevaba doce años sin cometer un delito —replica Silas levantando la voz.

Los demás agentes que hay en el furgón levantan la vista.

—Estaba amenazando con degollar a una persona —contesta ella—. La última vez que lo hizo, le cortó las arterias carótidas a su mejor amiga. A mí me costaría asumir eso.

Silas no tiene energías para discutir con ella en este momento. Ni ganas de entrar en disquisiciones con otros agentes, lo que por otra parte tiene estrictamente prohibido dadas las circunstancias del caso. Nunca tiene ganas, de hecho. Jemma Huish se resistió a las voces alucinatorias que le ordenaban

matar a Laura y soltó el cuchillo instantes antes de que la mataran de un disparo. Punto y final.

Fuera del furgón, busca a alguien que pueda llevarle a la comisaría de Gablecross. Son las cuatro de la tarde, han pasado casi tres horas desde el incidente y la zona sigue llena de efectivos de la policía científica que toman medidas y marcan en la hierba las posiciones que ocupaban los implicados en el suceso y dónde se hallaban situados los subfusiles MP5, ya descargados. Está a punto de acercarse a un agente al que conoce cuando este desvía la mirada. ¿Se ha convertido ya en un paria, en alguien con quien no conviene dejarse ver? Suena su teléfono. Es Strover, que ha vuelto a Gablecross.

—Acaban de llamar del laboratorio —dice—. Ya tienen los resultados del cepillo de pelo.

—¿Y?

—No es Jemma Huish.

La noticia no le sorprende, dado que tanto Laura como Tony han declarado que la mujer fallecida no era la misma que se presentó, amnésica, en el pueblo.

—¿Alguna idea de quién puede ser? —pregunta Silas mientras busca a su alrededor alguien que pueda llevarle.

—No tenemos ninguna información sobre ella en nuestras bases de datos. Las muestras del cepillo de pelo coinciden con las encontradas en la cama de la casa de Tony Masters y en la del *pub*.

—¿Y huellas dactilares?

—No, nada.

—Un auténtico misterio, esa mujer —contesta Silas en un tono irónico que no se esfuerza en disimular.

Esto ya no debería ser asunto suyo —ahora tiene que preocuparse de la IOPC—, pero no descansará hasta que la encuentre sana y salva.

—La cosa no acaba ahí —continúa Strover, impasible—. Las muestras coinciden con las de cabello que encontraron en la buhardilla de Tony. El laboratorio acaba de confirmarlo. Al parecer, Tony la tenía escondida allí esta mañana cuando fuimos a buscarla. Debió de llevarla al bosque antes de que montáramos los controles. Ahora mismo están inspeccionando el maletero de su coche.

Silas cierra los ojos. Es lo último que le hacía falta después del tiroteo. ¿La estaba reteniendo Tony por la fuerza? Y, si es así, ¿qué ha hecho con ella?

—Estamos intentando localizar el teléfono que le dio Tony —prosigue Strover.

—Ahora mismo, con la que se ha montado aquí, no disponemos de efectivos para rastrear el bosque —dice Silas mientras observa el ajetreo circundante—. Dile al laboratorio que les mandamos el ADN de Jemma Huish para que confirmen su identidad lo antes posible. —Hace una pausa y añade—. Y, Strover...

—¿Sí, señor?

—¿Podría venir a recogerme?

Mungo para en la zona de recogida y bajada de pasajeros de la Terminal 5 de Heathrow. Dos policías armados observan con recelo el destartado Golf. Mungo ya debe de estar acostumbrado a esas miradas de sospecha.

—Aquí es gratis parar —me dice—. En todos los demás sitios, te cobran.

—¿Viajas en avión a menudo? —pregunto tratando de ocultar mi sorpresa.

—Estuve en Berlín el año pasado.

—¿En Berlín?

—Una ciudad alucinante. Vi a Jeff Mills, de Detroit, tocar en Tresor.

—¿El mago del tecno?

—¿Le conoces? —Mungo casi se atraganta de asombro.

¿Tan vieja parezco, de verdad?

—Desde hace mucho tiempo —contesto.

—Tengo pensado mudarme a Berlín cuando acabe de estudiar en Londres. Para triunfar como *disc jockey*, hay que estar allí. Entonces, ¿conoces la ciudad?

—Pues sí —respondo, y hago una pausa—. Pero no tengo muy buen recuerdo de ella.

—¿Quieres decir que lo pasaste mal allí o que no te acuerdas?

Uno de los policías llama a la ventanilla del coche y le hace señas de que siga circulando, y yo me ahorro tener que responder a su pregunta.

—Tengo que irme —dice—. Encantado de conocerte, Maddie.

—Lo mismo digo. Gracias por traerme. —Le doy un beso en la mejilla—. A lo mejor volvemos a vernos cualquier día.

—DJ Raman. Es mi nombre artístico —dice mientras salgo del coche.

—Lo buscaré. Suena a indio. Como el diminutivo de Ramachandran.

—Si tú lo dices.

Me quedo parada y le veo alejarse entre la humareda negra de su tubo de escape.

Tengo que darme prisa. Imagino que la policía ya no me busca en relación con Jemma Huish, pero es casi seguro que habrán descubierto que Tony me escondió en su buhardilla y en el búnker del bosque, en cuyo caso se habrá metido en un lío y es posible que me estén buscando de todos modos, para asegurarse de que estoy bien. Paso junto al policía que ha llamado a la ventanilla del coche, procurando no mirarle a la cara. Llamaré a Tony enseguida.

Cojo el ascensor en la planta baja para subir al vestíbulo de llegadas. Se me hace raro estar de vuelta en Heathrow. Han pasado tantas cosas en estos tres días, desde que llegué de Berlín... Cosas buenas y cosas malas. Miro a mi alrededor y me dirijo a los aseos de señoras. Una vez dentro de uno de los cubículos, me meto la mano en el sujetador y saco mi recibo del servicio de consigna de equipajes. Está un poco arrugado, pero todavía debería servir.

Al salir al vestíbulo, paso junto a una señal que indica la Oficina de Objetos Perdidos, donde estuve el día de mi llegada.

—Si no me dice su nombre no puedo tomar nota de la desaparición de su bolso —me dijo el señor que atendía la agobiante oficina sin apartar los ojos del impreso que tenía delante. Hablaba en tono rutinario, casi cordial y confiado.

«No recuerdo mi nombre».

En el mostrador del servicio de consigna de equipajes tengo que hacer cola unos minutos mientras la familia que va delante de mí deposita varias maletas de gran tamaño. Hay que escanearlas una por una antes de que pasen al almacén.

Luego me llega el turno.

Entrego el recibo y espero, paseando la mirada por el vestíbulo. No hay razón para que la policía siga buscándome, a no ser que crean que Tony me ha retenido a la fuerza.

—Aquí tiene —dice el operario al entregarme mi bolso.

—Gracias.

Los dos sabemos que es raro que haya dejado un bolso de mano en consigna tres días, pero él no hace ningún comentario al respecto. Cojo el bolso, compruebo que mi pasaporte, mi móvil y mis tarjetas bancarias están dentro y subo a Salidas intentando sofocar una sonrisa de satisfacción.

El plan vuelve a ir viento en popa.

—No tengo tiempo para esto —dice Silas.

Está en una sala de interrogatorios, al fondo de la comisaría de Gablecross, en la zona de detenidos. Tony está sentado delante de él, al otro lado de la mesa.

—Pues suélteme —contesta el americano—. Yo no he hecho nada.

Silas mira el gran reloj que cuelga de la pared desnuda. Son las cinco de la tarde. Quiere descartar la posibilidad de un secuestro o de algo peor antes de desactivar la búsqueda de la mujer misteriosa. Antes ha ido a ver a su jefe, ansioso por informarle de sus sospechas respecto a Tony. Lo ocurrido en el canal ha sido un revés para el cuerpo. No les conviene que se produzca otro incidente grave. Su jefe le ha dado la razón de mala gana y le ha recordado que ahora pertenece al Centro de Investigación Criminal de Swindon, no al Equipo de Investigación de Delitos Mayores.

—Ha obstaculizado usted voluntariamente un procedimiento policial intentando desviar el curso de nuestras investigaciones —dice Silas—. Hemos encontrados rastros de ADN de esa mujer en la buhardilla de su casa, en el maletero de su coche y en el búnker del bosque. ¿Por qué la escondió a sabiendas de que intentábamos localizarla?

—Me preocupaba su seguridad —contesta Tony, más calmado ya, menos gallito.

Algo es algo. La última vez que Silas habló con él, en el canal, lo negó todo. No es tonto. Es difícil rebatir tal acumulación de pruebas forenses.

—¿Se sentía atraído físicamente por ella? —pregunta Silas.

—¿Qué pregunta es esa?

—Es una mujer atractiva. —Tony no necesita saber que solo ha visto a Jemma de lejos, en el cementerio—. Y yo intento comprender por qué quería protegerla de la policía.

—¿Es que no es evidente, después de lo que ha pasado en el canal? Yo creía que esas cosas solo pasaban en Estados Unidos. O eso dicen

continuamente sus medios de comunicación. Ella estaba angustiada, le preocupaba que la confundieran con Jemma Huish y la detuvieran. Y a mí también. Pero no sospechábamos que además corría el riesgo de que la matara un policía de gatillo flojo.

Silas hace oídos sordos. No le corresponde a él disculparse por la actuación de los agentes de la Fuerza Tripartita.

—¿Y no creía usted que fuera la señorita Huish?

—No, no lo creía.

Otra mentira. Tony se ha encogido, ha girado mínimamente un hombro.

—Entonces ¿por qué la llamaba Jemma?

Laura, la mujer de Masters, les ha dicho en un interrogatorio anterior que el nombre fue idea de Tony.

—Porque tenía pinta de llamarse así.

—¿Con jota, la forma menos habitual de escribir el nombre?

—Era una mujer poco corriente.

Si buscas «Gemma» en Google, aparecen treinta millones de resultados; si buscas «Jemma», son la mitad. Silas lo ha comprobado antes del interrogatorio.

—Un tanto extraña, ¿comprende? —añade Tony.

—¿Tenía usted conocimiento de que Jemma Huish había vivido en esa casa?

—No, no tenía ni idea hasta que nos lo dijo la doctora Patterson. ¿Puedo irme ya?

A Silas no le gusta nada Tony, pero ha aprendido a dejar a un lado sus prejuicios personales para que no le cieguen.

—¿Qué prisa tiene? —pregunta.

—Bueno, tengo clientes que estarán preguntándose por qué no he abierto el café.

—¿En serio? No sabía que hubiera tanta demanda de comida vegana.

Estaba buena, eso tiene que reconocerlo.

—Y mi esposa quiere verme.

—Debe de ser una mujer muy tolerante.

Tony se recuesta en la silla.

—No tengo por qué darle explicaciones sobre mi vida privada a nadie, como no sea a mi esposa, pero, para que conste en acta, entre Jemma y yo no había nada. Sentía curiosidad por su estado mental, es cierto. Da la casualidad de que me interesan mucho esos temas desde que mi padre murió de

Alzheimer bastante joven. Y no quería que se viera enredada en el caso de Jemma Huish. Pero eso ha sido todo.

Su versión encaja con lo que le ha contado Laura sobre la obsesión de Tony por la memoria.

—Entonces, ¿no la ha retenido contra su voluntad?

—Desde luego que no.

—La trampilla de la buhardilla de su casa tiene el cerrojo por fuera. Ella no habría podido salir si hubiera querido hacerlo.

—Le di un teléfono móvil.

—Y un cubo. Muy considerado por su parte. Es lo que se hace en las prisiones. El «tigre», ya sabe —dice Silas, aunque duda de que el americano conozca esa expresión carcelaria.

—Por cómo lo dice, parece algo muy grave, y no es para tanto. Solo pasó un par de horas en la buhardilla. Luego la llevé al bosque.

—En el maletero del coche, un sitio algo incómodo. No la llevaría también atada, ¿verdad? La cosa parece grave, en efecto. Da la impresión de que la tiene usted escondida en alguna parte. ¿En el bosque, quizá?

—Por supuesto que no, ni hablar. Tengo tan poca idea como usted de dónde está en estos momentos.

Strover entra en la habitación y ambos la miran.

—Siento interrumpir, inspector, pero hemos localizado el teléfono móvil de Jemma. Acaba de encenderlo.

—¿Y? —pregunta Silas.

Al menos no está muerta.

—Está en Heathrow, en la Terminal 5.

Tony parece tan sorprendido como Silas. Quizá la conozca menos de lo que pensaba.

—Pídele el móvil del señor Masters al sargento de guardia —dice Silas—. Tony puede llamarla, a ver cómo está. Y nosotros estaremos escuchando.

El *pub* del pueblo está abarrotado cuando llega Luke. Pensaba que iba a poder tomarse tranquilamente una cerveza con Sean, pero tarda un rato en llegar a la barra. Lo ocurrido en el canal es la comidilla del pueblo y todos quieren hablar con Luke, el único testigo del suceso. Él detesta desilusionar a sus vecinos, pero el inspector Hart le ha advertido de que no hable del incidente mientras todavía esté en curso la investigación. Ha apagado el teléfono y les ha dicho a sus padres que no abran la puerta si se presenta algún periodista en su casa.

—Perdona que llegue tarde —dice al llegar junto a Sean.

—¿Qué tal? ¿Todo bien? —pregunta su amigo.

—Estaré mejor después de tomarme una pinta.

Luke mira alrededor mientras Sean llama al camarero. La mayoría de los clientes que hay en el *pub* son vecinos del pueblo que han salido de sus casas ansiosos por comentar los horribles acontecimientos del día. Luke teme que el pueblo no vuelva a ser el mismo.

También hay algunos periodistas —de televisión, más que de medios escritos— bebiendo en un rincón. Intentará no caer en la tentación de acercarse a hablar con ellos, aunque se muera de ganas.

—Ya sé que suena fatal —dice Sean, que ya parece haberse tomado un par de cervezas—, pero por lo menos no era la Jemma que conocíamos, la que vino al concurso del *pub*. Esa era la bomba.

—Es una tragedia, Sean. Da igual quién sea.

—Dicen por ahí que tu amigo el inspector Hart la estaba convenciendo de que soltara el cuchillo cuando los otros policías abrieron fuego.

—Ya sabes que no puedo decir nada. Y no estoy seguro de que el inspector Hart sea amigo mío.

Hart le merece todo el respeto, aun así. El inspector siguió negociando hasta el final.

¡Lástima que no pueda contarle nada a Sean! Necesita hablar con alguien. Vuelve a ver fugazmente al inspector tendiéndole la mano. Ha hecho una declaración detallada hace un rato, lo que le ha venido muy bien para empezar, y va a aceptar el ofrecimiento de visitar a un psicólogo de la policía. Hablar con un terapeuta profesional le fue de gran ayuda cuando falleció su mujer. Le permitió asimilar hasta cierto punto su muerte repentina, convertirla en algo menos irreal. Todavía le cuesta creer lo que ha presenciado hoy.

—¿Se sabe algo de Tony? —pregunta Sean.

—Tienen hasta mañana a mediodía para imputarle —contesta Luke, aliviado por poder cambiar de tema—. Dependerá de lo que diga. Ya le conoces. Detesta a la policía. Si consigue morderse la lengua, puede que le suelten sin cargos.

Luke sabe ya que Tony escondió en la buhardilla de su casa a la mujer que podría ser su hija. Todo el pueblo lo sabe, igual que saben que la escondió en el bosque, porque alguien que estaba paseando a su perro vio cómo le detenían junto al búnker. Aquí todo se sabe. La gente está de acuerdo, sin embargo, en que esa mujer misteriosa tenía motivos sobrados para preocuparse por lo que podía pasarle, en vista del interés que tenía la policía en dar caza a Jemma Huish. Lo que no está tan claro es por qué se tomó Tony tantas molestias para protegerla.

—La gente anda diciendo que se van a separar —dice Sean.

Luke piensa lo mismo, después de su extraña conversación con Tony en casa de este.

—¿Sabías que por eso se fue Laura a Londres? —pregunta Sean—. Porque discutieron por Jemma, al parecer.

—Y ella volvió para arreglar las cosas con Tony.

A Luke le desagrada que Laura sea objeto de tantos chismorreos. Y que Tony no tenga ningún interés en verla. Ha probado a llamarla varias veces, para ver si puede ayudarla en algo.

—Bueno, ¿has vuelto a hablar con Freya, tu viejo amor? —pregunta Sean.

—Desde que hablamos por FaceTime en el parque, no. ¿Por qué?

—He estado dándole vueltas al asunto —dice Sean, más serio de lo normal—. Si yo fuera adoptado y estuviera pasando un mal momento, una especie de crisis de identidad, querría volver a mis orígenes. Esa mujer tenía amnesia, no sabía quién era. Puede que su subconsciente la haya traído hasta aquí.

—Pero ¿cómo iba a saber que soy su padre y dónde encontrarme?

Luke agradece el apoyo de su amigo. Hasta ahora, Sean parecía más interesado en sus absurdas teorías de espías rusos.

—A ti te fue bastante fácil dar con Freya. Internet ha hecho que el mundo sea mucho más pequeño. A lo mejor la chica sabía dónde vivía su padre biológico. Solo tenía que venir aquí, al pueblo, con la esperanza de que la reconocieras.

—Cosa que hice —dice Luke, desconcertado.

—Exacto. —Sean se interrumpe para beber un largo trago de cerveza—. Aunque, por otro lado, su desaparición repentina tiene todas las características de una operación del Kremlin.

—Por Dios, Sean.

Ya se imaginaba él que esto no podía durar.

—Su forma de seducir a Tony para que la sacara del pueblo es una típica maniobra de «golondrina».

—¿De «golondrina»?

Luke sabe que no debe dar pábulo a las teorías de Sean, pero le intriga esa idea. No lo de la conexión rusa, sino el uso de la seducción para fines ulteriores.

—Así llaman los rusos a las agentes que se sirven de sus encantos para embaucar al enemigo. Si lo hiciéramos tú o yo, seríamos «cuervos». Calculo que a estas horas estará informando a sus superiores en Moscú mientras se toma unos blinis.

—Venga ya. Tony no es el enemigo.

—Es americano, Luke. Y la Guerra Fría ha vuelto, ¿recuerdas?

Antes de que Luke pueda contestar, suena su teléfono. Lo saca por si son sus padres y abre el Messenger de Facebook.

Hola, Luke. Llámame en cuanto puedas, por favor.

Es un mensaje de Freya Lal.

Tony marca el número del antiguo móvil de Laura y espera, bajo la atenta mirada de Strover y Hart. Dios, cómo odia a la policía.

—Ponga el móvil sobre la mesa y conecte el altavoz —ordena Hart.

Tony obedece. Quiere salir cuanto antes de esta habitación asquerosa. Y también quiere saber qué hace Jemma en Heathrow. Hoy ha pasado de un extremo a otro: ha sentido tristeza al saber que Jemma Huish había muerto junto al canal; y alegría al enterarse de que la fallecida no era la mujer que se presentó en su casa.

—¿Sí? —contesta ella.

¡Qué maravilla, volver a oír su voz!

—Soy Tony. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —dice Jemma—. Estaba a punto de llamarte.

Hart le ha prohibido que le diga que saben que está en Heathrow. Tony no entiende del todo el porqué. O bien la policía no tiene autorización para localizar su teléfono, o bien confían en aclarar la situación haciendo preguntas cuyas respuestas ya conocen. El truco más viejo del mundo.

Hart inclina la cabeza para indicarle que continúe.

—¿Dónde estás? —pregunta Tony.

—En Heathrow. Lo siento, tuve que marcharme. Me preocupaba la policía.

Tony mira al inspector, que se lleva un dedo a los labios. Aunque él no es un niño, el gesto surte efecto. Estaba a punto de decirle a Jemma que la policía los está escuchando.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado? —pregunta ella.

—¿En el canal?

Ya lo creo que se ha enterado. Nunca olvidará la punzada que ha notado en el estómago al oír el disparo.

—Pobre mujer —dice Jemma.

—Pensé que eras tú. —Tony echa otra mirada a Hart, que entorna los párpados. Si juega bien sus cartas, Jemma puede ayudarle a salir de comisaría sin que le imputen ningún delito—. Ahora ya sabes por qué intentaba protegerte —añade sin dejar de mirar a Hart.

—Sí, lo sé. —Ella hace una pausa. Venga, vamos. Dilo de una vez—. Gracias por todo lo que has hecho —agrega—. Ya sabes, por esconderme y sacarme del pueblo a tiempo.

Estupendo, buena chica.

—No sé qué habría hecho sin ti —añade ella.

Tony no puede reprimir una mirada de triunfo. Seguro que basta con eso.

—¿Qué haces en Heathrow? —pregunta.

—Cuando me dejaste en el búnker, fui a dar un paseo. No muy lejos, por la carretera. Y de repente me acordé de quién soy.

—¿De todo?

—No, solo de mi nombre.

Tony cierra los ojos tratando de disimular su alivio. Ya se había hecho a la idea de que ella no era Jemma Huish, de que no había vuelto al hogar de su infancia, pero, si además hubiera dejado de ser amnésica, sería el colmo.

—Así que he venido a preguntar en Objetos Perdidos —continúa ella—. Por lo visto, les llevaron mi bolso el mismo día que lo perdí.

—¿Con todo dentro?

—Sí. El pasaporte, las tarjetas, el teléfono... Hasta el dinero suelto que llevaba. Le he dicho mi nombre al señor que atendía el mostrador, pero, como no tenía documentación, ha llamado a su jefe, que ha mirado la foto del pasaporte y me ha devuelto el bolso.

—Qué bien. ¿Y cómo te llamas? —dice Tony, consciente de que todos los presentes están deseando que lo pregunte.

Se hace un breve silencio.

—Maddie. Me llamo Maddie.

—No eres Jemma, entonces.

—No, no soy Jemma. —Otra pausa—. ¿De verdad creías que era ella? ¿Jemma Huish?

Tony quiere serle sincero, pero no puede. Aquí no. Le ha contado otra historia a la policía y no quiere ni por asomo que vuelvan a sospechar de él.

—No, solo me pareció que tenías caras de llamarte Jemma.

—Con jota.

—Con jota —repite él, riendo un instante.

—Tony, ¿estás solo? —pregunta ella.

Ojalá.

Su tono ha cambiado, se ha vuelto más íntimo. ¿Sospecha quizá que está con la policía? ¿Sabe que le han detenido? Debe de referirse a si está con Laura. Tony mira a su alrededor. Los dos policías siguen observándole, Hart con los brazos cruzados sobre la panza.

—Sí, estoy solo —contesta bajando la voz—. ¿Por qué?

—Me gustaría volver a verte.

—A mí también.

A la mierda la policía. No pueden impedírselo. Ya está libre de sospecha. Nadie que haya escuchado la conversación puede creer que la ha retenido por la fuerza.

—He estado leyendo mis notas sobre lo que has hecho por mí y sobre la noche que cenamos juntos —prosigue ella—. Y todavía me acuerdo de lo que ha pasado hoy, en el búnker del bosque.

—Puede que haya sido un poco lanzado.

Dios, cuánto la deseaba esta mañana.

Se excita al pensarlo y tiene que cambiar de postura en la silla. Quiere volver a verla enseguida. Saborear su amnesia, ese desequilibrio sináptico que hay entre ellos. Poseer su mente. Sus recuerdos.

—Y puede que yo haya estado un poco tímida. —Se queda callada un momento—. El caso es que he estado revisando mis contactos del teléfono. Y no reconozco ningún nombre.

Hart se inclina y le pasa una hoja de papel. Tony casi se había olvidado de la presencia del policía. El papel dice: *Pregúntele si tiene grabado el número de algún familiar: mamá, papá, etc.*

—Seguramente tendrás grabado el número de algún familiar —dice Tony obediente—. De tu madre o de tu padre.

—Los he revisado todos, y nada. —Parece a punto de llorar—. Ahora sé cómo me llamo, pero sigo sin saber quién soy.

Tony sabe que lo lógico sería sugerirle a Maddie (le gusta el nombre, no es quisquilloso para esas cosas) que llame a cualquier contacto del teléfono, a un número que haya marcado recientemente, por ejemplo, y pregunte a la persona que le conteste quién es y le explique lo que ha pasado y que tiene amnesia. Pero no lo hace. Quiere ver qué dice ella a continuación.

—Estaba pensando que... Ya sé que es demasiado pedir, pero... ¿Querrías venir conmigo a Berlín? —pregunta Maddie.

—¿A Berlín? —dice él sin poder disimular su sorpresa, su perplejidad.

Levanta los ojos y ve con alivio que los dos policías parecían igual de descolocados que él por la pregunta.

—Para ayudarme a aclarar todo esto, a averiguar quién soy. Creía que cuando llegué a Heathrow volvía de un viaje de trabajo, pero ahora tengo la impresión de que quizá viva en Berlín. En mi bolso hay un billete de vuelta.

¿A Berlín?

A Tony le encanta la idea, no se le ocurre nada mejor, pero sigue detenido por obstrucción a la justicia. Mira al inspector Hart, cuya cara no le da ninguna pista. Seguramente, con lo que ha dicho Maddie basta para que le pongan en libertad sin cargos. ¿Verdad?

—Lo siento, sé que te estoy pidiendo demasiado —prosigue ella—. Pero creo que es allí donde vivo. También tengo unas llaves en el bolso.

—¿De mi casa?

Maddie se echa a reír.

—Sigo sin saber por qué fui al pueblo, por qué tenía ese billete de tren.

—Y por qué conocías el plano de nuestra casa.

—Eso lo había olvidado.

Él, en cambio, nunca olvidará el arrebató de emoción que se apoderó de él cuando Maddie les describió la disposición de la casa aquel primer día; la sensación cada vez más intensa de que podía ser Jemma Huish.

—Tienes que haber vivido allí en algún momento —añade.

Ya no le importa nada. Solo quiere ir a Berlín con ella.

—Voy a estar muy desorientada cuando vuelva —continúa Maddie—. Me encantaría que estuvieras conmigo, tener a alguien que me enseñe la ciudad.

¿Qué acaba de decir? Se oye un ruido en la línea, como si hubiera alguien más con ella. Tony traga saliva al recordar sus palabras. «Alguien que me enseñe la ciudad». ¿Qué ha querido insinuar? ¿Que él conoce Berlín? Nunca le ha contado a nadie lo de Berlín. A nadie, ni siquiera a Laura. Es su secreto. Una ciudad llena de recuerdos, de frutos prohibidos. Hace mucho tiempo que no va por allí. Demasiado. Cierra los ojos. ¿Ha sido un comentario casual, una simple confusión? ¿O sabe algo Maddie? Procuró no decir nada que diera a entender que conoce la ciudad cuando ella les contó que acababa de llegar de Berlín. Tuvo mucho cuidado de ocultarlo.

Hart le pasa otro papel. *Pregúntele cómo se apellida.*

Está tan alterado, tan distraído por el recuerdo de Berlín y por lo que acaba de decir ella, que tiene que leerlo dos veces para entenderlo.

—Tengo que colgar —dice Maddie—. Llámame luego. Esta noche me alojo cerca del aeropuerto.

Hart le hace gestos de que le haga la pregunta, pero ya es demasiado tarde.

Ella ha colgado.

Me quedo mirando al teléfono un momento antes de guardarlo. Está claro que Tony estaba acompañado: parecía tener puesto el manos libres. ¿He dicho suficiente? ¿O me he pasado? Bajo el volumen de la tele y contemplo la habitación donde voy a pasar la noche, en un hotel cercano a la Terminal 5. Sentada en un extremo de la cama, vuelvo a repasar la secuencia probable de los acontecimientos.

La policía encuentra mi cepillo de pelo debajo de la cama del *pub*, analiza el ADN y confirma que no soy Jemma Huish (teniendo en cuenta lo que ocurrió después junto al canal, dejé el cepillo un poco tarde). Se monta un dispositivo de búsqueda para localizarme y, al interrogar a Tony, la policía descubre que su mujer, Laura, se marchó a Londres tras discutir con él. Comienzan a sospechar de él y le siguen, probablemente hasta el búnker del bosque, donde encuentran mis cosas. Y entonces le detienen por obstaculizar una investigación policial.

¿Debería llamar a la policía para explicarles que estoy bien? Hasta podría buscar una comisaría cerca de aquí, presentar mi pasaporte y decirles que me encuentro perfectamente. No me conviene que imputen a Tony, al contrario. A la policía solo le interesaba yo porque creía que era Jemma Huish. Ahora que Jemma ha muerto, doy por sentado que ya no soy de su incumbencia. Pero acudir a la policía es demasiado arriesgado.

Busco en Internet, en el móvil, el número del centro de salud del pueblo y llamo.

—¿Podría hablar con la doctora Patterson, por favor?

—¿De parte de quién?

—Dígale que soy Jemma, una paciente suya. Estuve con ella esta mañana, pero tuve que marcharme.

Me dejan en espera y un momento después se pone la doctora Patterson. No me apetece volver a involucrarla en esto, pero no veo otra alternativa.

—¿Jemma? —pregunta indecisa.

—Siento haberme marchado así esta mañana —digo.

—¿Dónde estás?

Me estremezco al recordar su consulta, los instrumentos médicos. Fue muy duro entrar allí, pero tenía que hacerlo.

—Estoy en el aeropuerto, en Heathrow. Es una larga historia, pero he conseguido recuperar mi bolso en Objetos Perdidos. Me llamo Maddie. Solo quería que lo supieras. Y darte las gracias. Mañana me voy a Alemania.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta, claramente sorprendida por mi actitud.

—Ya sé cómo me llamo, algo es algo. Y creo que vivo en Berlín. Lo demás está todavía un poco borroso, si te soy sincera.

—¿Allí podrá atenderte alguien? —pregunta.

La doctora Patterson es una buena persona.

—Espero que sí.

—¿Has hablado con la policía? ¿Con el inspector Hart?

—Todavía no.

Pero Hart estaba escuchando mi conversación con Tony. Y es importante que la doctora Patterson le informe también de lo que hemos hablado.

—Siento muchísimo lo que ha pasado junto al canal.

—Todos lo sentimos —contesta con emoción repentina.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí. He estado leyendo mis notas esta tarde.

—No sé si he hecho gran cosa. —La doctora se queda callada un momento—. Para que lo sepas, cambié de idea. Después de que habláramos el segundo día, ya no creía que fueras Jemma Huish.

—Espero no haberte causado muchos problemas. En lo profesional, digo. Ella se ríe sarcástica.

—No deberías haberte marchado así del centro de salud. La policía te estuvo buscando por todas partes.

—Por eso tenía que marcharme. —Vuelvo a acordarme de las miradas que me lanzaron en la sala de espera del consultorio—. No quería que me confundieran con Jemma Huish. Pobrecilla. Lo siento de veras.

—Cuídate entonces —concluye la doctora Patterson con cierta sequedad. Comprendo perfectamente que esté dolida.

Estoy a punto de colgar (ya he dicho todo lo que tenía que decir) cuando se me ocurre preguntarle una cosa más.

—¿Laura está bien?

—¿Laura? Pues no, la verdad, después de todo lo que ha pasado. Va a dormir en mi casa esta noche.

Es un error haberle preguntado por ella.

—Dile que lo siento, por favor.

Cuelgo y aprieto los labios hasta hacerme daño. Espero haberla tranquilizado, haberla convencido de que estoy a salvo. Y de que no soy del todo una desalmada. Seguro que informará a la policía de que he llamado y luego dará por terminado el asunto y se concentrará en personas más necesitadas de atención médica. Ya le he hecho perder tiempo más que suficiente.

Estoy rota, después de tanto ajetreo. Voy a comer algo en el restaurante del hotel y me meteré temprano en la cama. Volveré a ver las noticias. La muerte de Jemma Huish a manos de la policía lleva copando los titulares toda la tarde. Pienso quedarme aquí hasta que Tony pueda venir a reunirse conmigo. Con suerte, mañana por la mañana. Luego viajaremos juntos a Berlín.

Ojalá Laura me perdone algún día. Por lo que he hecho ya y por lo que me dispongo a hacer.

—¿Uno más? —pregunta Milo volviéndose hacia Luke en el sofá.

—¿No deberías estar repasando? —dice su padre, y enseguida se arrepiente de haberlo preguntado.

—Vale —contesta el chico, y se va a su cuarto.

Con lo a gusto que estaban...

En su afán de estrechar lazos con su hijo, Luke ha estado viendo unos cuantos episodios seguidos de *This country*, la serie favorita de Milo, una comedia ambientada en un pueblecito de Wiltshire muy parecido al suyo. Se han reído a carcajadas y han comido *pizza* en el sofá. Entre episodio y episodio, han hablado del tiroteo, ya más serios. Milo se había enterado de todo por las redes sociales, pero no sabía que su padre estaba junto al canal en el momento de los hechos. Luke le ha ahorrado los detalles.

Vuelve a la cocina y mete los platos en el lavavajillas. Ha descuidado un poco a Milo mientras estaba con Chloe, se ha distanciado de él. A veces, la paternidad parece un largo ataque de culpa. Sobre todo si solo vive uno de los padres. Al subir a la planta de arriba, se asoma a la habitación de Milo. Su hijo está sentado a la mesa, estudiando. Dentro de una semana tiene los exámenes de reválida.

—Mañana vemos más —le dice Luke. Milo le sonrío un momento—. Los Mucklowe son la leche, ¿eh? —añade refiriéndose a los protagonistas de la serie.

Otro error. Milo menea la cabeza, incrédulo, y sigue estudiando.

Luke vuelve abajo y prueba a llamar otra vez a Freya a la India. Esta vez, la línea no está ocupada. Sería maravilloso que Milo conociera a su hermana mayor. Que tuviera una influencia femenina.

—¿Luke? —pregunta Freya.

—Sí, soy yo. ¿Ocurre algo? —Mira su reloj: son las dos de la mañana en el Punjab. Freya le dijo que la llamara a la hora que fuese. Es agradable volver a oír su voz. Le hace sentirse un poco más centrado.

—Después de que habláramos, estuve haciendo averiguaciones —explica ella—. No hablé con mis padres, sino con mi tía, que siempre se ha puesto de mi parte. Participó en la adopción, en la entrega de nuestra hija a su familia adoptiva y esas cosas. —Hace una pausa, intentando contener las lágrimas—. Les dijo a los padres adoptivos que se pusieran en contacto con ella si alguna vez había algún problema, o si la niña quería ponerse en contacto con su madre biológica cuando fuera mayor.

A Luke también se le han saltado las lágrimas. Le ha emocionado oírle decir «nuestra hija» y está deseando saber adónde quiere ir a parar. Enciende el lavavajillas, se acerca a las puertas de la terraza y contempla el jardín a oscuras.

—Resulta que los padres adoptivos se pusieron en contacto con ella hace diez años —prosigue Freya—. Nuestra niña había desaparecido. No sabían dónde estaba. Pensaron que quizá había venido a la India, porque cuando cumplió dieciocho años le contaron todo lo que pudieron sobre su origen y esas cosas. Mi tía no me lo contó en su momento porque no quería darme un disgusto. Me lo ha dicho ahora, cuando le he contado lo de tu llamada.

—¿Sigue desaparecida? —pregunta Luke.

—Por lo visto sí. Aunque no sé si se la puede considerar «desaparecida». A fin de cuentas, es una mujer adulta. Tiene ya veintinueve años. Así que ¿por qué no iba a marcharse? Como dijo la policía en su momento, es libre de hacer su vida. —Freya se queda callada un momento. Luke nota que intenta restar importancia a la desaparición de su hija—. Los padres adoptivos dicen que no es propio de ella haberse marchado así —añade en voz baja—. Tanto tiempo, por lo menos. Que era una buena chica, que quería mucho a su familia y todo eso.

—¿Te han dicho cómo se llama? —Luke mira hacia arriba. Milo ha puesto música, muy alta.

—No, pero mi tía... —Ella respira hondo—. Cuando entregó a nuestro bebé, les dijo que si podían llamarla Freya. No sabemos si al final lo hicieron.

«Nuestro bebé». Luke se siente abrumado de repente. Ha sido un día muy largo.

—Gracias por contármelo —dice.

—No sé si sirve de algo. Solo quería que lo supieras. Puede que haya alguna posibilidad de que sea la mujer que se ha presentado en tu pueblo, si se parece un poco a mí. ¿Sigue estando ahí?

—Ha desaparecido. —Luke titubea y mira de nuevo hacia arriba, pensando en Milo—. Igual que nuestra hija.

—Lo bueno es que el jefe se alegra de que hayamos soltado a Tony Masters —comenta Silas al volver a entrar en la Sala de Parada de la comisaría con Strover, tras mantener una reunión en el piso de arriba.

Se fija en que dos agentes miran a hurtadillas comiéndosela con los ojos y les dedica una mirada que normalmente reserva para los asesinos.

—Y lo malo... —añade al sentarse ante una mesa libre con Strover.

—¿Es que usted no?

Strover le conoce cada vez mejor. Y hasta ha empezado a llamarle «jefe».

—Exacto —contesta Silas—. No me alegro ni pizca.

Confía en que Strover no tenga planes para esta noche. Van a tener que quedarse otra vez trabajando hasta las tantas. Su cita con Susie Patterson también se ha ido al garete hace rato. Luego la llamará. Susie le ha telefoneado esta tarde para decirle que Maddie la había llamado desde Heathrow. Como su tono le ha parecido conciliador, Silas se ha dejado llevar por un impulso y ha cometido el error de invitarla a cenar. Ya debería saber que, dedicándose a lo que se dedica, no debería reservar mesa en ningún restaurante.

—Quiero que averigüe todo lo que pueda sobre Tony Masters —dice al abrir su portátil.

Diga lo que diga su jefe, no va a olvidarse del americano tan fácilmente.

Tras escuchar otra vez la conversación grabada de Tony y Maddie, no ha tenido más remedio que ponerle en libertad sin cargos. Si Tony dio previamente instrucciones a Maddie sobre cómo tenía que actuar, está claro que ella se merece un Óscar. Su llamada posterior a Susie Patterson parecía confirmar que habían hecho bien al soltarle. Susie ha dicho que Maddie parecía encontrarse mejor ahora que sabía cómo se llamaba. Nadie la tenía retenida contra su voluntad, desde luego. Pero, aun así, Tony miente. Silas está seguro.

Está aprendiendo a interpretar las actitudes del americano, a comprender sus jugadas, su cara de póquer, sus silencios. Le preocupa especialmente que haya negado que sabía que Jemma Huish vivió en su casa de niña. Laura Masters le ha llamado para decirle que había encontrado el apellido Huish en un listado de propietarios anteriores de la finca. ¿Por qué lo niega Tony? Laura también ha encontrado un fajo de recortes de periódico sobre la amnesia; entre ellos, numerosos artículos sobre Jemma Huish. Y por lo visto a Tony le gusta hacer una foto al día. Strover ha estado repasando sus publicaciones en Instagram. Silas prefiere que de eso se encargue ella.

—También necesitamos saber más sobre Maddie —añade—. Ojalá supiéramos su apellido.

—Mientras estaba usted arriba, la brigada de extranjería y fronteras de Heathrow me ha mandado una lista de pasaportes escaneados.

—Ya era hora. —Silas se inclina hacia la mesa cuando Strover gira su portátil para que lo vea.

—Los hemos cotejado con las listas de pasajeros de todos los vuelos que llegaron de Berlín ese día —añade ella.

—¿Y?

—Solo hay dos Maddies que llegaron de Berlín. Una de ellas es esta, que parece ser la que nos interesa. —Abre una copia escaneada de la página de un pasaporte.

—Maddie Thurlow —dice Silas, leyendo el nombre en la pantalla.

—He hecho una búsqueda rápida sobre ella —prosigue Strover.

A Silas empiezan a gustarle esas palabras: «búsqueda rápida». Significan que Strover se ha puesto manos a la obra y ha buceado en redes sociales y medios digitales en los que él, por su edad, no sabe desenvolverse, y quizá ya sea demasiado tarde para que aprenda.

—Es hija del famoso escritor de viajes irlandés James Thurlow —añade.

—Tuvo una serie de televisión en los años noventa —dice Silas. Él solía verla con su padre, que tenía muchas ganas de viajar pero nunca pudo permitírselo.

—Yo entonces era muy pequeña, jefe —contesta Strover.

—Espero que con eso no esté dando a entender que soy un viejo.

Strover no le hace caso y empieza a leer mirando la pantalla del ordenador.

—Según la Wikipedia, Thurlow murió alcoholizado hace diez años, poco después de divorciarse de la madre de Maddie, que era india. Ella renunció a la nacionalidad británica y después del divorcio se fue a vivir a la India.

—¿Y Maddie?

—Debe de ser monja. No tiene Facebook, ni LinkedIn, ni Instagram.

—O a lo mejor intenta no malgastar su vida.

Silas se niega a usar las redes sociales tanto en su vida privada como en el trabajo, para desesperación del equipo de Comunicación y Relaciones Públicas. Algunos compañeros suyos pasan más tiempo tuiteando que investigando delitos.

—Lo único que he encontrado es un blog de viajes de hace diez años —explica Strover—. Pero no tiene ningún contenido, solo un título.

—¿Cuál?

—Berlín. —Strover se interrumpe un momento—. Maddie Thurloe llegó a la ciudad la semana pasada en un vuelo de Emirates procedente de Cochín.

—Kochi.

Ella le mira extrañada.

—Cochín ahora se llama Kochi —puntualiza Silas.

Estuvo en Kerala una vez, se alojó en un barco-casa. Si algo bueno tiene vivir en Swindon es que te anima a viajar al extranjero, a alejarte todo lo posible de este horror de ciudad.

—Igual que Madrás ahora se llama Chennai —añade.

—En el restaurante de mi barrio todavía tienen un plato que se llama «pollo Madrás» —dice Strover sin levantar la vista—. Maddie viajaba con pasaporte indio y tenía visado, de lo que se deduce que vivía en la India. He preguntado en la Oficina de Pasaportes y me han dicho que renunció a la nacionalidad británica hace nueve años, uno después que su madre, y que pasó a tener la nacionalidad india.

—O sea, que no vive en Alemania. —Les dijo a Susie y a Tony que creía que vivía en Berlín—. Ya sabemos más de ella que ella misma.

—Ojalá pudiéramos decir lo mismo de Tony —responde Strover.

Su búsqueda inicial en la base de datos de la Policía Nacional no ha dado resultado. Y eso no es propio de ella. No ha encontrado antecedentes delictivos de ningún tipo. Al parecer, Tony nunca ha sido sujeto de interés para la policía. Solo le han puesto tres multas por exceder el límite de velocidad.

—Quizá haya una cosa —prosigue Strover—. He hablado con alguien de la policía científica con quien tengo buena relación, la persona que peritó el portátil de Tony en su casa. Al parecer, encontró archivos ocultos.

—¿Y el perito abrió los archivos? —pregunta Silas.

Seguramente será porno vegano. «Alegrías de un buen nabo».

—Es *la* perito, y no, no tuvo tiempo de abrirlos, pero hizo una copia del disco duro.

Strover le lanza una mirada de la que él hace caso omiso. Silas está muy a favor de que las mujeres hagan trabajos que antes solo hacían los hombres. Lo que pasa es que todavía no se ha acostumbrado.

—Como Tony no está imputado —añade ella—, tendría que haberla eliminado.

—Pero ¿no lo ha hecho? —Silas levanta las cejas.

—Todavía no. Se ha ofrecido a echarle un vistazo en su tiempo libre. No hay duda de que los archivos estaban escondidos a propósito.

—Avíseme si encuentra algo —dice Silas impresionado. Strover está aprendiendo deprisa. Saltarse un poco las normas nunca viene mal—. ¿Tenemos la seguridad de que Tony es ciudadano británico?

—Tiene la doble nacionalidad desde hace un año, cuando se casó con Laura. Hace veinte años que no vive en Estados Unidos.

—¿Dónde vivía antes de conocer a Laura? —Silas echa un vistazo a las copias escaneadas de los recortes de periódico que encontró Laura en la buhardilla. Son de varios años antes de que se casara con Tony.

—En Europa, creemos. Se dedicaba a fotografiar a *disc jockeys* en Francia, Alemania e Italia. He encontrado la caché de su antigua página web, pero no figura dirección de contacto.

El móvil de Strover comienza a vibrar. Lo oyen los dos, pero ella no contesta.

—Conteste —dice Silas.

Ve que ella se lleva el teléfono al oído, azorada por contestar a una llamada en presencia de su jefe.

—Gracias —dice tras escuchar unos segundos. Cuelga y se vuelve hacia Silas—. Ha aparecido algo interesante en el ordenador de Tony.

—¿Dónde estás? —pregunto.

Tony me ha llamado al móvil viejo de Laura.

—En Swindon —contesta él—. La policía me ha soltado sin cargos.

—Eso es fantástico.

Bajo el volumen de la tele de mi habitación del hotel. Están informando otra vez sobre la muerte de Jemma Huish.

—Voy a comprar un billete para el vuelo de las once de la mañana. ¿Tú puedes cambiar el tuyo?

—Puedo intentarlo.

Oigo tráfico denso de fondo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

Comprendo enseguida que es una pregunta cargada de implicaciones.

—Creía que empezaría a recordar más cosas... —Titubeo, incapaz de resistirme a la tentación de jugar con él, con sus expectativas.

—¿Pero...?

—De momento solo recuerdo mi nombre.

Oigo un suspiro de alivio al otro lado de la línea. O quizá me lo esté imaginando.

—Es importante que esta noche no anotes nada —dice—. Déjate solo un mensaje para mañana explicando que vas a Berlín porque crees que vives allí, que sufres amnesia temporal y que voy a ayudarte a aclararlo todo.

—¿Nada más?

—Solo eso.

Me quedo callada un momento, sopesando si debo protestar o no, mientras veo la imagen de Jemma Huish en el televisor.

—Es importante que evaluemos el alcance de tu amnesia —añade él—. A ver si puedes recordar algo más que tu nombre.

Es lógico que quiera hacer la prueba, pero eso dificultará mucho las cosas.

—Mis notas son muy importantes para mí —digo—. No creo que pueda arreglármelas si...

—Lo sé. Sé que no va a ser fácil. Pero tienes que confiar en mí.

Apago la tele. Él también va a tener que confiar en mí.

Luke va a ver a sus padres con la esperanza de no tener que pararse a hablar mucho rato con ellos. A sus cincuenta años, cada vez que regresa del *pub* y están todavía levantados, se siente como un adolescente que vuelve tarde de una fiesta.

—Milo está levantado —dice su padre señalando al techo.

Se oye el martilleo sordo pero persistente de la música.

—Deberíais decirle que lo baje —responde Luke.

—Subimos la tele y ya está —dice su madre.

Luke mira la pantalla. Están viendo un documental sobre el Flying Scotsman, el tren de Londres a Edimburgo. Luke está seguro de que ya lo han visto. Varias veces.

Arriba, se para junto a la puerta de la habitación de Milo y escucha la música. Hace tiempo que no reconoce la música que pone su hijo, aunque Milo no lo sepa. Saca su móvil, abre Shazam y acerca el teléfono a la puerta. Pasados unos segundos, la aplicación le da el nombre del tema y el artista. Luke llama a la puerta y entra. Milo está frente a su mesa de mezclas digital, con los cascos puestos, bailando de espaldas a él. Luke enciende y apaga la luz varias veces para avisarle de que ha entrado.

—Hola, papá. —Milo se vuelve y se aparta un auricular de la oreja.

—Me gusta este tema —dice Luke, y hace una pausa de un segundo o dos —. *Tru Dancing* es lo mejor que ha hecho O’Flynn, no hay duda.

Milo le mira con sorpresa.

—Tú sí que sabes, papá —dice, y le da un puñetazo en broma en el hombro. Luego baja la música—. Me he enterado de más cosas sobre lo del canal. Es alucinante.

A Luke se le saltan las lágrimas.

—La verdad es que fue horrible.

—¿Estás bien?

—Sí. —Señala la mesa de mezclas con la cabeza—. No lo subas mucho, ¿vale? Tus abuelos están abajo.

—Pero si les encanta —dice Milo quitándose los cascos—. La otra noche puse a Jaydee y los vi bailando.

Luke observa a su hijo, su manera de moverse al ritmo de la música sin ningún esfuerzo, como hacía su madre.

—A tu madre le encantaba bailar —dice.

Procura hablarle de ella todo lo que puede, mantener vivo su recuerdo, aunque sabe que Milo apenas se acuerda de ella.

—Debió de sacarlo de los abuelos —comenta Milo.

Luke se apoya contra la puerta.

—Le habría encantado tener más hijos, ¿sabes? Darte un hermanito. O una hermanita, quizá. ¿A ti te habría gustado?

—Es una buena forma de conocer chicas. —Milo apaga la mesa de mezclas—. Creo que hoy me voy a ir a la cama temprano.

¿Por qué será que, cada vez que su hijo dice eso, Luke desconfía? Piensa en bajar a su despacho del jardín, pero se da cuenta de que él también necesita acostarse temprano. Antes, sin embargo, tiene que hacer una llamada. Aunque no está borracho, se siente culpable cuando entra en su cuarto y marca el número de la agente Strover. La policía siempre le hace sentirse culpable. Strover le dio su tarjeta cuando conversaron en el *pub* y Luke quiere hablarle de esa mujer que tal vez sea su hija.

—Soy Luke, el periodista, el del pueblo —dice. ¿Se le está trabando la lengua? Solo se ha tomado dos pintas con Sean.

—Es tarde para que llame —contesta ella en un tono más frío del que recordaba Luke.

—También es tarde para que esté usted trabajando.

—Nosotros nunca paramos, ¿no lo sabía?

—Quería hablarle de la otra Jemma.

—No se llama Jemma —dice Strover, y hace una breve pausa—. Se llama Maddie.

—¿Maddie? —repite Luke—. ¿Cómo lo sabe?

—Trabajo en la policía de Wiltshire, Luke. En el Centro de Investigación Criminal de Swindon, ¿recuerda? Tengo que saberlo. Para eso estamos. ¿En qué puedo ayudarle?

Luke intenta asimilar el nuevo dato, desconcertado por el cambio de nombre. No se llama Freya, entonces. Claro que a lo mejor le pusieron Freya de segundo nombre.

—He estado hablando con mi novia del instituto, la que vive en la India. Le hablé de ella en el *pub*.

—¿Sigue pensando que Maddie podría ser su hija?

A Strover le gusta ir al grano. Luke ignora la pregunta, consciente de que, si contesta, quizá no pueda contener las lágrimas.

—Al parecer, nuestra hija desapareció hace tiempo —dice—, cuando descubrió que era adoptada.

—No puedo ayudarle, Luke. Lo único que sabemos sobre esa mujer es que se llama Maddie.

—¿Y su apellido?

Strover se queda callada un momento antes de contestar.

—Maddie Thurloe.

—¿Cómo se escribe?

Es un buen nombre para buscarlo en Internet. No puede haber muchas Maddie Thurloe.

Strover le deletrea el apellido. Luke siempre tiene un cuadernito junto a la cama, al lado de una foto enmarcada de su difunta esposa. Vuelve la foto hacia la pared mientras toma nota.

—Oficialmente, el caso está cerrado —le informa Strover—. Hay cosas mucho más importantes que investigar en Wiltshire. La caza de liebres, por ejemplo. Y los incendios de establos.

Luke todavía no la conoce bien; no sabe cuándo está bromeando y cuándo no.

—Eché un vistazo a sus artículos sobre el estrangulador de Swindon —añade ella—. Debería haber sido usted policía.

—Me lo tomaré como un cumplido. ¿Maddie está bien?

—Sí, está bien. Va a volver a Berlín.

—Entonces, ¿no la tenía retenida nadie del pueblo? —pregunta él, con cuidado de no mencionar a Tony.

—A mi jefe le gustaría saber un poco más de ella. Parece que ha llevado una vida extrañamente discreta estos últimos años, creemos que en la India. Madre india, padre inglés... Su padre era el escritor de viajes James Thurloe.

Luke leyó hace tiempo uno de sus libros. Al menos, los padres de Maddie eran una pareja de raza mixta. Que vivieran en Alemania hace treinta años y adoptaran a una niñita de la India, eso ya es otra cuestión.

Tony mira a un lado y otro de la calle iluminada por la luna y entra en la casa. Está vacía. No hay ni rastro de Laura. Tampoco del equipo de la policía forense, aunque Tony sabe que estuvieron aquí esta tarde porque se lo dijo el inspector Hart. Todo parece estar en su sitio, excepto su portátil, que está encima del aparador de la cocina, junto al bloque de los cuchillos. Le da un vuelco el corazón. Está seguro de haberlo dejado en el despacho del jardín.

Se acerca y lo abre, intentando contener el pánico. Lo único que le preocupa son los archivos ocultos. Mira los metadatos de uno de ellos y comprueba que la última modificación es de hace bastante tiempo. Claro que es posible que hayan copiado todo el disco duro. En ese caso, la única cuestión es cuánto tiempo van a tardar en abrir los archivos. No contienen ninguna prueba que le comprometa: no es tan tonto. Pero hay en ellos ciertas evidencias de una vida pasada que preferiría mantener oculta.

La puta policía... Todo dependerá de lo que estén buscando. Y de lo que hayan averiguado ya.

Da una palmada al aparador, maldiciéndose por no haber actualizado el programa de cifrado. Lleva meses dándole la lata: cada dos por tres aparecen ventanitas en una esquina de la pantalla recordándole que tiene que descargarse la nueva versión.

Sube a la planta de arriba con el portátil y echa un vistazo a la habitación en la que durmió Maddie la primera noche. Mañana volverán a estar juntos. En Berlín. Se tumba en la cama y cierra los ojos, preocupado por lo que ha dicho ella cuando han hablado por teléfono. «Alguien que me enseñe la ciudad». Está dando demasiada importancia a esas palabras. Mucha gente ha estado en Berlín y conoce la ciudad, ¿no? En el caso de ella, es solo que no se acuerda y necesita que alguien le eche una mano.

Aun así... ¿Y si sabe de él mucho más de lo que aparenta? Razón de más para ir con ella a Berlín y averiguar qué sabe exactamente. Por eso le ha pedido que no escriba nada esta noche. De momento, ella recuerda solo su

nombre. Pero es improbable que se haya reactivado una red neuronal aislada, y eso le preocupa. El tiempo lo dirá.

Se levanta de la cama y se acerca a la ventana. Las farolas de la estación de tren brillan con fuerza, bañando con su resplandor anaranjado los andenes desiertos. Tony sonríe al recordar que el día anterior por la mañana Maddie intentó escaparse por la ventana. Hacía bien —ya lo creo— en temer a la policía, teniendo en cuenta lo que le ha pasado a Jemma Huish. Y él ha hecho bien en protegerla, aunque casi le haya costado su libertad.

Oye un chasquido abajo. Se aparta de la ventana y aguza el oído. Alguien ha entrado en la casa por la puerta de atrás. Debe de ser Laura. O la policía, que ha vuelto a seguir husmeando. ¿Quizá pensaban llevarse el portátil y se les ha olvidado? Ya le han causado suficientes molestias por hoy.

Se acerca a la puerta y escucha, mirando el portátil que ha dejado en la mesilla de noche. Alguien sube por la escalera. Tony se esconde entre las sombras y espera.

—Creía que ibas a quedarte en casa de Susie esta noche —dice cuando Laura llega arriba.

—¡Por Dios, Tony! —exclama ella al girarse asustada.

Él se queda donde está, medio oculto en la oscuridad del cuarto de invitados, a distancia prudencial.

—Entonces, te han soltado —dice Laura sin poder ocultar su decepción.

—Eso parece. —Tony extiende los brazos como si quisiera dejarle claro que allí está, en efecto—. No me han acusado de nada.

—No voy a quedarme aquí. —Laura entra en su habitación—. Solo he venido a recoger mis cosas.

Mientras Tony la observa, coge su bolsa de aseo y un pijama y vuelve a salir al descansillo. Luego hace intento de bajar otra vez, procurando no mirarle a los ojos.

—Espera —dice él agarrándola del brazo.

Laura se desase de un tirón.

—Suéltame.

—Te debo una explicación —dice él.

—Es demasiado tarde para explicaciones.

Ella hace otra vez intento de bajar las escaleras, pero Tony le corta el paso. Cuando intenta apartarle de un empujón, él vuelve a agarrarla del brazo, con más fuerza esta vez.

—Escúchame, por lo menos.

Están cara a cara y él nota que le huele el aliento a alcohol y le suelta el brazo.

—No hay nada que decir —replica ella—. He visto el apellido Huish en la lista de antiguos propietarios de la casa, Tony. —Señala con la cabeza la trampilla de la buhardilla—. Y encontré todo esos artículos sobre ella.

—No deberías haber subido ahí arriba.

—Jemma subió.

—Se llama Maddie.

—Tú la llamaste Jemma cuando llegó. Jemma Huish. No puedo creer que hayas estado esperándola todo este tiempo, confiando en que volviera... ¿Por eso compramos esta puta casa?

—Entre otros motivos —contesta él, esforzándose por encontrar otro.

Ella menea la cabeza, incrédula.

—Estás enfermo, Tony.

—Fascinado, no enfermo. Todavía, al menos. Dame tiempo. Ya sabes lo que pasa con el córtex cerebral. Ella sufría una forma de amnesia poco frecuente. Disociativa. Tenía curiosidad.

—Y antepusiste tu curiosidad al bienestar de tu mujer. Eso nunca te lo perdonaré.

Al verla bajar por la escalera, Tony se pregunta si volverá a verla alguna vez y si le importa. Ella cierra de un portazo y un momento después se oyen sus pasos calle abajo, alejándose a todo correr.

El perdón es una cosa que nunca le ha interesado.

—¿Qué me trae? —pregunta Silas clavando la vista en la perito informático que acaba de entrar en la Sala de Parada, vestida con ropa informal y con un portátil bajo el brazo.

Ella mira con nerviosismo a Strover por debajo de su flequillo negro y recto.

—He echado un vistazo a la copia que hicimos del disco duro de Tony Masters.

—No pasa nada —dice Silas, deseoso de tranquilizarla—. Estoy al tanto.

Acerca una silla y miran los tres su portátil, abierto sobre la mesa de Silas. La Sala de Parada se ha quedado vacía. Solo hay un par de agentes uniformados, al fondo.

—Estos archivos estaban escondidos —dice la perito.

—¿Bien escondidos?

—Mediante un programa de cifrado gratuito, nada del otro mundo —contesta ella animándose de pronto—. Pero en todo caso estaban ocultos a propósito. El dueño usó las funciones estándar del sistema operativo para asegurarse de que ciertas carpetas y archivos eran invisibles.

Strover mira a Silas, que asiente con la cabeza. Lo de los archivos invisibles lo entiende perfectamente. Lo que le desconcierta es estar hablando con dos mujeres con amplios conocimientos de informática. Todos los peritos informáticos con los que ha trabajado hasta ahora eran hombres, individuos tímidos y apocados, no mujeres seguras de sí mismas que te miran a los ojos mientras hablan de sistemas operativos y *software* gratuito.

—No es que fuera difícil encontrarlos, pero Masters los había encriptado, además, utilizando un cifrado de clave simétrica, un Triple-DES —prosigue la perito.

—Un algoritmo de cifrado triple de datos —aclarar Strover.

—Gracias —contesta Silas ásperamente.

—Ya está un poco desfasado —añade la perito—. Tiene una longitud de clave de 168 bits, pero su seguridad efectiva es solo de 80, de modo que es susceptible a ataques de texto sin formato.

—O sea, que es fácil de descifrar —explica Strover.

—Relativamente fácil —puntualiza la perito lanzándole una mirada.

—¿Y qué ha encontrado en los archivos? —pregunta Silas, ansioso por ir al grano, y se recuerda que su padre solía insistir en la importancia de rodearse de personas competentes.

La perito abre una imagen y mueve el portátil para que Silas vea mejor la pantalla.

—Es un impreso oficial presentado hace veinte años en un juzgado de distrito de Nuevo México, solicitando un cambio de apellido.

Silas lee los dos nombres que figuran en el documento: Tony Masters se llamaba anteriormente Tony de Staal. Silas vuelve a sentir que pisa terreno firme, a hacer lo que mejor se le da: vérselas son personas de carne y hueso cuyas motivaciones es capaz de entender.

—También hay una copia de un anuncio publicado en un semanario local informando del cambio de nombre.

—Según las leyes del estado, tenía que publicarlo dos veces —añade Strover—. Hay, además, un escrito firmado por un juez que da por válidos los motivos alegados por el solicitante y autoriza el cambio de apellido.

—¿Qué motivos eran esos?

La perito mira a Strover.

—Que De Staal era un apellido poco corriente —dice la agente—. Según parece, la muerte de su padre fue un asunto muy sonado. Fue una de las personas más jóvenes que han muerto de Alzheimer en Estados Unidos. Tony Masters alegó que llevar ese apellido podía perjudicarlo.

—O sea, que las compañías aseguradoras se negarían a darle cobertura con esos antecedentes familiares.

Strover asiente en silencio.

—¿Y vamos a creérselo? —pregunta él.

—El juez se lo creyó —dice Strover—. Pero es posible que Tony tuviera otros motivos. He hecho una búsqueda rápida. —Música para los oídos de Silas—. Y he encontrado a un Tony de Staal al que expulsaron de la facultad de Medicina de la Universidad de Nuevo México justo un año antes.

Strover abre un artículo de la hemeroteca del *Santa Fe New Mexican*, un periódico del estado de Nuevo México.

—Están colgadas en Internet todas las ediciones del periódico desde 1868 —explica—. Pueden consultarse todas por un módico precio.

—Acuérdese de guardar los recibos.

Silas lee el artículo y reconoce en el joven de la fotografía a Tony Masters, aunque en el pie de foto ponga *Tony de Staal*. Le expulsaron cuando cursaba primero de Medicina por conducta vejatoria hacia un cadáver en una clase disección: al parecer, se hizo varias polaroids sosteniendo un cerebro y luego trató de sustraer del laboratorio una parte del mismo; el hipocampo, en concreto.

—Tony de Staal —dice Silas pensativo.

—El asunto tuvo cierta repercusión en su momento —explica Strover—. Pero fue hace veinte años, o sea que no había redes sociales. Si no, se habría vuelto viral.

—Imagino que su mujer no lo sabe. —Silas se queda callado un momento—. O sea que dejó la carrera de Medicina, se cambió de nombre y se vino a Europa a trabajar como fotógrafo. Cambió los cadáveres por los *disc jockeys*.

—Y por los caballitos de mar.

Silas se acuerda de las fotografías enmarcadas que tenía Tony en su café y vuelve a mirar la pantalla del ordenador.

—¿Para qué sirve el hipocampo cuando está en su sitio?

Ve que Strover teclea rápidamente en su portátil.

—Está ubicado en el lóbulo temporal medial —dice, medio leyendo en voz alta medio resumiendo lo que lee—. Tenemos uno a cada lado del cerebro y suele compararse con una puerta a través de la que deben pasar los recuerdos antes de quedar almacenados de manera permanente en otras partes del cerebro. Las lesiones en el hipocampo pueden producir amnesia anterógrada, es decir, incapacidad para crear recuerdos nuevos.

—Justo la que sufre nuestra amiga Maddie —comenta Silas sin poder reprimirse.

—El término «hipocampo» deriva de la palabra griega *hippos*, «caballo» —prosigue Strover—. Integrado en el sistema límbico cerebral, el hipocampo debe su nombre a su curvatura característica, que lo asemeja a un caballito de mar.

—Busque una imagen de un caballito de mar y un hipocampo humano —dice Silas.

Miran los tres la fotografía del caballito de mar y del hipocampo, uno al lado del otro. Su forma es casi idéntica.

—Madre mía —murmura Silas.

Alzheimer, hipocampo, caballitos de mar, amnesia... Aquí hay algo que no cuadra; falta algo que conecte a Tony y Maddie.

—¿Desde cuándo se llama su empresa Seahorse Photography?

Strover abre un archivo en su portátil.

—Ya usaba ese nombre cuando se dedicaba a fotografiar a *disc jockeys* en Europa continental, pero parece que lo abandonó cuando se mudó al Reino Unido hace cinco años y abrió un estudio de fotografía especializado en bodas, en Surrey. —Strover sigue leyendo—. Tuvo que cerrar el negocio. Justo después, empieza a aparecer el nombre Seahorse Photography en los créditos de fotografías de diversas páginas web de periódicos de Wiltshire. Hace poco fotografió a un grupo de monjes budistas que visitó el pueblo.

—Para pagar las facturas, supongo —comenta Silas—. Porque con esa comida vegana no puede ganar mucho.

—Creía que le había gustado, jefe —dice Strover.

—El día anterior no había probado bocado —contesta él con una mirada fulminante—. Mañana a primera hora tenemos que volver al local de Tony, hay que echar un vistazo a esas fotografías. Siga buscando, a ver si encuentra algo más sobre Tony de Staal.

—¿Estabas dormida? —pregunta Tony.

Me incorporo en la cama y miro a mi alrededor, recordando dónde estoy y quién tengo que ser. Me llamo Maddie y estoy en un hotel de Heathrow.

—No, aún no —miento mientras coloco mejor el teléfono y trato de espabilarme.

¿Me está poniendo a prueba? Si le digo que estaba durmiendo, dará por sentado que lo he olvidado todo.

—Mañana tenemos que coger un avión —dice.

—Vale —contesto.

Parece crispado. Me gustaría preguntarle por qué, pero no puedo correr ese riesgo, por si acaso meto la pata y recuerdo demasiadas cosas.

—Estaré en el hotel lo más temprano que pueda —añade.

Intento adivinar qué es lo que quiere oírme decir.

—No he escrito nada. Solo un mensaje diciendo que nos vamos juntos a Berlín.

—Perfecto —dice—. Lo estoy deseando. Me apetece mucho enseñarte la ciudad.

Cierro los ojos.

—A mí también.

Vuelvo a abrirlos, sobresaltada. ¿Por qué ha dicho eso?

—Y Maddie...

—¿Sí? —contesto, angustiada. ¿He cometido algún error?

—No dejes la habitación muy temprano, no hay prisa.

Luke está medio dormido cuando recibe el mensaje. Su móvil debería estar cargándose en el descansillo, que es donde insiste en que Milo deje el suyo por las noches. Es un mensaje breve y enigmático de su nueva amiga, la agente Strover:

Tony de Staal.

¿Qué quiere decir? Que él sepa, solo tienen un conocido común que se llame Tony. Y el apellido tiene atractivo, desde luego, para alguien tan aficionado como él a buscar en Internet.

Ha pasado horas tratando en vano de averiguar algo más sobre Maddie Thurloe. Sobre su padre hay mucha información, pero al parecer Thurloe era muy discreto en lo referente a su mujer y su única hija. Y en ningún sitio dice que adoptara a una niña india. Ni que fuera de religión bahaí. Solo hay un artículo sobre Delhi en el que Thurloe menciona el Templo del Loto. Lo único que ha encontrado Luke es el diario frustrado de un viaje a Berlín que Maddie empezó hace diez años. Demasiadas expectativas literarias para la hija de un célebre escritor de viajes, quizá. Aun así, es bastante extraño que alguien de su edad no haya dejado ninguna huella digital.

Coge el portátil y se dispone a buscar *Tony de Staal* cuando oye música. Milo sigue despierto, aunque se suponía que iba a acostarse temprano. Luke vuelve a aguzar el oído. Solo están ellos dos en esta parte de la casa, la más vieja, la del siglo XVIII. Sus padres duermen en la planta baja, en un piso independiente. Luke cruza el descansillo y aparta la cortina jamaicana que cuelga de la puerta del cuarto de su hijo. Otra cosa comprada en eBay.

Milo está profundamente dormido, pero la música sigue puesta, a volumen muy bajo. Al chico le ha ido bastante bien dadas las circunstancias; ha sabido conducirse con prudencia por el laberinto de la adolescencia, pero,

aun así, Luke no puede evitar pensar en lo distinto, en lo feliz que sería si su madre siguiera viva. Confía en que tener una hermana le ayude.

Pero se está precipitando.

Apaga la música, apoya la mano en el hombro del chico y la deja allí un rato, envidioso de la quietud de su sueño.

De vuelta en su habitación, retoma la búsqueda de Tony de Staal y encuentra un artículo de hemeroteca sobre un estudiante de medicina de Nuevo México, pero está alojado en la página web de un periódico local y hay que pagar para leerlo. Busca por imágenes y encuentra una foto de Tony de joven. El pie de foto dice: *Tony de Staal, un estudiante de primer curso, ha sido expulsado de la facultad de Medicina de la Universidad de Nuevo México por su conducta vejatoria hacia un cadáver durante una clase de disección.*

Mira fijamente la fotografía, hecha hace veinte años. *Por su conducta vejatoria hacia un cadáver.* Luke está escandalizado, pese a saber que todo el mundo tiene secretos. Puede que solo fuera una broma de estudiantes, pero aun así es siniestro. ¿Sabe Laura que su marido se cambió de nombre? ¿Y que tiene un pasado turbio en Estados Unidos? Conque acento neoyorquino, ¿eh? Por lo visto, es de Nuevo México.

Luke mira su reloj y se da cuenta de lo poco que sabe de la pareja. Es casi la una de la noche. Los antecedentes familiares de Tony explicarían, desde luego, su obsesión con el Alzheimer. Pero ¿por qué le ha mandado Strover el mensaje? Antes le ha pedido que le cuente todo lo que descubra sobre Maddie Thurloe. ¿Qué relación hay entre ellos? ¿Estará Tony con Maddie en estos momentos? Le han soltado sin cargos, pero nadie le ha visto volver al pueblo. Y a él no le apetece pasarse por su casa después de su último encuentro.

Busca en los contactos de su móvil hasta dar con el número de Nathan, un antiguo amigo de la universidad. Sus caminos no tenían por qué cruzarse en Cambridge, porque Luke estudiaba Lenguas Clásicas y Nathan Medicina, pero iban al mismo *college* y formaban parte del equipo de remo en primer curso. Desde entonces son buenos amigos, aunque casi nunca se vean. Nathan solía echarle una mano en sus primeros tiempos como periodista. De vez en cuando le daba algún soplo jugoso sobre el Servicio Nacional de Salud, pero hace ya veinte años que se trasladó a Estados Unidos con su familia. Como todos los médicos, es un cotilla de marca mayor. Tal vez él sepa algo de Tony de Staal y sus travesuras en la facultad de Medicina, dado que salieron en los periódicos en la época en que se instaló en Estados Unidos.

Luke le manda un mensaje. Primero le pregunta por su familia (es el padrino de su hijo mayor) y luego le explica que está escribiendo un artículo sobre personas que publican fotos vejatorias de cadáveres en Facebook. ¿Sabe algo, por casualidad, de un tal Tony de Staal, de Nuevo México? Le agradecería cualquier detalle que pueda darle sobre lo sucedido veinte años atrás, cuando las «travesuras» de Staal salieron en los periódicos. Para terminar, le pide que le llame en cuanto pueda, si sabe algo. Aunque sea de noche.

No consigo dormir después de la llamada de Tony. Algo sospecha. Me levanto de la cama y me acerco a la cómoda, donde hay una bolsita de plástico con una pastilla. El tipo que las vendía frente a la discoteca de Berlín las llamó *palitos* de Xanax cuando le compré una, antes de coger el avión a Londres. Aquello me extrañó. Dos miligramos de alprazolam, un potente ansiolítico de acción rápida a base de benzodiazepina. Un tranquilizante, dicho de otra manera.

Guardé la pastilla en el bolso y me alegró ver que seguía allí cuando lo recogí en la consigna. Antes, en los viejos tiempos, Fleur y yo nos tomábamos las pastillas con «paracaídas»: las molíamos, envolvíamos el polvillo en un trozo de papel higiénico de una sola capa y nos tragábamos la bolita con un chupito de vodka. Pero el Xanax y otros tranquilizantes, no. Nunca con alcohol.

Me siento en la silla, saco la pastilla del bolso y empiezo a triturarla, lo que no es fácil con un cuchillo y una cuchara. Pasado un rato, consigo dejarla bien molida. Iba a hacer esto por la mañana, pero prefiero dejarlo acabado cuanto antes. Espero que surta el efecto deseado: amnesia, incapacidad, mansedumbre.

Mientras miro el polvillo, me digo que todo va a salir bien. Quizá me vendría bien hacer un poco de yoga, pero estoy muy cansada. Así que cierro los ojos y pienso en el árbol de bodhi en flor, confiando en que despeje mi mente de tanto engaño y tanta mentira.

Silas espera a que Strover se marche a casa para llamar a Susie Patterson, aunque sabe que es ya muy tarde. Había prometido llamarla antes, pero el trabajo, como siempre, ha frustrado sus planes. Primero la muerte de Jemma Huish y ahora lo de Tony de Staal. Tiene una corazonada sobre ese tipo. Lo de Maddie Thurloe no lo tiene tan claro. La chica es de nacionalidad india y llegó a Alemania en avión desde el sur de la India hace una semana, pero a Tony le dijo que creía que vivía en Berlín.

—Soy yo —dice Silas, mirando por la ventana de la Sala de Parada.

Un coche patrulla sale del aparcamiento de la comisaría con la sirena puesta y se aleja a toda prisa. Él intenta imaginarse dónde está Susie. ¿En la cama? Estaría bien.

—¿Qué hora es? —pregunta ella soñolienta.

—Tarde, lo siento. —No debería haberla llamado—. ¿Quieres que te llame mañana?

—No, no pasa nada. —Silas se la imagina incorporándose en la cama y apartándose el pelo de los ojos—. ¿Qué tal el día?

—Movidito —contesta él mientras da vueltas a un boli en la mano, como hace siempre que está intentando dejar de fumar—. Siento lo de la cena.

—Lo dejamos para otro día.

Silas sabe que no debería hablarle del trabajo, pero no puede evitarlo. Esta noche, no.

—¿Qué te pareció Maddie, la mujer misteriosa? —pregunta.

—Creía que llamabas para darme las buenas noches.

—Sí, para eso llamaba.

A veces, Silas se odia a sí mismo con todas sus fuerzas. ¿O es su trabajo lo que detesta? La manera en que le hace comportarse.

—No sé si soy la persona más indicada para opinar —contesta Susie—. Ya sabes que cuando llegó pensé que era Jemma Huish.

—Como todo el mundo.

—Luego cambié de idea.

Que se lo digan a él. Susie le complicó mucho la vida al impedirle hablar con Maddie, pero ya la ha perdonado. Es una debilidad que tiene.

—Si lo que quieres saber es si va a recuperarse, yo diría que sí, seguramente —prosigue Susie—. Hoy, cuando he hablado con ella por teléfono, parecía muy distinta. Mucho más centrada.

—¿Demasiado centrada, por casualidad?

—¿Qué quieres decir? —pregunta ella, poniéndose de pronto a la defensiva.

Silas da otra vuelta al boli. Necesita un cigarrillo.

—¿Es posible que su amnesia fuera fingida?

Es la única explicación que se le ocurre para explicar la conducta de Maddie, por improbable que parezca.

—Lo dudo mucho —dice Susie—. La vi en el centro de salud la primera noche, justo después de que apareciera en el pueblo. Estaba hecha polvo. Ya sé que a veces pasan esas cosas, que la gente intenta llamar la atención... Pero no era su caso. Estoy casi segura de que sufría una fuga disociativa.

Silas ha estado leyendo sobre las fugas disociativas desde que Susie le habló de ellas y ha descubierto que uno de sus personajes preferidos del cine, Jason Bourne, está basado en un tal Ansel Bourne, un predicador del siglo XIX que sufría amnesia.

—Es que es muy extraño, teniendo en cuenta la obsesión de Tony —dice.

—¿Qué obsesión?

—Su obsesión por la memoria. Por la amnesia.

—Tony está obsesionado con el Alzheimer, desde luego. Vino a verme una vez para hablar de eso. Su padre lo tenía y murió muy joven.

Silas hace una pausa y sopesa lo que acaba de decir Susie y lo que puede contarle.

—Tony se va con ella a Berlín —dice por fin—. Mañana.

—Dios mío, ¿de verdad? Va a ser un palo para Laura.

Silas se había olvidado de Laura, de cómo le estará afectando todo esto y de su amistad con Susie.

—¿La has visto esta noche? —pregunta.

—Está aquí, durmiendo en el cuarto de invitados.

—Tengo la sensación de que todo esto es un plan de Maddie.

—¿Qué?

Aún no le ha contado su teoría a nadie, ni siquiera a Strover. Recuerda claramente la impresión que le produjo Maddie al oírla hablar por teléfono

con Tony. Y fue ella, no hay duda, quien le pidió que la acompañara a Berlín.

—¿Por qué llamó precisamente a casa de Tony cuando llegó al pueblo? —pregunta—. Ya sabemos que no es Jemma Huish.

—No lo sé, Silas. Solo sé que es muy tarde. —Susie hace una pausa—. Ya sabes que no quedaré en muy buen lugar si resulta que estaba fingiendo.

Silas desea en parte haberse equivocado. Que Maddie sufra, en efecto, una fuga disociativa. Si está en lo cierto, no sabe cómo va a afrontar Susie otro error de diagnóstico. Y en un asunto que ha tenido tanta repercusión. Los medios ya se han enterado de la existencia de *la otra Jemma*, la mujer a la que todo el mundo creía que habían matado de un disparo.

—¿Podemos quedar para cenar mañana? —pregunta, ansioso por cambiar de tema. No quiere recordarle a Susie su pasado. Todo el mundo comete errores.

—Mañana no puedo —contesta ella desganadamente—. Puede que la semana que viene.

—He dejado de fumar.

—Deberías irte a dormir —dice, y cuelga.

Silas saluda al salir a los pocos agentes que quedan en la Sala de Parada, intentando no guardarles rencor. Ellos cobran una prima por hacer turno de noche, no como los inspectores, que ganan mucho menos por quedarse trabajando hasta tarde, además de que les han quitado la dieta para ropa que les daban antes. Y luego les extraña que ya nadie quiera trabajar en el Centro de Investigación Criminal.

Cinco minutos después, sale del aparcamiento de Gablecross. No debería haber llamado a Susie, ni haberle hablado de Maddie, ni haberle dado a entender que tal vez la haya cagado de nuevo.

Llevado por un impulso, decide volver por otro camino a su piso en el casco viejo y toma Fleming Way. Tuerce en Princes Street y luego en Islington y deja atrás el edificio de los juzgados, donde ha pasado tanto tiempo de su vida; demasiado, quizá. Antes la comisaría estaba allí y un pasadizo techado la comunicaba con los juzgados. Frena al pasar junto al aparcamiento de varios pisos y echa un vistazo a la fachada del edificio. Conor está ahí dentro, en alguna parte. Seguramente en el vestíbulo de los ascensores de la cuarta planta, rodeado de los desperdicios de su adicción.

Silas para el coche en la calle y se queda sentado en la oscuridad, agarrando aún el volante. ¿Debería subir, sacar a Conor de ese mundo a la fuerza, llevarle a casa y meterle en la cama? No consiguió salvar a Jemma Huish junto al canal. Si no hace algo pronto, Conor también acabará muerto.

Pero ¿qué puede hacer? Ya le ha sacado de aquí otras veces, y nunca sirve de nada. La última vez se desató una pelea cuando intentaba llevársele a rastras y aparecieron dos agentes de policía. No puede decirse que fuera su mejor momento.

Secándose los ojos con el dorso de la mano, arranca en medio de la oscuridad de Swindon y, al volver a mirar el aparcamiento, piensa en la cara que puso Jemma Huish cuando oyó el disparo. Cuántas vidas malgastadas.

Luke contesta al teléfono en cuanto suena. Siempre ha tenido el sueño ligero, quizá porque durante años tuvo que ocuparse él solo de Milo por las noches.

—Decías que te llamara a cualquier hora —dice Nathan.

Luke enciende la luz y mira el reloj de la radio: son las dos y media de la madrugada.

—Sí, tranquilo. —Se incorpora y trata de orientarse—. No pasa nada.

—Cómo mola oír tu voz, tronco —añade Nathan—. Hacía la tira de tiempo.

¿Sigue dormido? ¿Está soñando? Nathan parece cada vez menos un médico inglés y más un surfista californiano (o su caricatura). Siempre fue muy buen imitador, podría haberse dedicado a la actuación, pero le tiraba más la medicina. Ahora es profesor de cirugía cardiotorácica en la Facultad de Medicina de Stanford y, sin duda, el que ha tenido más éxito de todos sus amigos de la universidad. Hablan unos minutos de la familia: su mujer, que también es médico, da desde hace poco clases de anestesiología en la universidad y parece que sus tres hijos también van a dedicarse a la medicina. Luego, Nathan saca el tema de Tony de Staal.

—He dado un toque a un antiguo compañero que es de Santa Fe —dice—. Resulta que tu amigo Tony...

—No es amigo mío.

—Pues me alegro de que lo digas porque empezaba a preocuparme por ti. Según parece, el tal Tony estaba como una regadera cuando iba a la facultad.

—¿Qué hacía? —pregunta Luke—. Aparte de intentar salir del laboratorio con un cerebro en el bolsillo.

—¿Ya sabes eso?

—Lo he leído en una noticia antigua, en Internet. —Luke vuelve a pensar en el artículo en el que se informaba de la expulsión de Tony por conducta vejatoria hacia un cadáver.

—Es el mismo, entonces. Quería asegurarme antes de llamar a nadie. Mi amigo me ha dado toda una lista de gente que seguramente sabe más de él. Puede que me lleve algún tiempo.

—¿Es mucha molestia? —pregunta Luke, agradecido por la ayuda de su amigo. Nathan nunca hace las cosas a medias—. No te preocupes, si no.

—No, qué va. Tengo curiosidad. Y, además, te debo una, ¿recuerdas? Luego hablamos.

Luke lo había olvidado. Hace un año, hizo las gestiones necesarias para que su ahijado trabajara una semana en un periódico inglés. Después de la experiencia, el chico llegó a la conclusión de que el periodismo no era lo suyo y decidió seguir los pasos de su padre, que se puso contentísimo.

DÍA CUATRO

Tony se despierta temprano, después de una noche inquieta, de sueños turbios sobre Berlín. Está seguro de que ha vuelto a hablar en sueños, puede que incluso haya gritado, pero no hay nadie en la casa que haya podido oírle. Laura no volvió después de recoger sus cosas, lo que simplifica todo. Ha soñado con su antiguo estudio de fotografía (tiene que acordarse de coger las llaves), que lleva cinco años cerrado, vacío y olvidado. Y también con Maddie, y con lo que tendrá que pasar si sabe algo sobre su vida en Berlín.

Ha sido entonces cuando ha gritado, ahora se acuerda. Pero ¿ha sido por un sentimiento de culpa, por lo que les hizo a los otros? ¿O por miedo a lo que va a ocurrirle a su cerebro cada vez más atrofiado? Entre pesadilla y pesadilla ha estado un rato despierto, pensando en los archivos, en lo que podría descubrir la policía. Y cuándo. Putos policías.

Su plan es coger el primer vuelo que puedan, pero ahora mismo tiene que resolver lo de la cafetería. Es importante que la gente —la policía, sobre todo— tenga la impresión de que va a volver al pueblo, aunque sabe ya que su futuro reside en el pasado. La hija adolescente del dueño del *pub* le sustituye a veces, los fines de semana. Anoche la llamó, y la chica quedó en encargarse hoy de atender el local. Solo lo básico, nada de vender bocadillos en el andén de la estación.

Al alba, coge su pequeña bolsa de viaje y baja por la calle. Le gusta el amanecer. Es al ponerse el sol cuando se siente vulnerable. Se aturde y se desorienta. Se pone nervioso. «Síndrome del ocaso», lo llaman, y está asociado a las fases tempranas del Alzheimer.

La chica ya está esperándole a la puerta del café, legañosa y medio dormida, cuando llega. Tony mira la hora: son las cinco de la mañana. Le abre la puerta, le da las llaves y le dice cuáles son los platos de hoy y que sea amable con los policías que pasen por allí. Si alguien pregunta por él, se ha ido a Londres, a una feria de alimentación.

Ella mira su maleta con desconfianza.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —pregunta mientras se aparta un mechón de pelo de los ojos.

—Un par de días. —Tony enciende la cafetera, detrás del mostrador—. ¿Mañana puedes venir?

—Sí, pero tendré que cerrar temprano.

—No importa. —Él echa un vistazo a la nevera—. Procura solo que esto esté limpio.

Hay suficiente *baba ganush* y *dolma* para los platos mediterráneos de hoy. Va a echar de menos la cafetería. Quizá abra otra en Berlín.

—¿Y las fotos? —pregunta la chica.

Tony la mira.

—¿Qué pasa con ellas?

—Si alguien quiere comprar una.

Él se ríe y echa un vistazo a las fotografías colgadas en la pared. Nunca le ha dado por pensar qué pasaría si alguien quisiera comprar una. Sería interesante.

—Por cada vez, te llevas una comisión del veinte por ciento.

A la chica se le iluminan los ojos soñolientos.

—¿En serio?

—No te hagas muchas ilusiones. —Tony se para en la puerta para echar una última mirada al café. Más adelante hará que le manden las fotos a Alemania, donde tienen que estar—. Mándame un mensaje si se pasa por aquí algún poli, ¿vale?

—¿Es que podrían pasarse? —pregunta ella, alarmada de pronto.

—Ayer me detuvieron por error y anoche me soltaron sin cargos. Y ya sabes cómo son —añade guiñándole un ojo.

A las cinco y media de la mañana, Nathan vuelve a llamar a Luke. Esta vez, Luke está profundamente dormido y no sabe cuánto tiempo lleva sonando el teléfono cuando contesta.

—Resulta que el tal Tony de Staal era famoso en la facultad, en sus tiempos —dice Nathan como si hubieran estado hablando hace solo un par de minutos—. En Santa Fe hay mucha gente que todavía se acuerda de él.

—¿Famoso por qué? —pregunta Luke, confiando en ganar tiempo mientras abre su cuaderno.

Le está costando despertarse del todo.

—Estaba obsesionado con la obra de William Beecher Scoville, un neurocirujano de Connecticut que estaba como una cabra. Hacía lobotomías en los años cincuenta, sobre todo a pacientes de hospitales psiquiátricos. Era la época de la «psicocirugía», cuando se extirpaban o directamente se destruían partes de tejido cerebral con la idea de curar trastornos mentales.

Luke anota el nombre en el cuaderno.

—¿Eso todavía se hace?

—No, está prohibido en casi todas partes. Ahora se estila más la estimulación cerebral profunda. El caso es que al tal Scoville le gustaba, ¿cómo diría yo?, experimentar. Es famoso, sobre todo, por practicarle una lobectomía bitemporal, incluido el hipocampo, a un paciente con epilepsia, un tal Henry Molaison.

—¿Una lobectomía? —pregunta Luke temiéndose lo peor.

—Sí, una extirpación quirúrgica de los lóbulos temporales mediales. La operación solventó la epilepsia, pero también le borró la memoria al pobre hombre.

—Qué horror. —Luke vuelve a pensar en lo que le dijo Laura sobre la amnesia de Maddie. Sobre su vacío mental.

—Molaison era incapaz de crear recuerdos nuevos —prosigue Nathan—. Y además perdió gran parte de los antiguos. Vivía en un presente continuo y

contaba las mismas historias una y otra vez. No recordaba si acababa de comer y tenía que llevar siempre una nota en la cartera explicando que su padre había fallecido y que su madre estaba en una residencia.

—¿Y dices que se llamaba Henry Molaison? —Luke echa un vistazo a su cuaderno. Tiene mala letra hasta cuando está completamente despierto.

—Le llamaban por sus siglas, «HM». Era bastante conocido, sobre todo entre los neuropsicólogos cognitivos. Cuando murió, se hizo aún más famoso. Lo cortaron en dos mil cuatrocientas rodajitas y ahora se expone en la Universidad de California en San Diego. Hasta hay un vídeo en Internet de cómo lo cortaron, si quieres verlo.

—No, gracias.

No quiere ni pensarlo. Nunca ha tenido estómago para esas cosas.

—Tony de Staal también le daba mucho a las drogas, por lo visto. A las benzodiacepinas, sobre todo. Por lo visto, las autoridades universitarias hicieron la vista gorda al principio, teniendo en cuenta que su padre había muerto muy joven de Alzheimer, justo antes de que Tony empezara la carrera. Fue un caso bastante sonado por aquí. Pero, leyendo entre líneas, yo diría que le echaron de la Facultad de Medicina no por lo de los cadáveres, sino por una violación. Al parecer, los padres de la víctima intentaron echar tierra sobre el asunto. Hace años que nadie sabe nada de él.

Con la mirada fija en el techo de la habitación, escucho los sonidos asépticos del hotel: el zumbido del aire acondicionado, el tráfico de fuera. La transitoriedad de los aeropuertos. Me he despertado pronto, angustiada por la llegada inminente de Tony.

Son las seis, y dentro de poco estará aquí. Hoy necesito controlar la situación, y me desconcierta que quiera coger un vuelo a primera hora y su deseo de poner a prueba mi amnesia pidiéndome que no anotara nada ayer. Me siento en la cama y miro el breve mensaje que dejé sobre la mesilla de noche. ¿Cómo iba a olvidar que hoy me voy con Tony a Berlín?

Llevo semanas planeándolo.

Mi teléfono, el que me dio Tony, vibra. Es un mensaje muy breve, sin explicaciones, en el que me dice que está en un autobús, no muy lejos de Heathrow, y que calcula que dentro de media hora estará en el hotel. Estoy a punto de contestar, pero me refreno a tiempo. El teléfono no tiene grabado ningún número y el mensaje es anónimo. Evidentemente es de Tony, pero ¿y si me está poniendo a prueba otra vez? Miro la nota que me pidió que escribiera anoche y le respondo: *¿Quién eres?*

No quiero arriesgarme. Tengo que volver a olvidarlo todo. Borrar la pizarra por completo. «No recuerdo mi nombre».

Él contesta enseguida.

Soy Tony. Lee la nota que tienes junto a la cama.

Me ducho y me pongo la ropa nueva que compré ayer en el aeropuerto. Después de echar una última ojeada a la habitación, salgo con mi bolso. Tony no quería que dejara la habitación, pero en eso no voy a seguirle la corriente. Le diré que se me ha olvidado.

Tengo miedo mientras espero al ascensor para bajar a recepción. Ojalá estuviera aquí Fleur. Lo que va a pasar no es por mí, sino por ella. Por ella y por todas las demás.

Silas entra en la cafetería con Strover, extrañado de que esté abierta tan temprano. Debería estar de vuelta en Gablecross, encargándose del papeleo de ayer: aún tiene que acabar de redactar el atestado e informar al equipo de Comunicación y Relaciones Públicas de Devizes. Le ha dejado un mensaje a su jefe explicándole que le preocupa la mujer desaparecida y la actuación de Tony Masters en todo este asunto, pero aún no ha obtenido respuesta.

No hay ni rastro de Tony. Seguramente a estas horas estará ya en el aeropuerto, camino de Berlín, con Maddie. Sin pruebas concluyentes, Silas no puede impedírselo.

Ahora mismo no le apetece un pudín de fruta fresca con chía, ni un revuelto de tofu, ni nada de lo que hay en la pizarra (¿qué le pasaba ayer?), así que se limita a saludar con una inclinación de cabeza a la chica que atiende el mostrador al cruzar el local para acercarse a la galería de fotos. Strover se queda atrás y pide un capuchino con leche de soja para llevar.

—*Hippocampus denise* —lee él, parado delante de la primera fotografía enmarcada, en la que aparece un solitario caballito de mar de color naranja.

Mira a Strover cuando se acerca a él, pero se fija, en realidad, en la chica de la barra. Está mandando un mensaje.

—*Conocido también como «caballito pigmeo»* —lee Strover mirando su teléfono—. *Es uno de los caballitos de mar más pequeños, originario del Pacífico oriental. Y un auténtico mago del camuflaje.*

—Se esconde a plena vista —comenta Silas, y se fija en que el color naranja del caballito de mar es casi idéntico al del coral que tiene detrás.

Parece recién nacido y viejo al mismo tiempo, casi un alienígena.

Pasan a la siguiente fotografía, como dos estudiantes de arte en una galería. Hay ocho en total. Por lo visto, Swindon tiene aspiraciones artísticas. Un filántropo local quiere convertir la ciudad en el centro cultural de Gran Bretaña. Debe de ser un tipo muy optimista.

—*Hippocampus florence*. —Silas observa la fotografía; esta, de dos caballitos de mar—. Será porque son italianos, de Florencia. Aunque no veo esto colgado en los Uffizi.

—Hay cincuenta especies conocidas de caballitos de mar. —Strover sigue mirando la pantalla de su móvil—. *Hippocampus fisheri*, *Hippocampus fuscus*... —Hace una pausa y vuelve a mirar el rótulo de la fotografía—. De *Hippocampus florence* no dice nada —añade en tono más serio.

Silas se inclina hacia el cuadro, intrigado por el tono de Strover. Se considera un aficionado a la fotografía; a la de viajes, sobre todo, más que a estas cosas. El cuerpo de los dos caballitos de mar tiene un aspecto un tanto extraño, no como el del *Hippocampus denise*. Es como si se hubieran superpuesto dos fotografías, una encima de la otra. No está seguro de que las imágenes estén alteradas mediante Photoshop o sometidas a algún otro tratamiento. Los colores están muy saturados, eso es indudable, para realzar el tono de los caballitos y la textura del coral.

Al pasar al cuadro siguiente, echa un vistazo a la barra. La chica que atiende se vuelve con un vaso de café en la mano. ¿A quién estaba escribiendo? ¿A Tony?

—Su capuchino con leche de soja ya está listo —le dice Silas a Strover con cierta sorna.

Ella se acerca al mostrador a recogerlo.

—¿Qué pasa? —pregunta al volver.

—Nada.

La verdad es que el café huele de maravilla, pero no puede pedir uno, al menos por ahora. Se vuelve para mirar la fotografía que tiene delante, titulada *Hippocampus alwyn*. Un caballito de mar endémico de Gales, a juzgar por su nombre.

Y entonces, de golpe, se da cuenta de todo. *Escondido a plena vista*. Se le encoge el estómago como la primera vez que llevaron a Conor a comisaría, irreconocible, casi inconsciente.

—¿Recuerda lo que nos dijo Susie en el centro de salud? —pregunta—. ¿Lo de que Maddie tenía una amiga que había muerto?

Strover asiente.

—A mí también me lo dijo cuando hablamos.

—¿Y cómo se llama su amiga?

Es una pregunta retórica, lo que no impide que Strover saque su libreta. Mientras ella revisa sus notas, Silas vuelve a situarse frente al segundo cuadro y lee el rótulo: *Hippocampus florence*. Este es el momento para el que vive en

su trabajo y que tanto teme: el instante en que el arrebató de adrenalina de una revelación da paso al horror del descubrimiento de las víctimas.

—Fleur —dice Strover, levantando la vista de su libreta—. Su amiga, la que murió, se llamaba Fleur.

Silas se inclina un poco más hacia la imagen y observa los rasgos reptilianos del animal.

—O sea, Florence —dice.

El *Hippocampus florence* no tiene nada que ver con Italia.

Veo a Tony antes de que él me vea a mí, pero debo fingir que no le reconozco, que no sé nada de él. Estoy sentada a una mesa al fondo del vestíbulo del hotel, con el bolso bien agarrado sobre el regazo y la nota de anoche en la mano.

—Maddie —dice al acercarse.

Le miro como si mirara a un desconocido. Como hice aquel primer día, cuando llamé a su puerta.

—Soy Tony. ¿Recibiste mi mensaje?

Digo que sí con la cabeza y esbozo una sonrisa indecisa y ambigua.

Él mira la nota que tengo en la mano.

—Hoy nos vamos a Berlín. —Se inclina para besarme en los labios.

Yo me aparto instintivamente y sus labios me rozan la mejilla.

—Lo siento —dice enseguida, sentándose a mi lado.

¿Con eso basta? ¿Qué haría alguien en mi situación?

—Me he precipitado —añade—. Entonces, ¿has visto la nota? —pregunta mirando de nuevo el papel que tengo en la mano.

—Lo he leído al levantarme. La verdad es que no sé qué pasa.

Tony apoya la mano en mi rodilla. Yo opto por no disimular mi nerviosismo.

—Tranquila, todo va a salir bien —dice—. Tú confía en mí. —Saca su móvil y se inclina para hacer un selfi de los dos juntos—. La foto de hoy.

Le miro desconcertada.

—Solo tienes que leer tus notas —explica—. Seguro que están ahí —añade señalando mi bolso.

Busco dentro como si no supiera lo que voy a encontrar y saco tres hojas escritas a mano.

—No habrá nada de ayer —prosigue al ver que empiezo a leer—. Tuviste un día complicado, pero con lo de los días anteriores lo entenderás todo.

¿Tienes tu billete de avión? Tenemos que cambiarlo por un vuelo que salga más temprano.

Pide un café para él y un poleo menta para mí y durante unos minutos charlamos intermitentemente, mientras yo leo el diario de mis primeros dos días en el pueblo. Me impresiona lo minuciosa que he sido.

—¿Ya lo entiendes todo mejor? —pregunta—. ¿El que estemos aquí juntos?

—Has sido muy amable —digo.

—No sé si mi mujer estaría de acuerdo.

Doy otro respingo al oírle mencionar a Laura y sigo leyendo.

—¿La policía encontró a Jemma Huish?

—Sí, la encontraron.

—¿Por qué me fui del pueblo?

—Porque temías que la policía te confundiera con ella. Y menos mal que te fuiste. ¿Ya has dejado la habitación?

Asiento con la cabeza sin dejar de leer.

—Te dije que no lo hicieras.

Levanto la vista, sorprendida por el súbito cambio en su tono de voz.

—Anoche.

—No me acuerdo —digo.

Se aparta irritado.

—No importa. El error fue mío. Debería haberte dicho que lo anotarás. — Se queda callado un momento y luego añade—: ¿Han limpiado ya la habitación?

—No lo sé.

Pero no le interesa mi respuesta. Se ha ido ya hacia el mostrador de recepción. ¿Qué va a hacer? Le veo charlar con la recepcionista, que me mira un momento. Luego, él me hace señas de que me acerque.

—Le estaba explicando a esta señorita que te has dejado el bolso en la habitación sin querer —dice mirándome. Me vuelvo hacia él, pidiéndole tácitamente una explicación, pero no me da ninguna—. Que se te ha olvidado. Como tantas otras cosas que se te olvidan últimamente.

Mi preocupación, esta vez, no es fingida. Sé exactamente lo que se propone. A pesar de mi mirada suplicante, la recepcionista me da la llave de mi habitación, la que le entregué hace media hora. Lo siento, inevitablemente, como una traición, pero no puedo enfadarme con ella.

Dos minutos después, llegamos a la habitación.

—No está mal —dice Tony al echar un vistazo alrededor—. Es pequeño, pero eso me da igual, con tal de que esté limpia.

Pasa una mano por la cómoda para comprobar si hay polvo y asiente, satisfecho.

—¿Por qué hemos subido? —pregunto.

Se vuelve para mirarme y me agarra por los hombros como hizo en el bosque.

—No te acuerdas de nada, ¿verdad, nena? ¿De lo que hicimos ayer?

—¿Qué hicimos?

No soporto mirarle a los ojos.

Me suelta, se quita la camisa y la cuelga del respaldo de la silla. Intento sofocar una náusea. Esto no formaba parte del plan.

—¿No tenemos que coger el avión? —pregunto.

Se inclina y me besa en la boca, me empuja hacia atrás para que me tumbe en la cama y trata de desabrocharme los vaqueros. Uno, dos, tres. Pienso a toda prisa, barajando con desesperación mis escasas alternativas, incapaz de alcanzar el tatuaje de mi muñeca y tocarlo. Esto es una pesadilla, por qué he dejado la habitación, por qué tengo que volver con Tony a Berlín...

—Tengo que ir al baño —dice, dejándome tendida en la cama—. Espera aquí.

—No tardes —contesto al soltar su mano cuando se acerca a la puerta del baño.

Qué suerte, esa obsesión suya por la limpieza.

Cuando cierra la puerta, hurgo en mi bolso y saco un frasquito de perfume, tan nerviosa que casi no puedo respirar. Echo una ojeada rápida a la habitación. Hay un detector de humo junto a la puerta, encima del armario. Es mi única salida. Poniéndome de puntillas, rocío la rejilla de plástico del detector con la esperanza de que las partículas de perfume disparen la alarma. Nada. Lo intento otra vez, sin quitar ojo a la puerta del baño. Le oigo tirar de la cadena y vuelvo a pulsar el pulverizador. Vamos. Un momento después, empieza a oírse una alarma aguda y ensordecedora. Vuelvo corriendo a la cama, guardo el frasquito en el bolso y me quito la camiseta.

—Dios mío, ¿qué pasa? —pregunta Tony al salir precipitadamente del baño.

Se ha desnudado y lleva puesto el albornoz blanco del hotel, sujeto con un nudo flojo por delante.

—Será solo un simulacro —digo, intentando aparentar despreocupación.

—No puedo ni pensar —contesta él con los ojos clavados en mis pechos.

El ruido —música para mis oídos— es ensordecedor y su pasión se desinfla antes mis ojos.

Mientras se acerca a la cama, suena el teléfono. Tony lo descuelga de un manotazo.

—Aquí no hay ningún fuego, joder —gruñe—. No hay humo, ni llamas, nada. —Escucha un momento con los ojos fijos en mí—. No puede haber vapor porque todavía no hemos usado la dichosa ducha. —Cuelga bruscamente y en ese mismo instante llaman a la puerta.

—Ya voy yo —digo mientras me pongo la camiseta.

Quiero apartarme de la cama y evitar que pase entre el rastro de mi perfume, junto a la puerta. Ya debe de haberlo olido. Con un poco de suerte, pensará que me estaba preparando para él (qué más quisiera).

—Tengo que revisar la habitación —dice un empleado del hotel vestido de uniforme.

—Claro.

Me aparto para dejarle pasar, contentísima de que haya llamado a la puerta.

Luke prueba a llamar a Strover por tercera vez esa mañana y vuelve a saltarle el contestador, así que le deja otro mensaje pidiéndole que le llame lo antes posible porque tiene información sobre Tony de Staal. No pudo volver a dormirse después de la segunda llamada de Nathan desde California, angustiado por el recuerdo de «HM» y de William Beecher Scoville, el neurocirujano de Connecticut. Buscar el experimento que hizo Scoville con HM fue mala idea; sobre todo, antes de desayunar.

Suena su teléfono. Es Strover.

—¿Quería contarme algo? —pregunta la agente.

—Llevo toda la mañana llamándola —contesta Luke, incapaz de disimular su mal humor.

—He estado ocupada. Tengo un trabajo, ¿sabe? Un trabajo de verdad. Soy agente de policía.

¿Qué insinúa? Él también tiene un trabajo de verdad.

—Cuando Tony usaba su antiguo apellido, De Staal, el que me mandó usted...

—Yo no le he mandado nada —le interrumpe ella, cortante.

Luke echa el freno.

—Sí, se me olvidaba. Es que como ha pasado tanto tiempo... Tony Masters, el dueño del café, antes se apellidaba De Staal.

—Ya lo sabemos.

—Antes de marcharse de Estados Unidos, hace veinte años, estudiaba Medicina en Santa Fe y se metió en un lío por conducta vejatoria hacia los cadáveres de la sala de disección.

—Cuénteme algo que no pueda encontrar en Google. ¿Qué ha descubierto Luke, el premiado periodista? ¿Algo que la policía no encuentra porque está demasiado atareada investigando otros asuntos, como robos de gasoil o peleas de gallos?

Luke se queda callado un momento. Le cae bien Strover, ahora que está empezando a cogerle el punto.

—He hablado con un amigo mío americano que es médico en la Costa Oeste.

—Eso está mejor.

—Tony estaba obsesionado con un neurocirujano famoso en los años cincuenta, un tal Scoville que operó a un epiléptico al que llamaban HM. Le extirpó los dos hipocampos con un berbiquí y una sierra y le dejó sin memoria. Ah, sí, y a Tony le echaron de la facultad por violar a una chica.

—¿Está seguro?

Strover parece de pronto muy interesada. Luke se da cuenta de que está tomando notas. Había olvidado la sensación que produce el anticiparse a la policía en una investigación.

—¿Dónde está? —pregunta ella.

Luke no quiere decírselo porque eso confirmaría sus sospechas. Tras prepararle el desayuno a Milo, se ha vuelto a la cama con el portátil.

—En casa de mis padres, en el pueblo.

—¿No va siendo hora de que abandone el nido?

—Es una larga historia.

—Nosotros estamos en la puerta del café de Tony. ¿Quedamos aquí dentro de cinco minutos?

A Luke le sorprende que esté en el pueblo. Sigue habiendo mucho trasiego en el canal —sobre todo, de investigadores de la policía—, pero daba por sentado que Strover y su jefe, el inspector Hart, estarían en comisaría, agobiados por el papeleo. El incidente del canal seguía copando los titulares en el telediario de esta mañana.

Cinco minutos después está en la puerta del café, pero de Strover no hay ni rastro. Luego se fija en un coche aparcado al otro lado de la calle. Strover baja la ventanilla del copiloto.

—Suba —le dice señalando con la cabeza el asiento de atrás.

Luke se acerca y sube al coche. A su lado, en el asiento, hay una fotografía enmarcada envuelta en plástico de burbujas. Strover le mira por el retrovisor, no como el inspector Hart, que permanece impassible en el asiento del conductor, con las manos sobre el volante.

—No puede publicar nada hasta que se lo digamos —dice Hart con la vista fija adelante.

A Luke no le gusta que le digan lo que tiene que hacer.

Se vuelve y mira la fotografía que hay a su lado. En la pegatina que lleva el envoltorio dice *Seahorse Photography*. Le incomoda estar dentro de un coche policial, aunque no lleve distintivos. La última vez que subió a uno, le hicieron la prueba de la alcoholemia. Iba a más de setenta por hora por una zona con límite de cincuenta a las siete de la mañana, el día de Nochebuena, a recoger un pavo a la carnicería del pueblo.

—No estoy escribiendo un artículo —dice—. Lo único que he escrito últimamente ha sido mi declaración sobre el incidente de ayer. Y, dicho sea de paso, hizo usted todo lo que estuvo en su mano por desarmar a esa mujer.

Strover mira a su jefe para ver cómo reacciona.

—Es usted periodista —dice Hart sin desviar la mirada.

—Y el único testigo —añade Luke, ansioso por recordárselo a Hart—. Ya no me dedico a eso. Solo quiero averiguar si Maddie es adoptada. Si es mi hija.

Hart parece creerle.

—¿Le habló Maddie en algún momento de una amiga suya que se llamaba Fleur? —pregunta, más atento, mientras tamborilea sobre el volante.

—No, que yo recuerde.

Ojalá hubiera hablado más con Maddie... Sentía de verdad que había un vínculo entre ellos dos. O puede que fueran imaginaciones suyas. Maddie fue muy amable cuando se sinceró con ella en el *pub*, el día del concurso, y pareció entender por qué había empezado a buscar a Freya desde su ruptura con Chloe.

—¿Está ya en Berlín? —pregunta.

—La última vez que hablamos con ella, ayer a última hora, estaba en Heathrow —contesta el inspector Hart.

—¿Y Tony está con ella?

—Suponemos que sí. Ella le pidió que la acompañara y él es libre de hacerlo.

—¿No debería estar más preocupado, teniendo en cuenta los antecedentes de Tony?

Hart se queda callado un momento, mirando fijamente a Luke por el retrovisor.

—En este momento solo estamos haciendo suposiciones.

—A Tony le echaron de la facultad por violar a una chica.

Luke se quedó horrorizado cuando Nathan se lo contó por teléfono.

—¿Qué sabe usted del cerebro y la memoria? —pregunta Hart.

—No mucho, pero sé que hay una parte llamada hipocampo que tiene una forma parecida a un caballito de mar y que desempeña un papel crucial en el almacenamiento de los recuerdos —contesta Luke—. Que Tony de Staal intentó robar un hipocampo del laboratorio de su facultad, en Nuevo México, hace veinte años. Y que un cirujano llamado Scoville le extirpó el hipocampo a un paciente al que se conocía por las siglas de su nombre, HM, y le dejó amnésico.

Si a Hart le impresiona lo mucho que sabe, no da muestras de ello.

—Eche un vistazo a esto —dice, y le hace una seña a Strover, que le pasa una copia impresa de una fotografía.

—Caballito de mar a la izquierda, hipocampo a la derecha —explica Strover.

—Aunque podría ser perfectamente al revés, ¿verdad? —añade Hart sin dejar de mirar a Luke por el retrovisor.

Luke mira la foto, fascinado por el hipocampo cerebral. Nunca ha visto uno exento. En las imágenes que había visto hasta ahora, los hipocampos aparecían en su lugar: uno a cada lado del cerebro.

—Vamos a hacer analizar una de las fotografías de caballitos de mar de Tony —dice Hart—, pero necesitamos algo más. A no ser que debajo encontremos la Mona Lisa, no será suficiente para conseguir una orden de detención.

Luke empieza a notar la boca seca.

—¿Qué están buscando, exactamente?

—Parece que cada caballito de mar está sobrepuesto a otra imagen. La de un hipocampo humano.

Luke aprieta involuntariamente la fotografía, arrugándola por los lados. Tiene que ir a Berlín.

Intento concentrarme en la azafata mientras da las instrucciones de seguridad, pero tengo la cabeza en otra parte. Sentado a mi lado, Tony me agarra de la mano. Ha convencido a la persona que ocupaba el asiento contiguo al mío de que se lo cambiara por el suyo.

Por fin apagaron la alarma contra incendios, pero para entonces se había reunido en nuestra habitación todo el personal de mantenimiento del hotel. Tony notó el olor a perfume al salir, pero no dijo nada. Los de mantenimiento tampoco hicieron ningún comentario, aunque creo, por cómo me miraron, que pasaba algo raro. Me estremezco al recordar a Tony echado encima de mí en la cama.

—¿Estás bien? —pregunta él dándome unas palmaditas en la mano—. Pareces tensa.

—Creo que no me gusta mucho volar.

Cierro los ojos y me recuesto en el asiento. Esto es aún más duro de lo que imaginaba. Como no tengo notas de ayer, debo andarme con pies de plomo. No puedo hablar de nada que haya ocurrido en las últimas veinticuatro horas: ni del búnker del bosque, ni de mi viaje con Mungo, ni de la recuperación de mis tarjetas y mi pasaporte. En el pueblo, cuando me equivocaba, cuando me acordaba de cosas de las que no debía acordarme, podía disimular alegando que lo había leído en mis notas. Ahora ya no tengo ese as en la manga.

Pasa otra azafata repartiendo periódicos. Tony coge uno y echa un vistazo a la portada. Se pone a leerlo sin intentar ocultar el titular a mi vista. Es sobre la muerte de esa mujer en el canal. Me inclino hacia él y apoyo la mano en su rodilla. Es importante que parezcamos una parejita más que va de vacaciones al continente.

—¿De qué va eso? —pregunto intentando que mi voz suene lo más indiferente posible.

Me mira. ¿Busca algún indicio de recuperación? ¿De conexiones sinápticas? Esboza una sonrisa.

—Una razón más para irnos a Alemania —dice—. Han matado a una mujer a tiros, junto a un canal de Wiltshire. No en el centro de Nueva York, sino en plena campiña inglesa. Por lo visto, tenía un trastorno mental.

—Qué horror.

—Podría habernos pasado a ti o a mí, a cualquiera. —Dobla el periódico y lo deja a un lado. Quiere ponerme a prueba otra vez, estoy segura. Vuelve a mirarme. Me sigue aterrando la idea de que podrían haberme matado a tiros, pero consigo que no se me note—. La policía, ya sabes —concluye Tony.

Creo que he pasado la prueba.

Yo temía que nos parara la policía al entrar en la Terminal 5, pero no tuvimos ningún contratiempo cuando fuimos al mostrador de la línea aérea a cambiar mi billete por otro para un vuelo anterior, ni tampoco al cruzar el vestíbulo de Salidas. Ahora lo que me preocupa es la llegada a Berlín, aunque no debería haber ningún problema. No hay cargos contra Tony, y yo soy libre de hacer lo que quiera y, además, viajo con un pasaporte indio en regla, con visado de turista. Intento convencerme a mí misma de que no he hecho nada malo, aparte de hacer perder el tiempo a algunas buenas personas en un pueblecito inglés. Y de romper un matrimonio.

—Agárrate fuerte —me dice Tony, volviendo a tomarme de la mano, cuando el avión acelera por la pista de despegue.

—A lo mejor me sentaría bien tomarme una copa —digo.

Él mira su reloj.

—En Alemania es una hora más —añado con una sonrisa coqueta.

—Tienes razón. Es hora de celebrarlo.

Llevan casi veinte minutos de vuelo cuando por fin sirven las bebidas. Justo a tiempo. Maddie está cada vez más nerviosa. Tony nunca la había visto así. La azafata está una fila por delante de ellos, con el carrito. Tony espera a que acabe de atender a un pasajero. Luego, la azafata le sonríe y le pregunta qué quiere tomar. Tiene unos ojos bonitos, pero no es su tipo. Él paga con tarjeta confiando en que haya saldo y le pasa la botella abierta y las dos copas a Maddie, que ya ha abierto su mesita, ansiosa. Paciencia. La ha asustado en el hotel, se ha precipitado. Ya habrá otras ocasiones en Berlín. Ocasiones memorables, al menos para él.

La amnesia de Maddie parece estar aguantando bien. Solo se acuerda de su nombre, todavía. Y Tony está empezando a pensar que el comentario que hizo ayer, eso de que tenía ganas de que le enseñara Berlín, pudo ser un comentario sin pensar, un despiste, nada más. Si algo podía estimular las sinapsis y restablecer las redes deterioradas, era el titular del periódico sobre lo ocurrido ayer en el canal y ella no se ha inmutado cuando le ha enseñado el artículo antes de despegar.

—¿Lo sirvo ya? —pregunta ella sosteniendo la botella.

—Claro, adelante. Voy un momento al aseo.

Tony recorre el pasillo. Tiene las manos sucias del viaje. El champán la ayudará a relajarse. Él ha viajado tanto en avión a lo largo de su vida, de una capital europea a otra, que no concibe lo que es tener miedo a volar. Maddie no recuerda haber montado nunca en avión y sin embargo le asusta volar. Es como el dolor fantasma que se siente en un miembro amputado. ¿Dónde reside ese miedo, si no es en su memoria?

Entra en el minúsculo aseo, echa el cerrojo y empieza a lavarse las manos, añadiendo más jabón mientras se frota los dedos. Cuando le parece que tiene las manos suficientemente limpias (nunca lo están por completo), se mira al espejo. Sin memoria, Maddie no es nada y él lo es todo. Cuando se despierta

por las mañanas, las vivencias que han compartido el día anterior, o esa misma noche, solo las recuerda él. La vida de Maddie es suya.

De momento, al menos.

Se acerca al espejo y vuelve la cabeza a un lado y a otro. Sus lóbulos temporales mediales están empezando a deteriorarse, invadidos por el óxido del Alzheimer. Se ofreció voluntario para un ensayo clínico y se sometió a algunas pruebas. Le inyectaron un marcador radioactivo de glucosa que medía los niveles de placas amiloides y de ovillos de proteínas del cerebro —las anomalías típicas del Alzheimer— y le hicieron una TEP, una tomografía.

Su cerebro se iluminó como un árbol de Navidad.

Sirvo el champán mientras Tony está en el servicio. Me tiemblan tanto las manos que se me derrama un poco. Tengo que darme prisa. Compruebo que el pasajero sentado a mi lado no está mirando y vierto el polvo de Xanax en una de las copas. Llevaba guardada la bolsita dentro del sujetador. Menos mal que saltó la alarma de incendios antes de que tuviera que quitármelo en el hotel. Remuevo el líquido con un boli y espero a que vuelva Tony. Confío en que el champán disimule el sabor de la pastilla, que, por lo visto, sabe a yeso, un poco amarga (yo no lo recuerdo, la verdad). El polvillo parece haberse disuelto por completo.

Un momento después, vuelve a su asiento y sonrío de oreja a oreja al ver las dos copas en mi bandeja. Le paso una.

—¡Por Berlín! —dice al entrechocar su copa con la mía.

—Por Berlín —contesto, y nos bebemos el champán de un trago.

Hace mucho que Silas tiene asumido que su jefe, el superintendente Ward, es diez años más joven que él y que acabará siendo comisario jefe, y no es que lo crea él, es que lo cree todo el mundo; a fin de cuentas, su carrera va como un cohete (no como la suya, que algunas veces le parece que no despegará nunca).

—¿Qué tal está Conor? —pregunta Ward mientras lee una copia impresa del informe que Silas acaba de enviarle por correo electrónico.

Están en el piso de arriba, en una sala de reuniones que ha tenido que reservar. Ni siquiera Ward tiene despacho propio; usa las mesas comunes de la Sala de Parada, como todos los demás.

—Igual —contesta Silas, y observa la reacción de Ward al leer el informe, en el que ha expuesto resumidamente sus sospechas sobre Tony de Staal y Maddie Thurloe.

—Si necesitas unos días de permiso...

—No, no hace falta.

No le gusta hablar de su hijo con Ward. La compasión sincera de su jefe siempre le da ganas de llorar. Está a punto de cambiar de tema cuando vibra su teléfono. Strover dijo que le mandaría un mensaje mientras estuviera reunido si surgía algo importante. Silas mira a su jefe, que sigue leyendo, y mira a hurtadillas el móvil.

—Ya dejé que invirtieras medio día en esto y no debería haberlo hecho —comenta Ward al levantar la vista.

—Creo de verdad que se trata de algo importante —responde Silas mientras intenta asimilar el mensaje de Strover.

—Esa mujer, Maddie Thurloe —prosigue Ward—, ya ni siquiera tiene nacionalidad británica. Y Tony Masters, o Tony de Staal, es estadounidense, aunque tenga la doble nacionalidad.

—¿Y? —A Silas le cuesta concentrarse.

—Que tenemos otras prioridades, ya lo sabes, Silas. Además, me están llamando cada media hora de la oficina del jefe para preguntar por lo de ayer...

—Estoy redactando el atestado.

—Quieren saber por qué no hiciste el curso de negociador que te tocaba hacer, el de refresco.

Silas sabe que debería haber hecho el curso. Igual que debería haber llevado los recibos de sus dietas a contabilidad y haber hecho la encuesta de evaluación de plantilla, todo ello mientras intentaba resolver delitos con un presupuesto cada vez más reducido.

—Si tus sospechas son acertadas, y eso es mucho suponer, ¿de qué se trataría exactamente? —pregunta Ward—. Tony no ha cometido ningún delito por cambiar de apellido ni por hacer fotos de partes del cuerpo.

Silas sopesa sus opciones. ¿Debería ir al grano y hablarle a su jefe del mensaje que acaba de mandarle Strover o atenerse a su plan y tratar de convencerle proporcionándole un contexto más amplio? A Ward le gusta conocer el contexto, le gusta que un caso se salga de la rutina policial y se extienda a otras esferas, cuanto más esotéricas, mejor. Todo el mundo sabe que estudió Teología en Oxford.

—Como sin duda sabe, señor, a los pintores de la Europa medieval cristiana les gustaba pintar *memento mori*, imágenes de la muerte, cráneos y esas cosas.

—«Recuerda que has de morir». —Ward se endereza, súbitamente interesado en la conversación—. Y no solo en la Edad Media. El fotógrafo Joel-Peter Witkin utiliza miembros humanos de carne y hueso para componer escenas horriblemente macabras.

Silas se arrepiente de su decisión de ampliar el contexto: ya empieza a sentirse un ignorante, como le ocurre siempre que habla con gente que tiene estudios universitarios. Su padre, que era un gran defensor de la «universidad de la vida», solía decirle que no había mejor educación que hacer carrera en la policía británica, y especialmente en la de Wiltshire. El único acto de rebeldía de Silas fue solicitar el ingreso en la Metropolitana. Ahora, en cambio, es obligatorio tener un título universitario para entrar en la policía.

—Exacto —prosigue—. Creo que eso es lo que hace Tony en sus fotos, aunque no de forma tan explícita. Casi nadie que las vea captará el mensaje.

—¿Y cuál es el mensaje?

—Se está exhibiendo, señor. Al incluir en sus fotos el hipocampo, una parte del cerebro relacionada con la memoria, pretende hacerse el irónico. El

ingenioso. «Recuerda que eres mortal, si es que puedes recordarlo».

—Que yo sepa, la ironía no es delito.

—Eso depende de quién sea el hipocampo.

Silas vuelve a pensar en el mensaje de Strover.

—Imagino que los que intentó robar en la Facultad de Medicina, en Estados Unidos, procedían de cadáveres donados a la ciencia. —Ward mira una foto que Silas ha incluido en su informe. El laboratorio ha conseguido separar las imágenes superpuestas en la fotografía: la del caballito de mar original y la de un hipocampo cerebral—. Es probable que estos los encontrara en Internet.

—Hemos encontrado la procedencia de todas las fotografías de los caballitos de mar. No son fotografías hechas por él, las tomó sin permiso de varias páginas web sobre fauna marina. En cambio no encontramos ninguna imagen que coincida con esos hipocampos.

—Quizá procedan de la Red Oscura.

—La agente Strover lo está comprobando, pero, suponiendo que esos hipocampos procedan de personas reales, una de dos: o esas personas andan por ahí como zombis, sin memoria, o están muertas.

—Supongo que eso depende de quién se los extirpara —comenta Ward echándose hacia atrás en su sillón.

Se pone las manos detrás de la cabeza y deja ver una cintura envidiablemente delgada. Silas podría estar así algún día, si dejara el tabaco, se hiciera vegano y caminara diez mil pasos al día.

—¿Qué quiere de mí, Silas?

—Un día más. Deje que consulte con la Interpol, que compruebe la lista internacional de personas desaparecidas.

—Es una lista muy larga.

—Podemos empezar por los desaparecidos en Berlín. Hemos encontrado siete nombres de pila en los títulos de las fotografías, sin contar Denise, que creemos que es una maniobra de distracción. Existe un caballito de mar que se llama así, y en esa fotografía falta la imagen del hipocampo cerebral. Puede que fuera eso lo que le dio la idea. Creo que esas personas eran inglesas o norteamericanas, de habla inglesa, en todo caso, y los nombres no son muy comunes: hay un Alwyn y una Florence, lo que facilitará la búsqueda aunque incluyamos variaciones.

—¿Y por qué cree que esa tal Maddie corre peligro? —pregunta Ward.

Silas respira hondo.

—Hemos encontrado unos archivos en el ordenador de Tony. Fotografías —dice.

—¿De hipocampos? —Ward coge el informa de su mesa—. Aquí no dice nada de eso.

—De caballitos de mar. Los nombres de los archivos coinciden con los de las fotografías del café. Todos menos uno, creado hace apenas unas horas.

—¿Y?

Silas vuelve a pensar en Maddie, reza por que siga con vida.

—Se titula *Hippocampus madeleine*.

No sé cuánto tiempo exactamente tardará en hacerle efecto el Xanax. Es una benzodiacepina de acción rápida, así que calculo que entre quince y treinta minutos: mucho antes de que aterricemos en Berlín. Dos miligramos es mucho para una sola dosis, según el tipo de la discoteca. Lo máximo que puedes tomar en una sola pastilla. Todavía no he notado síntomas de somnolencia, pero acabamos de tomarnos otra copa de champán, lo que acelerará las cosas, además de intensificar los efectos de la benzodiacepina hasta niveles potencialmente mortales. Luego, la larga sombra de la amnesia alcanzará hasta media hora antes de la ingesta de la pastilla, como mínimo. Puede que más.

—¿Estás más relajada? —pregunta Tony en voz baja, con su mano sobre la mía.

—Mucho mejor, sí —contesto, pero no me gusta su nuevo tono de voz.

—Es curioso, el miedo —añade.

—¿Por qué lo dices?

—Porque empezaste a relajarte antes de que nos bebiéramos el champán.

—¿Sí?

Se me encoge el estómago.

—En cuanto volví del aseo. Tenías otra cara, estabas menos tensa.

Me remuevo en el asiento y él me aprieta la mano un poco más fuerte, apretándola contra el reposabrazos.

—Será porque me he alegrado de que volvieras —digo—. Has estado dentro un buen rato. Una vez me quedé encerrada dentro de uno de sus servicios —añado tratando de disipar la tensión con una risa suave—. Fue horrible.

Mi risa se evapora. He cometido un error. ¿Lo habrá notado? Nunca me he quedado encerrada en el aseo de un avión y, aunque así fuera, ¿cómo iba a recordarlo?

—No te dio miedo meterte en el maletero de mi coche —dice.

Suspiro para mis adentros, aliviada. No se ha dado cuenta.

—Eso fue distinto —contesto con una sonrisa.

Tony no me devuelve la sonrisa. Fija en mí sus ojos azules y solo veo ira en ellos. Ira y decepción. Un error más y no habrá marcha atrás.

—Eso fue ayer. —Me suelta la mano—. No escribiste ninguna nota sobre lo que pasó ayer, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Me dijiste que no lo hiciera —contesto en voz baja. Tengo la boca tan seca que casi no puedo hablar.

—¿Qué me has puesto en el champán? —pregunta.

—Nada.

El Xanax hará efecto pronto.

Levanta la mano y llama con un gesto a una azafata.

—Dos cafés solos. Y lo más fuertes que puedan ser.

Empieza a trabársele la lengua.

—Yo no bebo café —digo.

—Son los dos para mí.

Tony observa como la azafata sirve los dos cafés y los deposita en su bandeja. Luego se vuelve hacia mí con los párpados entrecerrados y dice casi susurrando:

—No sé quién eres ni a qué estás jugando. —Hace una pausa para beber un sorbo de café y luego añade—: Pero no vas a salirte con la tuya.

Luke ha comprado un billete para el primer vuelo a Berlín que ha encontrado. No tiene ni idea de qué vuelo habrán cogido Tony y Maddie ni de cómo va a encontrarlos. Lo único que sabe es que tiene que ir a Berlín. ¿Es por su vocación periodística, por ese afán de seguir el rastro de una buena historia? Confía en que no. ¿Sigue creyendo que quizá Maddie sea su hija? Sí, lo suficiente, al menos, como para sentir el impulso de protegerla, con un ímpetu que le sorprende. No consigue olvidarse de lo que le dijo Hart cuando iban en el coche: que en cada fotografía parecía haber dos imágenes superpuestas: un caballito de mar y, debajo, un hipocampo humano.

Además, ha encontrado pruebas en Internet de que el padre de Maddie tenía algún vínculo con la religión bahaí: una vez dio una charla ante un grupo de exiliados bahaíes de Irán que vivían en Cheltenham. Según Freya, era la madre adoptiva la que era bahaí, pero algo es algo. Necesita hablar otra vez con Maddie, y ella está en Berlín, donde es posible que su vida corra peligro. Strover y Hart le han asegurado que iban a contactar con la Interpol y a contarles lo que sabían, pero la policía siempre está muy atareada, como no para de recordarle Strover. Tienen otras prioridades. Como explicar por qué mataron a Jemma Huish de un disparo junto al canal una tarde de sol en Wiltshire.

Ha ido hasta Heathrow en el Austin-Healey y lo ha dejado en el aparcamiento de estancias cortas, donde parecía fuera de lugar entre dos flamantes todoterrenos. Mientras pasaba por el control de seguridad del aeropuerto, intentó imaginarse cómo habrían pasado Maddie y Tony por allí. ¿Llevaría Maddie la voz cantante? ¿Sería la «golondrina», como la llamó Sean?

Ahora, se recuesta en su asiento y trata de tranquilizarse pensando que al menos Maddie recuerda su nombre y ha recuperado su bolso y su pasaporte. Puede que sea todo muy sencillo y que en realidad esté persiguiendo a una pareja de enamorados que se ha ido de viaje a Berlín. Aunque sería un poco

raro. Se siente mal por no haber hablado con Laura antes de marcharse. La última vez que la vio fue cuando la acompañó por el camino del canal hasta el centro de salud, después de declarar ante la policía.

Deja el teléfono encendido durante el despegue por si acaso Strover se pone en contacto con él. Está a punto de apagarlo cuando recibe un mensaje de un número internacional. El prefijo es el 91, el de la India (lo sabe por las veces que ha llamado a Freya).

¿Puedes venir a Berlín hoy mismo? Necesito contarte mi historia.
Maddie x

Luke mira extrañado el mensaje. ¿Qué historia querrá contarle? ¿La de su vida? ¿Que es adoptada? ¿Y cómo ha conseguido su número? Se acuerda entonces de que le dio su tarjeta el primer día, cuando se encontraron en el centro de salud. Debió de guardársela. ¡Qué alivio —otra vez— haberse adelantado a los acontecimientos! ¿Sabía ella de alguna manera que iría a Berlín de todos modos, en busca de su hija? No parece, por el mensaje, que esté asustada. Al contrario, parece muy dueña de sí misma.

Está a punto de contestarle cuando una azafata le pide que apague el teléfono. Luke protesta, pero la azafata insiste. Echa otro vistazo al móvil. Ya no tiene cobertura.

Faltan dos horas para que aterrice en Berlín.

—Le da pánico volar —le digo a la azafata—. Se pone muy nervioso, desde pequeño.

La azafata mira hacia el fondo del pasillo, donde Tony está recostado en su asiento, semiinconsciente.

—Ya le ha pasado otras veces. Lo siento, pensaba que la terapia estaba dando resultado —añado—. No habríamos tomado una copa si hubiera sabido que se había medicado.

—¿Va a necesitar atención médica cuando aterricemos? —pregunta, echando una ojeada a los pasajeros, que nos observan—. También podemos preguntar si hay algún médico a bordo. Es frecuente que los haya.

—No, no pasa nada —contesto, ansiosa por quitarle esa idea de la cabeza—. Solo necesito una silla de ruedas, y quizá un poco de ayuda para sacarlo del avión.

—Veré qué podemos hacer. Normalmente hay que solicitar las sillas de ruedas con cuarenta y ocho horas de antelación. ¿Está segura de que se encuentra bien?

—Sí, perfectamente. Lo siento por la persona que va sentada a nuestro lado. Mi marido ronca como un oso.

La azafata me sonríe comprensiva, preguntándose quizá por qué estoy con un hombre tan mayor que, además de desmayarse en los aviones, ronca. Vuelvo a mi asiento. Cuando cambié mi vuelo en Heathrow, confiaba en reservar una silla de ruedas para cuando llegáramos a Berlín, pero fue imposible porque Tony no se despegaba de mí y se empeñó en encargarse de los trámites. De ahí el plan B: apañármelas como pueda en el avión.

Paso rozando las piernas de Tony y ocupo mi asiento. Está inconsciente. Respiro hondo y, al mirar a mi alrededor, sonrío al señor sentado a mi lado, que se está quitando los auriculares.

—Le gusta quedarse completamente dormido —explico—. No soporta volar.

El hombre sonríe con nerviosismo.

—Ya está todo arreglado —dice la azafata, apareciendo a mi lado y salvándome de otra explicación embarazosa—. Habrá una silla de ruedas preparada para su marido cuando desembarquemos.

—Muchísimas gracias.

Por primera vez desde hace un buen rato puedo relajarme. Al menos durante unos minutos. El plan B parece haber funcionado bien. He tenido que hacer muchos planes estas últimas semanas, desde que vi la foto de los monjes. Desde que empecé a recordar.

Miro otra vez a Tony, repantigado en el asiento de al lado. La amnesia fue el cebo del que me serví cuando me presenté en su casa: amnesia anterógrada y retrógrada con un atisbo de recuerdos lejanos de la infancia. Tuve que documentarme, pero sabía cómo engatusarle.

«No recuerdo mi nombre».

Y ahora estamos a punto de aterrizar en la ciudad donde empezó todo. Extiendo el brazo para coger mi bolso de debajo del asiento y saco una foto arrugada de Fleur, con la cara pegada a la mía. Parecemos hermanas gemelas: el mismo corte de pelo, la ropa a juego. Un parecido de consecuencias fatales. El tipo de Tony, las dos. Ella sonríe a la cámara, feliz. Fleur era como yo la llamaba. El resto de la gente la llamaba Flo, menos su madre, que al parecer la llamaba Florence.

Llamaré a mi madre a la India cuando todo eso se acabe, para explicarle lo que he hecho y por qué. Y tengo que volver a hablar con Luke. Le he mandado un mensaje desde Heathrow pidiéndole que fuera a Berlín. No ha contestado, pero confío en que venga. Me cayó bien cuando hablamos en el *pub* y me contó lo de Freya Lal y que había empezado a buscarla. Me conmovió oírle hablar así, es tan raro que un hombre se sincere de esa manera... Tengo la sensación de que puedo confiar en él. Cuando aterricemos, le mandaré otro mensaje. Y cuando por fin volvamos a vernos le explicaré por qué fui a su pueblo. Le contaré mi historia.

Silas mira en su portátil la lista actualizada de personas desaparecidas en Berlín que le ha enviado un compañero de la Bundeskriminalamt (BKA), el organismo federal de investigación de la policía alemana, cuya sede central en Wiesbaden es también la oficina de la Interpol en Alemania, razón por la cual Silas ha recurrido a él en primer lugar.

A Ward no va a gustarle esto ni pizca. A él tampoco le gusta. Echa una ojeada a la Sala de Parada, que hoy está muy concurrida, llena de agentes de proximidad. Pero ¿qué hacen que no están en la calle? «El trabajo es algo que se hace, no un lugar al que se va». Se ha corrido la voz de que está trabajando en un caso muy gordo y la gente lleva toda la mañana lanzándole miraditas de reojo.

—¿Seguro que están todos aquí? —le pregunta a Strover, que también está mirando la lista en su portátil.

Ya ha comprobado los datos del derecho y del revés (con esas mismas palabras se lo ha dicho a Silas) en busca de personas desaparecidas en Berlín cuyo nombre de pila coincida con los de las etiquetas de las fotografías de Tony.

—Sí, los siete: tres varones y cuatro mujeres. Cuatro de ellos británicos. Dos americanos y uno alemán. Todos menores de treinta. Y desaparecidos en Berlín hace entre diez y cinco años.

A Silas debería alegrarle la noticia, pero lo que implica le llena de horror. Una telaraña de muerte y sufrimiento que se extiende desde un pueblecito de Wiltshire. El expediente de cada desaparecido incluye su nombre completo, edad, país de origen y lugar de desaparición. En los más detallados figura también el nombre de los padres, los idiomas que hablaba el desaparecido y sus rasgos distintivos. Las cicatrices en las muñecas aparecen mucho más de lo que le gustaría. Conor intentó cortarse las venas una vez.

Podría ser todo una coincidencia, desde luego, pero Florence y Alwyn no son nombres muy comunes. Alwyn, al parecer, es británico, de Holyhead. Y

en el dossier de Florence dice que la llamaban Flo. Y aunque no se menciona en ningún sitio el nombre de Fleur, Silas está convencido de que se trata de la amiga de Maddie.

—Y además se parece a Maddie, ¿no cree? —pregunta echando un vistazo al ordenador de Strover.

Ella está concentrada mirando la pantalla.

—Según dice aquí, tenía tatuada una flor de loto en la muñeca —dice—. Maddie tenía uno igual.

—¿Usted lo vio?

—No, me lo dijo Luke. Pensaba que podía estar relacionado con una religión a la que quizá pertenecía su hija. Es una larga historia.

—Es Fleur, no hay duda —concluye Silas pensando en voz alta.

—Hubo mucho movimiento en las redes sociales cuando desaparecieron todos ellos —explica Strover—. En MySpace, en Bebo, en DontStayIn. Y en Facebook y WhatsApp, en los últimos casos.

Silas la mira. La madre de Conor intentó convencerle una vez de que hicieran un grupo de WhatsApp con Conor, pero él se negó.

—Llamamientos públicos solicitando información, números de teléfono de atención veinticuatro horas por si alguien los veía... —prosigue ella—. Por lo que he podido ver en sus perfiles en redes sociales, a todos les gustaba ir a discotecas. Mucha gente joven va a Berlín a eso.

—Si usted lo dice, me lo creo.

Él fue a Berlín una vez, a tomar *currywurst* y ver el Checkpoint Charlie, y con ambas cosas se llevó una decepción. En cambio, el museo de la Topografía del Terror, situado donde antes se alzaba el cuartel general de las SS y la Gestapo, le dejó muy tocado.

—Y Tony antes hacía fotos de *disc jockeys* —añade al acordarse de la antigua página web del americano.

Strover le mira.

—Alwyn y Flo tenían el Grünes Tal en su lista de preferencias musicales. Era un club especializado en música *tecno* en Revaler Strasse, en el antiguo Berlín Este. Lo cerraron hace algún tiempo.

—¿Por quejas de los vecinos?

—No creo. Estaba en una zona marginal de la ciudad. Naves industriales y fábricas abandonadas. El club estaba en una antigua cochera de trenes.

—Hay que mandar una foto de Maddie a la Interpol de Wiesbaden. La de su pasaporte indio servirá. —Silas se levanta para estirar un poco las piernas.

Lleva toda la mañana sentado—. Que se la manden a la oficina de la BKA en Berlín. Ward quiere, además, que nos pongamos en contacto con Maddie.

Un par de agentes que están charlando junto a la ventana le miran. Sin duda creen que intenta volver al Equipo de Investigación de Delitos Mayores. Es verdad que echa de menos los casos importantes y esas tarjetas de identificación tan chulas, con las siluetas de Sherlock Holmes y de Isambard Kingdom Brunel, toda una leyenda en Swindon, pero no la colaboración con otros cuerpos policiales. Entró en la policía de Wiltshire porque quería dedicarse a la investigación de delitos locales.

—El teléfono al que la llamó Tony desde la sala de interrogatorios era el viejo de su mujer —dice Strover, deseosa de captar otra vez la atención de su jefe—. El que le prestó él. Hemos comprobado el número. No lo han vuelto a encender desde entonces.

—Ahora debe de estar usando el suyo —dice Silas—. El que recuperó en Objetos Perdidos.

—Puede que Luke tenga el número.

A Silas sigue incomodándole la relación que parece haber entablado Strover con el periodista. Luke les ha sido útil hasta el momento, pero está claro que lo hace por interés personal y que no ha viajado hasta Berlín únicamente porque crea que Maddie puede ser su hija. Un periodista es siempre un periodista. Al menos les ha avisado de que se iba a Berlín. Y parece estar de su parte en el asunto de la muerte de Jemma Huish.

—Su vuelo no ha llegado aún —continúa Strover—. Le he mandado un mensaje pidiéndole que nos llame en cuanto aterrice.

—¿Por qué?

Strover se queda callada un momento.

—He encontrado a una Freya en la lista de desaparecidos de Berlín. Por su aspecto parece india y...

—¿Y?

—La antigua novia de Luke se llamaba Freya. Puede que sea su hija.

—Céntrese, Strover —le espeta Silas—. Pregúntele si tiene el número de Maddie. Es lo único que nos interesa. Si tiene el teléfono encendido, Wiesbaden puede localizarla.

Al volver a mirar la lista en su portátil siente una punzada de mala conciencia. Strover se está esforzando mucho, no hacía falta que la regañara.

La lista es muy larga. Cada nombre, una tragedia personal. Teme que algún día su hijo se encuentre en una lista parecida. De momento, al menos, sabe dónde está Conor. Es posible que la policía o algún otro organismo

localice a algunos de los desaparecidos del listado y que ellos decidan que no se informe a sus seres queridos de su paradero o de que están sanos y salvos. Están en su derecho, pero no por eso deja de ser cruel. Otros, en cambio, no aparecerán nunca.

Quizá él pronto tenga que dar una noticia a las familias de siete de los desaparecidos. Pero no será la noticia que están aguardando.

Tony está semiconsciente cuando entramos en el vestíbulo de control de pasaportes, arrellanado todavía en la silla de ruedas como un borracho. El operario del aeropuerto que vino a buscarnos a la puerta del avión empuja la silla. No habla inglés y yo he olvidado el poco alemán que sabía. Cuando llegamos a la cola de ciudadanos extracomunitarios, el funcionario nos indica con un gesto que nos acerquemos.

—Está dormido —explico—. No le gusta volar y así aguanta mejor.

Le paso nuestros pasaportes y él mira a Tony, que empieza a espabilarse y ha abierto los ojos. Seguramente piensa que es otro turista que ha hecho una escapadita y se ha pasado de la raya bebiendo en el avión. Examina su pasaporte británico y luego el mío indio.

—¿Cuánto tiempo piensan pasar en Alemania? —Mira otra vez a Tony, que ha vuelto a cerrar los ojos.

—Yo, una semana. Luego regreso a la India.

—¿Y él? —pregunta señalando a Tony con un gesto.

—Espero que me acompañe. —Pienso rápidamente si conviene dar más explicaciones o no—. Todavía tengo que convencerle —añado con una sonrisa.

Sella el pasaporte indio y me devuelve los dos sin hacer ningún comentario.

Seguimos adelante, con el alemán empujando la silla de Tony. He mandado un mensaje a Luke al aterrizar para avisarle de que pronto le diría dónde podemos vernos, y luego he apagado el móvil porque tengo poca batería. Dos funcionarios nos observan desde un rincón de la sala de control de pasaportes cuando nos dirigimos hacia la zona de recogida de equipajes. Yo intento no asustarme.

Las cintas transportadoras están llenas de maletas y los pasajeros se arremolinan en torno a ellas como compradores en época de rebajas, ansiosos por conseguir una ganga. El hombre que empuja la silla de ruedas señala la

cinta más cercana, pero yo niego con la cabeza. No hemos traído equipaje, solo mi bolso y la maletita de Tony, que descansa sobre su regazo.

Me preocupa que Tony haya desarrollado tolerancia al Xanax con el paso de los años. Y, además, le dio tiempo a beberse los dos cafés en el avión. La cafeína puede aumentar la toxicidad del Xanax, pero también anular los efectos sedantes de la benzodiacepina. Él sabía lo que se hacía, y eso indica que quizá sea un consumidor habitual. O quizá que sabe perfectamente cómo administrar la droga a otros.

Encontramos un taxi y el operario del aeropuerto me ayuda a sentar a Tony en la parte de atrás. Le doy veinte euros de propina confiando en que así no le diga al taxista nada que me perjudique. No ha parado de mirarme con desconfianza desde que nos encontramos a la salida del avión.

—Revaler Strasse, *bitte* —le digo al conductor una vez dentro del taxi—. Por Postsdamer Platz y Kreuzberg, ¿de acuerdo?

—¿*Stadtring*? —pregunta mirándome por el retrovisor.

Tony y yo vamos juntos detrás. Él se despierta a ratos, pero todavía no se ha dado cuenta de dónde estamos.

—*Nein* —contesto.

Quiero pasar por los barrios de la ciudad por los que solíamos salir Fleur y yo, en vez de tomar la carretera de circunvalación. Necesito mantenerme centrada, recordar por qué estoy aquí. Y también tengo que escribir a Luke.

Veinte minutos después llegamos al Bundestag con su cúpula de cristal y cruzamos a continuación la verde extensión del Tiergarten, dejando la Puerta de Brandenburgo a la izquierda. Fleur y yo estuvimos aquí una vez, al principio, poco después de conocernos. Yo me empeñé en que era importante ver los monumentos históricos y estuve paseando como una turista, con los ojos como platos, hasta que Fleur me mostró una vida mejor, más al este.

Dejé mi albergue junto a la Hauptbahnhof y me mudé a su piso en Friedrichshain, donde ella vivía con casi nada. Yo estaba de año sabático y ella estudiaba Bellas Artes. Por lo menos eso me dijo. No recuerdo, en realidad, haberla visto estudiar nunca, pero puede que no me fijara en esas cosas. Estaba fascinada, quería ser como ella. A los pocos días llevaba el mismo peinado que ella —el pelo muy corto, con un flequillito— y las dos vestíamos de negro de pies a cabeza. Hasta llevábamos riñoneras y gargantillas a juego. Me llevó a bailar al Tesor y al Club der Visionaere, en Kreuzberg, y me enseñó los sitios interesantes: el museo de la Stasi en Lichtenberg y el mural del beso de Honecker y Brezhnev en la East Side Gallery.

Hasta el sexto intento no conseguí que los porteros del mítico Berghain me dejaran entrar, y el club me dejó alucinada por distintos motivos. Yo tenía dieciocho años y nunca había visto a hombres desnudos fornicando en una pista de baile, ni había conocido a nadie tan salvaje como Fleur, que me sonreía cuando desconocidos con máscaras de cuero con tachuelas se acercaron a lamerle las orejas. Cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de que las dos nos estábamos rebelando contra nuestras familias. Ella había roto con sus padres y yo acababa de ser testigo del desastroso final del matrimonio de los míos, que nunca había sido feliz. Mi madre había vuelto a la India y mi padre ahogaba sus penas en alcohol, concretamente en *whisky* irlandés.

Luego llegó, claro, nuestra aciaga visita al Grünen Tal, el club al que nos dirigimos ahora. Fue yendo hacia allí cuando debimos hacernos los tatuajes iguales en la muñeca, como símbolo de que nuestra relación iba en serio. Ojalá pudiera acordarme de los detalles, pero la amnesia que sufrí aquella noche borró tanto lo inmediatamente anterior como lo posterior. ¿Nos hicimos promesas mientras las flores de loto iban floreciendo en nuestras muñecas? ¿Juré amarla y cuidar de ella eternamente? Si lo hice, incumplí mi palabra aquella misma noche.

Vuelvo la cabeza hacia la ventanilla para que Tony no me vea llorar. Me subo la manga y miro otra vez la flor de loto morada, trazo con el dedo el borde de sus pétalos delicados, extrayendo fuerza de ellos.

Son nueve.

Tony está otra vez inconsciente. Cruzamos Kreuzberg y seguimos hacia el norte, cruzamos el río Spree y dejamos atrás la estación de Warschauer Strasse. A nuestra derecha se extiende un entramado de vías férreas en dirección este, hacia Ostkreuz y más allá. La primera vez que me bajé en esa estación, había un mendigo en el puente de Warschauer con cuatro vasos de plástico colocados delante de él en la acera, cada uno con su etiqueta según la droga que contenía: *speed*, LSD, marihuana y GHB. Me hallaba muy lejos de mi vida de niña mimada del norte de Londres, donde estudiaba con ahínco y procuraba mantenerme alejada de la gente guay.

—Gire aquí, por favor —le digo al taxista mientras avanzamos por Revaler Strasse, pasado el RAW, una extensa zona industrial de antiguos talleres ferroviarios donde ahora se mezclan clubes nocturnos, galerías de arte *steampunk* y parques de *skate*.

Le hago, además, una seña con la mano. El lugar al que nos dirigimos es una enorme nave industrial abandonada justo pasado el RAW, apartada de la

calle y del recorrido de los turistas: la antigua sede del Grünes Tal, un club *tecno* que cerraron hace un par de años.

—Cerrado —dice el taxista con fuerte acento alemán mientras avanzamos por el camino lleno de baches que lleva a la entrada del edificio—. Se acabó.

—Lo sé —contesto—. No pasa nada. Gracias. Mi amigo quiere verlo una última vez.

El taxista no me entiende, pero es importante que note que sé adónde voy. Este no es un sitio al que la gente suele venir en taxi.

—¿Aquí? —pregunta visiblemente desconcertado.

—Sí, perfecto.

Alzo la mirada hacia la antigua nave industrial y, al verla, siento un escalofrío. Salgo del taxi y me acerco a abrir la puerta de Tony, que ha abierto los ojos.

—Ya hemos llegado —le digo.

Le ayudo a salir. Sigue pareciendo borracho como una cuba y no se resiste, pero no tengo ni idea de cuánto tiempo seguirá así. El efecto del Xanax puede durar doce horas. Si Tony ha desarrollado tolerancia, puede que sea mucho menos; sobre todo, con tanta cafeína en el cuerpo.

El taxista parece mucho más contento cuando le doy una buena propina.

—*Danke* —le digo.

Tony se tambalea a mi lado mientras el taxi da la vuelta y se aleja por Revaler Strasse.

—¿Te acuerdas de esto? —pregunto mientras contemplo el cochambroso edificio, con sus altas paredes cubiertas de pintadas.

Sonríe, amodorrado, y tengo que sujetarle para que no se caiga hacia atrás. El Xanax es un relajante muscular y le cuesta moverse.

Le agarro del brazo y le conduzco a la parte de atrás del edificio.

Pronto se le borrará la sonrisa.

Luke lee el mensaje que la agente Strover le ha mandado al móvil. Su avión acaba de aterrizar. Strover ha estado mirando la lista de personas desaparecidas en Berlín y ha encontrado a una Freya que por lo visto tiene más o menos la edad de Maddie. Por desgracia se apellida Schmidt, que no es ni indio ni irlandés.

El teléfono vibra al recibir otro mensaje. Es de Maddie, lo ha mandado desde su número, el de la India.

¿Vas a venir a Berlín? Te escribo pronto para decirte dónde nos vemos. x

Luke contesta de inmediato, preocupado por su tono.

Ya estoy en Berlín. Acabo de aterrizar. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

Espera su respuesta mientras mira por la ventanilla del avión los edificios de la terminal del aeropuerto de Tegel. La gente ha empezado a recoger sus bolsos de los portaequipajes de arriba. Él espera hasta que llega el momento de salir del avión. Mira constantemente el teléfono, pero Maddie no contesta.

Al salir al vestíbulo de Llegadas, mira a su alrededor. ¿Qué debe hacer? ¿Irse al centro? ¿Quedarse allí? Aún no ha sabido nada de Maddie. Entonces suena su móvil. Es Strover.

—¿Ha visto mi mensaje? —pregunta en tono apremiante.

—Acabo de aterrizar.

¿Por qué siente la necesidad de disculparse?

—¿Está con Maddie?

—Todavía no.

—Pero sabe dónde está.

Luke cambia de postura, incómodo.

—Acaba de mandarme un mensaje preguntándome si iba a venir a Berlín. ¿Ocurre algo?

—¿Se lo ha mandado desde su móvil personal?

—Desde el indio, sí, ¿por qué?

—Deme el número. Tenemos que informar de su paradero a la policía alemana.

Luke está cada vez más preocupado. Confiaba en que Strover le llamara para darle noticias sobre Freya Schmidt. Anota el número y se lo dicta.

—¿A qué hora le ha mandado el mensaje? —pregunta ella.

—Cuando estaba en el aire. Puede que haga más de dos horas.

—¿Ha contestado?

—Sí, hará un cuarto de hora. No me ha respondido aún. —De pronto, el que no haya contestado empieza a parecerle angustioso—. Decía que me avisaría pronto de dónde podemos vernos.

—Manténgame informada. La policía alemana va a intentar localizar su teléfono.

—Gracias. Ya sabe, por lo de Freya Schmidt.

—Tengo que colgar.

—¿Puede decirme algo más sobre ella?

Strover se queda callada un momento. Luego dice en voz más baja, como intentando que no la oigan:

—Es de nacionalidad alemana, tiene veintinueve años, habla inglés y alemán y tiene aspecto...

—¿De qué?

Evidentemente, Strover no puede hablar con libertad. El inspector Hart debe de estar allí cerca.

—India. Parece india, un poco como Maddie.

—¿Un poco?

—Tengo que colgar.

«Freya Schmidt». Luke decide tomarse un café y esperar a tener noticias de Maddie. Veintinueve años, habla inglés y alemán y... se parece un poco a Maddie.

Strover ha sido muy amable al decírselo. ¿Es posible que Freya Schmidt haya ido a Inglaterra usando otro nombre y otro pasaporte? ¿El de Maddie Thurlow, quizá? Si Strover está en lo cierto, su edad y su aspecto general coinciden con los de Maddie. Pero ¿qué estaba haciendo en su pueblo? ¿Y qué historia quiere contarle?

Tony parece un preso detrás de los barrotes de hierro, tirado en el suelo de cemento, con la espalda apoyada en la pared de ladrillo.

—¿Te acuerdas de este sitio? —pregunto.

—¿Qué sitio? —responde amodorrado.

Tiene la voz pastosa y una octava más grave. Me acerco a los barrotes y me agarro a ellos sin dejar de mirarle. La sonrisa de borracho que tenía antes ha dado paso a una mirada vacua, inexpresiva.

—Vamos a hacer un viaje juntos —digo.

—¿Un viaje? —pregunta tras una larga pausa, pero no parece interesado, ni tampoco preocupado.

—Un viaje al pasado. Hace diez años, en el Grünes Tal. Tú, yo y mi mejor amiga, Fleur.

Tony fija la mirada al frente. No estoy segura de que me haya oído, de que haya entendido lo que acabo de decir.

Después de que se marchara el taxi, le he llevado a la entrada de atrás del edificio, lejos de miradas curiosas, aunque por este páramo industrial no pasa casi nadie. Lo elegí bien cuando estuve en Berlín hace una semana, antes de viajar a Inglaterra.

Estamos en el sótano del taller ferroviario más antiguo, apartado de los otros, donde hay más movimiento de turistas y gente que sale de fiesta. Estuve informándome sobre Revaler Strasse después de pasarme por aquí en misión de reconocimiento. Este barrio lo ocupaba antiguamente la Real Fábrica de Ferrocarriles de Prusia, que después de la I Guerra Mundial pasó a llamarse Reichsbahnausbesserungswerk; RAW, para abreviar. Cuando Fleur y yo andábamos por aquí, no me interesé por su historia. Sabíamos solo que formaba parte de la escena *underground* radical de la ciudad y que allí estaba el Grünes Tal, aunque al parecer por entonces ya empezaba a hablarse de que el interés nostálgico que despertaba el pasado industrial del barrio estaba atrayendo a inversores privados y, por tanto, haciendo subir los alquileres.

Las rejas del sótano se instalaron en principio para proteger a los mecánicos de los generadores y las calderas de la fábrica. Cuando el edificio se convirtió en club nocturno, se sacaron las máquinas para dejar sitio a los *disc jockeys*, que instalaron sus mesas detrás de las rejas, a salvo del caos de la pista de baile. Pasa lo mismo en el Tesor, que está un poco más abajo, en esta misma calle, en el sótano abovedado de unos antiguos grandes almacenes. Los barrotes de hierro que antes servían para defender las cajas fuertes, ahora son las jaulas de los *disc jockeys*.

Casi parece innecesario cerrar la puerta de la jaula. De momento, Tony no parece capaz de moverse, pero el efecto del Xanax pasará y entonces intentará escapar. He planeado este momento, como planeé todo lo demás. La semana pasada traje un candado industrial y lo escondí detrás de unos neumáticos viejos, en uno de los muchos rincones del edificio. Echo una mirada a Tony y voy a buscar el candado.

Enseguida me doy cuenta de que el candado no está. Alguien ha movido las ruedas. Miro a Tony. Sigue con la mirada perdida. Busco otra vez. Nada.

Intento conservar la calma mientras busco por la enorme nave industrial, con sus paredes de ladrillo visto y sus vigas de acero, donde hace años retumbaba el sonido implacable del *tecno*.

Calma.

Tenía un plan, compré un candado, pero hasta los mejores planes se tuercen. No debo dejarme llevar por el pánico. El candado estará en algún sitio. He llegado hasta aquí, he superado otros problemas, como que me confundieran con Jemma Huish. Lo encontraré. Y, si no, apoyaré unos cuantos objetos pesados contra la puerta para atrancarla. El Xanax ha dejado a Tony sin fuerzas. Como castrado. Tengo tiempo de sobra para encontrar una solución.

Me detengo en lo que antes era la pista central, donde Fleur cimbrea su cuerpo esbelto al ritmo machacón de la música. Ahora ya estoy segura de que fue aquí donde conocimos a Tony. El Grünes Tal era nuestro local favorito. Fleur sabía de música, le gustaba el *tecno*. Intento deducir dónde estaba la zona para beber. La barra la sostenían dos estatuas de mármol muy *kitsch*: dos hombres desnudos con una erección colosal. Allí fue donde Fleur me besó por primera vez.

—Creo que fue aquí donde nos invitaste a una copa —le digo a Tony alzando la voz—. A Fleur y a mí.

¿Me oye? Sigue con los ojos abiertos. Dentro de un momento me ocuparé del candado.

—Éramos unas ingenuas, no sospechamos nada. Y además estábamos sin blanca, así que nos encantó que un americano muy simpático nos invitara a una copa porque creía que éramos gemelas y dijo que deberíamos ser modelos y que si queríamos que nos hiciera unas fotos. Eso, por lo menos, imagino que fue lo que dijiste. Porque, verás, me he esforzado durante años por recordar cómo nos conocimos.

Me acerco a él y me agacho a su lado, separadas nuestras caras por los barrotes de hierro. Tiene la frente pálida y perlada de sudor.

—Nos despertamos en el piso de Fleur dieciocho horas después —continúo—. Con un dolor de cabeza insoportable y la entrepierna dolorida. No recordábamos nada de la noche anterior, ni dónde habíamos estado, ni si habíamos conocido a alguien. ¿Te das cuenta de lo aterrador que es eso? Nos quedamos tumbadas en la cama, mirando nuestros tatuajes recién hechos, asustadas por el amor que nos teníamos, por su intensidad. De pronto empezamos a angustiarnos. ¿Qué nos habíamos hecho mutuamente? Pero no fue Fleur, ¿verdad? Ahora lo sé. Ella siempre fue tierna conmigo. ¿Nos bañaste a las dos después? ¿Para lavar tus pecados? Porque sigo viendo un cuarto de baño, ¿sabes? Veo fogonazos en los que Fleur aparece tiritando, sentada en un suelo de baldosas, con las rodillas pegadas al pecho y una expresión atemorizada, suplicándome que la ayudara. Pero eso es ahora. Durante diez años, solo ha habido oscuridad. No sé qué nos pusiste en las bebidas, pero borró por completo ese episodio de nuestras vidas.

Me alejo de él hacia la entrada y salgo a tomar un poco el aire, sorprendida por mi propia entereza y por el brillo del sol. Me preocupaba no ser capaz de enfrentarme a él, aturdida por la pérdida del candado, pero me siento empoderada, capaz de todo. Más allá del muro cubierto de pintadas, los trenes pasan haciendo ruido, camino de Ostkreuz. En algún lugar, a lo lejos, suena una sirena de policía. Tony no va a recordar lo que le he dicho, ni se acordará de que le he traído aquí, pero llevo mucho tiempo ensayando mi discurso. Vuelvo dentro, más centrada, y veo un montón de sacos de cemento en el rincón del fondo de la nave, pasada la antigua barra. Puede que algún constructor guarde aquí sus materiales. Hay muchos escombros alrededor.

—Fleur desapareció al día siguiente, por la tarde —prosigo, agarrando los barrotes con fuerza. De pronto me cuesta controlar mis emociones—. Comimos una ensalada en una cafetería que había al otro lado de la calle y luego yo volví a su piso porque me moría de sueño. Fue la última vez que la vi.

Me doy la vuelta. No quiero que Tony me vea llorar. Pasados unos segundos, me siento con fuerzas para mirarle de nuevo a la cara y vuelvo a agarrarme a los barrotes.

—Acudí a la policía, claro. Investigaron, la incluyeron en un listado muy largo de jóvenes desaparecidos en Berlín, pero nunca apareció. —Inclino la cabeza y respiro hondo. Noto que la ira se agita dentro de mí como una náusea—. Entonces nadie sabía que ese mismo día fuiste al café, te sentaste en una mesa, en un rincón, y estuviste observándonos, buscando alguna señal de que te reconocíamos, algún indicio de que recordábamos lo ocurrido la noche anterior.

No puedo contenerme más. Abro la puerta de la jaula y me acerco a él.

—¿Dónde la llevaste?! ¿Qué le hiciste?! —grito mientras le doy patadas en la tripa, furiosa—. ¿La llevaste a tu estudio de mierda? ¿Dónde está, Tony?

Gime, se protege el vientre con los brazos. Me prometí a mí misma que no haría esto. Se lo prometí a los monjes. Les prometí que dejaría que la policía se encargara de castigarle.

Gira la cabeza para mirarme. Tiene aún la mirada vidriosa, pero por primera vez parece haber entendido lo que he dicho.

—Tenías un estudio aquí, en Berlín —continúo en tono más calmado—. Veo imágenes sueltas. Nosotras, tú, caballitos de mar... Necesito saber dónde está.

Cuando vea el estudio, lo reconoceré. El recuerdo que tengo de la primera parte de aquella noche, de venir aquí, al club, sigue siendo negro como la pez, pero en los últimos meses han empezado a aflorar recuerdos aislados del lugar adonde nos llevó después, como pálidos monstruos surgidos del abismo. Un gran caballito de mar pintado con plantilla en una pared de ladrillo blanca. Un cuarto de baño. Un suelo de baldosas. Puede que una cama. Una bata blanca. Instrumental médico.

Vuelvo a agacharme a su lado.

—¿Dónde cojones está? —le susurro al oído.

Después de mucho buscar, encontré por fin su vieja página web, pero no había dirección de contacto, solo galerías de fotos: discotecas, *disc jockeys*, unas cuantas mujeres.

—¿Mi estudio? —pregunta.

—Aquí, en Berlín.

—¿Quieres que te haga una foto?

—Solo dame la dirección.

Parece desconcertado.

—Y las llaves —añado.

Silas observa la fotografía de un niño tibetano que le devuelve la mirada desde un cartel tamaño folio. El letrero dice: *Ayúdanos a encontrar al Panchen Lama del Tíbet*. Debajo de la fotografía aparece una cifra, la de la recompensa que ofrecen a cambio de información sobre su paradero actual. Silas confía en que el cartel les proporcione la pista que necesitan. La policía alemana está intentando localizar el teléfono de Maddie, pero Silas tiene la sensación de que no se están tomando muy en serio sus sospechas. Conoció a un montón de budistas tibetanos cuando estuvo de vacaciones en Ladakh. Conor era pequeño y aquel fue el mejor viaje en familia que hicieron.

Mira a Strover, que está intentando hablar por teléfono con el sur de la India. Strover debería viajar al subcontinente. Quizá así tendría más paciencia.

—Si llamara a Marte, habría mejor línea —masculla mientras vuelve a marcar.

Se han cambiado de mesa desde esa mañana y ahora están junto a la ventana.

El cartel se lo han traído a la Sala de Parada hace unos minutos. Lo han encontrado los técnicos de la policía forense debajo del forro de la maleta de Maddie. Silas se ha dado cuenta enseguida de que él había visto antes esa cara, en su viaje a Ladakh. También le recordaba a unas fotos de Seahorse Photography, la empresa de Tony, que ha encontrado Strover en Internet. El americano fotografió a un grupo de monjes budistas tibetanos que estaban haciendo una gira por distintos municipios a fin de recaudar fondos para construir una cocina en su monasterio del sur de la India, donde viven exiliados.

Silas ha mirado la página web de los monjes: su monasterio original, situado en el centro del Tíbet; lo fundó el primer Dalai Lama y es la sede de los sucesivos Panchen Lamas. La foto hallada en la maleta de Maddie es la del decimoprimer Panchen Lama, al que las autoridades chinas secuestraron

en 1995, cuando tenía seis años. No se le ha visto desde entonces. Otra desaparición sin resolver.

Recuerda sus intentos de explicarle a grandes rasgos la historia del budismo tibetano a Conor mientras estaban sentados alrededor de un fuego, una noche estrellada en Ladakh. Al final de su explicación, estaban los dos igual de perdidos. Ahora vuelve a mirar el cartel. ¿Por qué llevaba Maddie esa foto en la maleta? ¿Y por qué la había escondido si no iba a viajar a China?

En todo caso, es un vínculo más con el sur de la India, de donde es su madre, que volvió allí hace diez años, tras divorciarse de James Thurloe. Por lo visto, Maddie la siguió un año después. Están intentando localizar a la madre a través de la policía india —Silas ha hecho una solicitud urgente a la Oficina de Investigación Criminal de Delhi, a través de la Interpol—, pero de momento no ha habido suerte. Ahora al menos tienen un vínculo entre Tony y Maddie, algo que quizá ayude a explicar qué hacía ella en Wiltshire.

Strover le hace un gesto levantando el pulgar y empieza a hablar.

—¿Es el monasterio de Tashi Lhunpo en Bylakuppe? —pregunta, pronunciando con dificultad—. ¿En Karnataka?

Un par de agentes la miran extrañados. ¿Por qué la gente siempre habla raro cuando se dirige a un extranjero? Silas lo hace, es consciente de ello. Habla muy alto y despacio, como si se estuviera dirigiendo a una persona con pocas luces. Cinco minutos después y tras llenar varias hojas de anotaciones, Strover cuelga el teléfono.

—Vale, resulta que Maddie y su madre visitan con frecuencia el monasterio —dice mientras se acerca a Silas con su cuaderno—. El hombre con el que he hablado, Lobsang Dorjee —añade echando un vistazo a sus notas—, me ha dicho que son «grandes amigas» de una comunidad de monjes que vive en un pueblo cercano, Kushalnagar, creo que ha dicho, donde ambas son maestras en un colegio. Maddie ha visitado muchas veces el salón de oraciones del monasterio estos últimos seis meses, más de lo normal. Al parecer está aprendiendo a meditar.

—Usted dijo que debía de ser monja —comenta Silas.

—El monje no ha entrado en detalles, solo me ha dicho que estaban intentando ayudarla a recordar cosas de hace mucho tiempo. —Echa otra mirada a su cuaderno—. A «purificar su mente», concretamente. Hace diez días se marchó a toda prisa, dijo que se iba unos días a ver a una amiga. Están todos muy preocupados por ella, sobre todo su madre. Me han dado su número de teléfono. Voy a llamarla enseguida.

Tony ve a Maddie acarrear los pesados sacos de cemento, uno por uno, sin poder detenerla. Tarda un buen rato, pero no parece tener prisa. O quizá sea solo una impresión suya. Sabe que ella le puso un sedante en la bebida. Hasta que se le pase el efecto, no puede hacer nada. Ni quiere hacerlo. Este letargo le está matando, le ha dejado para el arrastre. Solo le apetece quedarse tumbado en el suelo de cemento de su celda y dormir. Ojalá pudiera dejar de bailar al son que le marca ella. Ya le ha dado las llaves de su estudio: se ha visto a sí mismo hacerlo con una mezcla de furia y absoluta indiferencia. Debe mantenerse despierto, intentar salir de aquí.

—Si fueras otro, me darías pena —comenta ella cuando acaba de edificar su barrera. Se ha puesto delante de los barrotes y le mira desdeñosamente, con la frente sudorosa por el esfuerzo—. El Alzheimer es una enfermedad cruel. Y, en tu caso, ojalá sea muy larga.

Da media vuelta para marcharse.

—¿Cómo te has acordado después de tanto tiempo? —pregunta Tony con la voz todavía pastosa. El embotamiento mental le está volviendo loco.

Maddie duda un momento, de espaldas a él, y luego sigue andando, dejándole solo en el edificio.

—¡Eh! ¡Vuelve! —grita Tony, presa de una súbita paranoia—. ¡Tenemos que hablar!

Silencio.

Tony está asustado. Ella parece muy decidida, muy dueña de sí misma.

Pasados cinco minutos, se levanta tambaleándose. Casi no reconoce el edificio. El Grünes Tal era su mejor coto de caza en Berlín, su sala favorita en toda Europa. Chicas, chicos, no le hacía ascos a nada. Solo tenían que ser su tipo. Se había hecho un hueco como fotógrafo de discotecas y conocía a todos los *disc jockeys* que actuaban allí. Los seguía por las principales salas europeas haciéndoles fotos publicitarias y tenía acceso a los locales siempre que quería. Era la tapadera perfecta. Nadie sospechaba nada.

Y cuando la gente le preguntaba por qué su empresa se llamaba Seahorse Photography, él decía que no se acordaba (era una broma que solo él entendía). No les decía que los caballitos de mar comparten nombre con el hipocampo cerebral, donde se procesan los recuerdos. Ni que le daba terror morir de Alzheimer, como su padre. Ni que, al inducir una amnesia temporal en sus víctimas, se excitaba sabiendo que sus sinapsis eran superiores a las de ellas o ellos, al menos durante unas horas. Su hipocampo podía estar pudriéndose, pero aun así funcionaba mejor que sus cerebros empapados en benzodiacepina. Él lo recordaría todo, absolutamente todo lo que les hacía, y ellos no recordarían nada. La cosa no podía ser mejor. Sobre todo para un tipo como él, que en tiempos había soñado con ser neurocirujano. Y cuyo córtex cerebral se estaba atrofiando.

Ahora, empuja los barrotes intentando moverlos, pero no ceden. Maddie ha apilado cinco sacos de cemento, uno encima de otro, y al lado ha puesto un montón de neumáticos viejos. La puerta acabará por moverse, tarde o temprano. Solo necesita recobrar fuerzas. E ímpetu.

Maddie debe de ser una de las chicas a las que llevó a su estudio. Por eso paró, al final. Un país nuevo, un nuevo comienzo. Muchos empezaban a recordar, ese era el problema, daba igual dónde consiguiera las pastillas. Y cuando se acordaban, tenía que borrarles la memoria. Para siempre. Eran siete, la última vez que los contó. Maddie debió de escapársele, por la razón que fuera. Pero ¿por qué no ha llamado a la policía? Porque no tiene pruebas, todavía. Los recuerdos lejanos no se sostienen ante un tribunal de justicia. ¿Acaso son de fiar, señoría? ¿O son falsos? Santo Dios, qué ganas de dormir tiene.

¿Qué se proponía ella al presentarse así en el pueblo? ¿Fue expresamente a buscarle? ¿A engatusarle para llevarle a Berlín? Si es así, lo ha hecho bien, ha sido muy lista. Él tenía razón al sospechar. «Alguien que me enseñe Berlín». Y ha hecho bien al acompañarla para averiguar qué sabe de su antigua vida. Y hacerle olvidar lo que sepa, si sabe demasiado. Pero Maddie le ha puesto una droga en la bebida y le ha encerrado en una puta jaula. ¿Cómo es que no la reconoció cuando se presentó ese día en su casa? Le sonaba su cara, pero no sabía de qué. Y luego se acordó de Jemma Huish. Qué idiotez. Qué imbécil ha sido. Demasiadas placas y ovillos neurofibrilares.

Prueba otra vez a empujar los barrotes, poniéndole más empeño. Los sacos de cemento se mueven.

Un centímetro, más o menos.

El estudio de Tony está en Schillerkiez, un barrio no muy grande del norte de Neukölln que linda con Tempelhof, el antiguo aeropuerto de Berlín. Le he enviado la dirección a Luke al marcharme de Grünes Tal y le he dicho que nos vemos allí dentro de una hora. Los hangares del aeropuerto, contruidos por los nazis, albergan ahora a refugiados, lo que en cierto modo parece adecuado. Por lo visto en estos edificios está prohibido hacer pintadas, no como en las calles de alrededor, donde las paredes están repletas de grafitis.

Fleur y yo solíamos venir aquí cuando se abrió el parque. En aquellos tiempos era un barrio chungo, lleno de peligros y emociones. Fleur conocía los mejores sitios para tomar café turco, los que frecuentaban los artistas locales. Íbamos juntas a un montón de exposiciones. Con nuestras botellas de Augustiner Pils en la mano, mirábamos sesudamente piezas de arte conceptual y asentíamos con la cabeza como entendidas. El barrio ha cambiado mucho en diez años, hay cafeterías pijitas en casi todas las esquinas y una galería de arte en lo que antes era una lavandería.

Hoy, la explanada está llena de familias que han venido a disfrutar del sol del verano. Me adelantan adolescentes en monopatín por la antigua pista de despegue. Un padre vuela una cometa rosa en la pradera con su hijo. Hay parejas con carritos de bebé y mujeres haciendo yoga. Camino hacia la dirección que me ha dado Tony. No creo que me haya mentido: estaba aún suave como una seda por efecto del Xanax. Podría haberle pedido que hiciera cualquier cosa por mí. Eso es lo más aterrador.

Tardo un rato en encontrar la entrada al estudio, al fondo de un callejón que los promotores inmobiliarios no han descubierto aún. No hay nombres en el portero automático, solo tres botones. Observo el destartado edificio de tres plantas. Tony ha dicho que su estudio estaba en el sótano. Voy hasta la parte de atrás, donde unos escalones llevan a un garaje con la puerta oxidada y llena de pintadas. Al lado hay una puertecita con cerradura y un buzón. Echo un vistazo al callejón y bajo los escalones. Una de las llaves encaja en la

cerradura y abro la puerta empujándola un poco para apartar el montón de folletos publicitarios y correo basura dirigido a Seahorse Photography.

Me asomo al pasillo oscuro y húmedo y pulso un interruptor que no funciona. ¿Algo de esto me resulta familiar? ¿Cómo nos trajo Tony aquí desde el Grünes Tal? ¿En taxi? ¿En su coche? No reconozco nada. Cierro los ojos, respiro hondo y pienso en el árbol de bodhi, dejo que sus raíces profundas y acogedoras me ayuden a recordar.

Pulso el botón de encendido del móvil, que he apagado después de mandarle el mensaje a Luke porque tengo poca batería, y espero a que se encienda. Usando la linterna, avanzo hasta la puerta del fondo del pasillo. Tony me ha dado tres llaves. Meto la segunda en la cerradura. Me da vueltas la cabeza cuando alumbro la habitación. Estoy en el lugar correcto: un estudio espacioso, de paredes blancas. El destello de un recuerdo. Fue aquí donde ocurrió, estoy segura. Delante de mí, un enorme caballito de mar pintado en la pared me mira entre la penumbra. Su cuerpo almenado llega del suelo al techo. Siento una oleada de adrenalina y vuelvo la cara, incapaz de soportar la visión de esa criatura fea y osificada. Sus ojos saltones.

«Me acuerdo». Fue esa la imagen que lo inició todo, que removió mis recuerdos, que me llevó a un pueblecito de Inglaterra y me trajo aquí, a Berlín.

Me obligo a volver a mirar al caballito y pienso en cómo empezó todo esto. Los monjes de nuestro pueblo en el sur de la India acababan de volver de su gira por Europa para recaudar fondos, agotados pero contentos. Sus talleres de budismo tibetano y mandalas de arena habían deslumbrado a la Inglaterra rural. Esa noche hubo una gran cena y nos invitaron al monasterio de Tashi Lhunpo para celebrarlo. Al oírles hablar de los salones de actos municipales de aquellos pueblecitos, sentí nostalgia de la vida que había dejado atrás. Nos enseñaron fotografías, como si acabaran de volver de unas vacaciones. Entre ellas, una de un acto en un ayuntamiento de Wiltshire. Una fila de niños pequeños sentados con las piernas cruzadas, mirando con los ojos como platos a los monjes que, cubiertos con su sombrero amarillo, cantaban y bailaban.

No sé muy bien por qué lo hice, pero di la vuelta a la foto y fue entonces cuando vi el logotipo de Seahorse Photography. Aquella imagen provocó en mí una reacción tan visceral que me costó mucho dominarme. Devolví la fotografía con mano temblorosa y salí a toda prisa al patio a que me diera el aire. Mi madre me siguió.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Me acuerdo.

Fue todo lo que dije: me acuerdo.

No era gran cosa, pero sí un comienzo: un destello de luz en medio de la oscuridad anestesiada.

Durante aquellos años le había hablado a mi madre de cómo acabó mi estancia en Berlín, de cómo esos pocos meses de libertad absoluta llegaron brutalmente a su fin con la desaparición de mi mejor amiga. No le hablé de mis visitas a los clubes nocturnos ni de las drogas. Ni le dije que Fleur y yo éramos novias. Los padres no necesitan saberlo todo. El problema era que no recordaba nada de una noche en concreto. De mi última noche con Fleur. Ahora, con un nombre y una imagen —la del emblema de Seahorse Photography—, tenía una clave que podía ayudarme a desenterrar recuerdos que hasta entonces estaban destinados a permanecer en el olvido.

Durante los seis meses siguientes, trabajé codo con codo con los monjes, que me enseñaron nuevas formas de recordar. Soy maestra en el colegio de primaria de nuestro pueblo y antes y después de clase subía al monasterio a estudiar meditación en el piso de arriba del Colegio Tántrico, que antes era el templo del monasterio, un sitio perfecto en el que aprender. Después salíamos a pasear por el patio, donde un precioso árbol de bodhi proyecta su sombra fresca, igual que hacía hace más de dos mil quinientos años, cuando vivía Buda. Yo me sentaba bajo el árbol y pasaba horas absorta en la meditación, acompañada por una sucesión de monjes.

Al principio pensaron que quería recordar vidas anteriores, pero pronto comprendieron cuál era mi propósito y empezaron a entrenar mi mente para que se abriera paso entre las sombras del pasado y recuperara recuerdos sin procesar. Para que recordara lo que pasó en Berlín aquella noche. Lo que le ocurrió a Fleur.

—Cuando la mente se aquieta, afloran viejos recuerdos —me dijo un monje—. Olvidamos las cosas cuando nuestra mente está alterada.

Detectaron dentro de mí un gran temor, oscuro y reprimido, y me introdujeron en las enseñanzas de Machig Labdrön, una reputada *yogini* y maestra budista tibetana del siglo XI. Asociada con la energía femenina iluminada, es famosa sobre todo por la ceremonia del Chöd, una práctica visionaria que te ayuda a enfrentarte a tus demonios interiores y a desligarte del cuerpo y del ego. A veces me daba un poco de miedo, pero también era purificante como una purga, y con el tiempo alcancé un estado de conciencia lúcida y ecuánime. Notaba que mi mente se había afinado, que mi percepción,

sobre todo en cuanto al pasado, era más clara y sutil. Pero no bastaba con eso. Seguía sin recordar aquella noche en Berlín.

Fue entonces cuando un monje que estaba de visita me sugirió que probara un polvo hecho con el fruto del árbol de bodhi. Yo sabía que las hojas y la corteza del bodhi —llamado también higuera de la India— son muy apreciadas por sus propiedades medicinales, pero ignoraba que sus higos mejoraran la memoria. Aparte de ser ricos en aminoácidos, contienen gran cantidad de serotonina y, como pronto descubrí en Internet, científicos indios han demostrado que sus frutos, finamente molidos, pueden reducir la amnesia anterógrada y retrógrada al *modular la neurotransmisión serotoninérgica*. Valía la pena hacer la prueba.

Una mañana, mientras una ligera bruma pendía sobre el patio del monasterio, tuve una revelación bajo el árbol: unas pocas palabras brotaron de las bóvedas más recónditas de mi cerebro. No sé si fue por la harina de higo o por la meditación, pero cobré conciencia de que nuestros recuerdos más sólidos están envueltos en emociones y sensaciones tanto como en imágenes. Y de pronto me acordé de que había sentido que se me revolvía el estómago al oír retumbar la voz de Tony en el estudio en el que me encuentro ahora.

—¿Sabes qué es lo que me pone de verdad? Alguien que lo olvida todo, cada mañana. Día tras día. Y todo natural, sin aditivos químicos. Eso sí que sería fantástico.

Estoy segura de que sus palabras fueron otras —hace mucho de eso—, pero recuerdo perfectamente su horrendo sentido. «Alguien que lo olvida todo, cada mañana». Entrañaba una maldad tan espantosa... No se trataba únicamente de que a Tony le excitara la inconsciencia de sus víctimas, inducida por las drogas; buscaba, además, otra cosa, una amnesia duradera que le permitiera abusar de ellas indefinidamente. Días tras día.

Yo ya tenía suficientes datos para tramar un plan, espoleada por los recuerdos fragmentarios que seguían aflorando bajo aquella fructífera higuera. Instantáneas aterradoras de Tony. Y de Fleur. Poco a poco fui juntándolas y comprendí lo que tenía que hacer. Era un plan turbio y retorcido, digno de su objetivo. A Tony le costaría resistirse a mis encantos si me presentaba en su casa, en Wiltshire, diciendo que había perdido la memoria. Yo sabía que era su tipo: ya me lo había demostrado antes. Y esta vez no haría falta que me pusiera una droga en la bebida. «Todo natural, sin aditivos químicos». Una amnésica de origen natural. Orgánica. ¿Qué más podía pedir?

No me costó encontrar su dirección en Wiltshire tras dar con su nombre en una nueva página web de Seahorse Photography y descubrir que había

trabajado como fotógrafo de bodas en el Reino Unido. Parecía haber abandonado hacía poco tiempo la región de Surrey Hills para trasladarse a Wiltshire y deduje que se había comprado una casa. Sabía ya qué municipio de Wiltshire habían visitado los monjes y el resto lo encontré en Google Maps y en la página web del Registro de la Propiedad. Di con el plano de la casa en la página de una agencia inmobiliaria y pensé que mi historia sonaría más verosímil si recordaba vagamente haber vivido en la casa y conocía la disposición de las habitaciones, el cuarto de baño de abajo y el despacho del jardín. A menudo, los amnésicos son capaces de recordar cosas de su infancia.

Lo que no podía prever era que me confundirían con Jemma Huish, ni que mi visita coincidiría con el aniversario de la muerte de su madre. Ignoraba que Tony estaba obsesionado con ella, hasta el punto de que había comprado la casa en la que vivió de niña confiando en que volviera algún día. Como dijo una vez un boxeador, todo el mundo tiene un plan hasta que le dan un puñetazo en la boca.

Recorro con la mirada el estudio abandonado, alumbrando con la linterna sus viejos cajones de almacenaje. Queda muy poca cosa, y ninguna fotografía. Tony debió de llevarse todos los muebles y el equipo fotográfico a Inglaterra. Solo queda el horrendo estarcido de la pared. Otro recuerdo cobra vida de repente, como un chispazo. Fleur tumbada en una cama, en el rincón, mirándome con ojos desquiciados mientras Tony hace con ella lo que se le antoja. Lo que me hizo a mí, sigo sin recordarlo.

Hay otra puerta en el rincón. Me acerco y uso la tercera llave para abrirla. Al alumbrar las paredes, siento un mareo. También he estado aquí antes. Lo noto. El cuartito está vacío, salvo por una especie de plataforma central, parecida a una isla de cocina. O a una mesa de operaciones. Y ahí, en el rincón, está la bañera en la que Fleur sollozaba, sentada, agarrándose las rodillas.

El suelo es de baldosas blancas y negras, fácil de limpiar. Recuerdo lo frío que estaba. Otra sensación: olía a limpio. Rodeo la isla pasando un dedo por su superficie lisa, como de mármol. Tony detestaría ver que está cubierta de polvo. Lo veo de pronto vestido con bata blanca. ¿Era aquí donde extendía sus fotos? Al principio, en sus primeros años de carrera, le gustaba revelarlas él mismo, a mano. Pero la bata blanca es una bata de médico. Esta mesa no era para sus fotos. Fue aquí donde me trajo pasadas unas horas, y donde me pinchó y sondeó mi cuerpo como un cirujano que examinara a una paciente antes de una operación. Solo que yo estaba consciente. Más o menos. ¿Qué me hizo? Confiaba en completar la imagen al venir aquí, pero a veces el

cerebro nos protege de nuestros traumas más dolorosos, los pone fuera de nuestro alcance, incluso del alcance de Machig Labdrön y de los higos ricos en serotonina del árbol de bodhi.

Me sitúo en un extremo de la isla, donde hay varios cajones empotrados. Abro uno, lo alumbro con la linterna y ahogo un grito. Apenas puedo mirar. Una colección de utensilios médicos: berbiquíes, varios bisturíes, una sierra y cinceles quirúrgicos. Un martillito de acero. Pinzas y valvas. ¿Qué atrocidades han sucedido aquí? Sé que he visto antes estos útiles, pero no sé por qué. Su sola visión me hace temblar, me produce un miedo profundo e instintivo. Por suerte, aquel día en el centro médico, conseguí dominar el horror que se apoderó de mí.

Intento convencerme de que son como las herramientas antiguas que mi padre guardaba en la caseta del jardín, pero sé que no es así. Otro cajón. Este está lleno de fotos tamaño DIN A4. Más caballitos de mar resecos, como el de la foto que encontré en la buhardilla de Tony. Cojo una de las fotos, temblándome las manos, y la miro con atención. Dos caballitos disecados, fotografiados sobre la mesa que tengo delante. Solo que estos no tienen ojos.

«Más caros que la plata». Miro la foto más de cerca. Una gota de sangre. Le doy la vuelta, y el miedo y la ira se hinchan dentro de mí, atenazándome la boca del estómago. Debería haberlo adivinado. Leí bastante sobre ellos en la India, sabía que tenían el mismo nombre latino que una parte del cerebro humano. No son caballitos de mar.

Hay una anotación hecha a mano: *En recuerdo de Florence.*

Oigo un ruido fuera.

Silas cuelga bruscamente el teléfono en la Sala de Parada. Sus viejos contactos en la prensa han salido arrastrándose de sus guaridas en Fleet Street y llevan todo el día pidiéndole alguna declaración extraoficial sobre el incidente de ayer. Pero Silas tiene mejores cosas que hacer. Como intentar convencer a la BKA de Wiesbaden de que se tome más en serio sus sospechas. Aún no han conseguido localizar el móvil indio de Maddie, ni comparten su creciente preocupación porque un presunto asesino en serie acabe de llegar a Berlín. Su jefe tampoco le cree; según él, el archivo titulado *Hippocampus madeleine* que han encontrado en el ordenador de Tony no es más que un «capricho artístico». Pues muy bien.

—Por fin he conseguido hablar con la madre de Maddie —dice Strover al acercarse a su mesa. Por lo menos ella le cree.

—¿Y?

—Está angustiadísima. No sabía que Maddie estaba en Europa.

—¿Ha dicho algo sobre el monasterio? ¿Qué es lo que intentaba recordar Maddie?

—Algo que ocurrió en Berlín.

Silas levanta la vista.

—Le ocurrió algo malo allí, hace diez años. Su madre no ha querido explicarme nada más.

Suena la línea directa de Silas. Un número alemán. Es el agente de la BKA de Wiesbaden con el que ha estado hablando.

—Hemos localizado el teléfono —dice en un inglés excelente—. Lo encendió hace media hora, en una nave industrial abandonada del barrio de Friedrichshain. —Silas anota la dirección exacta—. ¿Le dice algo esa dirección? —pregunta el agente alemán.

—No, aún no.

Silas le pasa la dirección a Strover, que la busca en su portátil.

—Nuestros compañeros de Berlín acaban de recibir una llamada de un taxista —añade el alemán—. Estaba preocupado por dos pasajeros a los que había dejado media hora antes en esa misma dirección.

Strover le pasa un trozo de papel. *Discoteca Grünes Tal, tecno de Detroit*, dice.

—¿Es ahí donde antes estaba la discoteca Grünes Tal? —pregunta Silas mirando a Strover—. Ya sabe, esa especializada en *tecno* de Detroit.

—Es usted más joven de lo que parece por su voz —comenta el alemán. Silas pone cara de fastidio.

—Eran una mujer que hablaba inglés y un hombre en silla de ruedas —prosigue el agente—. El taxista los recogió en el aeropuerto de Tegel. Lo hemos comprobado: Maddie Thurloe pidió una silla de ruedas.

¿Una silla de ruedas?

—¿Por qué estaba preocupado el taxista?

—Por el hombre. Pero creo que podemos estar tranquilos. La chica le está llevando de turismo. «Un paseíto por el callejón de la memoria», creo que es la expresión que usan en inglés.

—Con todos mis respetos, la verdad es que no creo que puedan relajarse —contesta Silas, cada vez más molesto.

Sabe que no hay nada que hacer.

—Es una hipótesis interesante, la de los caballitos de mar y las personas desaparecidas. Pero de momento se la dejamos a ustedes.

Me paro a escuchar. Silencio. Debería llamar ya a la policía, decirles dónde pueden encontrar a Tony y lo que le pasó a Fleur. Abandonar mi plan. Pero debo saber qué pasó aquí exactamente. Hasta el último detalle. Para eso he venido.

Tony dijo otra cosa aquella noche, otro retazo:

—Mañana volveremos a vernos como si no nos conociéramos. Y sabremos si debéis vivir.

Le he dado mil vueltas, tratando de encajar esa pieza entre el resto de mis recuerdos. Debió de decírnoslo antes de llevarnos de vuelta al piso de Fleur. Una última advertencia a nuestros cerebros drogados, un llamamiento a nuestro inconsciente para que no le reconociéramos si nos encontrábamos por la calle.

«Mañana volveremos a vernos como si no nos conociéramos». No fue casualidad que nos viéramos al día siguiente. Fue una prueba para ver si nuestra amnesia era total. Si estaba a salvo. Debió vernos cuando fuimos a comer a la cafetería de enfrente, resacas todavía y doloridas. Entró, nos estuvo mirando fijamente. Yo no le reconocí, pero Fleur... Mi amor, eras siempre tan observadora, estabas tan atenta a todo... Dos horas más tarde, Fleur fue a la tienda de la esquina a comprar leche de soja y no se la volvió a ver.

Alumbro una última vez la habitación con la linterna del móvil. Su luz se refleja en la superficie lisa de la mesa. He venido aquí a ver dónde llegó a su fin la bella vida de Fleur. A rendirle homenaje, a redimir parte de la culpa que siento. Aquí me siento cerca de ella. Cuando estaba viva, lo compartíamos todo: las esperanzas y los sueños, los auriculares y la bañera. Y ahora quiero compartir también su muerte, que no pude impedir.

Respiro hondo y me tumbo en la fría mesa, apago el teléfono y me quedo mirando la oscuridad. Aquieto mi mente. Pasan cinco o diez minutos y entonces lo veo mirándome desde arriba, su cara muy cerca de la mía, tapada

con una mascarilla. Tiene en la mano un utensilio quirúrgico. No quiero fijarme en cuál. Un bisturí, creo. Puede que un berbiquí. No me hace nada. Solo me explica en voz baja, al oído:

—Esto es lo que les pasa a los que recuerdan. Así que más te vale olvidar. Y yo olvidé. Hasta ahora. Mi querida Fleur, en cambio, se acordó.

Por fin me siento en paz, aquí, en el sitio donde ella pasó sus últimos momentos de consciencia. Espero que no sintieras dolor mientras el monstruo te extirpaba los recuerdos. Nunca te olvidaré, amor mío.

Levanto el brazo en la oscuridad y beso el tatuaje de mi muñeca.

Un chasquido fuera. ¿O han sido mis labios? Otro ruido, más fuerte esta vez, como el de un cierre metálico al abrirse y cerrarse. Procedía de detrás de la puerta que hay a mi derecha, que debe de dar al garaje. Tony no me dio la llave. Intento aguzar el oído, pero me late tan fuerte el corazón que la sangre me atruena los oídos. Busco a tientas el cajón que tengo al lado, con cuidado de no hacer ruido.

La puerta que da al garaje se abre. Vuelvo la cabeza y veo una figura silueteada.

—Voy camino de Neukölln —le dice Luke a Strover por teléfono—. Maddie me ha mandado un mensaje diciéndome que nos veíamos allí.

Recibió su mensaje cuando llevaba media hora esperando en el aeropuerto.

—Es posible que no acuda nadie más —le informa Strover.

—¿Y eso?

Luke mira por la ventanilla del taxi. Nunca había estado en Berlín y le parece una lástima visitar la ciudad en estas circunstancias. El taxista no deja de señalarle lugares de interés —el palacio de Charlottenburg, el Centro Internacional de Congresos—, pero él no está de humor para hacer turismo. Solo quiere llegar cuanto antes a esa dirección de Neukölln.

—Maddie ha sacado a Tony del aeropuerto en silla de ruedas —añade Strover.

—¿En silla de ruedas?

—Han localizado su teléfono en una antigua discoteca de Friedrichshain antes de que lo apagara. Voy a pasarles su mensaje a nuestros colegas de Berlín, pero no se haga ilusiones. ¿Cuál es la dirección?

Luke se la da. Contestó a Maddie enseguida, nada más recibir su mensaje, pero ella no ha respondido. Tiene que estar pasando algo horrible. ¿Ha sido ella quien ha mandado esos mensajes o ha sido otra persona usando su móvil?

—¿Cree usted que está en peligro? —pregunta, incapaz de disimular su angustia.

—Mi jefe ha trasladado a nuestros colegas de la policía alemana nuestra profunda preocupación, pero no podemos hacer mucho más sin tener más pruebas. Lo siento mucho.

—¿Y de verdad cree que esa tal Freya Schmidt que está desaparecida se parece a Maddie?

Pero Strover ya ha colgado.

—¿Maddie?

Es Tony. Creo que todavía no me ha visto, tumbada en la mesa, a oscuras.

—¿Estás aquí? —pregunta desde la puerta.

Casi no puedo respirar.

—Qué desconsiderado por tu parte —añade—, dejarme KO en el avión.

Todavía se le traba un poco la lengua. Pronto, en cuanto se le acostumbren los ojos a la oscuridad, podrá verme. Noto un olor a quitaesmaltes.

—Veo que te has preparado —dice—. Ahí era donde se tumbaban todos. Los que se acordaban.

—¿Qué le hiciste? —pregunto en un susurro.

—Normalmente, tengo que drogarlos.

—¿Qué le hiciste a Fleur?

Me siento tan vulnerable aquí tendida... Pero no quiero hacer ningún movimiento brusco.

—Es posible que tú también te tumbaras en la mesa. A veces hacía una advertencia. Un aviso verbal. Ya sabes, si pensaba que alguno podía recordar.

O sea, que yo estaba en lo cierto.

—¿Y su cuerpo? ¿Qué hiciste con ella?

Entra en la habitación y cierra la puerta. Todo queda a oscuras. Se queda ahí, en silencio, con la respiración en calma, no como la mía. Ese olor quirúrgico, como a alcohol o antiséptico, es cada vez más fuerte. Casi asfixiante. Debería haber llamado a la policía.

—Y tú te acordaste —prosigue—. Aunque te ha costado. Diez años, nada menos.

Debería haber buscado más sacos de cemento, haber amontonado más cosas contra la reja, haber tomado más precauciones. ¿O esperaba acaso, en parte, que Tony me siguiera hasta aquí? ¿Compartir el destino de Fleur?

—Pensaba que te acordarías de mí —digo, pensando en aquel primer día, cuando subí por la calle desde la estación, con los miembros entumecidos por

el miedo—. Cuando me presenté en tu casa.

—Reconocí tu cara. Nunca olvido una cara bonita. Pero no sabía quién eras.

Parece borracho.

—Pensaste que era Jemma Huish.

Tengo que conseguir que siga hablando.

—Al principio, sí. Estaba confuso.

—¿Qué tal tienes la memoria? ¿Mal? —pregunto sin poder refrenarme.

—¿Mal? —Se queda callado un momento—. ¿Que si la tengo mal? —dice en tono burlón y furioso.

He ahí la paradoja. Poco a poco, se está volviendo tan olvidadizo como sus víctimas. Ese es su mayor miedo, lo sé.

—Todavía recuerdo lo que ocurrió ayer —añade—. Lo que no puede decirse de esa zorra de tu amiga Flo. Menuda imbécil.

—Fleur. —Cierro los ojos, tratando de dominar mi ira. ¿Cómo se atreve? —. Y no era imbécil.

—Me dijo que su mamá la llamaba Florence. Justo antes de que la rajara.

No puedo soportarlo. La última conversación que tuvo Fleur, aquí tumbada, en esta mesa del terror, hablando de su madre. Seguro que fue valiente hasta el final.

—Siempre he preferido los nombres anticuados —continúa él—. Quedan mejor en las fotos. Como más latinos.

—¿Cuántos han sido?

Ahora está más cerca, a mi derecha. Distingo apenas su silueta. Con la mano metida en el cajón de la izquierda, busco a tientas entre el instrumental.

—Ocho, dentro de poco. Y la memoria de cada uno de ellos ha quedado immortalizada en una obra de arte. Ya tenía listo tu caballito de mar, por si acaso. Empecé a sospechar cuando te acordaste de tu nombre. *Hippocampus madeleine*. Pero no me di cuenta de que eras una embustera. En eso me engañaste. Has ido siempre un paso por delante de mí.

Deslizo los dedos por el borde afilado de un cincel y agarro el mango.

—Fuiste muy valiente al presentarte en mi casa, eso tengo que reconocerlo —prosigue.

—No tanto, en realidad.

Me quedo callada un momento. Hubo algo más que recordé en la India, otra pieza del rompecabezas que me dio valor para seguir adelante con el plan, para lanzar los dados y arriesgarme a que me reconociera cuando llamara a su puerta.

—Aquella noche dijiste una cosa. Dijiste que tu cerebro se estaba muriendo. Esas fueron tus palabras: «Mi cerebro se está muriendo». Calculé que quizá tus sinapsis deterioradas no reconocerían mi cara bonita. Ni mi tatuaje. Teníamos las dos el mismo, Fleur y yo. Dos flores gemelas. Fáciles de recordar. Te observé atentamente cuando llegué a tu casa. El tatuaje era para mí como el canario en la mina. Si al verlo reaccionabas, saldría pitando de allí. Pero no reaccionaste. No diste ninguna señal de reconocerlo. ¿Se te sigue olvidando para qué son las llaves del coche?

—¡Zorra! —exclama, y se abalanza hacia mí.

Me pone un paño sobre la cara. Noto un olor penetrante. Como a plátanos maduros. Agarro el cincel y le golpeo con él en la cabeza con todas mis fuerzas. Me lanzo de la mesa rodando, me quito el paño de la cara. Tony cae también, aterrizando de espaldas en el suelo. No quiero ver dónde tiene clavado el cincel.

Gime, echa mano del cincel, se lo saca.

—Eso ha sido un error —masculla.

Sé que le he herido. Hay un charco de sangre en el suelo de baldosas. Ese suelo que él tenía tan limpio. Qué sucio lo ha puesto todo. Me levanto y miro su figura desamparada. Antes de marcharme de nuestro pueblo, les aseguré a los monjes que mis demonios se habían evaporado y que en mi espíritu solo quedaba compasión, como deseaba Machig Labdrön. Pero en el fondo sabía lo que tenía que hacer, por qué me marchaba tan de repente. Vine aquí a completar la imagen de lo que sucedió aquella noche. Y también para matar a Tony. Le odio con una pasión que soy incapaz de controlar. Le odio por lo que le hizo a Fleur. Y a toda la gente a la que ha matado o maltratado.

Me acerco al cajón y saco el martillito de acero.

—Mátame —dice.

—¿Dónde escondiste el cadáver de Fleur? —pregunto, sorprendida por cuánto pesa el martillo. Necesito saberlo todo.

—No debería haberme mirado.

—¿Dónde?

—En la cafetería.

O sea, que mi teoría es correcta.

—Me miró solo una vez, pero fue suficiente. Se les nota en los ojos. Cuando te reconocen.

Agarro con fuerza el martillo.

—Dime dónde escondiste su cadáver.

—En el Müggelsee.

Uno de los lagos de Berlín. Fleur me llevó allí una vez. Paseamos por la orilla cogidas del brazo, al sol de la primavera, y luego fuimos a ver *La vida de los otros* a casa de una amiga. Qué hijo de puta.

—¿Están allí todos?

—Eso no voy a decírtelo.

No puedo soportarlo más. Quiero hacerle pedazos la cabeza, romper el recuerdo de todo el dolor que ha infligido, borrarlo para siempre de la faz de la tierra. Le miro a los ojos y levanto el martillo.

—Hazlo —murmura.

—Voy a hacerlo, descuida —contesto.

Y sé que voy a hacerlo.

Pero un instante después oigo el ruido del cierre del garaje al abrirse. Luego se abre la puerta y el cuarto se llena de luz.

—¡Maddie! —grita Luke corriendo hacia mí—. ¡Para! Suelta el martillo, por favor.

Sigo sosteniendo el martillo en alto. Miro a Tony, patético, moribundo, y dejo que Luke me quite el martillo. Mi tarea ha terminado. Luke coge su teléfono, pero la policía ya viene de camino, se oyen sirenas cada vez más cerca, cruzando la ciudad.

UN MES MÁS TARDE

—¿Dónde está Milo? —pregunta Maddie.

—En casa de Laura.

Luke recoloca el iPad en la mesa de la cocina para poder seguir viendo a Maddie en la pantalla mientras se sirve un vaso de agua del grifo.

—Le está enseñando yoga. ¿Qué te parece?

—Eso es genial. —Maddie sonríe, pero Luke nota que está haciendo un esfuerzo por mostrarse alegre.

Ha vuelto a casa de su madre, en el pueblo del sur de la India de cuyo nombre Luke nunca se acuerda. ¿Kushalnagar?

—Es para aliviar un poco el estrés de los exámenes —añade al volver a sentarse a la mesa—. Va dos días por semana con un par de amigas. Creo que solo intenta impresionarlas. Mostrarles su lado femenino.

—¿Cómo está Laura? —pregunta Maddie bajando un poco la voz.

Estas últimas semanas han hablado mucho por FaceTime. Luke lo necesita tanto como ella para asimilar lo que ocurrió en Berlín.

—Muy bien, teniendo en cuenta lo que ha pasado. Nos vemos bastante.

—Ojalá aportes un poco de felicidad a su vida.

—Sí, ojalá —contesta Luke, y se queda callado un momento.

Algunos días, cuando hablan, tiene la sensación de que Maddie está bien. Y otras veces, como hoy, se preocupa por ella.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

Ella se aparta un poco de la pantalla.

—Sí, estoy bien. Creo que ha vuelto mi madre. Te dejo. —Acerca la mano para apagar la pantalla, con una sonrisa forzada en los labios.

—¡Espera!

Maddie vacila, tratando de recomponerse.

—Lláname cuando quieras, a cualquier hora, si necesitas hablar —añade él—. Ya sabes, sobre lo que sea.

Varias veces, últimamente, ha sentido que Maddie estaba a punto de contarle algo importante y que luego se lo ha callado.

—Gracias. Lo haré.

La pantalla queda en blanco. Luke apaga el iPad, confiando en que Maddie esté bien. Le ha contado su historia, como prometió, primero cara a cara en Berlín, donde tuvieron que quedarse unos días para ayudar a la policía alemana en sus pesquisas, y luego por Internet, cuando regresó a la India. Luke ha decidido no escribir un reportaje para publicarlo en un periódico. Maddie le dijo que podía hacerlo si quería, pero él ha pasado página, ya no está en ese mundo. Lo que importa es que ella no es adoptada, ni su madre es de religión bahaí. Y tampoco es Freya Schmidt, la de la lista de personas desaparecidas en Berlín.

En cuanto a lo sucedido diez años atrás, Maddie se marchó a vivir con su madre a la India, traumatizada, después de que Tony la violara y de la desaparición de su mejor amiga. Desde entonces no es que haya llevado una existencia monacal, pero sí decidió desligarse de su educación occidental y reencontrarse con la India y con sus raíces maternas en el sur del país. Tardó diez años en empezar a recordar lo que les había pasado a Fleur y a ella en Berlín, gracias a que una fotografía de Tony llegó por casualidad al monasterio de su pueblo. Lo que ocurrió después ya lo han contado los medios hasta la saciedad, y es muy probable que salgan a relucir más cosas cuando se celebre el juicio de Tony en Berlín, al que tanto Maddie como él tendrán que asistir en calidad de testigos de la fiscalía.

Tras meter unas empanadas en el horno, Luke baja por School Road para ver a Laura, que ha decidido quedarse a vivir en la casa, pese a su historia.

—Hemos terminado hace un momento —dice al abrir la puerta con su ropa de yoga—. Pasa. Están tomando zumo de saúco en el jardín.

Luke cruza detrás de ella el cuarto de estar de techo bajo. Ve a Milo y a las dos chicas fuera. Sí, no hay duda, están ligando.

—¿Te quedas un rato? —pregunta Laura al sentarse en el sofá.

—La verdad es que voy al *pub*.

La agente Strover está de visita en el pueblo, cumpliendo labores policiales de proximidad. Para tomar una copa, dicho de otro modo. La ha invitado Sean, que parece haber hecho buenas migas con ella.

—A lo mejor puedo pasarme luego.

—Claro, me encantaría.

A Laura no le gusta quedarse sola en la casa, y Luke ha pasado unas cuantas noches en el sofá en el que está sentada ahora. Milo también se ha

quedado a dormir un par de veces.

Luke ve que Laura se levanta y se acerca a la chimenea.

—Maddie me ha mandado una carta —dice cogiendo un sobre con el distintivo del envío aéreo—. Todavía no la he leído, pero voy a leerla.

Han hablado mucho estas últimas semanas, de Tony, de sus víctimas y de Maddie. Y aunque Laura es consciente de lo valiente que fue Maddie, sigue costándole aceptar el método que escogió para tenderle una trampa a su marido. Su frialdad. Su astucia calculada.

Luke confía en que algún día puedan hablar. Se ha propuesto reconciliarlas. O que al menos puedan llegar a un entendimiento.

Al llegar al *pub*, ve a Sean y a la agente Strover sentados en la mesa del rincón. Todavía le sorprende que se lleven tan bien.

—Mi jefe llegará enseguida —dice ella cuando Luke vuelve de la barra con una ronda de bebidas.

—¿El inspector Hart?

—Tiene una cita. —Strover hace sitio para que se siente—. Con vuestra doctora.

—En un pueblo todo se sabe, ¿eh? —Sean da un trago a su Guinness.

—Antes de que llegue el jefe, quería contaros una cosa —dice ella en tono confidencial.

Luke y Sean se inclinan y escuchan con atención.

—Es sobre el ADN de Maddie Thurloe.

—Me parece que estás a punto de conculcar sus derechos —comenta Sean en el mismo tono cómplice.

Luke empieza a sentirse intranquilo, pero no dice nada. No le ha dicho a nadie del pueblo que habla con Maddie por FaceTime.

—Esto no lo sabéis por mí —dice Strover.

—Juro por Dios que no nos hemos visto nunca —dice Sean.

Es posible que Strover tenga que llevarlo pronto a casa. La semana pasada una productora compró su nuevo guion, y Sean ha estado celebrándolo en el *pub* desde entonces.

—En los periódicos decían que su madre era india y su padre irlandés —continúa Strover—. Pero los técnicos del laboratorio han encontrado rastros de antepasados rusos en su ADN.

Sean casi se atraganta con la cerveza.

—¿Qué has dicho? —pregunta, derramando su Guinness por todos lados—. ¡Lo sabía! ¡De un agente de Moscú, seguro!

Luke mira a Strover, que le guiña un ojo. Luego, él se encargará de decirle a Sean, con delicadeza, que ha picado el anzuelo.

Strover se ha esforzado mucho desde lo ocurrido en Berlín por ayudarle a encontrar a su hija. No se lo ha dicho expresamente, pero le ha dado a entender que Freya Schmidt ya no es técnicamente una persona desaparecida y que sencillamente ha decidido no mantenerse en contacto con sus padres. La policía berlinesa, agradecida por la ayuda que le prestó la policía de Wiltshire para capturar a un asesino en serie, también se ha mostrado muy dispuesta a cooperar. Cuando Strover les explicó que tenía un mensaje importante para Freya Schmidt y les preguntó si podían hacérselo llegar, sin ningún compromiso, accedieron de inmediato. Luke confía en que Freya decida contestar algún día y ponerse en contacto con él. Aún no sabe si es adoptada, pero al menos se llama Freya.

—Ahí está el jefe —dice Strover.

Luke ve al inspector Hart en la puerta, solo.

—¿Qué tal otra ronda? —pregunta Hart al acercarse a su mesa, mirando a Luke.

Parece más delgado de lo que le recordaba Luke. No es que se hayan hecho amigos exactamente, pero se respetan. Hart le pidió que se pasara por Gablecross para charlar un rato cuando volvió de Berlín y para darle las gracias en persona por lo que había hecho.

La policía alemana se tomó por fin en serio las sospechas del Centro de Investigación Criminal de Swindon cuando Hart les dio la dirección del estudio de Tony que le había mandado Luke. Hizo saltar una vieja alarma. Un vecino había informado de conductas sospechosas en esa dirección varias veces a lo largo de los años —ruidos extraños, sonidos que parecían de forcejeo, un coche que volvía muy tarde por las noches—, pero nunca se habían investigado sus denuncias. Resulta que Tony sacaba los cuerpos sin vida de sus víctimas por el garaje y los llevaba al Müggelsee. De momento solo se han recuperado tres cadáveres del fondo del lago —el de Fleur sigue sin aparecer—, pero con eso es más que suficiente para condenar a Tony, que seguramente pasará el resto de su vida en la cárcel.

—¿Hay algún médico en la sala? —pregunta Sean, tan impertinente como de costumbre.

—La doctora Patterson ha tenido que quedarse trabajando hasta tarde —contesta Hart mirando a Strover.

—Permítame invitarle a una pinta —dice Luke antes de que la situación se vuelva aún más incómoda—. ¿Qué toma?

—Voy con usted —dice Hart.

Se acodan en la barra como dos extraños compañeros de copas.

—Disculpe lo de Sean —dice Luke.

—He oído cosas peores. —Hart se queda callado un momento—. Y tampoco es la primera vez que me dan plantón.

—Tiene buen aspecto.

—Dieta vegana. Y he dejado el tabaco. Acabo de ver su declaración y quería darle las gracias. Por lo que escribió sobre el incidente en el canal.

—Es lo que vi.

—Ojalá otros hubieran sido tan sinceros. —El inspector coge su pinta y le da un largo trago—. Aunque las cosas han mejorado, como puede imaginar. No todos los días el CDI de Swindon atrapa a un asesino en serie internacional.

—No, desde el caso del estrangulador de Swindon. —Luke mira a Sean y a Strover, más allá de la barra.

La agente, que siempre parece tan reservada, tiene hoy un brillo distinto en los ojos.

—De ese caso se encargó el Equipo de Investigación de Delitos Mayores. Y no me haga hablar de la colaboración entre distintos cuerpos policiales, porque no acabaría nunca —dice Hart—. ¿Sabe algo del undécimo Panchen Lama?

—Un poco.

—Desapareció a los seis años. —Hart saca un cartel y se lo pasa a Luke, que observa la cara de un niño tibetano.

—Fue una promesa que les hizo Maddie a los monjes de su monasterio antes de marcharse —añade el inspector—. Hacer que se corriera la voz en Occidente. Sería un reportaje estupendo. Hasta podría conocer al Dalai Lama.

—Gracias.

Luke coge la hoja de papel, la lee y se la guarda. Maddie ya le ha hablado del decimoprimer Panchen Lama, le ha hecho prometer que escribiría sobre él. Piensa viajar a esa parte del mundo en verano con Milo y pasarse por Ludhiana a ver a un viejo amor antes de ir a Ladakh. Puede que invite a Laura a acompañarlos, si a ella le apetece.

—Los médicos alemanes dicen que es posible que Tony Masters no esté en condiciones de comparecer en el juicio —dice Hart—. El cincel quirúrgico que le clavaron en la cabeza no ha mejorado su Alzheimer, precisamente.

—Hice lo que pude por salvarle.

Luke piensa en cómo intentó detener la hemorragia de la herida, y en Maddie, que le ha dicho después que ojalá se hubiera muerto.

—Otros no se habrían molestado —comenta Hart—. ¿Qué tal está su mujer? Laura.

—Bastante bien, dentro de lo que cabe. La doctora Patterson está ayudándola mucho, como médica y como amiga. Y la gente del pueblo también. —Hace una pausa—. Maddie acaba de escribirle una carta. Creo que eso la ayudará.

—Daños colaterales. Así es como lo definió Maddie cuando la interrogamos.

—Se siente fatal —dice Luke.

—Seguro que sí. —El inspector bebe otro trago y echa una mirada al *pub*—. Solo para que lo sepa, nuestros colegas alemanes me llamaron esta tarde. Han encontrado otro cadáver en el Müggelsee.

—¿El de Fleur?

—Eso creen. Están haciéndole pruebas. Quizá quiera prevenir a Maddie. Para que esté preparada.

Luke le ha contado que está en contacto con Maddie. Al menos, así ella podrá poner punto final a esta tragedia. A él también le vendría bien. Cruza los dedos para que Freya Schmidt se ponga en contacto con él.

—No deja de asombrarme la audacia de su plan —comenta Hart—. Venir aquí, a este pueblo, y hacerse pasar por una mujer indefensa en casa de un asesino en serie sabiendo que era el único modo de llevar a Tony a Berlín... La única forma de averiguar qué le había pasado a Fleur. —Levanta su pinta hacia Luke como si brindara por Maddie y le mira a los ojos—. Hay que tener muchas agallas.

Estoy sin respiración cuando llego a lo alto de la escalera, pero la vista merece la pena. Allá abajo, en el barranco, el río Kumaradhara se precipita desde una altura de sesenta metros. Las aguas de la cascada levantan una fina bruma que se extiende por el bosque tropical. Palo de hierro de Ceilán, *dammar* blanco, mango, *saraca asoca*... Mamá me enseñó los nombres de los árboles cuando me trajo aquí hace diez años, poco después de que volviera de Berlín. Están cuajados de pájaros, además: de *drongos* cola de raqueta y cálaos grises. Entonces yo estaba hecha polvo, era una chica taciturna y desorientada que no entendía lo que nos había pasado a mí y a Fleur.

Hoy me siento más fuerte, más en armonía con la belleza de este lugar. El fragor del agua me pareció el gemido de un animal herido la última vez que lo oí. Hoy me parece poderoso y tranquilizador. Miro las colinas fértiles y redondeadas de los Ghats Orientales, a lo lejos, y me pregunto por qué iba a querer vivir en cualquier otro sitio.

Hace poco menos de un mes que me enfrenté con Tony en Berlín. Mamá está feliz por tenerme de nuevo en casa, y la rutina del trabajo en la escuela me está sirviendo de gran ayuda. Los niños, indiferentes a las corrientes turbulentas que agitan la vida de los adultos, pueden ser muy comprensivos. Ayer hablé con Luke por FaceTime; se ha convertido para mí en un buen amigo, y espero que yo para él también. Quizá el daño que le he causado a Laura se mitigue un poco si Luke y ella pueden pasar página juntos. Ya veremos. No hay prisa. Luke quiere encontrar primero a su hija. Ayer estuve a punto de decirle que está buscando en vano, pero al final no me atreví. Quizá porque en parte todavía espero estar equivocada.

Pasados unos minutos, vuelvo a bajar la larga escalera, sorteando a los turistas que suben, acalorados. No es fácil llegar a las cataratas de Mallalli. Yo he venido en autobús desde Kushalnagar y luego he tenido que compartir un todoterreno y hacer a pie los últimos dos kilómetros. Con la llegada del

monzón, las carreteras se han vuelto peligrosas. El río, además, ha acrecentado magníficamente su caudal y quiero acercarme al agua.

Al llegar al final de las escaleras, dejo la senda turística y me encamino hacia las aguas atronadoras. El aire está tan cargado de humedad que es casi opaco y tengo la ropa empapada, pero no importa. Mucha gente viene aquí durante la estación seca para sumergirse en las aguas del Kumaradhara, que más abajo forma un *sangam* con otro río, y sus aguas entremezcladas tienen fama de sagradas.

Avanzo con mucho cuidado por las grandes rocas resbaladizas, mojadas y cubiertas de algas, pero al poco rato estoy lo bastante cerca del río como para cumplir mi propósito. Alguien me grita desde arriba advirtiéndome del peligro. Un guardia forestal, quizá. Me preocupan más las sanguijuelas.

Miro a mi alrededor y me descuelgo de los hombros la mochilita, con cuidado de no perder el equilibrio. Al venir hacia aquí, nuestro todoterreno pasó junto a una fila de tiendas de recuerdos. Pregunté a un vendedor dónde podía encontrar un loto, la flor del estado de Karnataka, y me llevó a un estanque detrás de un templo hindú cercano, donde pude coger uno (a cambio de una propina, por supuesto). Saco el loto morado de la caja que he traído para protegerlo y lo sostengo delante de mí. Símbolo de belleza y pureza. De Fleur.

Fue muy duro para mí que la policía no consiguiera recuperar su cuerpo del lago. Lo encontrarán pronto y, si estoy en lo cierto, no tendré que ser yo quien se lo diga a Luke. En todo caso, el asunto quedará zanjado. Él se ha convencido de que una tal Freya Schmidt es su hija. Ojalá tenga razón.

Mis sospechas empezaron a cobrar fuerza hace unos días, cuando estaba en el monasterio. Lo ocurrido en Berlín parece haber abierto un poco más la puerta del pasado y estoy trabajando con los monjes para recuperar otros recuerdos de lo que sucedió hace diez años. Son muy difusos en su mayoría, pero ahora estoy segura de que fue idea de Fleur que nos hiciéramos el tatuaje del loto esa noche, la noche en que Tony nos llevó a su estudio. La flor era un símbolo de nuestro amor mutuo, pero ella dijo algo más que luego quedó sepultado por efecto de las benzodiacepinas que me dio Tony. Dijo que el loto representaba a su madre. Yo sabía que había huido a Berlín para rebelarse contra sus padres, pero estaba claro que seguía queriéndolos.

Y ahora sé que la madre de Fleur era bahaí.

Me subo la manga y miro la flor, solo para asegurarme. Cuento sus pétalos por enésima vez. Nueve. Cuando volví de Berlín, hace diez años, al ver el tatuaje mi madre me preguntó por el pétalo extra. En el budismo, dijo,

el loto morado suele tener ocho pétalos que simbolizan los ocho caminos hacia la iluminación. Yo no le di mayor importancia hasta hace poco, cuando Luke me dijo que la mujer que adoptó a su hija era bahaí. El nueve es un número importante para los bahaíes: es el número de la perfección. Por eso su templo de Delhi, en forma de loto, tiene nueve caras.

Sé que debería hablar con Luke, atreverme a contarle mis temores. Todo lo que me ha dicho sobre su hija, sobre la hija a la que está buscando, me lleva a pensar que ya nunca la encontrará. Eso explicaría, desde luego, por qué me cayó bien desde el principio, cuando nos conocimos en el centro de salud del pueblo. Se creó un extraño vínculo entre nosotros. Una especie de familiaridad. Pronto se lo diré.

Me vuelvo hacia la poderosa catarata que se alza sobre mí y, con los brazos extendidos, pienso en Fleur, en los momentos de felicidad que pasamos juntas, en las risas, los bailes, los largos paseos por el Spree y las cervezas en la Isla de la Juventud. Dejo que el sinfín de gotas de agua atraviese mi *salwar kameez* empapado y limpie mi espíritu del daño que nos hizo Tony en Berlín, llevándose mis lágrimas. Luego, lanzo la flor de loto hacia lo alto, hacia el fragor estruendoso de la cascada, y la veo caer entre el agua blanca de abajo, girar y mecerse en su camino solitario hacia el mar de Arabia y más allá.

Agradecimientos

Gracias a Will Francis, mi agente superlativo, y a toda la gente de la oficina de Janklow & Nebsit en Londres; especialmente, a Kirsty Gordon, Rebecca Folland y Ellis Hazelgrove. Gracias también a Kirby Kim y Brenna English-Loeb, de la oficina de Nueva York.

Estoy en deuda con todo el equipo de mi editorial inglesa, Head of Zeus, y en especial con Laura Palmer, mi excelente editora; Lauren Atherton, Maddy O'Shea, Chrissy Ryan, Blake Brooks y Suzanne Sangster. Gracias también a Lucy Ridout y Jon Appleton por su labor de revisión y corrección. Quiero dar las gracias también a Liz Stein, Laura Brown y Erika Imranyi, de Park Row Books en Estados Unidos. Y a Toby Ashworth, mi editor cornuallés, por sus muchos ánimos y su conocimiento de primera mano de las alarmas de incendio de los hoteles.

Son muchos los que me echaron una mano en el tema de la amnesia (vayan por delante mis disculpas si me olvido de alguno). Muchas gracias a la doctora Angela Paddon, cuyo asesoramiento médico me ha sido valiosísimo. Ni que decir tiene que el centro médico rural donde trabaja es mucho más acogedor, profesional y eficaz que el de ficción que aparece retratado en el libro. Gracias también al doctor Andy Beale y a Mary Soellner.

Adam Zeman, profesor de neurología cognitiva y conductual de la Universidad de Exeter, dio en la BBC Radio 3 una serie de charlas muy ilustrativas titulada *The Strangeness of Memory*. Dos libros que me fueron de gran ayuda son: *Lost and Found: Memory, Identity and Who We Become When We're No Longer Ourselves*, de Jules Montague, y *The Memory Illusion: Remembering, Forgetting and the Science of False Memory*, de la doctora Julia Shaw.

El superintendente Jeremy Carter, de la Policía de Wiltshire, y el inspector Chris Ward, de la Policía del Valle del Támesis, fueron muy generosos con su tiempo y su conocimiento del oficio policial. Gracias también a Daniel Webb, editor de Wiltshire999.co.uk, y a Clive Chamberlain (@MrCliveC), expolicía rural y columnista de *Police Magazine*.

Julian Hendy y la página web de su ONG Hundred Families (hundredfamilies.org), me proporcionaron información muy completa y preocupante sobre el número de homicidios perpetrados por enfermos mentales que tienen lugar en el Reino Unido: en torno a un centenar al año.

Jane Rasch, directora del Tashi Lhunpo Monastery UK Trust (tashilhunpo.org.uk), me introdujo en las enseñanzas de Machig Labdrön, maestra budista tibetana del siglo XI, y me ayudó a resolver otras dudas sobre sombreros amarillos.

El profesor Andrew Reynolds, del Instituto de Arqueología del UCL, y Robbie Trevelyan, contestaron a todas mis preguntas, por pedestres que fueran. Lamento que la excavación no pasara el corte.

Richard Castle me ayudó a entender cómo funciona el sector de las aerolíneas comerciales y Jake Farman y Nick Holgate me enseñaron la diferencia entre los coches clásicos y los *vintage*. Las críticas de J. P. Sheerin son siempre excelentes, igual que sus guiones. Gracias también a Joanna Bridgeworth y a los escritores de Abingdon por sus ánimos; al doctor Stephen Gooder por sus conocimientos de cartografía; y al difunto Len Heath, amigo añorado, escritor y fuente de inspiración.

Sobre todo, quiero dar las gracias a mi familia. A Felix, por responder a todas mis preguntas sobre Berlín y el *tecno*; a Maya, por esas largas conversaciones del principio; a Jago, por su asesoramiento sobre las costumbres y la jerga de los adolescentes; y a mi siempre paciente y comprensiva esposa, Hilary, que sigue capeando con heroico estoicismo, cariño y buen humor los altibajos de la convivencia con un escritor.



J. S. MONROE es el seudónimo bajo el que escribe el autor Jon Stock (12 de mayo de 1966), escritor y periodista inglés. Estudió en la Escuela Sherborne en Dorset y en Magdalene College, Cambridge, Inglaterra. Vive en Wiltshire con su esposa y sus tres hijos.

Stock es un autor a tiempo completo y periodista. Fue el editor de la sección de Fin de Semana del *Daily Telegraph* en el Reino Unido desde 2005 hasta 2010. Dejó el periódico en enero de 2010 para completar una trilogía de *thrillers* de espionaje y regresó en marzo de 2013 para editar el canal de libros en línea. Además fue columnista de la revista *The Week* en India, contribuyendo a su columna «The Last Word» de 1996 hasta 2012. Anteriormente trabajó en Nueva Delhi, India, por un período de dos años como corresponsal extranjero para el *Daily Telegraph*, y también ha vivido en Cochin, Kerala.

Stock ha escrito cinco libros, todos ellos novelas de espionaje y fue seleccionado por la asociación de los escritores del crimen para su primer premio de mejor novela. Aunque lleva a sus espaldas un puñado de novelas, J. S. Monroe aún es bastante nuevo para nosotros. Le conocimos con su anterior novela, *Búscame*, una historia con la que consiguió llamar bastante la atención entre los lectores. Su última novela, *Olvídame*, viene precedida de buenas críticas. La venden como una historia cargada de giros y sorpresas. Un

thriller psicológico donde los secretos se convertirán en tu adicción más insaciable.

Notas

[1] Caballito de mar. (*Nota de la T.*). <<